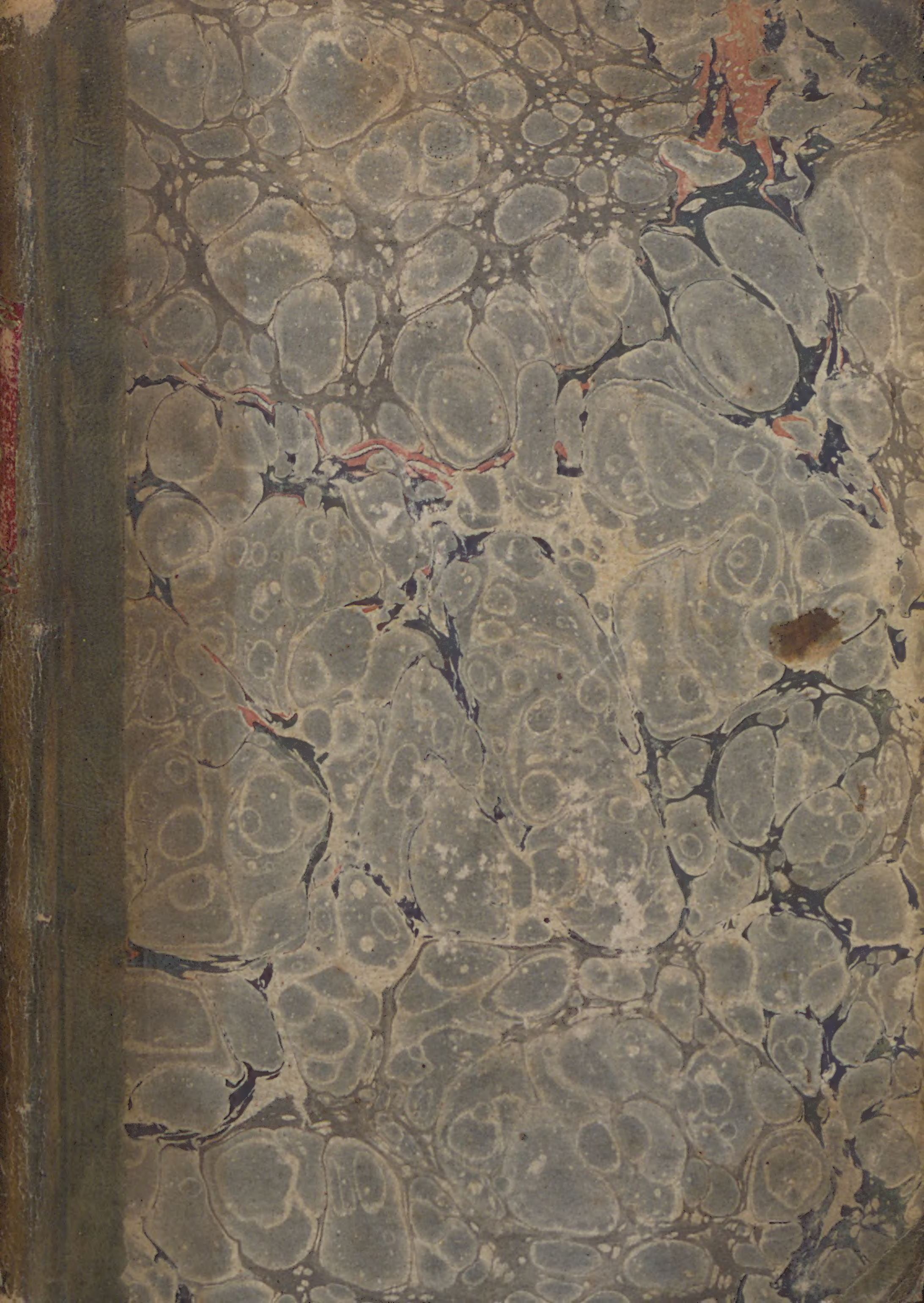




LA

ILÍADA DE HOMERO,

TRADUCIDA

DEL GRIEGO AL CASTELLANO

POR DON JOSÉ GOMEZ HERMOSILLA.

TOMO II.



MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1831.

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

Cuando Jove á las naves de los griegos
á Héctor y sus legiones acercado
hubo ya; allí dejó que toleraran
las bélicas fatigas y el contino
estrago de la guerra. Y á otra parte
sus ojos apartando refulgentes,
á la tierra miraba de los Tracios,
diestros cabalgadores; y los Misios,
en batalla campal fuertes guerreros;
y los tan afamados Hipomolgos,
que con leche de yegua solo viven;
y los Abios, en rústica pobreza
los mas justos de todos los mortales.
Y allí fijos los ojos sus miradas
á Troya no volvia, confiado
en que deidad ninguna del Olimpo
al campo de batalla bajaria
á socorrer á Griegos ni á Troyanos.

Pero Neptuno de la mar undosa
no en vano ya saliera y en los bosques
de Samotracia umbríos, asentado
sobre altísima cumbre, en atalaya
se habia puesto. Desde aquella altura
el Ida todo, la ciudad de Troya,
y las naves de Grecia se veian;
y admirado Neptuno la terrible
pelea y los combates contemplaba:
y al ver que de los Teucros á las manos
los guerreros de Acaya perecian,
hubo de ellos piedad. Y contra Jove

altamente indignado, en presurosos
pasos bajó del escarpado monte:
y al caminar el Dios, bajo las plantas
inmortales los cerros y las selvas
en derredor temblaban. Dió tres pasos:
y al término final, al puerto de Égas,
con el cuarto llegó donde tenia,
del vasto mar en el profundo seno,
sus eternos alcázares labrados
del oro mas brillante. En su morada
entró: y habiendo uncido á la carroza
los hermosos caballos, cuyas crines
oro resplandeciente parecian
y duro bronce el casco sonoroso;
con la túnica en oro recamada
cubrió su cuerpo. Con la mano izquierda
tomó el látigo de oro entretejido
en vistosa labor, subió en el carro,
aguijó los bridones y ligeros
por las ondas corrian. Las ballenas
del ponto abandonaron los abismos
y en derredor saltaban de su carro,
ni á la excelsa deidad desconocieron;
y alegre el mar sus aguas dividia.
Y con tal rapidez sobre las ondas
volaban los bridones, que ni el eje
de bronce se mojaba por debajo;
y al Dios en breve tiempo á la ribera
extendida llevaron donde estaban
de los Griegos las tiendas y las naves.
Del hondo mar en los oscuros senos,
en el canal que la escarpada costa
de Ímbros y la de Ténedos divide,

64 espaciosa caverna se dilata,
y allí paró Neptuno los bridones.
Y de la alta carroza desatados,
el alimento divinal que eternos
hace á los moradores del Olimpo
les presentó abundante: y con las trabas
de oro macizo que romper á fuerza,
ó desatar, posible no les fuese
sus pies aseguró, para que inmobles
allí permaneciesen esperando
de su señor la vuelta; y á las naves
luego se encaminó de los Aquivos.
Semejantes los Teucros á la llama,
ó á la ráfaga rápida del viento,
y en bélico furor ardiendo todos;
á Héctor seguian, con horribles voces
gritando y algazara estrepitosa,
en escuadron cerrado, y esperaban
los bajeles tomar de los Aqueos
y á todos allí mismo degollarlos.
Mas el Dios que la tierra con sus aguas
ciñe y conmueve, en vagaroso vuelo
salido habiendo de la mar oscura,
infundia valor á los Aquivos,
al adivino Cálcas en el rostro
y en la sonora voz asemejado.
Y con los dos Ayaces, que valientes
se mostraban, habló; y así les dijo:
"Ayaces! hoy vosotros de los Griegos
»la hueste salvaréis si del antiguo
»valor os acordais, ni ya acogida
»al helado temor dentro del alma
»diereis cobardes. Porque yo no temo

»de los demas Troyanos la pujanza
»que escalaron el muro: las falanges
»aquivas que con ellos peleando
»están allí rechazarán á todos;
»mas en terrible agitacion recelo
»que mucho daño nuestra gente sufra
»por esta parte en que su escuadra guia,
»como rabioso can, ó ardiente llama,
»Héctor, que jactancioso vocifera
»haber nacido del potente Jove.
»Así, yo deseara que á vosotros
»algun Dios el consejo os inspirase
»de resistir ahora á los Troyanos
»y animar á los Griegos. Si lo hiciereis,
»á Héctor, por mas furioso que acometa,
»léjos apartaréis de nuestras naves,
»aun cuando Jove, del Olimpo dueño,
»ardimiento le infunda y osadía."

Dijo Neptuno: y con el cetro de oro
tocó á los dos y de pujanza y brio
llenó sus almas, y á sus pies y manos
ágiles hizo y á su cuerpo todo.
Y con la rapidez con que se arroja
del peñascal fragoso y eminente
para volar el gavilan ligero,
y perseguir al tierno pajarillo
que huyendo va de su terrible garra,
súbito se alejó de los Ayaces.
Mas el hijo de Oileo, ántes que el otro,
conoció á la Deidad: y prontamente
vuelto al de Telamon, así le dijo.

»Ayax! pues á nosotros alto númen
»de los que habitan el excelso Olimpo

»nos mandó, al adivino asemejado,
»combatir en defensa de las naves:
»porque no ha sido el agorero Cálcas
»quien nos habló; que bien le he conocido
»al retirarse yo viendo la huella
»de sus pies y su andar, ni muy difícil
»es conocer á los eternos Dioses:
»mi corazon tambien dentro del pecho
»mas animoso está ni ya respira
»sino guerra y combates, y me bullen
»las manos y los piés." Respondió el hijo
»de Telamon: "A mí tambien ahora
»en torno de la pica se enardece
»la poderosa diestra y en el pecho
»crece el valor, y saltan de alegría
»las plantas de los piés. Y aunque estuviera
»yo solo, con el Teucro peleara;
»ya que furioso é impaciente ahora
»está por batallar." Así decian,
en el bélico ardor regocijados
que Neptuno en sus almas infundiera.
Entre tanto á los últimos Aqueos,
que cerca de las naves fatigados
de pelear las fuerzas reparaban,
el Dios del mar á combatir valientes
con su voz animaba. Cuando vieran
ellos que en numerosos escuadrones
al muro ya subian los Troyanos,
en lágrimas bañaban sus mejillas
de mucha pena el corazon opreso,
ni ya creian que la negra muerte
ninguno de ellos evitar pudiera;
pero pronto Neptuno á las falanges

fuerza inspiró y valor. Habló primero 163
á Teucro, á Leito, al héroe Penelao,
á Toante, á Deipiro, á Merïónes,
y á Antíloco, la flor de las escuadras.
"Argivos! ¡qué vergüenza! (les decia)
»Jóvenes esforzados! Yo confio
»en que valientes salvareis vosotros
»nuestros bajeles hoy; mas si cobardes
»los riesgos evitais de la batalla,
»amaneció ya el dia en que serémos
»todos por los Troyanos destruidos.
»Mis ojos ¡oh dolor! están ya viendo
»este prodigio grande, vergonzoso;
»y jamas yo creí que llegaria.
»¡Venir á nuestras naves los Troyanos,
»que hasta ahora á los ciervos semejaban;
»á los tímidos ciervos que en el bosque,
»en vano errantes sin vigor ni fuerza,
»pasto son de los linces y los lobos,
»y los leopardos! Nunca de los Griegos
»á pié firme esperar la acometida
»ni resistir al poderoso brazo
»osaron hasta aquí; y envanecidos,
»léjos de su ciudad junto á las naves
»á combatir ya vienen, animados
»por el error que cometió el Atrida,
»y por la flojedad de los Aqueos;
»que con el Rey airados, ya no quieren
»las naves defender, y en ellas mismas
»se dejan degollar. Es ciertamente
»culpable Agamenon, porque orgulloso
»con ásperas razones ha insultado
»al hijo valeroso de Peleo;

196» mas no por eso es lícito á nosotros
»suspender el combate. La pasada
»falta ya reparemos; que difícil
»no es á los buenos olvidar agravios.
»Ni á vosotros, que sois los campeones
»primeros del ejército, seria
»renunciar á la guerra decoroso.
»Yo no me ofenderé de que rehuse
»combatir el varon que no ha nacido
»con fuerzas ni valor, pero á vosotros
»de corazon os culparé. ¡Cobardes!
»pronto vuestra desidia mayor daño
»causará. Vamos, pues; y en vuestras almas
»renazca ya el pudor, y de los hombres
»el desprecio temed y la censura;
»que el fuego de la guerra se ha encendido
»y cerca ya de los bajeles Héctor
»animoso combate, y la alta puerta
»y el enorme cerrojo ha quebrantado."
Con estas voces aguijó Neptuno
á los primeros cabos de la hueste:
y en torno á los Ayaces reunidas
á pié firme esperaron á los Teucros
las mejores falanges, que ni Pálas,
ni de la guerra el Númen, si venido
á la batalla hubiesen, de cobardes
motejarian. Y formadas todas
de jóvenes briosos, la venida
de Héctor y sus Troyanos atendieron
en apiñadas filas; apoyando
pica con pica, adarga con adarga.
Y así unidos escudo con escudo,
un morrïon con otro, hombre con hombre;

las crines de caballo se mezclaban 229
en los altos airones, que del viento
blandamente movidos por el soplo
en la cimera del brillante casco
trémulos ondeaban: tan espesas
eran las filas. Y al blandir sus lanzas
con las manos robustas, en el aire
se cruzaban los hierros. Ya formados,
marcharon á encontrar al enemigo
de pelear ganosos: y venidas
á tiro de ballesta las escuadras,
ántes acometieron los Troyanos
estrechamente unidos, y á su frente
Héctor venia respirando fuego.

Como la piedra que en las altas cumbres
un torrente arrancó de la montaña,
con su raudal copioso derribando
del desigual peñasco los apoyos,
en alto salta y por los aires vuela,
y el bosque se estremece en su caida,
y en repetidos vuelcos presurosa
corriendo nada detenerla puede;
pero llegada á la llanura, en vano
mas intenta correr y allí se para:
así Héctor á los suyos prometia
que hasta la mar llegando y los bajeles
y tiendas de los Griegos, la llanura
de muertos sembraria sin que nadie
resistirle pudiese: mas ahora,
cuando llegó á encontrar de los Aquivos
el escuadron cerrado, se detuvo.
Y por mas que á romperle se esforzaba
animosos los hijos de la Grecia,

262 con espadas y picas de dos filos
hiriendo su rodela, le alejaron
mucho del escuadron y á pesar suyo
él hubo de ceder. Y á sus guerreros,
esforzando la voz, así gritaba.
"Teucros, Licios, Dardanios valerosos!
»firmes permaneced; que largo tiempo
»no podrán resistir á mi pujanza
»los Aqueos, por mas que reunidos
»en columna cerrada su falange
»hayan formado ahora. Con la pica
»en fuga los pondré si ciertamente
»aquel gran Dios que en las alturas truena,
»el esposo de Juno, me ha enviado
»á pelear; que de los Dioses todos
»es el dominador." Así decia,
y el valor aumentó de sus legiones.
En la primer escuadra de los Teucros
arrogante venia Deïfobo,
de Príamo nacido: y embrazado
el anchuroso escudo que su cuerpo
todo cubria, con ligera planta
marchaba á la pelea. Merïónes
contra él vibró su reluciente pica,
y acertó á dar en el escudo plano
hecho de piel de montaraz novillo,
y errado no fué el golpe. Atravesarle
no consiguió; porque su larga pica
mucho ántes de llegar al otro lado
se quebró por el hasta, y Deïfobo
alejado del cuerpo cuanto pudo
el escudo tenia, y en el pecho
mucho temió la poderosa lanza

del bravo Meriónes. El cretense
se retiró á la escuadra de los suyos
altamente indignado y afligido;
porque escaparse viera de sus manos
la victoria, y tambien por haber roto
una tan buena lanza: y á las naves
se encaminó á buscar otra mas firme
que en su tienda dejara, y la pelea
entretanto seguia clamorosa.

Teucro de Telamon mató el primero
á un valiente adalid, Imbrio llamado,
y de Mentor nacido que tenia
yeguada numerosa. Imbrio habitaba,
ántes de que la guerra los Aquivos
á los Teucros trajeran, en Pedeo;
y con Medesicaste, hija bastarda
del Rey Príamo, estaba desposado.
Y venidas las naves de la Grecia,
á Troya retornó; y entre los héroes
sobresalia de su edad; y el regio
alcázar habitaba, y el anciano
como á sus propios hijos le queria.
Y este fué á quien hirió junto á la oreja
de Telamon el hijo con su lanza,
retirándola luego; y en el polvo
cayó el Troyano, como el alto fresno
que nacido en las cumbres eminentes
del monte que á lo léjos se divisa
cortado es por el hierro, y á la tierra
humilla triste sus frondosas ramas.
Así cayó el Troyano, y en contorno
resonó la armadura sonorosa
de luciente metal. Acudió Teucro,

328 de quitarle las armas codicioso;
mas Héctor le tiró su aguda pica
ántes de que llegara; y por el aire
él viéndola venir, evitó el golpe
ladeándose un poco. Mas en vano
arrojada no fué; que por el pecho
á Anfímaco pasó que á la pelea
desalado venia, y en el polvo
cayó el Aqueo y temeroso ruido
sobre él hicieron al caer las armas.

Héctor corrió para tomar el casco
que las sienes cubria y la cabeza
del valeroso Anfímaco: y al verle
Ayax vibró su reluciente pica,
pero no logró herirle; que su cuerpo
de durísimo bronce defendido
estaba todo. Recibió el escudo
el bote de la pica, y al troyano
del golpe solo el ímpetu terrible
hizo retroceder; y á pesar suyo
abandonó ambos muertos, y á su escuadra
pronto los arrastraron los Aquívos.
Estiquio y el valiente Mecisteo
á Anfímaco llevaron á las naves;
á Imbrio los dos Ayaces presurosos
alejaron del campo de batalla.
Cual dos leones, si arrancar pudieron
de los agudos dientes de los canes
una cabrilla, en alto levantada
de la tierra la tienen en la boca,
y al escondido matorral la llevan;
así los dos Ayaces, levantado
de tierra habiendo el infeliz cadáver

de Imbrio, le despojaron de las armas; 361
y de su cuello hermoso la cabeza
de un golpe separó el hijo de Oileo,
por la muerte de Anfímaco afligido.
Y en el aire agitándola indignado,
cual si fuese pelota; por encima
la arrojó de los densos escuadrones,
y de Héctor á los piés cayó en la arena.
Entónces fué cuando sintió Neptuno
dentro del corazon ira terrible,
viendo morir de casüal herida
á Anfímaco su nieto; y por las tiendas
y las naves corrió de los Aquivos
avivando su ardor, y á los Troyanos
estragos preparaba dolorosos.
Encontróse con él Idomeneo,
que afligido salia de la tienda
de uno de sus amigos que del campo
volviera de batalla en la rodilla
de aguda lanza herido, y en los hombros
le llevaran sus fieles compañeros.
Y habiendo ya encargado que á curarle
atendiesen los médicos volvia
entónces á su tienda Idomeneo,
y en la sangrienta lid aun deseaba
valiente pelear. Vióle Neptuno
y así le habló, en la voz asemejado
al hijo de Andremon noble Toante,
gefe de los Etolos, que imperaba
sobre todos los pueblos situados
de Pleuron en el valle y en la sierra
de la alta Calidon; y cual si fuese
una Deidad, le veneraba el pueblo.

394 "Idomeneo, Príncipe de Creta!
»¿en qué pararon, di, las amenazas
»que hacian otro tiempo á los Troyanos
»los hijos de la Grecia?" Y el cretense
le respondió. "Toante! de nosotros
«ninguno, á lo que entiendo, ha sido causa
»de los males que afligen á los Dánaos:
»todos sabemos guerrear, y nadie
»del temor que á los hombres desanima
»hoy está poseido, ni rehusa
»por flojedad en la comun batalla
»firme lidiar: al poderoso Jove,
»al hijo de Saturno, ha sido grato
»que sin honor, aquí, léjos de Grecia,
»perezcan los Aquívos. Mas, Toante,
»pues ántes siempre belicoso fuiste,
»y á los otros animas si azorados
»ves que huyen de la lid; tampoco ahora
»ceses de pelear, y á las escuadras
»tu voz anime." Replicó Neptuno:
"¡Ojalá, Idomeneo, que de Troya
»no vuelva mas, y de los perros sea
»vil ludibrio, el varon que en este dia
»por temor abandone la batalla!
»Ve á tomar la armadura, y á este sitio
»vuelve ligero; y á la lid sangrienta
»volemos presurosos, y veamos
»si, aun siendo solo dos, á los Aqueos
»útiles somos: que el valor unido
»aun de los flacos en la guerra es útil,
»y nosotros sabemos animosos
»pelear con los fuertes campeones."
Así habló la Deidad, y á las escuadras

de los Griegos volvió; é Idomeneo 427
al pabellon magnífico llegado,
cubrió su cuerpo de brillantes armas.
Y dos picas tomando hácia el parage
marchó de la batalla, parecido
al ardiente relámpago que Jove
despide con su diestra poderosa
desde el luciente Olimpo, á los humanos
fausta señal de lo futuro, y brillan
á lo léjos sus rayos. Así el bronce
centelleaba en derredor del pecho
del fuerte campeon, que presuroso
corria por el llano: y Merïónes,
su valiente escudero, que venia
á tomar otra lanza, de la tienda
no léjos le encontró; é Idomeneo
así, en turbada voz, triste le dijo.
"O dulce Merïónes, hijo fuerte
»de Molo! O tú, que en la veloz carrera
»á todos los Cretenses aventajas!
»O el mas caro de todos mi amigos!
»¿Cómo así, abandonando la pelea,
»vuelves al pabellon? ¿De aguda lanza
»estás herido, ó la afilada punta
»te aflige de algun arma arrojadiza?
»¿ó á buscarme has venido, y á decirme
»que á la batalla acuda? Pues entiende
»que dentro de la tienda estar ocioso
»nunca grato me fué; solo deseo
»pelear." Respondióle Merïónes.
"Idomeneo, soberano gefe
»de los Cretenses todos! A tu tienda
»iba ahora, por ver si en ella habia

» alguna fuerte lanza; porque acabo
» yo de romper la mia en el escudo
» del valiente Deifobo." Idomeneo
le replicó. "Cuando quisieras veinte,
» y aunque fuese una mas, dentro la tienda
» las hallarás á la pared brillante
» arrimadas, y fueron de Troyanos:
» y todas las tomé, la dulce vida
» á sus dueños quitando. Tú bien sabes
» que léjos pelear del enemigo
» nunca fué mi costumbre: y así tengo
» muchas lanzas, y cóncavos escudos,
» y cascos, y lorigas relucientes."
Añadió Merïónes. "En mi nave
» y pabellon conservo de Troyanos
» muchos despojos yo, pero no cerca
» están para tomar la que deseo
» potente lanza; porque yo tampoco
» me olvido del valor en la pelea.
» Siempre entre los primeros campeones,
» apénas el combate se ha empezado,
» á pié firme esperar al enemigo
» suelo animoso. De los otros Griegos
» á alguno acaso mi pujanza y brio
» puede ocultarse en la comun batalla;
» pero no á tí, que por tus mismos ojos
» estás viendo el ardor con que peleo."
Y el Rey le dijo. "Tu valor conozco:
» ¿para qué necesitas referirme
» tus proezas? Si ya de los Aqueos
» fuéramos escogidos los mas fuertes
» para ocultarnos en celada; nadie,
» ni aun allí, tu valor despreciaria

» y poderoso brazo. Y la emboscada 493
» es donde se conoce el ardimiento
» de los hombres, y claro se descubre
» si el guerrero es cobarde ó valeroso.
» Porque el cobarde pálido se torna,
» ni estar quieto y sentado le permite
» el temor de que está sobrecogido;
» y las rodillas dobla, y en las puntas
» se asienta de los piés. Sobresaltado
» dentro su pecho el corazon palpita
» esperando la muerte, y rechinantes
» todos sus dientes crugen; mas el fuerte
» no muda de color, ni muestra miedo,
» cuando con los valientes en celada
» se colocó una vez; ántes desea
» que pronto empiece la terrible lucha.
» Bien saben todos que si acaso fueres
» herido en la batalla ya de léjos
» con arma arrojadiza, ó ya de cerca
» con pica ó con espada; no su punta
» caerá por detras sobre tu cuello,
» ni tu espalda: en el pecho, ó en el vientre,
» recibirás la herida, al enemigo
» marchando cara á cara y combatiendo
» en la primera fila. Pero vamos
» á la lid, y en inútiles discursos
» no el tiempo se consuma: no nos vea
» alguno, y nos moteje de cobardes.
» Entra en mi pabellon, y de allí toma
» una robusta lanza." Así decia:
y pronto Merïónes de la tienda
sacó el herrado hastil; y adonde estaba
el Rey volvió con arrogantes pasos,

526 y ganoso de entrar en la pelea.
Cual suele armado el furibundo Marte
á la guerra marchar, y le acompaña
el Terror, hijo suyo poderoso
é intrépido que al hombre mas valiente
llena de espanto; y de la Tracia salen
á unirse á los Efiros, ó los Flegias
de ardido corazon, y las plegarias
de ambas haces no escuchan y á una sola
conceden la victoria: tales iban
estos dos campeones al combate,
cubiertos ambos de lucientes armas.
Y al llegar, dijo al Rey el escudero.
"Hijo de Deucalion! ¿por dónde quieres
» que entremos en la lid? ¿Por la derecha
» de todo el escuadron, ó por el centro,
» ó por el ala izquierda? Me parece
» que en ninguna otra parte los Aqueos,
» tanto como hácia aquí, de nuestro brazo
» necesitan ahora." El Rey le dijo:
"Otros hay que defiendan los bajeles
» en el centro, y la diestra: los Ayaces,
» y Teucro que de todos los Aquivos
» es el mas diestro en disparar saetas,
» y esforzado tambien si cuerpo á cuerpo
» sostener el combate es necesario.
» Pronto rechazarán estos caudillos,
» aunque les acometa furibundo,
» á Héctor, por mas que valeroso él sea.
» Y á pesar del furor de que animado
» se muestra ahora, le será difícil,
» de los tres héroes el valor venciendo
» y la pujanza de su fuerte brazo,

» las naves incendiar, si el mismo Jove 559
» no lanzare la tea abrasadora.
» Y Ayax de Telamon no cederia
» á ningun hombre que á morir sujeto
» haya nacido y de los frutos coma
» que nos prodiga Céres, y con bronce
» ó grandes piedras vulnerable sea.
» Y ni retrocediera en las batallas
» de Aquíles á la vista, si á pié firme
» le hubiese de esperar; que en la carrera
» con aquel nadie á competir se atreve.
» Marchemos, pues, á la siniestra parte;
» para ver si los dos en este dia
» damos á algun Troyano de vencernos
» el alto honor, ó nos le da á nosotros.»

Así decia el Rey: y Merïónes
el primero marchó, y á breve tiempo
al extremo llegaron de la línea
por donde aquel acometer mandara.

Cuando vieron los Teucros que animoso,
y á la violenta llama parecido,
entraba en el combate Idomeneo
con su escudero, y de lucientes armas
cubiertos ambos; reunidos todos
sobre él cayeron, y en confusas voces
á sostener el choque se animaban;
y con igual ardor por ambos lados,
bajo las altas popas de las naves,
se trabó la pelea. Como suelen
venir las tempestades agitadas
por los vientos sonoros en los dias
en que árida la tierra están cubiertos
de polvo los caminos, y levantan

592 densa nube de oscura polvareda:
así entónces vinieron á las manos
las dos escuadras, deseando mucho
los caudillos matarse el uno al otro
con el agudo hierro. Y herizados
de poderosas afiladas picas
los escuadrones, se mostraba horrible
la guerra destructora; y ni los ojos
de los mortales sostener podian
el resplandor de los brillantes yelmos,
y bruñidas corazas, y lucientes
escudos con que armados caminaban
á encontrarse los Griegos y Troyanos:
y duro el corazon aquel tendria
que al mirar el combate se alegrara,
y el ánimo turbado no sintiera.
Así entónces, en bandos divididos,
los dos hijos potentes de Saturno
estragos preparaban dolorosos
á los héroes aqueos y troyanos.
Para vengar al ofendido Aquíles
Júpiter á los Teucros deseaba
y á Héctor dar la victoria, mas del todo
no queria que en Troya pereciera
la hueste de los Griegos: solo á Tétis
consolar y á su hijo valeroso
honrar queria la Deidad. Neptuno,
sin que Jove lo viese por las filas
andando de los Griegos, con sus voces
á todos animaba; porque mucho
de su mísera suerte se dolia
viendo que de los Teucros á las manos
perecian, y mucho se indignaba

contra Jove. Tenian uno y otro
el mismo orígen, y comun linage;
pero Júpiter era mas anciano
y de mayor saber. Y así Neptuno,
como Dios inmortal, á los Aquivos
socorrer evitaba; pero siempre,
oculto discurriendo por las filas
semejante á un mortal, los animaba.
Y asidos ambos Dioses á las puntas
de la cuerda del hórrido combate
y de la guerra, á todos ominosa:
cuerda que ni romper, ni deshacerla,
es dado á los guerreros, y que á muchos
de la vida privó; sobre ambas haces
la extendieron, y en brazo poderoso
tiraban de ella en direccion opuesta.

Y aunque ya semicano Idomeneo,
con su voz animando á los Aquivos,
acometió valiente á los Troyanos
y en desórden los puso, y dió la muerte
al claro Otrïoneo, que habitaba
en Cabeso y á Troya aquellos dias
fuera venido á tan famosa guerra.
A la sin par Casandra, que de todas
las Princesas de Príamo nacidas
era la mas hermosa, en matrimonio
pedido habiendo sin que dote alguno
él la hubiese de dar; á merecerla
con una grande hazaña se ofrecia,
de Ilïon alejando á los Aquivos
á pesar suyo; y aceptó el anciano
la condicion, y darle prometiera
la hermosa jóven. Confiado el héroe

658 del Rey en la promesa, combatia
con extremado ardor; é Idomeneo
contra él vibró su reluciente lanza,
y acertó á darle cuando en busca suya
él ya venia en arrogantes pasos.
Al duro golpe resistir no pudo
la coraza de bronce fabricada,
y en medio el vientre se clavó la punta.
Cayó el Troyano, y retemblar la tierra
hizo al caer: y viéndole postrado,
así el Cretense le insultó orgulloso.
"Otrïoneo! yo te ensalzaria
» sobre todos los hombres, si cumplieras
» lo que á Príamo tienes ofrecido.
» Él, es verdad, te prometió á Casandra;
» pero tambien nosotros te ofrecemos,
» y sabrémos cumplirlo, por esposa
» darte la mas gallarda de las hijas
» de Agamenon, y harémos que de Acaya
» la traigan á este campo porque puedas
» la boda celebrar, si con nosotros
» unido destruir el fuerte muro
» lograses de Ilïon. Sigue mis pasos,
» para que en nuestras naves los conciertos
» se ajusten; y verás qué generosos
» los Griegos somos, al dotar las hijas."
Así dijo el heróico Idomeneo,
y arrastrado del pié sacó el cadáver
fuera de la pelea. Vino pronto
Asio á vengar su muerte, y caminaba
lijero, á pié, delante de su carro;
pero tan cerca de él que los bridones
sobre sus hombros resoplaban siempre,

y asido de las riendas el auriga 691
los sujetaba. Por matar al griego
en fuego ardia el capitan troyano;
pero aquel le previno, y con su pica
en el cuello le hirió bajo la barba,
y al otro lado apareció la punta.
Y Asio cayó, como caer la encina,
ó el álamo se ve, ó el alto pino
que en el monte un artífice ha cortado
con aguda segur para que sea
mástil de algun bajel. Así, delante
del carro y los bridones, extendido
Asio quedó: y al espirar, los dientes
en su dolor crugia, y con la mano
apretaba la arena con su sangre
ya enrojecida. Y consternado al verle
caer el escudero, ni osadía
tuvo para volver á los bridones
las riendas y evitar que le mataran
los enemigos. Lo notó el valiente
Antíloco: y lanzándole su pica,
el cuerpo le pasó de parte á parte
sin que le defendiese la coraza
que llevaba ceñida, y moribundo
cayó de la carroza. Los caballos
Antíloco sacó de entre las filas
de los Troyanos, y marchar los hizo
á las de los Aqueos. Indignado
Deifobo del amigo por la muerte;
al parage en que estaba Idomeneo
corrió veloz, y su brillante lanza
le tiró; pero vióla por el aire
el Cretense venir. Y de la pica

724 para evitar el poderoso golpe,
la cabeza cubrió con la rodela
fabricada con pieles de novillo,
que en derredor estaba guarnecida
de luciente metal y asegurada
con dos abrazaderas. Sin herirle
pasó el hasta volando, y levemente
tocó al pasar en el metal sonoro,
y en ronco ruido resonó el escudo.
Pero no en vano con la fuerte diestra
Deifobo la arrojó; que junto al bazo
por bajo del hijar hirió al valiente
Ipsenor, que de Hipaso era nacido
y un escuadron mandaba de guerreros,
y le quitó la vida. Cuando en tierra
le vió el Teucro caer, en altas voces
insultaba orgulloso á los Aquivos.
"A lo ménos (decia) sin venganza
» Asio no queda: y aunque triste ahora
» va caminando del oscuro averno
» á las herradas puertas, alegría
» habrá en su pecho al ver que yo le he dado
» un compañero que sus pasos guie."
Así gritaba; y mucho los Aquivos
al escuchar sus insolentes voces
se indignaron, y Antíloco en el alma
grave sintió dolor; mas no á los Teucros
abandonó el cadáver. A ponerse
á su lado corrió, y con el escudo
le cubrió en derredor; pero llegaron
dos de sus camaradas, Mecisteo
y Alastor; y tomándole en sus hombros
dolorosos gemidos exhalaban,

y á las naves aqueas le llevaron. 757
En tanto no aflojó de Idomeneo
el gran valor; que procuraba siempre
de tenebrosa noche algun troyano
con el velo cubrir, ó sobre el polvo
caer él mismo: y con fragor la tierra
estremecer, de su total ruïna
librando á los Aquivos. Un magnate
hubo en Troya, nacido de Esiétes
y Alcatoó llamado: y era yerno
de Anquíses, pues tenia por esposa
la mayor de sus hijas, Hipodamia;
y entre todas tambien la mas querida
de sus ancianos padres porque á todas
las de su edad aventajaba mucho
en hermosura, y en labor de manos,
y en talento; y así la pretendiera
para esposa el varon mas distinguido
que entónces hubo en la ciudad de Troya.
Y este fué á quien Neptuno por la mano
mató de Idomeneo, y sus dos ojos
cubrió de oscuridad, y en duros grillos
ató sus miembros; porque atras volverse
no pudiera, y tampoco adelantarse.
Inmoble así, cual si columna fuera
ó árbol frondoso, con su aguda lanza
en medio el corazon Idomeneo
le hirió, rompiendo la coraza fuerte
de bronce con que el pecho se cubriera
para librarse de mortales tiros,
y entónces ronca resonó rompida
por la robusta lanza y el Troyano
cayó en el suelo, y retembló la tierra.

Y como estaba el acerado hierro
fijo en el corazon, con sus latidos
del hasta el regaton se estremecia;
pero despues el hierro poderoso
toda fuerza perdió: é Idomeneo,
con la victoria ufano, á Deïfobo
así decia en orgullosas voces.

"Deifobo! pues que vano te jactabas
» de haber muerto á un Aquivo ¿no podrémos
» con mas razon nosotros gloriarnos
» por haber dado muerte á tres caudillos
» en lugar de uno solo? Y tú, valiente,
» ¿por qué conmigo á combatir no llegas?
» Ya verias quién es de Jove el nieto
» que á Troya vino á pelear; pues Jove
» el padre fué de Mínos, que de Creta
» ha sido el fundador; y Mínos tuvo
» al afamado Deucalion por hijo,
» y de este yo nací, y en la ancha Creta
» impero sobre gentes numerosas;
» y á esta playa mis naves me trajeron
» para ser el azote de tu padre,
» de tí mismo, y de todos los Troyanos."

Así dijo el Cretense, y Deïfobo
entre dos pensamientos fluctuaba:
si á los otros valientes campeones
de Troya en su defensa llamaria
retirándose; ó solo, y cuerpo á cuerpo,
con el ardido Rey de los cretenses
la suerte probaria de las armas;
y al fin le pareció mas acertado
ir en busca de Enéas. Y al extremo
pronto le halló del escuadron, y ocioso;

porque siempre vivia resentido 823
del Rey Príamo, al ver que no le honraba
siendo él tan esforzado y valeroso;
y así le dijo en agitadas voces.
Enéas, claro Príncipe de Troya!
» si algo puede contigo el parentesco,
» llegada es la ocasion en que defiendas
» de un cuñado el cadáver. Tú me sigue,
» y de Alcatoo la muerte vengarémos.
» Es de tu hermana esposo, y educado
» por él has sido. El Rey de los cretenses,
» Idomeneo, de matarle acaba."
Así dijo, y su cólera en el pecho
Enéas avivó: y á la pelea
deseando volver, marchó animoso
á buscar al valiente Idomeneo.
Mas no el temor se apoderó del héroe
cual si fuera un rapaz, sino que firme
á los dos esperó. Como en el monte,
haciendo ostentacion de su bravura,
espera el jabalí de los mancebos
el hórrido tumulto, y no abandona
el matorral aunque se encuentre solo;
y en el lomo las cerdas herizadas,
brillan sus ojos en ardiente fuego,
aguza los colmillos, é impaciente
está por rechazar la acometida
de los perros y fuertes cazadores:
así esperó el ardido Idomeneo
al troyano, que en rápida carrera
hácia él venia; pero en altas voces
llamaba en su socorro á los amigos.
Y fijando la vista en Afareo,

856 Ascálafo, Deipiro, Merïónes
y Antíloco, esforzados adalides,
así dijo en palabras voladoras.
"Amigos! acudid á mi defensa;
»porque, hallándome solo, mucho temo
»al fuerte Enéas que en veloz corrida
»contra mí se adelanta. Él es valiente,
»y capaz de matar en la pelea
»á muchos campeones; y se encuentra
»en la flor de la edad, cuando los hombres
»alcanzan mayor fuerza. Si la misma
»fuera la edad de entrambos, y tuviese
»yo tambien el valor de que animado
»me siento ahora; glorïoso triunfo
»pronto el héroe troyano alcanzaria,
»ó pronto yo la vida le quitara."
Así les dijo: y animados todos
del mismo ardor, á su defensa alegres
corrieron; y embrazados los escudos,
le rodearon. Por su parte Enéas
animaba á sus fuertes compañeros,
hácia Páris volviéndose y Deifobo,
y el gallardo Agenor, que las legiones
juntamente con él acaudillaban
de los Troyanos, y á su voz siguieron
las tropas. Como suelen las ovejas
al carnero seguir cuando al arroyo
van á beber desde el herboso prado
en que pacian, y el pastor se goza:
así el alma de Enéas en el pecho
gozóse mucho al ver que le seguia
escuadra de guerreros numerosa.
Y de Alcatoo llegados al cadáver,

cuerpo á cuerpo trabaron la pelea 889
con luengas hastas; y hórrido crugia
en torno al pecho el sonoroso bronce,
al repetido golpe de los dardos
que con pujanza mucha se lanzaban
los Griegos y Troyanos. Entre todos,
los que con mas ardor apetecian
despedazarse con agudo bronce
eran los dos primeros capitanes,
Enéas y el cretense Idomeneo,
en el valor á Marte parecidos.
Y Enéas fué el primero que su lanza
al Aquivo tiró; pero en el aire
viéndola este venir, evitó el golpe:
y del Troyano la acerada pica
clavándose en la arena, inútilmente
saltó ligera de su fuerte mano.
Vibró despues la suya Idomeneo,
y de Enomao la clavó en el vientre:
y rompiendo la cóncava loriga,
en las entrañas penetró la punta;
y en el polvo caido, con la mano
asió la tierra al espirar el teucro.
Sacó su larga pica del cadáver
diligente el aquivo; mas no pudo
de los hombros quitarle la armadura,
porque de todas partes le tiraban
sus luengas javelinas los Troyanos.

Y no siendo bastante poderosos
sus piés para correr con ligereza,
ó ya quisiese recobrar su lanza
si de nuevo otra vez la despedia,
ó ya esquivar la que sobre él viniese;

922 á pié firme y parado, se libraba
de la muerte. Salirse del combate
retrocediendo en rápida carrera
tampoco le era dado: y lentamente
comenzó á retirarse. Deïfobo,
que irritado con él estaba mucho,
su lanza le tiró: y errado el golpe,
el penetrante hierro al infelice
hijo de Marte, Ascálafo, en el hombro
hizo mortal herida. Cayó en tierra;
y muribundo, con la fuerte mano
apretaba la arena. El fiero Marte
no supo entónces que en la lid terrible
cayera muerto el hijo; porque estaba
bajo doradas nubes asentado
del Olimpo en la cumbre y detenido,
como los otros Dioses inmortales,
por mandato de Jove; que en la guerra
les prohibia intervenir ahora.
Sangrienta lid se comenzó de nuevo
en derredor de Ascálafo, y Deifobo
el morrïon le arrebató brillante;
pero sobre él saltando Merïónes,
en el brazo le hirió. Cayó en la arena
el ferreo morrïon, y ronco ruido
hizo al caer; y el bravo Merïónes,
cual lijero alcotan, saltó de nuevo
sobre el Troyano y la robusta lanza
de su brazo sacó, y hácia los suyos
retrocedió veloz. A Deïfobo,
cruzándole los brazos por el cuerpo,
del bélico tumulto y la pelea
sacó Polítes, su uterino hermano,

hasta donde tenia sus bridones;
que léjos del combate detenidos,
con el brillante carro y el auriga
estaban. Y subido ya en el carro,
y hácia los muros caminando triste;
dolorosos suspiros de su pecho
frecuentes despedia y se quejaba,
y del herido brazo mucha sangre
vertia sin cesar; pero entre tanto
peleaban los otros escuadrones,
con inmenso clamor y vocería.

Y acometiendo Enéas á Afareo,
hijo de Caletor, que valeroso
hácia él venia en arrogantes pasos;
le hirió en el cuello con su aguda lanza.
Inclinóse del Griego la cabeza
al otro lado; y el enorme escudo,
que del cuello pendia, el movimiento
siguió de la cabeza. Y en el polvo
caido el héroe, en repetidos saltos
rodó por tierra el morrïon vacío:
y la muerte, que el ánimo divide
de los miembros, en torno derramada
fué del Aquivo. Antíloco, observando
que Toon para huir vuelta la espalda
empezaba á correr, saltó ligero
sobre él. Y con su lanza la armadura
y el cuerpo le pasó, y en larga herida
la vena le cortó que se dilata
por todo el lomo y hasta el cuello sube.
Y cayendo de cara sobre el polvo
el campeon, en vano á sus amigos
ambas manos tendia. Acudió alegre

hasta donde tenia sus bridones;
que léjos del combate detenidos,
con el brillante carro y el auriga
estaban. Y subido ya en el carro,
y hácia los muros caminando triste;
dolorosos suspiros de su pecho
frecuentes despedia y se quejaba,
y del herido brazo mucha sangre
vertia sin cesar; pero entre tanto
peleaban los otros escuadrones,
con inmenso clamor y vocería.
Y acometiendo Enéas á Afareo,
hijo de Caletor, que valeroso
hácia él venia en arrogantes pasos;
le hirió en el cuello con su aguda lanza.
Inclinóse del Griego la cabeza
al otro lado; y el enorme escudo,
que del cuello pendia, el movimiento
siguió de la cabeza. Y en el polvo
caido el héroe, en repetidos saltos
rodó por tierra el morrïon vacío:
y la muerte, que el ánimo divide
de los miembros, en torno derramada
fué del Aquivo. Antíloco, observando
que Toon para huir vuelta la espalda
empezaba á correr, saltó ligero
sobre él. Y con su lanza la armadura
y el cuerpo le pasó, y en larga herida
la vena le cortó que se dilata
por todo el lomo y hasta el cuello sube.
Y cayendo de cara sobre el polvo
el campeon, en vano á sus amigos
ambas manos tendia. Acudió alegre

888 Antíloco, y las armas de los hombros
le desató, mirando precavido
ántes en derredor: y los Troyanos,
unos por una parte otros por otra,
en torno le cercaron, y valientes
la anchurosa rodela, que ligero
él oponia por cualquiera lado
que intentaban herirle, con sus picas
sin cesar golpeaban. Pero nunca
adentro penetrar, y del Aquivo
la tierna carne rasguñar pudieron;
que Neptuno de Néstor defendia
al hijo, y de los dardos le libraba.
Así, el héroe jamas del enemigo
se alejaba: y enmedio de sus filas
penetrando animoso, ni un instante
ociosa estaba su terrible lanza;
que blandiéndola siempre, á todos lados
la volvia dudando si de léjos
mejor era arrojarla, ó desde cerca
acometer. En tanto que dudoso
él meditaba lo que hacer debia;
de Asio el hijo, Adamante, entre la turba
le divisó. Y de cerca arremetiendo,
enmedio del escudo con su lanza
le dió furioso golpe; mas Neptuno,
rompiendo el hasta, le negó la vida
quitar al héroe, y se quedó clavada
la mitad del hastil en el escudo
cual tizon aguzado por el fuego;
y en el polvo, del resto separada,
cayó la otra mitad. Volvió el Troyano
la espalda para huir y de los suyos

ocultarse en las filas, y la muerte 1021
evitar. Pero vióle Merïones
retirarse; y lanzándole su pica,
en el vientre le hirió, do peligrosas
son las heridas que el agudo hierro
suele hacer á los míseros mortales.

Clavada allí la pica, y en la arena
Adamante caido; se agitaba
en torno del hastil, como se agita
un toro si á la fuerza los pastores
con retorcidas cuerdas le han atado
en el monte, y al valle le conducen
á su pesar. Así, viéndose herido,
Adamante furioso se agitaba
por algunos instantes, pero largo
no fué su padecer; que Merïónes
acercándose á él la aguda lanza
de su cuerpo sacó, y oscura sombra
cubrió sus ojos. Entretanto Heleno
á Deipiro en la sien terrible tajo
tiró de cerca con la gran cuchilla
que de bronce finísimo le hiciera
artífice traciano y honda raja
hizo en el morrïon, que á la violencia
del golpe sacudido cayó al suelo:
y uno de los donceles, que inmediato
estaba y á sus piés venir le viera
rodando, le tomó, y á Deipiro
cubrió los ojos tenebrosa noche.

Alto dolor, cuando le vió en la arena,
por su muerte sintiendo Menelao
se adelantó con pasos presurosos
contra el valiente capitan Heleno:

1054 y blandiendo su lanza, con la vista
le amenazaba ya. Vióle el Troyano
y la ballesta armó, y al mismo tiempo
dispararon. El Griego deseaba
con la pica matar á su enemigo,
y Heleno con la flecha despedida
del arco atravesar á Menelao:
y tan bien la asestó que sobre el pecho
enmedio de la cóncava loriga
del Aquivo cayó, mas rechazada
fué por el duro bronce. Como suelen
por el estío en anchurosas eras,
al soplo de los vientos sonorosos
y del aventador al firme empuje,
saltar del bieldo las negruzcas habas,
ó los duros garbanzos: así entónces,
del peto del valiente Menelao
rechazada la flecha matadora,
á lo léjos voló; pero el Atrida
al mismo tiempo con su aguda lanza
al valeroso capitan Heleno
hirió tambien la mano en que tenia
el balleston enorme. A la otra parte
apareció la punta, y presurosa
se clavó en la ballesta; y el troyano,
para evitar la muerte, á sus escuadras
retrocedió veloz. La mano izquierda,
cosida con el arco, por el suelo
arrastrando tras sí la luenga pica
llevaba del Aquivo: y ya llegado
Deifobo al escuadron de sus guerreros,
se la sacó Agenor; y con destreza
la mano en torno le vendó con honda

que su escudero le alargó, tejida 1087
pe las ovejas con flexible lana.
Viólo Pisandro; y en veloz carrera
marchó contra el Aquivo, que orgulloso
de su triunfo gozaba. Hado siniestro
al infeliz llevaba á que muriese
por tu diestra vencido, o Menelao,
en terrible combate. Cuando cerca
estuvieron los dos, sus largas picas
vibraron animosos; pero el golpe
errando el Griego, su robusta lanza
por el lado pasó del enemigo
sin herirle. Pisandro con la suya
al broquel acertó de Menelao,
pero no pudo atravesar el bronce
que le cubria: y resistiendo firme
el poderoso escudo, por el hasta
la pica se rompió. Cuando el Troyano
la vió clavarse enmedio del escudo;
mucho en el alma se alegró, y creia
la victoria alcanzar; pero el Aquivo,
sacando pronto la tajante espada,
acometió á Pisandro. Defendido
este de su rodela, alzó del suelo
una hacha de dos filos reluciente
y muy cortante, y de silvestre olivo
en largo y terso hastil asegurada,
y al mismo tiempo furibundo golpe
descargaron los dos. En la cimera
del almete, y al pié de la garzota,
acertó á dar el teucro á Menelao;
y el aquivo, por medio de la frente,
entre las cejas le clavó la punta

de la espada. Y los huesos rechinaron,
y ambos ojos cayeron en la arena
á sus piés, en la roja sangre tintos:
y en tierra derribado, en dolorosa
contorsion se agitaba. Menelao,
sobre su pecho la robusta planta
fijando, de los hombros la armadura
le quitó, y jactancioso le decia.
"Así, por fin, de los valientes Griegos
»las naves dejaréis, o violadores
»de la pública fe, por mas ganosos
»que esteis de pelear. No está vengada
»todavía la afrenta, viles perros,
»que hicisteis á mi honor sin que temierais
»de Júpiter tonante, que los fueros
»de la hospitalidad defiende santos
»y arruinará vuestra ciudad un dia,
»la terrible venganza. Y no contentos
»con haberme robado, sin que nunca
»yo os hubiese ofendido, mis riquezas
»y hasta la dulce esposa que en su alcázar
»os recibió benigna; los navíos
»con fuego abrasador quereis ahora
»arder, y degollar á los Aqueos.
»Mas, á pesar de la impotente rabia
»de que estais agitados, muy en breve
»tendréis que renunciar á la pelea.
»O padre Jove! reconocen todos
»que á las otras Deidades y á los hombres
»en prudencia y saber excedes mucho,
»pero de tí estos daños han venido;
»porque así favoreces á una gente
»que en la injusticia se complace solo,

»y no sabe vivir sino en la guerra 1153
»que todos aborrecen. A saciarse
»llega el hombre de todo, hasta del sueño,
»del dulce amor, del canto delicioso,
»y de la alegre danza; y son placeres
»gratos al hombre, aunque valiente sea,
»mas que las lides; y saciados nunca
»á los Troyanos de batallas vemos."

Así dijo: y las armas de los hombros
de Pisandro arrancó, y á sus donceles
las dió porque á sus naos las llevaran:
y entrándose de nuevo en la pelea,
al frente se mostró de su falange.
El primero de todos los troyanos
que á pelear salió con el aquivo,
fue el jóven Harpalion: fuerte guerrero,
hijo del Rey Pilémenes, que á Troya,
queriendo hallarse en tan famosa guerra,
viniera con su padre, y á su patria
no debia volver. El infelice
acometió al Atrida, y del escudo
en el centro le dió fuerte lanzada;
mas, no pudiendo atravesar el bronce,
á su escuadron para evitar la muerte
retrocedió, mirando precavido
en derredor si con aguda pica
á herirle se acercaba algun aqueo.
Disparóle una flecha Meríónes,
viéndole huir; y la acerada punta,
por el muslo derecho atravesando,
vino á salir en la raiz del vientre.
Harpalion, en la arena de rodillas
caido habiendo y suspirando triste,

1186 en manos de sus fieles compañeros
espiró; y extendido sobre el polvo
cual gusanó quedó, purpúrea sangre
de la herida vertiendo que la arena
humedeció. Los fuertes Paflagones
en torno le cercaban: y en su carro
colocando el cadáver, afligidos
á Troya le llevaron: mas el padre
no le seguia, lágrimas vertiendo,
y ni del hijo la temprana muerte
pudo vengar; porque tambien muriera.

Viendo al jóven caer ira terrible
se apoderó de Páris, porque huésped
entre los numerosos Paflagones
era suyo; y de cólera inflamado,
lanzó para vengarle una saeta.
Hubo entre los Aqueos un caudillo
hijo de Poliido el agorero,
y Euquenor se llamaba, y poderoso
era mucho en riqueza, y de Corinto
habitador. Y aunque á saber llegara
el destino fatal que preparado
las Parcas le tenian, en las naves
se embarcó de la Grecia. Cuando jóven
él era aün, su padre muchas veces
le dijo que en su casa moriria
de enfermedad penosa, ó de los Griegos
al pié de los bajeles por la flecha
de algun troyano herido; mas el triste,
deseando evitar que le llamaran
cobarde los Aquivos, y en su lecho
para no padecer graves dolores
en larga enfermedad, á Troya vino.

Y ahora Páris le clavó su flecha 1219
por bajo del oido y la quijada;
y el alma pronto abandonando el cuerpo,
horrenda oscuridad cercó sus ojos.
Así, cual fuego ardiente, peleaban
animosos los Griegos y Troyanos
sin que Héctor conociese todavía,
ni á sus oidos el rumor llègara,
que á la izquierda del campo sus legiones
eran por los Aqueos destruidas.
Y si él á socorrerlas no acudiera,
protamente los Griegos la victoria
hubieran alcanzado: tanto brio
les infundió Neptuno, y tan valiente
él mismo en su defensa combatia.
Mas Héctor entretanto, por la parte
en que asaltado el muro y derribada
la puerta las falanges de los Griegos
el primero rompiera, sostenia
la lid aün. Allí de los Ayaces
y de Protesilao los bajeles,
del espumoso mar en la ribera,
habian sido puestos, y muy bajo
era el muro, que en torno los cercaba;
porque muy esforzados los guerreros
y poderosos eran los caballos
que acampaban allí. Los de Beocia,
los Yaones de larga vestidura,
los Locros, y los Phtios, y los fuertes
Epeos, las escuadras componian
que á esta parte del muro peleaban.
Y aunque valientes, consiguieron solo
impedir que llegara hasta las naves

1252 Héctor, que furibundo acometia
semejante á la llama abrasadora,
y léjos de su escuadra rechazarle
no pudieron. Allí en primera fila
estaban los ardidos Atenienses
por su animoso Príncipe guiados,
el claro Menesteo, á quien seguian
Fídas, Estiquio y el feroz Biante.
Mandaban la legion de los Epeos
Méges, Anfion y el valeroso Draquio,
y de todos los Phtios eran gefes
Medonte y el magnánimo Podárces.
Hijo bastardo del valiente Oileo
era Medonte, y como tal hermano
de Ayax; y léjos del pais nativo,
en Fílace habitaba, porque muerte
á un hombre dió que de la linda jóven
Eriopis era hermano, su madrastra.
El valiente Podárces por Ificlo
fuera engendrado, el hijo de Filáces.
Y al frente de los Phtios valerosos
ambos en la defensa de las naos,
junto con los Beocios, combatian;
y Ayax de Oileo ni un instante solo
de Telamon al hijo abandonaba.
Cual dos negros novillos del arado
unidos tiran en noval profundo
la torva frente de sudor bañada,
y solo el terso yugo los divide;
y miéntras por los surcos lentamente
ellos caminan, la aguzada reja
el duro suelo rompe: tan cercanos
estaban los Ayaces. Numerosa

escuadra de aguerridos combatientes
de Telamon al hijo acompañaba:
y alternando por veces, el enorme
escudo le tomaban si cansado
de combatir el héroe la fatiga
y el sudor al descanso le obligaban.
Mas al hijo magnánimo de Oileo
no seguian sus Locros, porque nunca
grato les era combatir parados;
y ni yelmos tenian refornidos
de luciente metal y con las crines
empenachados de alazan brioso,
ni escudos circulares, ni de fresno
gruesas y largas picas. Y á su gefe
á Troya acompañaran confiados
en sus ballestas, y hondas retorcidas
que con lana de ovejas fabricaban:
y en las lides con ellas á los Teucros
muchas y enormes piedras arrojando,
sus espesas falanges destruian.
Aquellos, pues, de frente y defendidos
de fuertes armaduras, peleaban
con Héctor sin cesar y con su gente;
y por detras y ocultos, desde léjos
los Locros con sus flechas voladoras
los herian; y pronto los Troyanos
suspendieron la lid; porque las flechas
en confuso desórden los ponian.
Y entónces de las tiendas y las naves
vuelto hubieran á Troya derrotados
si acercándose á Héctor no le hubiese
hablado así el augur Polidamante.
"Héctor! será posible que algun dia

1318 »escuches de los otros el consejo?
»¿Acaso porque Dios te ha concedido
»sobresalir en hechos militares,
»quieres tambien aventajar á todos
»en prudencia? No es fácil que reunas
»todas las prendas tú. Concede el cielo
»á uno pujanza en la marcial pelea,
»y á otro pericia en las alegres danzas:
»á este destreza en el tañer la lira
»y en el cantar, y á aquel prudencia suma,
»á muchos provechosa; y las ciudades
»salva con ella, y su valor conoce
»solo aquel que la tiene. Así yo ahora
»te diré lo que entiendo, y me parece
»mas acertado. El fuego de la guerra
»arde en torno de tí por todas partes;
»y de los valerosos campeones
»de Troya que pasaron la muralla,
»los unos con sus armas se retiran,
»y los otros sostienen el combate
»en desigual batalla, porque pocos
»son contra muchos Griegos; y esparcidos
»están, y separados en las naves.
»Así, tú retrocede y á este puesto
»convoca los mas fuertes adalides,
»y aquí deliberemos si conviene
»acometer á las aquivas naos,
»para ver si propicia la victoria
»Júpiter nos concede; ó si volvernos
»debiéramos á Troya, ántes que daño
»se reciba mayor. Recelo mucho
»que hoy nos paguen la deuda los Aquivos;
»que ocioso está en las naves un guerrero

»incansable en la lid, y yo presagio 1351
»que ya por largo tiempo de la guerra
»no estará retirado." Así decia
Polidamante; y el consejo suyo
á Héctor fué grato: y en templadas voces
con él hablando, cariñoso dijo.
"Polidamante! aquí deten ahora
»tú á los mas valerosos capitanes;
»yo al ala izquierda voy, y en la pelea
»allí tomaré parte; y cuando hubiere
»puesto en órden las haces, presuroso
»tornaré aquí otra vez." Así decia
Héctor: y erguido cual nevado monte,
y horribles voces dando, por las filas
volaba de los Teucros y auxiliares.
Y todos los mas fuertes adalides
al escuchar su voz se reunieron
en torno del augur Polidamante,
hijo de Pantoó, que en las batallas
tambien sabia pelear valiente.
Héctor iba buscando á Deïfobo,
al esforzado capitan Heleno,
á Adamante, y al hijo del valiente
Hirtacio, y las hileras recorria
del primer escuadron por si encontrarlos
podia; pero ya ninguno de ellos
vivo estaba, ó ileso. Ya los unos
al pié de los bajeles, por la mano
de los Griegos vencidos y del alma
despojados, yacian; y los otros
heridos, quien de léjos quien de cerca,
y á los muros de Troya retirados,
la lid abandonaran. Mas habiendo

1384 á Páris encontrado, que á los suyos
animaba á que firmes peleasen;
así le dijo en injuriosas voces.
"Funesto Páris, por la gran belleza
»célebre solo y á mugeres dado!
»pérfido! seductor! ¿qué es lo que hiciste
»de tu hermano Deifobo, qué de Heleno,
»qué de Adamante, qué del animoso
»hijo de Hirtacio, qué de Otrïoneo?
»Hoy es el dia en que la excelsa Troya
»arruinada será, y á tí segura
»tambien te espera dolorosa muerte."
Y Páris respondió. "Ya que tú quieras
»sin motivo culparme; acaso pude
»otras veces mostrar en las batallas
»ardimiento menor, aunque del todo
»cobarde no nací. Mas este dia,
»desde que tú en las naos la pelea
»á la frente empezaste de los Teucros,
»nosotros combatiendo á los Aquivos
»aquí estamos. Los fuertes adalides
»por quien preguntas perecieron todos,
»y Deifobo y Heleno solamente
»se han retirado, aunque de lanza heridos
»en la mano los dos; que de la muerte
»los ha librado el hijo de Saturno.
»Pero guíanos tú donde te inspire
»tu ardido corazon; que adonde vayas
»nosotros seguirémos presurosos,
»y el heróico valor que nos anima
»tú verás en la lid miéntras las fuerzas
»nos asistan. Y nadie está obligado
»á hacer, aunque animoso lo procure,

»mas de lo que sus fuerzas le permiten." 1417
Y con estas palabras de su hermano
la cólera aplacó, y ambos unidos
al parage marcharon en que habia
mayor peligro, y de la guerra el fuego
con mas furor ardia; donde estaban
Cebrïon, el augur Polidamante,
Fálces, Orteo, el claro Polifétes,
Pálmis, Ascanio y Móris, hijos ambos
de Hipotïon. Vinieran estos héroes
de la fértil Ascania aquellos dias
el vacío á llenar de los guerreros
que habian perecido en las batallas,
y Júpiter entónces al combate
los enviara él mismo. Cual desciende
de rápido huracan el torbellino,
que del trueno de Jove acompañado
sobre tendida playa impetuoso
se precipita y con inmenso ruido
el piélago conmueve, y se levantan
del resonante mar las crespas olas
cual montañas de espuma; y alternando
con igual movimiento, se suceden
las unas á las otras: así entónces
en numerosa escuadra los Troyanos,
uno en pos de otro y apiñados, iban
detras de sus caudillos. A su frente
Héctor, hijo de Príamo, marchaba,
al furibundo Marte parecido:
y delante del pecho la rodela
de durísimas pieles fabricada
y con espesa lámina de bronce
refornida llevaba, y de las sienes

en derredor el relumbrante yelmo
retemblaba. Y queriendo la falange
de los Griegos romper acometia
por una y otra parte, defendido
con el escudo enorme, y esperaba
que en fuga se pondrian. Mas no pudo
el ánimo turbar de los Aquivos;
que Ayax de Telamon á grandes pasos
á encontrarle salió, y así el primero
le provocaba á singular pelea.
"Ven mas cerca de mí. ¿Por qué á los Griegos
»quieres intimidar con amenazas?
»No somos en la guerra tan noveles;
»de Júpiter tonante el duro azote
»es el que nos aflige. Si tú esperas
»las naves incendiar; tambien nosotros
»manos tenemos poderosas muchas
»que tu furor contengan, y primero
»por nosotros tomada y destruida
»vuestra ciudad será tan populosa.
»Y cercano tú mismo, te lo anuncio,
»ya tienes el momento en que obligado
»á la fuga á los otros inmortales,
»y al padre Jove, rogarás humilde
»que tus caballos al ondoso viento
»suelta la hermosa crin corran veloces
»mas que vuelan ligeros los milanos;
»y que á Troya te lleven, densa nube
»de polvo levantando en la llanura."
Al decir estas últimas palabras,
por encima pasó de su cabeza
hácia el lado derecho, vagarosa,
el águila que vuela en las alturas,

y de los Dánaos exclamó la hueste
con la fausta señal cobrando aliento;
pero sin perturbarse, al desafío
así del Griego respondió el Troyano.
"Lenguaraz fanfarron! ¿qué pronunciaste?
»Ojalá que yo fuera hijo de Jove
»y eterno, y que mi madre hubiera sido
»la augusta Juno, y venerado fuese
»cual Apolo y Minerva, como es cierto
»que este dia fatal á los Aquivos
»ha de ser, y tú mismo entre sus filas
»quedarás muerto si á esperar te atreves
»el bote de mi lanza; que su punta
»de tu cuerpo la carne delicada
»hará menudos trozos, y en las naves
»de los Dánaos tendido de alimento
»á los perros carnívoros de Troya
»servirás y á las aves de rapiña."
Dijo y marchó adelante, y le siguieron
con inmenso clamor los escuadrones,
repitiendo las últimas hileras
la confusa algazara y vocería.
Y tambien por su parte los Aquivos
grande clamor alzaron, ni cobardes
de su antiguo valor ya se olvidaban;
que firmes esperaron en su puesto
de los mas afamados campeones
troyanos al embate poderoso;
y el eco de las voces resonante
de ambas escuadras penetró hasta el éter
y la mansion de Jove luminosa.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

Oyó Néstor el bélico tumulto,
aunque en dulces coloquios y bebiendo
con Macäon estaba: y agitado,
así le dijo en dolorosas voces.
"Qué suerte, ó Macäon, á los Aquivos
» reserva el Hado? Por momentos crece
» el gritar de los jóvenes briosos
» que las naves defienden. Tú en la tienda
» sigue bebiendo el delicioso vino
» mientras el agua tibia para el baño
» Hecamede prepara, y de la sangre,
» y el polvo, y el sudor, tu cuerpo limpia;
» y en tanto yo, subido en alta loma,
» pronto veré lo que sucede." Dijo:
y tomando el escudo poderoso
de su hijo Trasimédes, que en la tienda
le dejó por llevar el de su padre,
y un hastil empuñando guarnecido
de agudo hierro, en presurosos pasos
salió del pabellon. Y cuando estuvo
ya fuera de él, en inquietud la vista
tendiendo por las tiendas y las naves,
se paró. Y pronto en vergonzosa fuga
vió venir á los suyos acosados
de los feroces Teucros, y por tierra
vió tambien de los Griegos la muralla.
Como la faz del piélago espumoso,
lentamente arrugándose, comienza
ya con sorda mareta á conmoverse;
y renegrea si del alto cielo

siente venir en rápidos caminos 31
los resonantes vientos; y sus olas
indecisas están sin revolverse
ni á este lado ni aquel, hasta que baja
enviado por Júpiter el viento
que ha de reinar entónces: el anciano
de esta suerte indeciso vacilaba
entre dos pensamientos; ni sabia
si marchar al lugar en que los Griegos
estaban peleando, ó á la tienda
de Agamenon, seria provechoso.
Al fin le pareció mas acertado
al Atrida buscar. Marchó: y siguiendo
entre tanto el combate, se mataban
los unos á los otros; y á los golpes
de las picas y espadas cortadoras
con que se herian, el arnes sonoro
en torno de sus pechos resonaba.

Y no léjos de allí se le juntaron
los Reyes que salieran del combate
heridos ántes; de Tideo el hijo,
Agamenon, y Ulíses, que subian
de la costa del mar desde sus naves.—
Estas léjos del campo de batalla
sacadas fueran á la corva orilla
del espumoso mar: las que primero
aportaron las últimas de todas
en la llanura estaban, y delante
de sus popas el muro fué labrado.
Porque, aun siendo tan vasta la ribera,
todas las naves contener no pudo
en una hilera sola sin que estrecho
fuese el terreno en que acampar debia

64 la numerosa hueste. En escalones
las colocaron, pues, unas tras otras,
y la costa llenaron dilatada
que cierran elevados promontorios.—
Iban tambien los Reyes el combate
á ver y la pelea clamorosa,
unidos y en sus lanzas apoyados,
y dentro el pecho el corazon tenian
hondamente afligido. Cuando triste
se les juntó el anciano, su venida
nuevo terror les infundió: y al verle,
así, azorado, Agamenon le dijo.
"O Néstor, grande honor de los Aqueos!
» ¿Por qué hácia este lugar vienes ahora,
» la guerra abandonando y los combates?
» Mucho temo no acaso la amenaza
» Héctor me cumpla que arrogante hácia,
» delante de sus Teucros arengando,
» de no volver á Troya hasta que hubiese
» puesto fuego voraz á los navíos
» y degollado á todos los Aqueos.
» Así aquel arengaba, y ya se cumple
» su amenaza. Ay de mí! Sin duda todos
» los Aquivos la cólera en el pecho
» pusieron en mi daño como Aquíles,
» y á defender se niegan los bajeles."
Néstor le respondió." Ya su amenaza
» en parte se ha cumplido; y no podria
» el mismo Jove, que en los aires truena,
» lo hecho ya deshacer. La gran muralla
» que esperabamos fuese de las naves
» antemural y de nosotros mismos
» ha sido destruida, y los Troyanos

» en los navíos con rabiosa furia
» pelean sin cesar. Y no podrias,
» por mas que conocerlo procurases,
» distinguir de qué lado los Aquivos
» huyendo se retiran: tan de cerca
» hieren y son heridos, y hasta el cielo
» llega el clamor horrísono. Veamos
» nosotros ya si en esta desventura
» queda alguna esperanza, y de qué modo
» un prudente consejo de la ruina
» nos salvará. Volver á la pelea
» yo no os propongo, porque no es posible
» que animoso batalle el que está herido."
Respondió triste Agamenon. "O Néstor!
» pues al pié de las popas de las naves
» ya los Teucros pelean; y ni el muro
» nos defendió, ni el excavado foso
» que con mucho trabajo los Aquivos
» hicieron, esperando que seria
» de los bajeles y guerreros todos
» inexpugnable antemural: sin duda
» ha decretado el poderoso Jove
» que sin honor, y léjos de su patria,
» aquí mueran los Dánaos. Hubo tiempo
» en que el Saturnio Jove á los Aquivos
» ayudaba en la guerra; mas ahora
» á los pérfidos Teucros favorece
» y los colma de honor como si fueran
» Deidades del Olimpo, y á nosotros
» las manos y el valor ha encadenado.
» Haced, pues, todos lo que yo dijere.
» Arrastremos del mar á la ribera,
» y botemos al agua, los navíos

» que de la orilla están los mas cercanos;
» y sujetos con áncoras, el puerto
» llenen hasta que venga de la noche
» la tiniebla: y si acaso el enemigo
» entónces del combate se retira,
» despues al ancho mar las otras naves
» todas arrastrarémos. Vergonzoso
» no es evitar, aunque de noche sea,
» el último exterminio; y en las lides
» mas prudente es salvarse con la fuga,
» que dar las manos á servil cadena."
Con torva faz habiéndole mirado,
el sábio Ulíses respondió al Atrida.
"¿Qué palabra ha salido de tu boca,
» o hijo de Atreo? Miserable! Gefe
» de otro ejército ser tú deberias
» de cobardes compuesto, y en nosotros
» no mandar á quien Jove ha concedido
» desde la juventud sangrientas lides
» sostener con valor; hasta que venga
» la rugosa vejez, y de la vida
» el término se acerque. ¿Y has tenido
» valor de proponer que abandonemos
» de la opulenta Troya la conquista,
» despues que en ella habemos tolerado
» tantos afanes? Calla, no te escuche
» alguno de los Griegos esas voces
» que ni asomar al labio deberia
» un hombre que en el ánimo supiese
» como prudente hablar, y que en su mano
» cetro llevara, y comandante fuera
» de ejército tan fuerte y numeroso
» como el de los Aquivos que obedece

»hoy á tu voz. Por eso yo combato 163
»el funesto dictámen que propones.
»¿Quiéres tú que trabada la pelea,
»y miéntras dura el bélico tumulto,
»saquemos á la mar nuestros navíos;
»para que así consigan los Troyanos
»mas fácilmente el triunfo cuando ahora,
»que les hacemos frente, en la batalla
»la mejor parte llevan? ¿No conoces
»que si ven á la mar estos bajeles
»arrastrar los Aquivos el combate
»no querrán sostener, y á todos lados
»los ojos volverán, y temerosos
»huirán de la lid, y su derrota
»completará el consejo que tú mismo,
»siendo Gefe de todos, nos ha dado?"

Y Agamenon le respondió confuso.
"No poco, Ulíses, de dolor llenaste
»con reprension tan dura y tan amarga
»mi ánimo; pero yo no he pretendido
»que mal su grado saquen los Aqueos
»sus naves á la mar. Y ojalá hubiese
»quien consejo mas sano propusiera
»que el mio. Y fuera mozo, ó fuera anciano;
»que mucho al alma grato me seria."

Y dijo el belicoso Dïomédes.
"Cerca está ese varon: y largo tiempo
»no habrémos de buscarle si quisiereis
»mi dictámen seguir, y por envidia
»no despreciareis lo que yo proponga
»porque soy de vosotros el mas jóven.
»Pero de ser tambien yo me glorío
»de esclarecida alcurnia; que mi padre

196 » fué Tideo el valiente, á quien de Tébas
» la tierra cubre ya. Tuvo Porteo
» tres hijos valerosos que habitaron
» en la alta Calidon, del anchuroso
» y fértil valle de Pleuron cabeza;
» y Agrio, Mélas, y Eneo se llamaron.
» Este, que á sus hermanos excedia
» en valor, fué mi abuelo, y habitaba
» en Calidon; pero mi padre tuvo
» en Árgos su morada, habiendo errante
» vivido algunos años porque Jove
» y las otras Deidades lo quisieron.
» Y desposado allí del Rey Adrasto
» con una de las hijas, habitaba
» opulento palacio; y extendidas
» tierras tenia de labor, y muchos
» plantíos de frutales, y rebaños
» de ovejas numerosos; y en destreza
» para blandir la pica aventajaba
» á todos los Aquivos. Lo refiero
» porque no acaso, de linage oscuro
» creyéndome y nacido de cobardes,
» desprecieis mi consejo aunque acertado
» y saludable sea. Yo propongo
» que los tres al lugar de la pelea
» marchemos aunque heridos, obligados
» por la necesidad. Y en la batalla
» sin entrar y alejados de los tiros,
» porque tal vez alguno de nosotros
» sobre la herida antigua otra mas grave
» no reciba, á la lid animarémos
» á los que fatigados de la liza
» se retiraron ántes, y en sus tiendas

» ociosos el combate han suspendido." 229
Así habló Dïomédes, y en silencio
los Reyes le escuchaban: y aprobando
su parecer á la batalla todos
unidos caminaron, y á su frente
el adalid de las escuadras iba.
Y no en vano sus pasos observaba
el potente Neptuno; que con ellos,
de un anciano tomando la figura,
se reunió. Y asiendo por la diestra
á Agamenon, le dijo cariñoso.
"Atrida! el corazon desapiadado
» de Aquíles mucho gozará en su pecho,
» la fuga y destruccion de los Aquivos
» al contemplar; que la razon le ofusca
» vengativo rencor. Ah! pereciera,
» y el cielo de ignominia le cubriese!
» Contigo no del todo las Deidades
» irritadas están: y no es ya léjos
» el dia en que los Príncipes y Gefes
» de los Troyanos en la gran llanura
» levantarán de polvo densa nube;
» y en general derrota, y fugitivos,
» volver tú los verás á su muralla
» de las naves y tiendas." El potente
Neptuno así decia: y por el campo
corriendo, en alarido resonante
tanto gritaba cual gritar pudieran
nueve ó diez mil guerreros que la liza
á empezar fuesen. Tan horrendas voces
arrojaba del pecho el poderoso
Dios que la tierra con sus aguas ciñe
y de continuo agita, y á los Griegos

262 dentro del corazon pujanza y brio
infundió porque firmes peleasen.
Juno, del aúreo trono levantada,
desde las altas cumbres del Olimpo
registró con sus ojos la llanura,
y pronto conoció que diligente
y afanoso corria por las filas
su cuñado y hermano, y en el alma
sintió grande placer. Tambien á Jove
vió sentado en la cima prominente
del Ida: y aunque mucho aborrecible
á su ánimo se hiciera, meditaba
cómo engañarle. Examinó cuidosa
los varios artificios que podria
contra Jove emplear, y el mas seguro
la pareció de todos su belleza
realzar con adornos y del Ida
á la cumbre bajar; por si, inflamado
Jove en amor cuando venir la viese
tan apuesta y gallarda, un breve instante
en su regazo descansar queria.
Y si grato le fuese, meditaba
el sueño mas profundo y delicioso
derramar en sus párpados, y en largo
sopor el alma adormecer del Númen.
Marchó pues á la cámara que el diestro
Vulcano fabricara, en los quiciales
dobladas puertas afirmando; y llave
de secreto añadiera, y ningun otro
usar de ella sabia entre los Dioses.
Y habiendo entrado, las doradas puertas
cerró por dentro y del hermoso cútis
limpió todo el sudor con ambrosía.

Ungióse luego con suave aceite,
celestial, perfumado; y tan fragante,
que con solo moverle en los eternos
alcázares de Jove su fragancia
se difundió en el cielo y en la tierra.
Y habiendo ungido el sonrosado cútis,
y peinado el cabello; por su mano
se hizo las rubias divinales trenzas
que hermosas y fulgentes coronaban
la cabeza inmortal. Y con el manto
que Minerva la hiciera, y de labores
vistosas adornara, su divino
cuerpo cubrió y al pecho sujetóle
con aúreo broche. El ceñidor vistoso,
de oro con cien borlones guarnecido,
tomó despues; y en las orejas puso
pendientes de tres gajos en que perlas
relucientes estaban engastadas
en graciosas labores. El prendido
colocó al fin en la cabeza, hermoso,
nuevo, y de una blancura tan brillante
que con el sol luciente competia,
y á los pies ajustó ricos chapines.
Cuando hubo ya su cuerpo ataviado
con todos los adornos, de su estancia
volvió á salir: y habiendo á Citerea
llamado aparte de los otros Dioses,
así dijo en acento cariñoso.

"Hija mia! ¿quisieras una gracia
» tú concederme que pedirte quiero?
» ¿ó me la negarás porque á los Dánaos
» favorezco yo siempre en las batallas,
» y á los Troyanos tú? Respondió Vénus.

328 "Augusta Juno, venerable Diosa,
» hija del gran Saturno! Tu deseo
» franca me anuncia: el corazon me inspira
» hacer lo que pidieres, si alcanzare
» á tanto mi poder." Con solapada
y dolosa intencion respondió Juno.
"Dame de amor el poderoso encanto,
» y los dulces deseos con que á todos,
» hombres y Dioses, á tu imperio rindes.
» Al último confin de la alma tierra,
» al padre de los Dioses Oceano
» y á Tézis su consorte voy ahora
» á visitar; que en paternal cariño
» de los brazos de Rea me cogieron,
» y dentro del alcázar me criaron,
» cuando á Saturno Júpiter tonante
» mas abajo del mar y de la tierra
» precipitó: y á verlos me encamino
» y á ponerlos en paz. Hace ya tiempo
» que en funesta rencilla, abandonadas
» sus almas á la cólera, renuncian
» al tálamo nupcial: y si lograra
» con halagüeñas voces inclinarlos
» á olvidar sus querellas, para siempre
» cara yo les seria y respetable."
Respondió á Juno la risueña Vénus.
"Justo, ni decoroso, no seria
» esta gracia negar á la que hermana
» siendo y esposa del potente Jove,
» duerme en sus brazos." Dijo: y de su pecho
el cinto con pespuntes adornado
en variada labor, donde incluidos
los encantos de amor todos tenia,

se quitó. Allí el amor, allí el deseo, 361
allí de los amantes los coloquios,
y allí la fácil persuasion estaba
que á los mas cuerdos la prudencia roba.
Y al ponérsele Vénus en las manos,
estas palabras misteriosas dijo.

"Toma este hermoso ceñidor, y oculto
» en tu seno le lleva: en él habitan
» los artificios todos. Yo te anuncio
» que cualquiera que fuere tu proyecto
» no vendrás sin lograr lo que deseas."

Así Vénus decia. Sonriyóse
la hermosa Juno, del Olimpo Reina;
y sonriyendo, el cinturon vistoso
dentro ocultó del seno. En tanto Vénus
en su cámara entró: y en raudo vuelo
á tierra desde lo alto del Olimpo
Juno bajó. Y pasando la Pieria,
y la fértil Ematia, y de los Tracios
los elevados montes que de nieve
están cubiertos, por las altas cumbres
presurosa corria, y á la tierra
no tocaban sus piés. Y desde el Atos
saltado habiendo al piélago espumoso,
á la gran capital llegó de Lémnos
fundada por el célebre Toante.
Y á la mansion del Sueño ya llegada,
hermano de la Muerte; por la diestra
blandamente le asió, y así le dijo.

"O Sueño! O Rey de las Deidades todas
» y de todos los hombres! Si otras veces
» dócil fuiste á mi voz tambien escucha
» mi ruego ahora, y para siempre grata

394 »quedaré á tu favor. Del padre Jove
»aduerme tú los vigilantes ojos,
»y sus párpados cierra, así que vieres
»que ceñido le tengo con mis brazos.
»Y en pago te daré fúlgido trono,
»eterno y fabricado de oro puro,
»que Vulcano te hará con primoroso
»artificio, y en grada sostenido
»en que afirmes tu planta delicada
»cuando asistas á esplendido convite."
"Y el dulce Sueño respondió afligido.
»Augusta Juno, venerable Diosa,
»hija del gran Saturno! Fácilmente
»á cualquier otro Dios, aun cuando fuera
»el que preside á la corriente undosa
»del Oceano y de los otros Dioses
»es el padre comun, yo adormeciera;
»pero al Saturnio Jove, ni acercarme
»osaré yo, ni adormecer sus ojos,
»si él mismo no lo manda. Ya otro tiempo
»me enseñó á ser mas cuerdo tu mandato;
»aquel dia que el hijo valeroso
»de Júpiter el mar atravesaba
»con sus bajeles, saqueada Troya.
»Yo entónces, dulcemente derramado
»en derredor de Jove, en delicioso
»sopor el alma enagené del Númen:
»y á Hércules entre tanto preparabas
»estragos tú, de los furiosos vientos
»el soplo destructor sobre los mares
»lanzando; y del camino y de su escuadra
»alejado, su nave dirigiste
»á la opulenta Cos. Dispertó Jove:

»é indignado á los Dioses del Olimpo 427
»áspero reprendia, y me buscaba
»por todas partes. Y del alto cielo
»arrojado me hubiera; si la Noche,
»que á las Deidades y á los hombres rinde,
»no me hubiera salvado. Y aunque estaba
»enfurecido el iracundo Jove,
»su cólera calmó porque temia
»á la Noche ofender; pero tú ahora
»nuevo atentado cometer me mandas."
Juno le respondió. "¿Porqué en tu pecho
»de aquel peligro la memoria triste
»y el temor se renuevan? ¿Imaginas
»acaso tú que Júpiter tonante
»hoy á los Teucros tanto favorece
»como entónces al hijo, y que enojado
»tanto seria ahora? Tú me sigue:
»y te daré de las hermosas Gracias
»la mas jóven, la linda Pasitea,
»de quien siempre estuviste enamorado;
»para que por esposa la recibas,
»y en legítima union con ella habites."
Dijo: y el Sueño se alegró, y gozoso
así la respondió. "Jura tú ahora
»por el agua sagrada de la Estigia,
»con una mano sobre la alma tierra
»puesta y del mar tocando la llanura
»con la otra, porque todas las Deidades
»subterráneas, que moran de Saturno
»en derredor, del juramento sean
»testigos, que al favor agradecida
»tú me darás de las hermosas Gracias
»la mas jóven, la linda Pasitea,

„de quien yo siempre enamorado estuve."

Dijo: y la Diosa, obedeciendo fácil,
juró cual deseaba, y por su nombre
todos los Dioses invocó que habitan
mas abajo del Tártaro y se llaman
Titanes. Cuando ya su juramento
la Diosa hiciera con solemne rito,
en marcha se pusieron: y dejada
la capital de Lémnos espaciosa,
sin detenerse en Ímbros y cubiertos
de oscura nube, en pasos presurosos
caminaban. Llegados, en la sierra
de los montes Ideos, al parage
Lecto llamado; de la mar salieron
y por la tierra firme caminaban,
y bajo de sus piés las altas selvas
temblaban conmovidas. Allí el Sueño,
ántes que con sus ojos el Saturnio
verle pudiera, se paró: y subido
en un frondoso abeto, que de todos
los árboles que entónces en las selvas
hubo del Ida el mas agigantado
se criara, y sus ramas hasta el éter
el aire atravesando se extendian;
oculto entre sus hojas, la figura
tomó del triste pájaro que mora
en los montes, y *Cálcis* las Deidades
suelen llamar y *Buho* los humanos."

En tanto Juno con ligera planta
al Gárgaro subió, la mas excelsa
cumbre del Ida; y el Saturnio Jove
la vió venir. Y apénas á lo léjos
la divisó, el Amor de niebla oscura

su mente rodeó, como aquel dia 493
en que el uno del otro enamorados
el placer conyugal la vez primera
gustaron en el lecho, sin que nada
de su ardiente pasion ántes supieran
sus padres. Y llegada ya la Diosa,
así Jove la habló. "¿Por dónde, Juno,
» tan pronto aquí has llegado? Yo no veo
» que cerca estén el carro y los bridones
» que te hayan conducido, y en que puedas
» al Olimpo volver." Dolosa Juno
así le respondió, falsa riyendo.
"Al último confin de la alma tierra,
» al padre de los Dioses Oceano
» y á Tézis su consorte voy ahora
» á visitar; que en su dorado alcázar
» de mi infancia cuidaron cariñosos:
» y á verlos voy, y su fatal querella
» terminará mi voz. Hace ya tiempo
» que en funesta rencilla, abandonadas
» sus almas á la cólera, renuncian
» al tálamo nupcial. Dejé mi carro
» en las faldas del Ida y mis bridones,
» que por tierra y por mar á todas partes
» me llevarán, y del Olimpo vine
» á decírtelo ahora; que pudieras
» tú conmigo enojarte, si en secreto
» al alcázar yo fuese de Oceano."
Jove la respondió. "Cualquiera dia
» á verlos podrás ir: los dos ahora
» al imperio de amor cedamos. Nunca
» mi corazon en amorosa llama
» ni Diosa, ni muger, así ha inflamado.

526 »Ni cuando de Ixion amé á la esposa
»y de ella tuve á Piritoo, á los Dioses
»en la sabiduría comparable;
»ni cuando á Dánae, la gentil manceba
»hija de Acrisio, que me dió á Perseo,
»el mas ilustre de los hombres todos;
»ni cuando de la jóven de Fenicia,
»la bella Europa, enamorado estuve,
»y en doble fruto del amor á Mínos
»me dió, y á Radamanto que á los Dioses
»en justicia igualaba; ni de Baco,
»delicia de los hombres, á la madre
»Sémele cuando amaba; ni doloso
»cuando á Alcmena engañé, la que por hijo
»me dió al valiente Alcídes; ni de Céres,
»la Diosa de la rubia cabellera,
»cuando el amante fuí; ni de Latona
»siendo favorecido, ó de tí misma;
»tanto yo ardia en amoroso fuego,
»como hoy al contemplar esa hermosura."

Y Juno replicó. "Temido Jove!
»¿qué palabra dijiste? Si deseas
»gozar de las delicias de himeneo
»en la cumbre del Ida, donde todo
»cuanto pasa se ve ¿cómo seria
»si alguno de los Dioses inmortales
»en el lecho nos viese, y á las otras
»Deidades lo dijera? Yo al Olimpo,
»del lecho levantada, no osaria
»ya volver; porque fuera vergonzoso.
»Pero si folgar quieres, y te es grato,
»tálamo nupcial hay, el que nos hizo
»tu hijo Vulcano, y con dobladas puertas

"aseguró la entrada. Allá marchemos, 559
"ya que conmigo descansar te place."
Júpiter replicó. "No temas, Juno,
"que nos vea ninguno de los Dioses,
"ni los mortales: de dorada nube
"yo te circundaré; tal que por ella
"ni el mismo Sol, cuyos sutiles rayos
"fácilmente penetran, nos veria."
Así Júpiter dijo: y en sus brazos
estrechó á su consorte cariñoso,
y por debajo la divina tierra
hizo brotar de su fecundo seno
blando y menudo trébol, oloroso
tierno jacinto y loto aljofarado:
y sobre aquella alfombra, que del suelo
mucho se alzaba, al plácido reposo
se abandonaron, y de hermosa nube
dorada se cubrieron; y del éter
el rocío bajaba nacarado.
Así tranquilo el padre de los Dioses
dormia sobre el Gárgaro, rendido
del sueño y del amor: y diligente
en tanto el dulce Sueño caminaba
al campo de los Griegos, la noticia
á llevar á Neptuno. Y á su lado
puesto, le dijo en resonantes voces.
"Pronto, Neptuno, pronto á los Aquivos
"haz vencedores en la lid sangrienta
"por algunos instantes, miéntras duerme
"el padre Jove; que en profundo sueño
"sumido queda ahora y en sus brazos
"Juno le estrecha, en amorosa llama
"despues de haber su corazon ardido."

592 Así el Sueño decia, y presuroso
á las tribus marchó de los humanos.
Sintió Neptuno, al escuchar sus voces,
nuevo ardor en el pecho; y vencedoras
queriendo hacer á las escuadras griegas
saltó veloz á las primeras filas,
y así animaba á los guerreros todos.
"Argivos! ¿y de nuevo la victoria
»á Héctor, hijo de Príamo, darémos;
»para que de las naos se apodere,
»y grande honor alcance? Así lo espera,
»y de ello se gloría; porque ahora
»ocioso Aquíles se quedó en las naves,
»el corazon airado. Pero falta
»mucha no hará, si en la comun pelea
»el uno al otro con heróico brio
»nos ayudamos todos. Al combate
»marchemos, pues, y lo que yo dijere
»por todos se ejecute. Los escudos
»mejores que en el campo hallarse puedan
»embrazando, y de yelmos relucientes
»cubriendo las cabezas, y las picas
»mas largas empuñando; al enemigo
»vamos, y yo de todos el primero
»combatiré. Y confio en que á mi brazo
»Héctor, por mas que furibundo embista,
»no ya resistirá. Si algun valiente
»con pequeño broquel su pecho cubre
»désele al que no sea tan ardido,
»y él otro tome ponderoso y grande."
Dijo Neptuno; y los Aquivos todos,
dóciles á su voz obedecieron:
y en persona los Reyes, aunque heridos

estaban, las falanges ordenaron.
Diomedes, pues, Ulíses y el Atrida
Agamenon, las filas recorriendo,
cambiar mandaron las marciales armas.
Las mejores tomaba el mas forzudo,
y entre los ménos fuertes los caudillos
las no tan poderosas repartian.
Y cuando ya de reluciente bronce
vestidas las escuadras estuvieron,
marcharon á encontrar al enemigo
por Neptuno guiadas, que tenia
una espada terrible y anchurosa;
que al relámpago ardiente semejaba,
en la robusta mano: y aunque sea
usar de ella en las lides prohibido,
solo al mirarla tiemblan los guerreros.
Héctor de la otra parte sus legiones
formaba, y el combate mas reñido
al pié de los bajeles encendieron
el Dios que impera en las oscuras ondas
y de Príamo el hijo valeroso.
Este mandaba la troyana hueste,
y aquel á los Aquivos defendia:
y las aguas del mar hasta las naves
y las tiendas llegaban de los Griegos,
y á las manos vinieron las escuadras
con inmensa algazara y vocería.
No braman tanto las hinchadas olas
del vasto mar en resonante playa,
cuando el soplo del Bóreas estruendoso
del piélago á la orilla las empuja;
no suena tanto del ardiente fuego
el ruido estrepitoso en las alturas

658 del monte, cuando airado se levanta
para quemar el bosque dilatado;
no silva tanto impetuoso viento
de frondosas encinas en las ramas,
cuando mas iracundo las agita;
como de los Aqueos y Troyanos,
al dar de guerra el espantoso grito,
resonaba la voz cuando furiosos
el terrible combate comenzaron.
Y fué Héctor el primero que su lanza
contra Ayax arrojó, que en derechura
hácia él se encaminaba. Y aunque errado
no fué el tiro, tampoco herirle pudo;
porque en el pecho la acerada punta
vino á dar, en la parte que ocultaban
el grueso correon del grande escudo
y el ancho tahalí de que pendia
el estoque con clavos guarnecido
de plata fina, y ambos impidieron
que hasta la tierna carne penetrara.
Héctor airóse, cuando vió que en vano
lanzara ardido la robusta pica:
y sin volver la espalda, lentamente
iba retrocediendo hácia los suyos
para evitar que le matase el Griego.
Pero cuando este vió que á sus hileras
Héctor retrocedia, alzó del suelo
un gran peñasco que á sus piés rodara
de los muchos que el campo contenia
para calzar con ellos los navíos.
Y con toda su fuerza rodeando
la poderosa diestra, cual si fuese
leve peonza le arrojó: y al héroe,

por encima la gola del escudo 691
cerca de la garganta, hirió en el pecho.
Cual á impulso del rayo que despide
de Júpiter la mano, cae en tierra
de las hondas raices arrancada
la encina corpulenta; y en contorno
fétido olor de azufre derramado,
el valor desfallece del que cerca
está y caer la ha visto; que temible
es el ardiente rayo del gran Jove:
así Héctor de la piedra al poderoso
golpe cayó en el suelo, y de la mano
soltó la enorme lanza. El grande escudo,
pendiente de su cuello, le cubria;
y el morrïon huyó de su cabeza,
y en derredor el espantoso ruido
se oyó de la armadura. Y orgullosos
en alta voz gritando los Aqueos
corrieron hacia él porque esperaban
arrastrarle á su campo, y numerosas
picas lanzaban todos. Mas ninguno,
de cerca ni de léjos, al caudillo
de los Teucros hirió: que cuidadosos
todos los mas ardidos campeones,
Polidamante, Enéas, el valiente
Agenor, y los gefes de los Licios,
Sarpedon y su primo el fuerte Glauco,
en torno le cercaban. Y tampoco
los otros combatientes su defensa
descuidaron; que pronto los escudos
delante de él pusieron. Sus amigos
en las manos alzándole de tierra,
de enmedio del combate le sacaron

724 adonde los caballos corredores
tenia con el carro y el auriga,
léjos de la batalla; y hácia Troya,
dando él tristes gemidos, le llevaron.
    Mas cuando ya del caudaloso rio,
el Janto cuya rápida corriente
creada fué por el eterno Jove,
á los vados vinieron anchurosos;
á tierra desde el carro descendieron
al héroe, y con el agua rociaron
su rostro. Volvió en sí: y abriendo triste
los moribundos ojos, y á los cielos
alzándolos hincado de rodillas,
roja sangre arrojó; pero en la arena
volvió á caer de espaldas, y sus ojos
negra noche cubrió: que todavía
el golpe su valor debilitaba.
    Los Griegos todos con mayores brios,
cuando salir de la batalla vieron
al primer adalid de los Troyanos,
se arrojaron sobre ellos del antiguo
valor haciendo alarde. Y el primero
Ayax de Oileo, el corredor famoso
diestro tambien en manejar la pica,
á Satnio hirió. Naciera este caudillo
de Náis, ninfa hermosa; que rendida
á Énope, que el ganado apacentaba
á la orilla del Sátniois, de él tuviera
este gallardo jóven, á quien Ayax
en el hijar hirió. Cayó en el polvo:
y sobre su cadáver los Troyanos
gran batalla trabaron y los Griegos.
Y blandiendo su lanza, á defenderle

corrió Polidamante; y en el hombro 757
derecho á Protenor, de Areïlico
nacido, hirió: y el hombro atravesando
la poderosa pica, allí clavada
quedó: y el Griego, derribado en tierra,
en su dolor el polvo, que su sangre
ya enrojeciera, con la mano asia,
miéntras Polidamante en altas voces
orgulloso decia á los Aquivos.
"Griegos! no en vano de la fuerte diestra
»del hijo valeroso que engendrara
»Pantoo, salió la pica que en su cuerpo
»recibió algun Aquivo; y me parece
»que de baston le servirá, y en ella
»apoyado podrá bajar al orco."
Así dijo, y sus voces orgullosas
el ánimo afligieron de los Griegos;
y en cólera inflamaron al valiente
Ayax de Telamon porque cayera
Protenor á sus piés. Marchó ligero
contra Polidamante, que á su escuadra
se retiraba, y la fulgente pica
lanzó; mas el Troyano, con oblicuo
súbito salto, de la negra muerte
se libertó. Pero la aguda pica
al infeliz Arquíloco, nacido
del anciano Antenor y á quien los Dioses
á morir destinaran, en la parte
en que se unen el cuello y la cabeza,
por la primera vértebra pasando
y cortando tambien los dos tendones,
hirió de muerte y derribó en el polvo:
y la anchurosa frente y las narices

y la boca tocaron en el suelo
ántes que las rodillas y las piernas.
Y Ayax decia al campeon troyano.
"Polidamante! reflexiona cuerdo,
»y dime la verdad. De este caudillo
»que acabo de matar ¿no bastaria
»la sangre, di, para dejar vengado
»á Protenor? Cobarde no parece,
»ni de viles nacido; y del ilustre
»Antenor es hermano, ó tal vez hijo;
»que el aire todo de familia tiene."
Así dijo, aunque bien le conocia,
y en tristeza cayeron los Troyanos;
pero Acamante, á defender corriendo
de Arquíloco el cadáver, con su lanza
á Prómaco, el Beocio, que á sus filas
de los piés le arrastraba, desde cerca
hirió de muerte, y jactancioso luego
en voces espantosas insultaba
á los Aquivos. "Griegos! (les decia)
»viles archeros que en palabras solo
»vuestro valor mostrais! El llanto y luto
»no solamente son para los Teucros:
»tambien alguna vez ha de tocaros
»á vosotros morir. Mirad ahora
»cómo sobre la arena el orgulloso
»Prómaco yace, por mi lanza herido
»y atravesado: y ved que diferida
»de un infeliz hermano la venganza
»mucho no ha sido. Así, cualquier guerrero
»al cielo rogará que algun hermano,
»ya que él deba morir, quede en su casa
»vengador de su muerte valeroso."

Así dijo Acamante, y los Aqueos, 823
al escuchar sus orgullosas voces,
grave dolor sintieron: y entre todos
el que mas en su pecho se indignara
fué Penelao; y en veloz corrida
á Acamante siguió , que del Aquivo
no osó esperar el poderoso embate.
Y Penelao con su aguda lanza
de cerca hirió al valiente Ilïoneo,
que de Forbante (ganadero rico
que sobre todos los Troyanos fuera
amado de Mercurio, y le colmara
de riquezas el Dios) era nacido,
y el solo que su esposa le pariera.
A este fué á quien entónces Penelao
bajo la ceja á la raiz del ojo
hirió; y atravesando la pupila
y pasando la punta al otro lado,
por la nuca salió. Cayó en la arena
el teucro con las manos extendidas:
y sacando la espada cortadora
el aquivo, del cuello la cabeza
le separó. Y tomándola en la mano
con el hasta clavada todavía
en el ojo y del yelmo coronada,
la levantó de tierra: y cual si fuese
tierna flor de amapola á los Troyanos
la mostró, y arrogante les decia.

"Troyanos! del valiente Ilïoneo
„á los ancianos afligidos padres
„en mi nombre decid que en su palacio
„triste lamento empiecen; que tampoco
„de Prómaco la esposa á su marido

»recibirá en sus brazos aquel dia
»que embarcados nosotros en las naves
»á la Grecia lleguemos." Penelao
así decia: y los Troyanos todos,
de pálido temor sobrecogidos,
en derredor solícitos miraban
por donde huir podrian de la muerte.
Decidme ahora, o Musas que el Olimpo
habitais luminoso, quien primero
de todos los Aquivos á un Troyano
quitó las armas, en su sangre tintas,
cuando ya hácia la parte de los Griegos
inclinara Neptuno la pelea.
De Telamon el hijo fué el primero
que al adalid de los valientes Misios,
Irtio, mató, de Girtio el animoso
esclarecida prole: y luego á Fálces
Antíloco, y á Mérmero, la vida
y las armas quitó. Tambien á Móris
é Hipotïon el bravo Merïónes
dió la muerte. A Proton y Perifétes
derribó Teucro. El fuerte Menelao
á Hiperenor, caudillo valeroso,
en el hijar hirió: y el duro hierro,
rasgando el vientre, las entrañas todas
le arrancó; y por la boca de la herida
rápida el alma se alejó, y al triste
eterna oscuridad cubrió los ojos.
Ayax de Oileo á innumerable gente
mató en la fuga; que con él ninguno
podía competir en la carrera,
cuando puesto por Jove el enemigo
en derrota el alcance le seguia.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

Luego que ya del foso y la estacada
los Troyanos pasaron fugitivos,
y á manos de los Griegos muchos héroes
muertos dejaran: de sús carros cerca,
suspendida la fuga, al enemigo
pálidos de temor y acobardados
hacer frente querian; y en la cumbre
del Ida Jove dispertó. Y del lecho
alzándose, y del lado de su esposa;
tendió la vista y vió que los Troyanos
en derrota venian perseguidos
por los Aqueos, cuya hueste toda
el potente Neptuno acaudillaba.
Y vió tambien tendido en la llanura
á Héctor, de sus amigos rodeado,
exánime, sin fuerzas, sin sentido,
anheloso, y vertiendo por la boca
purpúrea sangre; porque no el mas débil
de los Griegos le hiriera. Y á su vista
el padre de los hombres y los Dioses
de él se compadeció: y á Juno vuelto,
con torva faz habiéndola mirado,
así la dijo en iracundas voces.

"Engañosa Deidad, pérfida Juno,
»artífice de males! tus engaños
»á Héctor cesar en la batalla hicieron,
»y á la fuga entregaron sus escuadras:
»y yo no sé si con el duro azote
»castigada por mí, tú la primera
»serás tal vez entre los Dioses todos

31 »que coja el fruto del ardid funesto.
»¿No te acuerdas acaso de aquel dia
»que pendiente estuviste del Olimpo
»y de tus piés colgué pesados yunques,
»y sujeté tus manos con esposas
»de oro macizo que romper á fuerza
»imposible te fuese? De las nubes
»y los aires enmedio tú colgada,
»los otros Dioses en el vasto Olimpo
»se consternaron todos; y soltarte
»no podian, por mas que rodeados
»á tí lo procuraban. Y á uno solo
»que logré asir desde el umbral celeste,
»cogiéndole del pié, con furia grande
»lancé á la tierra; y al caer de vida
»apénas un instante le quedaba.
»Y ni aun así la cólera terrible
»pudo apagarse que en mí pecho ardia,
»altamente afligido por el daño
»que al valeroso Alcídes tú causaras;
»cuando unida con Bóreas sedujiste
»á las borrascas, y á la mar undosa
»las mandaste bajar para que el héroe
»por las mares errando pereciera.
»Tú de su derrotero le alejaste,
»y á la opulenta Cos le condujiste;
»pero yo le libré de los peligros
»que allí corria, y á la fértil Argos
»triunfante le volví despues que muchos
»afanes tolerara. Si aquel dia
»ya tú olvidaste; á la memoria ahora
»yo te lo acordaré, para que ceses
»en tus engaños: y verás el fruto

»que sacas con venir desde el Olimpo, 64
»la vista huyendo de los otros Dioses,
»á engañarme con pérfidas caricias."
Así dijo: temió la augusta Juno,
y en voz humilde respondió al esposo.
"Testigo ahora la fecunda tierra,
»y el anchuroso cielo, y de la Estigia
»el agua que hasta el fondo del averno
»desde la tierra cae, y el mas firme
»sagrado juramento las Deidades
»hacen por ella: y séanme testigos
»tu cabeza divina y de nosotros
»el tálamo nupcial, por cuyo nombre
»nunca yo temeraria juraria,
»de que no por mi ruego ó mis instancias
»Neptuno á los Troyanos en derrota
»y á Héctor ha puesto, y poderoso ayuda
»á las huestes aquivas. Le moviera
»su propia voluntad; porque, vencidos
»viendo al pié de sus naves á los Griegos,
»hubo de ellos piedad. Mas yo á Neptuno,
»y á cualquier otro Dios, aconsejara
»el camino seguir que tú siguieres."
El padre de los Dioses y los hombres
se sonriyó al oirla, y placentero
así la respondió. "Si en adelante,
»conmigo acorde siempre, en el Olimpo
»estuvieras sentada entre los Dioses;
»prontamente Neptuno, aunque él quisiera
»seguir otro camino, mudaria
»de parecer tu corazon y el mio
»unidos viendo. Y si verdad ahora
»en todo hablaste, y lo que dijo el labio

97 »piensa tu corazon, vuelve al Olimpo
»enmedio de los otros inmortales;
»y á Íris y á Apolo di que diligentes
»vengan aquí para que aquella vaya
»al ejército aquivo, y á Neptuno
»mande que de la guerra se retire
»y á su morada vuelva. En tanto Febo
»á Héctor dentro del alma heróico brio
»infunda y calme los dolores todos
»que su aliento enflaquecen, y al combate
»otra vez le conduzca; y los Aquivos
»cobardes haga que en inerme fuga
»la espalda vuelvan, y azorados lleguen
»á las naves del hijo de Peleo.
»Este á Patroclo, su valiente amigo,
»enviará á la lid; y con su lanza
»Héctor le matará cuando llegado
»delante de Ilïon aquel hubiere,
»despues de haber á muchos campeones
»privado de la vida. Y uno de ellos
»Sarpedon ha de ser, el valeroso
»hijo mio. Y Aquíles, irritado
»por su caro Patroclo, dará muerte
»á Héctor: y desde entónces perseguidos
»siempre serán desde las griegas naves
»á su ciudad los Teucros, y los Dánaos
»de Troya expugnarán los altos muros
»con astucioso ardid que á sus caudillos
»enseñará Minerva. Hasta que llegue
»el dia en que á las lides sanguinosas
»Aquíles vuelva; mi terrible enojo
»no cesará, ni de los otros Dioses
»permitiré á ninguno que á los Griegos

»baje á favorecer en las batallas.
»Y así de Aquíles los ardientes votos
»serán cumplidos. La inmortal cabeza
»moviendo yo, con juramento firme
»ya se lo prometí; cuando su madre
»abrazó mis rodillas, y doliente
»me suplicó que del gallardo jóven
»el agravio vengara." Así decia
Júpiter: y á su voz obedeciendo
la augusta Juno, desde la alta cumbre
subió del Ida al anchuroso Olimpo.
Como suele tal vez el caminante
que vïajó por numerosas tierras
repasar las ciudades en su mente,
y dice: *yo aquel pueblo he visitado*,
y aquel otro tambien; y en un instante
los vuelve á recorrer en su memoria:
así la augusta Juno en raudo vuelo
y en un instante al elevado Olimpo
llegó, y á las Deidades congregadas
halló de Jove en la mansion. Al verla
todos se levantaron de las sillas,
y las copas de néctar la ofrecieron;
pero ella, de los otros rehusando
la oferta, solo de la Diosa Témis
aceptó el agasajo. A recibirla
esta salió de todos la primera,
y así dijo en palabras voladoras.
"¿Cómo tan pronto de la tierra al cielo
»vuelves, hermosa Juno? En el semblante
»asustada pareces. ¿Te ha inspirado
»ese terror tu esposo?" En voz sumisa
Juno la respondió. "No me preguntes,

163 »o Témis, el motivo: ya tú sabes
»cuan arrogante y despiadado sea
»el ánimo de Jove. Tú preside
»de las Deidades el banquete ahora
»en el celeste alcázar; yo en presencia
»de los eternos Dioses diré luego
»la amenaza terrible que les hace
»airado Jove. Y pienso que ninguno
»ni de los Dioses mismos ni los hombres
»se regocijará, por mas que ahora
»á espléndido festin alegre asista."
Así la dijo, y ocupó su trono
la augusta Juno. Y afligidas fueron
de Jove en el palacio las Deidades,
al observar que si la dulce risa
dejó ver en sus labios, no la frente
sobre las rubias cejas se mostraba
despejada y alegre. Al fin las dijo,
en dolorida voz, triste y llorosa.
"¡O! cuán necios que somos é ignorantes,
»si ofendidos de Jove deseamos
»llegar á su presencia; y con razones,
»ó por fuerza, obligarle á que ya olvide
»la cólera! De todos apartado,
»ni de nuestras bravatas él se cura
»ni de ellas tiene miedo, y se gloría
»de que á todos los Dioses aventaja
»en fuerzas y poder. Así, vosotros
»en paciencia llevad los infortunios
»que él os envie. Y á Mavorte ahora
»ya gran calamidad ha rodeado;
»porque Ascálafo ha muerto en la pelea,
»á quien él sobre todos los mortales

» tierno amaba, y por hijo reconoce." 196
El furibundo Marte al escucharla
bajó la diestra y el fornido muslo
se hirió indignado, y en dolientes voces
dijo: "No os irriteis conmigo ahora,
» Dioses que las moradas eternales
» habitais del Olimpo, si la muerte
» para vengar de Ascálafo á las naos
» ya de los Griegos voy. Aunque estuviera
» predicho por el Hado que de Jove
» herido con el rayo allí debia
» quedar entre los muertos y la sangre
» derribado en el polvo; no dudara
» á la tierra bajar." Así les dijo:
y al Miedo y al Terror que los caballos
uncieran ordenó y él diligente
tomó sus armas todas, que á lo léjos
en hórrido fulgor resplandecian.
Y de Jove mayor hubiera sido
el enojo, y terrible la venganza
que entónces de los otros inmortales
él hubiera tomado; si Minerva,
por la suerte solícita de todos,
del áureo trono en que sentada estaba
alzado no se hubiese; y presurosa
al pórtico saliendo, no á Mavorte
quitara el morrïon de la cabeza,
y el broquel de los hombros, y la pica
de la robusta mano; y arrancada,
no la hubiese apartado de sus ojos
clavándola en el suelo. Al iracundo
Marte despues en poderoso acento
así la Diosa reprendió, y le dijo.

229 "Furioso, dementado! ¿No conoces
» que á tu ruina imprudente caminabas?
» ¿Tienes tal vez en vano los oidos
» para oir? ¿La razon y la vergüenza
» perdiste acaso? ¿De escuchar no acabas
» lo que Juno decia, cuando ahora
» vino de hablar con el potente Jove?
» ¿O, despues de sufrir pesares muchos,
» quieres, mal de tu grado y afligido,
» al Olimpo volver y daño grave
» acarrear á todos? Sí: que Jove,
» á los Teucros dejando y los Aqueos,
» en busca nuestra volverá al Olimpo
» alborotando el cielo, y al que coja,
» inocente ó culpado, de su enojo
» hará sentir el peso. Por tu vida
» te ruego que la cólera depongas
» que la muerte del hijo te ha excitado.
» Considera que alguno habrá ya muerto
» que en fuerzas y valor le aventajaba,
» ó morirá: porque imposible fuera
» de la muerte librar al que ha tenido
» padre mortal, ó de muger naciere."

Dijo Minerva, y al furioso Marte
hizo sentar sobre el excelso trono:
y Juno fuera del celeste alcázar
á Íris, la mensagera de los Dioses,
llamó y á Febo. Y con los dos hablando,
así dijo en palabras voladoras.

"Júpiter quiere que bajeis al Ida:
» y luego que llegado á su presencia
» los dos hubiereis, lo que aquel os mande
» obedientes haced." Estas razones

dichas, volvió al palacio y en su trono 328
otra vez se asentó la augusta Juno.
Íris y Febo, pues, en raudo vuelo
del Olimpo bajaron luminoso:
y llegados al Ida, en la alta cumbre
del monte descubrieron asentado
al hijo de Saturno y de olorosa
nube cercado en torno. A la presencia
del Dios que junta las espesas nubes
venidos, se pararon: y el Saturnio
no al verlos se enojó, porque obedientes
fueran á los mandatos de su esposa.
Y con Íris hablando la primera,
así la dijo en imperiosas voces.
"Íris veloz! á las aquivas naos
» camina diligente y á Neptuno
» mi voluntad anuncia, y mensagera
» no tú seas falaz. Dile que pronto,
» la guerra abandonando y los combates,
» á las moradas vuelva de los Dioses
» ó al profundo del mar. Si á mis palabras
» obedecer no quiere, y las desprecia;
» medite bien en lo interior del pecho
» si aunque valiente sea de mi brazo
» él podrá resistir á la pujanza;
» porque yo mucho le aventajo en fuerzas,
» y tengo mas edad. Ni ya á decirse
» mi igual se atreva, cuando solo al verme
» tiemblan los otros Dioses." Así dijo,
é Íris inobediente á su mandato
no se mostró; que de los altos montes
bajó del Ida en vagaroso vuelo
á la llanura. De las altas nubes

como desciende rápida la nieve,
ó el helado granizo, por el soplo
del Bóreas conducida que á los cielos,
si de continuo sopla, restituye
la claridad; así la veloz Íris
diligente volaba, deseosa
de llevar el mensage. Y de Neptuno
llegada á la presencia, así le dijo.
"A tí, Neptuno, que en el mar imperas,
» Jove me envia; y por mi voz te manda
» que la guerra dejando y los combates,
» ó vuelvas á la junta de los Dioses,
» ó al profundo del mar. Y si al mandato
» obedecer no quieres, y desprecias
» el consejo; amenaza que contigo
» vendrá en persona á pelear: y dice
» que resistir no quieras á su brazo,
» porque en fuerzas á tí mucho aventaja
» y tiene mas edad; ni ya te atrevas
» á decirte su igual, cuando á su vista
» tiemblan los otros Dioses del Olimpo."
Altamente indignado el poderoso
Neptuno respondió. "Por vida mia,
» que aunque valiente él es ha hablado ahora
» con arrogancia mucha si pretende
» sujetarme por fuerza y mal mi grado,
» siendo igual mi poder. Solo tres hijos
» á Saturno parió su esposa Rea;
» Júpiter el primero, yo el segundo,
» y el tercero Pluton que en las regiones
» infernales domina: y dividido
» en tres partes el orbe, á cada hermano
» imperar en la suya omnipotente

» la suerte dió. En el piélago espumoso 328
» habitar fué la mia; en las tinieblas
» vivir la de Pluton; el ancho cielo,
» del éter y las nubes rodeado,
» á Júpiter tocó; pero la tierra
» y del Olimpo las nevadas cumbres
» quedaron en comun. Así, de Jove
» no yo al capricho arreglaré mi vida.
» En paz ocupe la region del éter;
» pero, por mas que poderoso él sea,
» no pretenda con fieros y amenazas
» amedrentarme, cual si yo nacido
» hubiera sin valor. Y mas valdria
» que ese lenguage duro y altanero
» con las hijas tuviese y con los hijos
» que de él nacieron; y aunque mal su grado,
» vivieran todos á su voz sujetos."

Íris le replicó. "¿Y al padre Jove
» quieres, Neptuno, que respuesta lleve
» tan dura y altanera? ¿No querrias
» algo mudar? De los varones cuerdos
» dóciles son las almas: y ya sabes
» que las tristes Euménides los pasos
» de los hermanos siguen que soberbios
» al mayor en edad no reverencian."

Respondióla Neptuno. "Íris divina!
» cuerdamente has hablado: es dicha grande
» que un mensagero aconsejar prudente
» sepa tambien. Pero dolor terrible
» del corazon y el alma se apodera,
» cuando veo que en voces iracundas
» reprender quiere el orgulloso Jove
» á quien igual en suerte hiciera el Hado.

361 »Mas, aun así, yo cederé este dia
»respetando su enojo; pero sabe.....
»y esta amenaza escucha. Si pretende
»contra mi voluntad y la de Palas,
»de Juno, de Mercurio y de Vulcano,
»á Troya conservar y nó consiente
»en que arruinada sea, y á los Griegos
»el alto honor de la victoria quita:
»sepa que de nosotros será eterna
»la cólera rabiosa." Así la dijo:
y la hueste de Grecia abandonando,
se sumergió en el mar; pero su falta
sintieron altamente los Aquivos.

Y hablando luego Jove con Apolo,
así le dijo. "Marcha, caro Febo,
»á Héctor á confortar; que ya Neptuno,
»por evitar mi cólera terrible,
»al mar se retiró. Si no lo hiciera;
»de la batalla el ruido estrepitoso
»los otros Dioses escuchado habrian,
»aun los que bajo de la tierra moran
»en torno de Saturno. Pero ha sido
»á él mas útil, y á mí, que acobardado
»delante de mi diestra poderosa
»ántes haya cedido; que el combate
»no sin mucho sudor se acabaria.
»Toma tú ahora mi égida en la mano,
»en el aire la agita, y á los héroes
»aquivos pon en fuga: y del valiente
»Héctor tú cuida, y prodigiosa fuerza
»le infunde, hasta que lleguen los Aquivos
»en fuga al Helesponto y á las naves;
»que, llegados allí, de la fatiga

» haré yo que los míseros respiren." 394
Así Júpiter dijo: y al mandato
Apolo de su padre obedeciendo,
cual gavilan que la region etérea
atraviesa veloz, (pues de las aves
es la mas voladora) y enemigo
de las palomas siendo despedaza
la que coger logró; de la alta cumbre
bajó del Ida y encontró asentado
á Héctor, que recobrara ya el sentido
y alzárase del suelo, y conocia
á los caros amigos que dolientes
en torno le cercaban. Y cesado
habian ya el sudor, y el anheloso
respirar; porque Júpiter sus fuerzas
renovara. Y poniéndose á su lado,
así le dijo el Flechador Apolo.
"Héctor, hijo de Príamo! ¿qué veo?
» ¿cómo así, de los otros apartado,
» estás ocioso aquí y desfallecido?
» ¿Te oprime el alma dolorosa cuita?"
Y con lánguida voz el valeroso
Héctor á Febo respondió. "¿Quién eres,
» ó benigna Deidad que á mi presencia
» te dignas de venir, y esta pregunta
» solícita me hiciste? ¿No has oido
» que al pié de los bajeles de los Griegos,
» miéntras yo sus falanges destrozaba,
» Ayax de Telamon con una piedra
» me hirió en el pecho, y de la liza mucho
» hizo que me alejase? Pues entiende
» que exhalando los últimos alientos
» en anheloso respirar, pensaba

427 » que hoy el alcázar de Pluton vería
» y la triste mansion de los finados."
Díjole Febo. "Tu temor acabe:
» pues á ayudarte el hijo de Saturno,
» y á tu lado asistir, y defenderte
» con áurea espada refulgente armado,
» un Dios te envia; el Flechador Apolo.
» Y este soy yo que de la negra Parca
» te libré siempre, y de la excelsa Troya
» siempre tambien el defensor he sido.
» Manda, pues, á los Cabos de la hueste
» que guien los caballos corredores
» hácia las griegas naves; que el primero
» yo marcharé y á los caballos fácil
» allanaré el camino, y á los héroes
» Griegos haré que las espaldas vuelvan."
Con estas voces poderoso brio
inspiró Febo al adalid de Troya.
Cual fogoso alazan que acostumbrado
á bañarse en el agua cristalina
del rio se impacienta si al pesebre
le detienen atado; y los ronzales
rompiendo corre con ligera planta
por la llanura, la cabeza erguida,
ondeantes las crines sobre el cuello,
y de su lozanía haciendo alarde,
y con fácil galope alegre vuela
al verde soto en que pacer solia
con los otros caballos: así el héroe,
apénas resonara en sus oidos
la voz de la Deidad, se alzó del suelo.
Y moviendo con fácil ligereza
los piés, á sus legiones animaba.

Como suelen los perros y pastores
perseguir en el monte, ya al venado,
ya á la cabra montés, y se refugia
el tímido animal á la espesura
de la selva y subido en alta roca
salva la vida, ni los hados quieren
que allí le cojan; y el clamor oyendo
melenudo leon sale al camino,
y en fuga pone á la cuadrilla toda
por mas que en el alcance esté empeñada:
de esta suerte los Griegos, que orgullosos
en confuso tropel siempre seguian
á los Teucros hiriéndolos osados
con espadas y picas de dos cortes,
cuando ya vieron que Héctor animoso
por las filas corria de los suyos,
se consternaron, y á los piés el alma
se les cayó. Mas, viéndolo Toante,
el hijo de Andremon y el mas valiente
de los Etolos, que vibrar sabia
desde léjos el dardo y con su lanza
á pié firme tambien al enemigo
acometer (y pocos de los griegos
en las juntas ventaja le llevaban
cuando la juventud en el certámen
de la elocuencia disputaba el premio)
así dijo á los otros adalides.
"O dolor! gran prodigio con mis ojos
» estoy mirando; pues con tal denuedo,
» y evitada la muerte, á los combates
» Héctor vuelve otra vez cuando creia
» nuestro comun deseo que á las manos
» de Ayax de Telamon muerto quedara.

493 » Pero benigno alguno de los Dioses
» le libró de morir, y le ha salvado.
» Él á muchos aquivos de la vida
» ántes privó, y recelo que otros muchos
» muertos serán ahora por su mano;
» que no sin voluntad del padre Jove
» al frente ya de su escuadron se muestra,
» tan arrogante y fiero. Mas vosotros
» mi consejo seguid. Hácia las naos
» retirarse mandemos á la turba
» de oscuros combatientes; y nosotros,
» cuantos en el ejército hasta ahora
» de ser los mas valientes nos preciamos,
» esperemos aquí; y al enemigo,
» con las picas alzadas, al encuentro
» salgamos para ver si rechazarle
» conseguimos. Y espero que en la hueste
» Héctor á penetrar de los Aquivos
» osado no será, por mas que venga
» respirando furor." Así decia,
y todos su dictámen aprobaron.
  Ayax de Telamon é Idomeneo,
y Teucro y Meriónes, y el ardido
Méges, la flor de las escuadras todas
habiendo reunido, la batalla
contra Héctor y los suyos disponian:
y entretanto la turba de los Griegos
á las naves tornaba, y los Troyanos
en escuadron cerrado la pelea
trabaron los primeros. A su frente
Héctor venia en arrogantes pasos:
y los hombros cubiertos de áurea nube
delante de él Apolo caminaba

con la égida brillante defendido, 526
espantosa, versátil, y con borlas
de oro por todas partes guarnecida,
que el ínclito Vulcano en otro tiempo
para sí fabricara y se la diera
al padre Jove, que con ella armado
al mísero linage de los hombres
terror inspira. En la potente diestra
agitándola, pues, airado Apolo,
el escuadron guiaba de los Teucros;
y los Aquivos firmes esperaban
en numerosa hueste y apiñados,
y de una y otra parte clamoroso
grito se alzó. Saltaban las saetas
de los tirantes nervios de los arcos,
y numerosas picas relucientes
lanzadas eran; y unas en el cuerpo
de algun valiente jóven se clavaban,
y otras muchas en medio del camino
y sin tocar al delicado cútis
de un troyano caian en el polvo,
en su carne cebarse deseando.

Miéntras que Febo la égida en su diestra
inmoble tuvo de las dos falanges
las saetas volaban y los tiros,
y á su golpe caian los guerreros.
Mas cuando ya mirando en derechura
á los Aqueos la agitó en el aire,
y el espantoso grito de la guerra
él mismo dió; en el pecho á los Aqueos
el ánimo abatió, y acobardados
de su valor antigúo se olvidaban.
Como á deshora de la noche oscura

559 á la vacada de robustos bueyes
ó al rebaño de cándidas ovejas,
si ausente está el pastor, acometiendo
de repente dos fieras la deshacen:
así, ya acobardados los Aquivos,
en desórden y fuga se pusieron;
que en su pecho el terror infundió Apolo,
y á Héctor y á los Troyanos la mudable
victoria concedia. Disipada
la hueste de los Griegos, uno á uno
mataban los Troyanos á aquel héroe
que en suerte les cabia. Héctor á Estiquio,
amigo del valiente Menesteo,
mató, y á Arcesilao que la hueste
guiaba de Beocia: el claro Enéas
á Medonte y á Jaso armas y vida
quitó tambien. Medonte hijo bastardo
era de Oileo; y Jaso acaudillaba
una de las escuadras atenienses,
y á Esfelo, que de Búcolis naciera,
debia el ser. En las primeras filas
mató Polidamante á Mecisteo,
á Equio Polítes, y Agenor á Clonio:
y tambien á Deyoco por la espalda,
miéntras huia, sobre el hombro Páris
hirió con una lanza y por el pecho
vino á salir el afilado bronce.

Miéntras que á los cadáveres las armas
quitaban los Troyanos; los Aqueos,
á la estacada y el profundo foso
arrojándose todos en la fuga,
uno por una parte otro por otra,
al muro se acogian obligados

de la necesidad; y á sus escuadras 592
Héctor, en altas espantosas voces,
mandó que acometieran á las naves,
sin detenerse á recoger despojos.

"Al que de los navíos de los Griegos
» alejado yo encuentre (les decia)
» muerte allí le daré, ni su cadáver
» quemarán en la pira sus hermanos
» y hermanas; que delante de los muros
» de nuestra capital voraces perros
» le harán pedazos." Dijo: y el azote
sobre el lomo tendió de los caballos
para que caminasen; y corriendo
por medio de las filas, con sus voces
animaba á los Teucros. Y gritando
estos con él, y en amenazas fieras
retando á los Aquivos; al combate
los bridones, que ufanos arrastraban
los magníficos carros, dirigian
con grandes y espantosos alaridos.

Apolo, que á su frente caminaba,
del hondo y ancho foso las orillas
ambas hollando, con los piés la tierra
echó en medio del hoyo; y un camino,
á manera de puente, á los Troyanos
facilitó espacioso. Era su anchura
la que puede medir robusta lanza,
cuando la diestra de forzudo joven
que intenta hacer de su vigor alarde
léjos la arroja; y por aquel camino
escuadrones enteros de Troyanos
hasta el muro llegaban. Y á su frente
marchando Apolo, y la égida terrible

en su mano teniendo; la muralla
tan fácil derribó de los Aquivos,
como el rapaz que en inocente juego
á la orilla del mar de leve arena
un valladar levanta y con la mano
y los piés luego le derriba y rie.
Así tú, Apolo, el anchuroso muro
que con tanta fatiga los Aquivos
afanosos labraran allanaste;
y terror en sus almas infundiendo,
en vergonzosa fuga los pusiste.
Mas, llegados al pié de sus bajeles,
hicieron alto allí: y aunque abatidos,
los unos á los otros se animaban
á pelear. Y á los eternos Dioses
las dos manos alzadas, en ardiente
plegaria humildes suplicaban todos;
y mas que todos Néstor, el anciano,
el númen tutelar de los Aquivos.
Y al estrellado cielo levantadas
ambas manos, á Júpiter decia.

"O padre Jove! Si en la fértil Árgos
» al quemar en tus aras de los bueyes
» ó las pingües ovejas las sabrosas
» piernas alguno te pidió que salvo
» tú le volvieses al hogar paterno,
» y con firme señal se lo otorgaste:
» no ya olvides ahora tus promesas,
» o dueño del Olimpo. *Nos defiende*
» *contra la dura Parca, y no permitas*
» *que así por los Troyanos los Aqueos*
» *vencidos hoy y degollados sean.*"

Esto decia: y escuchando Jove

benigno su plegaria, en grande trueno 658
el aire estremeció; pero al oirle,
creyendo que era favorable auspicio,
de nuevo acometieron los Troyanos
á los Aquivos, y á la lid sangrienta
con mas ardor volvieron animosos.
Como del vasto mar las grandes olas
embisten al costado del navío;
y pasando del borde por encima,
en la cubierta caen si la fuerza
del viento las impele y resonante
en alto las levanta: así los Teucros,
del asolado muro las ruïnas
orgullosos pisando, sus bridones
á las naves guiaban de la Grecia,
y bajo de las popas el combate
se trabó. Desde cerca los Troyanos
con afiladas picas batallaban,
en sus carros subidos: los Aqueos,
que á lo alto de sus naves se acogieran,
desde allí con las perchas que tenian
para naval combate reservadas,
y eran de duro fresno y á la punta
de agudo hierro estaban guarnecidas,
rechazar procuraban á los Teucros.

Miéntras que los Aquivos y Troyanos
á la parte exterior del alto muro
y fuera de las naves peleaban;
en la tienda Patroclo del valiente
Eurípilo quedó y al caro amigo
en plácido coloquio entretenia,
y suaves remedios le aplicaba
que los negros dolores mitigasen.

691 Mas al ver que furiosos los Troyanos
pasaran ya del arruinado muro,
y que todos los Griegos en derrota
huian á las naves azorados
mucho alzando clamor; enternecido,
suspiros exhalaba dolorosos.
Y bajando la diestra recio golpe
en el muslo se dió, y en triste acento
al hijo de Evemon así decia.
"Por mas que de mi auxilio necesites,
»ya mas no puedo, Eurípilo, á tu lado
»permanecer; que cerca de las naves
»grande comienza y hórrida batalla.
»A tí el fiel escudero te consuele;
»yo á la tienda de Aquíles presuroso
»volveré, á ver si persuadirle puedo
»que torne á las batallas. ¿Y quién sabe
»si de alguna Deidad favorecido,
»yo con súplicas tiernas y razones
»su alma conmoveré? Muy poderosos
»suelen ser de un amigo los consejos."
Apénas estas voces pronunciado
hubo Patroclo, con ligera planta
se encaminó á su tienda: y los Aquivos
el choque sostenian animosos
contra Héctor y los suyos. De las naves,
aunque estos en el número inferiores
eran mucho, alejarlos no podian;
y tampoco lograban los Troyanos,
rompiendo la falange de los Griegos,
en las tiendas entrar y los bajeles.
Como el hábil artífice que todas
las reglas sabe, y de Minerva misma

las aprendió, con igualdad nivela, 724
escuadra en mano, el ponderoso mástil
al hacer un navío: tan iguales
el combate alargaban clamoroso
Aqueos y Troyanos, repartidos
en diversas escuadras; y las unas
en torno de un navío peleaban,
y otras en derredor de otro navío.
Héctor adonde estaba el animoso
Ayax de Telamon se encaminara:
y ambos héroes valientes combatian
por un solo bajel sin que pudiesen,
ni Héctor al Dánao retirar y fuego
echar en la cubierta, ni el Aquivo
rechazar al Troyano de la nave
desde que un Dios allí le condujera.
Pero sí pudo con aguda pica
el pecho atravesar de parte á parte
á Caletor de Clitio, que llevaba
para abrasar la nave ardiente fuego.
Cayó en la arena el campeon troyano,
retembló el suelo al rededor en triste
ronco ruïdo, y la encendida tea
de su mano cayó. Y apénas Héctor
vió derribado en tierra y moribundo
á su deudo delante del navío;
para animar á Licios y Troyanos,
así les dijo en espantosas voces.
"Teucros, Licios, Dardanios, que de cerca
»acostumbrais á pelear! Ahora
»no ya el pié retireis de la batalla
»teniendo al enemigo acorralado;
»y del hijo de Clitio que valiente

757 »combatiendo en las naos muerto queda
»defended el cadáver, no le quiten
»sus armas los Aqueos." A los suyos
así animaba el adalid troyano,
y contra Ayax lanzó su larga pica.
Y aunque errado fué el tiro al escudero
el fuerte Licofron hijo de Mástor,
que al lado de su príncipe asistia,
en la cabeza hirió sobre el oido
con el agudo bronce: y en la arena
de lo alto de la popa de la nave
cayó de espalda, y sin vigor sus miembros
todos quedaron. En Citere habia
nacido el infeliz: y habiendo dado
la muerte á un hombre, del hogar paterno
á Salamina huyó y en el alcázar
de Ayax vivia. Estremecióse el héroe
cuando le vió caer, y en anhelosa
voz gritaba á su hermano. "Dulce Teucro!
»ya de Mástor el hijo á quien nosotros
»cuando desde Citere á Salamina
»errante vino en el paterno alcázar
»hospedamos, y siempre cariñosos
»honrábamos á igual de nuestro padre,
»á manos de Héctor pereció. Mas ¿dónde
»hoy tienes tú las flechas matadoras
»y el arco, don del flechador Apolo?"
Oyóle Teucro, y en veloz carrera
vino á unirse con él. En una mano
el balleston elástico traia,
y en otra de saetas bien provisto
el flechero: y volviéndose á la escuadra
del enemigo y aceradas puntas

lanzando sin cesar; con la primera
á Clito hirió, de Pisenor nacido
y de Polidamante camarada.
Clito entónces el carro y los bridones
regia del amigo y oficioso
á aquella parte rápido acudia
donde mas en desórden las falanges
á ceder empezaban, conociendo
que á Héctor y á los Troyanos de este modo
grato se haria. Pero pronto al triste,
cuando mas animoso peleaba,
llegó la fatal hora de que nadie
le pudo libertar; porque en el cuello
por detras se clavó la aguda flecha:
y exhalando suspiros dolorosos,
desde el carro cayó. Retrocedieron
los bridones: y el carro, ya vacío,
por entre los cadáveres y arneses,
arrastraban con ruido estrepitoso.
Advirtiólo su dueño: y los bridones
á sujetar corriendo apresurado
de todos el primero, los detuvo;
y á Astinoó, de Protïon nacido,
los entregó mandándole que cerca
de él allí los tuviese y á su vista,
y de nuevo se entró por la batalla.
Sacó Teucro otra flecha voladora,
y á Héctor iba á tirarla: y si la vida,
hiriéndole con ella, le quitara;
pronto la lid hubiera terminado
que ostinada seguia en los bajeles.
Pero á la mente própida de Jove,
que á Héctor guardaba, la intencion de Teucro

823 no se ocultó; y habiéndole rompido
del balleston la retorcida cuerda
cuando á Héctor apuntando la estiraba,
del alta gloria de matar al héroe
le privó la Deidad. Huyó la flecha
por diverso camino, y de la mano
del griego en tierra el arco poderoso
cayó tambien, y enfurecido el jóven
dijo al hermano en dolorido acento:
"Triste de mí! Ya veo que irritado
»algun Dios el valor inutiliza
»que mostramos los dos en la pelea:
»y él ha sido el que ahora de mi mano
»derribó en tierra el arco poderoso,
»y la cuerda rompió recien torcida
»que yo mismo le puse esta mañana
»para que sin romperse de las flechas
»sostuviese el empuje, y numerosas
»contra los enemigos las tirase."
Y Ayax así le dijo: "Dulce hermano!
»el arco deja ahora y las saetas
»en el suelo. Ya ves que las ha roto
»enemiga Deidad que á los Aquivos
»persigue airada, y su valor envidia.
»Toma en la mano poderosa lanza,
»cubre los hombros de anchuroso escudo,
»y valiente pelea con los Teucros
»y á los otros anima con tus voces;
»para que los Troyanos, aunque ahora
»vencedores estén, no sin trabajo
»tomen las naves. En lidiar nosotros
»pensemos solamente." Así decia:
y Teucro, encaminándose á su tienda,

dejó allí el balleston: y de los hombros 856
un escudo colgó de cuatro pieles
formado, y con un yelmo la cabeza
se cubrió refornido, y en la mano
tomó robusta lanza guarnecida
de agudo hierro; y en veloz carrera
volvió á donde su hermano le esperaba,
y á su lado se puso. Cuando visto
Héctor hubo que inútiles yacian
del griego las saetas, en alegres
voces gritó á los Teucros y auxiliares.

"Teucros, Licios, Dardanios valerosos!
»sed varones, amigos, y acordaos
»del antiguo valor miéntras que dure
»la batalla en las naves. Por mis ojos
»he visto yo que del mejor archero
»el arco ha roto y voladoras flechas
»el mismo Jove; que á los hombres fácil
»es conocer á quienes con su mano
»defiende Jove y el honor del triunfo
»en las batallas da, y á cuales niega
»su favor y las fuerzas enflaquece:
»como ya de los griegos la pujanza
»y el valor debilita, y á nosotros
»con su poder ayuda. A los navíos
»acometed en escuadron cerrado:
»y aquel de entre vosotros que de cerca
»ó de léjos herido de la vida
«al término fatal aquí llegare,
»alegre muera; que glorioso y dulce
»es morir en defensa de la patria.
»Y libres ademas sus tiernos hijos
»quedarán y su esposa, y menoscabo

889 »no sufrirán sus bienes, si en las naves
»á su tierra volvieren los Aqueos."
   Así dijo, y á todas sus escuadras
mas aliento inspiró. Del otro lado
Ayax tambien gritaba á sus legiones.
   "Argivos! qué vergüenza! Ya es preciso,
»ó todos perecer, ó de las naves
»rechazar á los Teucros y salvarnos.
»¿Imaginais tal vez que si tomadas
»fueren por Héctor, al pais nativo
»por tierra volveréis? ¿No estais oyendo
»cómo á toda su gente en altas voces
»alegre anima, y les promete ufano
»reducir á ceniza los navíos?
»Y no, cierto, á la danza los convida,
»sino á la lid terrible: y á nosotros
»otro camino de salud no queda
»que valientes lidiar con los Troyanos,
»y vencer, ó morir. Es mas glorioso
»acabar de una vez, ó en la victoria
»asegurar la vida, que dejarse
»de esta suerte matar en la pelea,
»lentamente, en las naves, indefensos,
»por soldados que son á los Aquivos
»en número y valor tan inferiores."
   Ayax de Telamon así á los suyos
animó á pelear: Héctor en tanto
quitó la vida á Esquédio, el valeroso
hijo de Perimédes, que mandaba
los Focenses. Tambien á Laodamante,
otro hijo de Antenor que los peones
de Troya acaudillaba, con su pica
Ayax mató. La vida y la armadura

despues quitó el augur Polidamante 922
á Oto, el Cilenio, que de Méges era
el escudero. Cuando vió el caudillo
que de las armas á Oto despojaba
Polidamante, acometió furioso
con la pica. El troyano ladeóse,
y así evitó la muerte; porque Febo
no permitia que de Panto el hijo
quedase muerto al pié de los bajeles,
pero despues á Cresmo con su lanza
Méges atravesó. Cayó en la arena
el troyano y en ruido temeroso
el suelo retembló, y de la armadura
le despojó el aquivo. Mas en tanto
que el hijo de Fileo de los hombros
al cadáver las armas arrancaba,
saltó sobre él en rápida carrera
Dólope, que de Lampo era nacido
hijo de Laomedonte y en sus dias
el mas fuerte de todos los guerreros,
y tambien él en las sangrientas lides
estaba ejercitado. Y desde cerca
arremetiendo con aguda pica,
el escudo del hijo de Fileo
por el medio rompió; pero la cota
de bien tejidas poderosas mallas
con que el pecho del héroe defendido
estaba le salvó. Trajo Fileo
de Éfira situada á las orillas
del claro Seleente aquella cota,
que Eufétes, Rey de la ciudad, le diera
en señal de amistad y de hospedaje,
porque puesta en las lides la llevara

y con ella su pecho defendiese
contra los enemigos; y este dia
tambien libró de muerte inevitable
al hijo. Viendo Méges que la pica
á herirle no llegara, en lo mas bajo
de la cimera del bruñido almete
dió una lanzada al teucro, y la garzota
de crines de caballo al suelo vino
con toda la cimera, que teñida
nuevamente de púrpura brillaba.
Miéntras Méges seguia combatiendo
y vencer esperaba, Menelao
acudió á socorrerle: y á la espalda
de Dólope sin que este lo advirtiera
poniéndose, en el hombro con la pica
le hirió. La punta, atravesando el pecho
impetuosa y deseando ardiente
adelante pasar, por la garganta
salió, y de cara el adalid troyano
cayó en la arena. Fueron presurosos
Méges y Menelao de las armas
á despojarle; pero viólos Héctor,
y en alta voz á todos sus hermanos
mandó que defendiesen el cadáver.
Y vuelto al valeroso Menalipo,
hijo de Hicetaon, deudo cercano
del infelice Dólope, con dura
reprension le aguijaba.—Hasta que á Troya
á guerrear vinieran los Aqueos,
habitaba en Percope Menalipo
numerosa vacada apacentando;
mas despues que los Griegos en las naves
vinieron á Ilïon volvióse á Troya,

y por su gran valor entre los teucros 988
todos sobresalia; y le hospedara
en su palacio el Rey, y cual si fuera
alguno de sus hijos le queria.—
A este guerrero, pues, en altas voces
Héctor entónces reprendió, y le dijo.
"¿Y serémos nosotros tan cobardes,
»o Menalipo? ¿El corazon ahora
»conmovido no sientes, á la vista
»el cadáver teniendo de tu primo?
»¿No ves cómo de Dólope los Griegos
»pelean por llevarse la armadura?
»Sígueme, pues: que mengua ya seria
»de léjos batallar con los Aquivos,
»hasta que todos ellos traspasados
»por nuestras lanzas sean, ó ellos tomen
»la fuerza de Iliïon y la destruyan
»en general ruïna, y á cuchillo
»pasen á sus valientes ciudadanos."
Dichas estas palabras, el primero
Héctor marchó. Siguióle Menalipo,
á los Dioses igual en valentía;
y al verlos, á los hijos de la Grecia
Ayax de Telamon así animaba.
"Mostrad aquí vuestro valor, amigos!
»y el desprecio temed con que el valiente,
»cuando ya se ha trabado la pelea,
»á los cobardes mira. En las legiones
»en que los unos el desprecio temen
»de los otros, son mas los que se salvan
»que los que mueren. Si cobardes huyen,
»ni gloria alcanzan, ni ayudarse pueden
»los unos á los otros." Así dijo

1021 Ayax: y todos, aunque ya resueltos
á defenderse estaban, al oirle
mas valientes se hicieron, y cercaron
con un muro de bronce los navíos.
A los Troyanos alentaba Jove,
mas no cobarde entónces Menelao
olvidó la defensa; que cuidoso
con sus voces á Antíloco animaba
á que el valor mostrase, y le decia.
"Antíloco! de todos los aqueos
»eres aquí el mas jóven: y ninguno
»en el correr te iguala, ni mas fuerte
»es que tú en la pelea. Si lograses,
»impetuoso arremetiendo, alguno
»matar de los Troyanos!....." Esto dijo
el Atrida: y habiendo así animado
con sus voces al jóven á su escuadra
se retiró, y Antíloco brioso
fuera saltó de la primera fila.
Y en derredor mirando precavido,
vibró la aguda reluciente lanza;
y al verla por su mano despedida,
huyó cobarde el escuadron de Troya.
Pero no en vano la arrojó: que al fuerte
hijo de Hicetaon, el animoso
Melanipo que ardiente á la pelea
venia, á la raiz de la garganta
se la clavó en el pecho, y el troyano
cayó en el polvo, y retembló la tierra.
Y Antíloco saltó sobre el cadáver,
ganoso de quitarle la armadura.
Como salta el lebrel sobre el herido
ciervo que de su cama descuidado

sale á pacer, y el cazador le pasa 1054
con acerda flecha, y moribundo
viene á caer sobre la verde yerba:
así el hijo magnánimo de Néstor
sobre el cadáver tuyo, o Menalipo,
saltó para quitarte la armadura.
Mas Héctor lo advirtió; y por las primeras
filas atravesando, del Aqueo
al encuentro salió: y aunque valiente
guerrero fuese Antíloco, á esperarle
no atreviéndose huyó precipitado.
Como la fiera que mató los perros,
ó al pastor que guardaba las ovejas,
despues de hecho el estrago se retira
ántes que acuda gente: así de Néstor
el hijo huyó; mas Héctor y los suyos,
dando terribles voces, derramaban
siempre copiosa lluvia de saetas:
y él, llegado á la escuadra de los Griegos,
paróse, y dió la cara al enemigo.

Entónces los Troyanos, semejantes
á leones hambrientos, se arrojaron
sobre las naves en tropel confuso,
de Jove por la diestra protegidos
que siempre nuevo ardor les infundia.
La Deidad, el valor de los Aqueos
debilitando y el honor del triunfo
negándoles, en su ánimo queria
á Héctor, hijo de Príamo, la gloria
dar de que fuego ardiente é indomable
echara en los navíos, y de Tétis
así el fatal deseo se cumpliera.
Pero solo esperaba con sus ojos

1087 ver la llama salir de algun navío
que empezara á quemarse, y desde entónces
poner debia en fuga á los Troyanos
y la victoria dar á los Aqueos.
Por eso ahora á destruir las naves
con impulso agitaba poderoso
á Héctor, que mucho en llama abrasadora
quemarlas impaciente deseaba.
Cual, blandiendo su lanza, se enfurece
Marte en la guerra; ó cual en alto monte
el fuego se embravece, cuando abrasa
espesísima selva: tal ahora
Héctor se enfurecia; y en espuma
blanca tiñendo el encendido labio
ambos sus ojos en ardiente fuego
bajo las torvas arrugadas cejas
ardian, y en contorno de las sienes
hórridamente el morrïon crujia
miéntras él animoso batallaba.
Y desde el éter ardimiento y brio
infundíale Jove, y entre todos
los caudillos troyanos y auxiliares
á él solo honrar y proteger queria,
al ver que breve tiempo le quedaba
ya de vivir; que en su furor Minerva
apresuraba el dia en que vencido
por el hijo valiente de Peleo
acabase la vida. Mas entónces
las hileras romper de los Aquivos,
por un lado y por otro acometiendo
donde mas numerosas las escuadras
eran y los mas fuertes combatian,
anhelaba feroz; pero no pudo

la falange romper de los Aqueos,
que en columna cerrada resistian.
Como una grande roca inaccesible
del espumoso mar en la ribera
firme sostiene el repetido choque
de los vientos sonoros, y el embate
de las ingentes olas que sobre ella
se rompen rebramando; así los Griegos
firmes á los Troyanos esperaban,
ni en vergonzosa fuga se ponian:
y Héctor, en derredor de la armadura
claro fulgor lanzando, impetuoso
se arrojó al escuadron de los Aqueos,
y sobre ellos cayó. Como á la nao
embravecidas olas acometen
que el viento ha levantado resonante
bajando de las nubes; y el navío
todo se cubre con la espuma, y brama
dentro la vela furibundo el viento,
y acobardados los marinos tiemblan
porque muy cerca de la muerte miran
correr su nave: así de los Aquivos
en el pecho el temor despedazaba
el ánimo abatido, miéntras Héctor
furioso á su falange acometia.

Cual, si hambriento leon fiero acomete
al rebaño de bueyes numeroso
que de extendido lago en la ribera
está paciendo, y por custodio tiene
un pastor no avezado todavía
á pelear con fieras y estorbarlas
que las reses le maten; y siguiendo
á las últimas siempre, ó las primeras,

1153 descuida las del centro; y al notarlo
el leon á esta parte se encamina
y una vaca devora, y todas huyen
medrosas: así entónces los Aquivos,
por Héctor y por Jove amedrentados,
en fuga se pusieron, y á uno solo
Héctor logró matar; á Perifétes,
natural de Micénas y nacido
de Copreo el infame el que llevaba
á Hércules los mensages de Euristeo.
De un padre sin valor naciera un hijo
muy valeroso y fuerte; que adornado
de las virtudes todas, con ligera
planta corria, en las sangrientas lides
peleaba animoso, y en talento
entre los mas prudentes de Micénas
sobresalia: y con su muerte ahora
dió grande honor al campeon troyano.
Al volver las espaldas el aquivo,
del anchuroso escudo que llevaba
para que de los tiros le librase,
y de piés á cabeza le cubria,
en la circunferencia tropezando
y enredados los piés, cayó de espalda,
y el morrion en horroroso ruido
en derredor crujió de la cabeza
cuando en tierra cayó. No tardó mucho
Héctor en verlo, y en veloz corrida
á su lado se puso y en el pecho
su lanza le clavó, y á la presencia
le mató de los suyos. Y aunque tristes
quedaron con su muerte, su cadáver
defender no pudieron; que ellos mismos

á Héctor mucho temian. Los Aqueos 1186
detras se retiraron de las naves
mas cercanas al muro, y á la espalda
tenian las demas que las postreras
sacado á tierra habian. Retirados
al centro de las naves, á la dura
necesidad cediendo y perseguidos
por la troyana hueste, no la suya
se dispersó; que en apiñadas filas
al lado de las tiendas reunidos
hicieron alto y el pudor y el miedo
los contenian, y en ardientes voces
los unos á los otros no cesaban
de animarse. De todos el primero
Néstor, el númen tutelar de Grecia,
uno por uno á los aquivos todos,
el nombre de sus padres invocando,
á la lid animaba, y les decia.

"Tened valor, amigos, y en el pecho
»el pudor renovad que la presencia
»de los hombres infunde. De los hijos,
»las esposas, los padres y los bienes
»os acordad; así el que todavía
»sepa que viven sus ancianos padres,
»como el que ya en su muerte derramado
»tiernas lágrimas haya: que yo ahora
»por tan amadas prendas os suplico,
»aunque ausentes están, que la batalla
»sostengais con valor y no á la fuga
»os entregueis cobardes." El anciano
con estas voces inflamó de todos
el ánimo; y Minerva de repente
la nube separó densa y oscura

1219 que sus ojos cubria, y en contorno
en claridad inmensa los objetos
pudieron todos descubrir; las naves,
y el campo de batalla. De este lado
á Héctor veian orgulloso y fiero,
y del otro á los Griegos campeones;
así á los que detras de los navíos
sin pelear estaban, como aquellos
que al pié de los bajeles combatian.
Mas no era grato al corazon valiente
de Ayax de Telamon estar ocioso
donde los otros hijos de la Grecia
se habian retirado. Así, las naves
corria todas, con ligera planta
de una en otra saltando á la crugía,
y en la mano teniendo una gran percha
de mas de veinte codos que con clavos
de hierro asegurada en los combates
de mar servia. Cual ligero suele
diestro cabalgador, cuatro bridones
escogiendo entre muchos, á carrera
de la llanura á la ciudad guiarlos
por el ancho camino, y mucha turba
de hombres y de mugeres admirada
le está viendo correr, y él de contino
del uno al otro salta sin caerse,
y ellos en tanto rápidos galopan:
así Ayax por encima la cubierta
corria de las naves presuroso
de una en otra saltando, y hasta el éter
llegó su voz; que en horroroso grito
de animar no cesaba á los Aqueos
á defender las tiendas y las naves:

y Héctor tampoco estaba entre las filas 1252
oculto de los teucros escuadrones.
Como el águila negra á la bandada
persigue de las aves que tranquilas
á la márgen de un rio caudaloso
solazándose están, sea de grullas,
ó de gansos, ó cisnes; tal entónces
Héctor se encaminó precipitado
á un bajel cuya proa hermoseaba
verde color: y con su diestra Jove
por detras le empujaba poderosa
y animaba á su gente, y el combate
con mas ardor se comenzó de nuevo
al pié de los navíos. Y dijeras
que sin estar de combatir cansados
los unos y los otros peleaban
por la primera vez: tan animosos
se acometian. Y diversos mucho
eran de los Aquivos los temores,
y diversas tambien las esperanzas
de los Troyanos. Que evitar pudiesen
su total exterminio los Aqueos
ya no creian; perecer con gloria
solamente esperaban. Los Troyanos
los bajeles arder, y á los Aquivos
en ellos degollar, dentro del alma
todos se prometian; y agitados
de ideas tan contrarias, se embistieron.
Era la nave cuya excelsa popa
Héctor asió de las que el mar undoso
pueden atravesar, nueva y ligera,
y en ella vino á la troyana costa
Protesilao; mas al patrio suelo

no le volvió á llevar. Por esta nave
se mataban los Griegos y Troyanos
hiriéndose de cerca, ni de léjos
unos y otros los tiros esperaban
de flechas y de dardos; que valientes,
unánimes, unidos, y de cerca,
con hachas de dos cortes y afiladas
segures combatian. Y en el polvo
muchas espadas de brillante acero,
de anchuroso recazo y con oscuro
hierro adornadas, sin cesar caian:
ó huyendo de la diestra poderosa
de los mismos guerreros, ó en sus hombros
hechas pedazos; y la roja sangre
en copioso raudal sobre la verde
yerba corria. La elevada popa
Héctor en tanto de la nave griega
no soltaba; que firme con la mano
el alcázar tenia, y á los Teucros
así en alegres voces animaba.

"Fuego traed, y en escuadron cerrado
» todos al mismo tiempo la batalla
» empeñad; porque Júpiter benigno
» este dia nos da que los afanes
» hace ya olvidar todos, y la gloria
» tendremos de quemar esos bajeles
» que con hado siniestro aquí venidos
» contra la voluntad de las Deidades,
» mucho mal nos hicieron por la culpa
» de los ancianos. Porque yo queria
» junto á las altas popas de las naves
» dar la batalla y tímidos licencia
» no me quisieron dar, y de la hueste

» el ardor reprimian. Mas, si entónces 1318
» el padre Jove permitió que ciegos
» errásemos así; ya él mismo ahora
» nos anima á lidiar, y nos ampara."
Dijo: y al escucharle los Troyanos,
con mas ardor á la falange griega
acometieron. Sostener no pudo
Ayax la acometida impetuosa;
que de lanzas y dardos oprimido
era por todas partes: y algun tanto
retrocedió, porque morir temia.
Dejó, pues, la cubierta de la nave:
y de pié sobre un banco de remeros
que siete piés tenia, cuidadoso
observaba si alguno á los bajeles
con encendidas teas se acercaba
para quemar la nave, y con la percha
sin cesar alejaba de los buques
al que con fuego abrasador venia,
y de continuo en horrorosas voces
al combate á los Griegos animaba.
"Ministros de Mavorte (les decia)
» campeones valientes de la Grecia,
» dulces amigos! Recordad ahora
» cual fué vuestro valor en las batallas
» hasta este dia. ¿Imaginais acaso
» que á la espalda teneis otras legiones
» que pueden ayudaros, ó algun muro
» mas firme que el antiguo y que la vida
» á todos salve? Ni tenemos cerca
» torreada ciudad donde podamos
» acogernos, ni tropas de refresco
» que alternen con nosotros. En las tierras

1351 »de los Troyanos fuertes, y á la orilla
»del mar acorralados, y de Aeaya
»estamos léjos. La salud, amigos,
»en los puños está, no en retirarse
»de la batalla." Dijo: y furibundo
con la terrible percha á todas partes
diligente acudia, y al guerrero
que de Héctor por las voces animado
y agradarle queriendo se acercaba
con fuego abrasador á los bajeles,
furioso heria con agudo hierro;
y doce campeones sobre el polvo,
1363 de las naves al pié, dejó tendidos.

LIBRO DECIMOSEXTO.

Así por esta nave combatian
Aquivos y Troyanos; y Patroclo
al pabellon de Aquíles ya viniera;
y lágrimas ardientes derramaba;
cual fuente cenagosa que cayendo
de altísimo peñasco, en la llanura
vierte las negras ondas. Cuando Aquíles
le vió venir lloroso, del amigo
hubo piedad; y asiéndole la mano,
así le dijo en halagüeñas voces.
"Por qué lloras, Patroclo? Como suele
» llorar la niña que en veloz carrera
» á su madre siguiendo ya se cansa,
» y la tira del manto, y la detiene,
» y la mira llorosa, y la suplica
» que en sus brazos la tome: así afligido
» tiernas lágrimas viertes. ¿Anunciarnos
» quieres infausta nueva, ó á mí solo,
» ó á todos los Mirmídones? ¿De Phtia
» ha venido tal vez un mensagero,
» y tú la oiste solo? Si no miente
» la fama lisonjera tu buen padre
» Menetio vive aun, y rodeado
» vive de los Mirmídones Peleo:
» y solamente si los dos murieran
» tristes estar debiéramos. ¿O lloras
» por los Griegos acaso, que perecen
» al pié de los navios por su culpa?
» Habla, nada me ocultes, y el orígen
» sepa yo de esas lágrimas." Al héroe

31 así, tristes suspiros exhalando,
generoso Patroclo! respondiste.
"Ay! hijo de Peleo, y el mas fuerte
» de los Aquivos todos! No mi llanto
» culpes, amigo! Dolorosa cuita
» oprime á los Aqueos. Cuantos eran
» ántes los mas valientes, en las naves
» yacen heridos; quien de flecha aguda,
» quien de un bote de lanza. Dïomédes
» herido está por arma arrojadiza,
» con sus lanzas dos Teucros han herido
» á Agamenon y al esforzado Ulíses,
» y Eurípilo en el muslo de saeta
» herido está. Los médicos atienden
» á curar sus heridas: y tú, Aquíles,
» eres inexorable. Oh! nunca, nunca,
» la cólera que tú, valiente solo
» en daño nuestro, abrigas en el alma
» se apodere de mí! ¿Quién por tu brazo
» alguna vez en las sangrientas lides
» defendido será, si á los Aquivos
» no libertas ahora de la muerte?
» Cruel! No fué tu padre el bondadoso
» Peleo, ni tu madre la divina
» Tétis: el negro mar de sus abismos
» te abortó, ó de las rocas escarpadas
» duras naciste, pues así te muestras
» despiadado. Si temes que se cumpla
» el vaticinio que tu augusta madre
» de Jove en nombre te anunció algun dia,
» ú otro nuevo tal vez te ha revelado;
» á lo ménos á mí concede ahora
» á campaña salir, y haz que me siga

» de los otros Mirmídones la hueste, 64
» por ver si aurora de salud mi diestra
» es para los Aqueos. Tu armadura
» me da tambien: acaso, por las armas
» creyendo los Troyanos ser Aquíles
» el que en la lid se muestra, los combates
» suspenderán, y los valientes hijos
» de la Grecia, que están acobardados,
» aliento cobrarán; que en las batallas
» un breve instante de reposo es útil.
» Y nosotros, que entramos en la liza
» sin estar fatigados, fácilmente
» á unas tropas que están ya tan cansadas
» hasta su capital rechazarémos
» léjos de los navíos y las tiendas."

Con este ardor el infeliz rogaba.
Ah! necio, necio! en prematura muerte
bajar del orco á la region oscura
pedia sin saberlo; mas Aquíles,
altamente irritado, así le dijo.

"¿Cómo, Patroclo, de tu labio ahora
» esas voces salieron? Ni mi madre
» de Jove en nombre me anunció este dia
» nueva calamidad, ni me acobarda
» la suerte que los Hados me reservan.
» Pero grave dolor el alma siente,
» y el corazon, al ver que envanecido
» un adalid, porque potente sea,
» á un igual suyo á despojar se atreve
» de la justa porcion que le ha cabido
» por suerte al repartirse los despojos,
» y hasta el premio de honor. Esta mi pena,
» este es mi gran dolor, y esta la causa

97 »de los muchos pesares que he sufrido.
»La jóven que los hijos de la Grecia
»como premio de honor me destinaron,
»y que yo por mi mano cautivara
»despues de haber tomado y destruido
»bien murada ciudad, de entre los brazos
»me arrancó Agamenon como si fuese
»yo el villano mas ruin. Pero olvidemos
»ya lo pasado, ni posible fuera
»siempre abrigar la cólera en el alma.
»A mi justa venganza yo queria
»no renunciar, hasta que á ver llegase
»el bélico tumulto y la pelea
»cerca ya de mis naves.—Tú, Patroclo,
»cúbrete ya de mis brillantes armas,
»y los bravos Mirmídones ahora
»á la lid guia; pues oscura nube
»de troyanos circunda los bajeles
»con gran fuerza, y los Griegos á la orilla
»del mar se han retirado. Reducidos
»á corto espacio están y de los Teucros
»sobre ellos carga la ciudad entera,
»llena de confianza porque ahora
»no ven de cerca el resplandor brillante
»de mi celada. Pronto, fugitivos,
»de muertos los barrancos llenarian
»si el poderoso Agamenon me hubiese
»honrado cual debiera; mas ahora
»cercado el campo tienen, y atrevidos
»en derredor combaten. Ni en la mano
»de Diomédes el hasta se enfurece,
»y libra de la muerte á los Aqueos;
»ni ya la voz resuena en mis oidos

» del Atrida, aunque odiosa la persona
» tanto me debe ser. Escucho solo
» de Héctor, el matador de los guerreros,
» el orgulloso grito con que alienta
» á sus legiones que la gran llanura
» atruenan en confusa vocería,
» ufanas por el triunfo que lograron
» sobre los Griegos. Pero tú, Patroclo,
» para salvar las naves acomete
» animoso; no sea que abrasadas
» por los Troyanos en ardiente fuego,
» no podamos volver á nuestros lares.
» Lo que debes hacer escucha ahora;
» y el consejo no olvides, si deseas
» que de honores y gloria los Aquivos
» me colmen todos y la hermosa esclava
» me restituyan, y brillantes dones
» añadan en reparo de la ofensa.
» Cuando ya de las naves alejado
» al enemigo hubieres, te retira;
» y aunque benigno Jove te conceda
» coronarte de gloria no á los Teucros
» sin mí tú quieras perseguir, no acaso
» mi deshonor aumentes: ni atrevido,
» el combate siguiendo y la pelea
» y matando enemigos, hasta Troya
» lleves la hueste. Desde el alto cielo
» alguno de los Dioses inmortales
» contra tí bajaria; porque mucho
» Febo á los teucros ama. Así que hubieres
» los navíos salvado; con mis tropas
» vuelve otra vez, y deja que los Griegos
» y los Troyanos en la gran llanura

163 »unos con otros batallando sigan.
»Y ojalá, padre Jove, Pálas, Febo!
»que ninguno, ni griego ni troyano,
»se libre de la muerte, y que nosotros
»logremos solos de la excelsa Troya
»á polvo reducir el fuerte muro."
Así los dos hablaban, y entre tanto
Ayax no pudo mantener su puesto;
que una nube de dardos le cubria:
y de Jove el poder por una parte,
y por otra los Teucros animosos
que sin cesar sus picas le tiraban,
vencer al fin pudieron al Aquivo.
El duro yelmo, al repetido golpe
de tantas picas, en estruendo ronco
en torno de las sienes resonaba;
porque por ambos lados y de frente
eran sus chapas sin cesar heridas;
y de tener el ponderoso escudo
en alto siempre sostenido, el hombro
izquierdo ya sentia fatigado.
Y ni aun así los Teucros con sus tiros,
por mas que le acosaban, de la liza
le hicieron retirar; pero su pecho
siempre anheloso estaba y abundante
sudor corria de su cuerpo todo,
y ni un instante respirar siquiera
érale dado: que por todas partes
á un afan otro nuevo se añadia.
Decidme ahora, o Musas, de que modo
por la primera vez cayó en las naves
el fuego abrasador. Estaba cerca
de Ayax Héctor, y recia cuchillada

en la pica le dió. Y aunque de fresno 196
era duro, la espada del Troyano
la cortó por la parte en que la punta
sujetaba al hastil la abrazadera:
y en inútil esfuerzo Ayax blandia
el hasta, y léjos de él cayó en el suelo
con gran ruïdo el afilado bronce.
Bien conoció como varon piadoso
Ayax, y estremecióse, que tenia
contra sí las Deidades, y que Jove,
potente Dios que en las alturas truena
y fácil desbarata los proyectos
de los tristes mortales en las lides,
á los Troyanos la victoria daba;
y fuera del alçance de los tiros
se retiró: y entónces los Troyanos
fuego ardiente pusieron á la nave,
y en un momento abrasadora llama
corrió por todo el buque. Cuando Aquíles
vió arder el fuego en torno de la popa;
hirióse el muslo, y á Patroclo dijo.
"Sus, Patroclo valiente, marcha pronto:
» el estrago ya veo que en las naves
» haciendo está la llama abrasadora
» que encendió el enemigo, y mucho temo
» que si de los bajeles se apodera
» no podrémos volver á nuestra patria.
» Así, vístete pronto la armadura,
» y en tanto yo congregaré la hueste."
Aquíles dijo, y á su voz Patroclo
se revistió de las fulgentes armas.
Puso primero las bruñidas grevas
de las piernas en torno, y al tobillo

229 las ajustó con argentados broches.
Ciñóse luego el anchuroso pecho
con la coraza del valiente Aquíles,
en variada labor de relumbrantes
estrellas tachonada; y de los hombros
colgó el estoque de cortante acero
cuyo luciente puño enriquecian
clavos de plata, y el enorme escudo
tomó despues. El reluciente casco
puso tambien en la cabeza hermosa;
y el penacho, que trémulo ondeaba
y era de negras crines de caballo,
inspiraba terror. Dos gruesas picas
asió por fin, que manejar pudiera;
pero la grande, y poderosa, y fuerte
hasta de Aquíles empuñar no quiso:
que blandirla ninguno de los Griegos
pudiera, y solamente manejarla
sabia Aquíles. De robusto fresno
cortada fué sobre la enhiesta cumbre
del Pelio por Quiron; y este á Peleo
se la cedió despues, para que armado
con ella en las batallas diera muerte
á los mas valerosos adalides.
Mandó luego al auriga Automedonte,
que era el amigo á quien despues de Aquíles
él mas queria (y en la lid sangrienta
mas que de nadie, al sostener el choque,
de él se fiaba) que pusiera pronto
al carro los bridones. El auriga
obedeció á su voz, y diligente
unció bajo del yugo á Janto y Balio,
que en correr á los vientos igualaban,

del Zéfiro nacidos y la Harpía 262
Podarga, que del mar en la ribera
pacia descuidada cuando vista
por el Zéfiro fué. Juntó con ellos
al ligero Pedaso, que de Teba,
la ciudad de Etïon, Aquíles trujo
cuando fué por su brazo conquistada:
y aunque nació mortal, veloz seguia
á los otros caballos inmortales.
Y entre tanto, las tiendas recorriendo,
á todos los Mirmídones Aquíles
mandaba que se armasen. Como suelen
los carniceros lobos en el monte
algun venado de ramosas astas
perseguir y matar, su cuerpo todo
despedazando: y en su roja sangre
tiñen las negras bocas, y sedientos
van en cuadrilla á cenagosa fuente:
y con la punta de la lengua solo
lamiendo el agua turbia de la sangre
fétido olor arrojan, y su vientre
se dilata; mas ellos en el pecho
firme el valor conservan: así ahora
de los fieros Mirmídones los Gefes
todos, en derredor del escudero
del primer adalid, apresurados
se reunian. Y en el centro estaba
Aquíles, animando con sus gritos
á los fuertes guerreros que en los carros
debian combatir, y á los peones.
Fueron cincuenta las veloces naves
en que á Troya condujo sus escuadras;
y cincuenta soldados contenia

cada una de ellas, que tambien el remo
sabian manejar; y cinco gefes
escogidos nombró que los guiaran
en la pelea, y el poder supremo
se reservó. De la primer falange
caudillo era Menestio, que vestia
de variado color fuerte coraza;
y á la Deidad que poderosa impera
en el Esperquio, caudaloso rio
que acrecer suelen las celestes lluvias,
debia el ser. La bella Polidora,
nacida de Peleo, festejada
aunque mortal por la deidad del rio,
le dió á luz; mas pasaba por su padre
Boro, hijo de Periéres, que con ella
se desposara en público y en dote
bienes la dió de inestimable precio.
El segundo escuadron acaudillaba
el aguerrido Eudoro, que engendrado
fué por una soltera; por la hermosa
y tan diestra en la danza Polimela,
de Filante nacida.—Por acaso
Mercurio con sus ojos en las danzas
de Dïana, la Diosa que en el monte
hiere certera con la flecha de oro
á las fieras en caza clamorosa,
la vió danzar entre las otras ninfas
el dulce canto acompañando al baile:
y enamorado de ella, en su aposento
la sorprendió. Y cediendo á sus caricias,
hubo de él Polimela al esforzado
Eudoro, que entre todos sus iguales
sobresalia en la veloz carrera

si el alcance seguia al enemigo, 328
y en la sangrienta lid. Cuando la Diosa
que á los partos preside al tierno infante
sacó á la luz, y el resplandor inmenso
del sol hirió sus ojos; por esposa
tomó luego á la madre el aguerrido
hijo de Áctor, Equeclo; y á su alcázar,
en gran riqueza habiéndola dotado,
la llevó: y el abuelo cariñoso,
el anciano Filante, en su morada
cuidó del nieto hasta la edad madura;
y tan tierno le amaba, cual si fuese
hijo suyo.—Pisandro, el animoso
hijo de Mémal, que en vibrar el hasta
á todos los Mirmídones vencia
no contando de Aquíles al amigo,
era adalid de la tercer escuadra.
Por el anciano Fénix, que otro tiempo
fuera cabalgador tan afamado,
la cuarta era regida. Alcimedonte,
de Laerces hijo claro, acaudillaba
el último escuadron. Cuando sus tropas,
junto con los valientes capitanes,
hubo ya puesto en órden de batalla
el valeroso Aquíles; esta arenga
dirigió en alta voz á sus guerreros.

"Mirmídones! ninguno dé al olvido
» las amenazas que vosotros todos
» miéntras duró mi cólera á los Teucros
» haciais. Impacientes, á mí mismo
» me culpabais así porque á las lides
» no os conducia.—*Aquíles de Peleo!*
» *inflexible! sin duda que tu madre*

361 »*te alimentó con hiel. Desapiadado!*
»*que así malgrado suyo á tus legiones*
»*detienes en las naves. A lo ménos*
»*permite que nosotros á la patria,*
»*atravesando el mar, volvamos todos;*
»*pues tan funesta cólera tu pecho*
»*á dominar llegó.* Tales razones,
»congregados en junta clamorosa,
»repetirme soliais. A la vista
»ya teneis, pues, el hórrido combate
»que pediais. Marchad: y á los Troyanos
»con animoso corazon se arroje
»cada cual." Así el héroe les decia,
y nuevo ardor les infundió en el alma:
y al escuchar la voz de su caudillo,
ellos mas estrecharon las hileras.

Como suele de alcázar suntuoso
con bien unidas piedras el obrero
fabricar las paredes que al embate
de los vientos resisten: así estaban
los escudos y cóncavos broqueles.
Un escudo tocaba al otro escudo,
un morrïon al otro, y un guerrero
á otro guerrero; y las espesas crines,
que en las altas cimeras relucientes
trémulas ondeaban, en el aire
se confundian. Tan cerradas eran
las filas de soldados: y á su frente
estaban los dos héroes que animosos,
y mucho de la hueste adelantados,
ansiaban pelear, Automedonte
y el ardido Patroclo. En tanto Aquíles
entró en su tienda, y del arcon hermoso

de cedro que en la nave le pusiera 394
su madre Tétis, y llenado habia
de túnicas y mantos que pudiesen
abrigarle y tapetes afelpados
para cubrir el lecho, alzó la tapa.
Y una copa sacando primorosa,
en la cual nadie el vino delicioso
todavía gustara, y ni aun Aquíles
á ninguno con ella de los Dioses
las puras libaciones ofrecia
excepto el padre Jove; con azúfre
primero la limpió. Despues, con agua
cristalina lavándola, sus manos
lavó tambien: y de oloroso vino
llenándola, y enmedio de la hueste
colocado, y del vino las primicias
en tierra derramando; en estas voces,
mirando al cielo, suplicaba humilde
á Júpiter, que atento le escuchaba.
"Júpiter soberano, Dodoneo,
»Pelásgico, que habitas el Olimpo,
»y eres el númen tutelar potente
»del pais destemplado de Dodona,
»en cuyo bosque silencioso habitan
»los Seles, tus ministros y profetas,
»que en austero vivir, ni la dulzura
»gozan del baño, ni en mullido lecho
»quieren dormir sino en la dura tierra!
»Si ya otra vez mis ruegos escuchaste;
»y por vengarme á las aquivas huestes
»hiciste tanto mal; tambien ahora
»da que se cumplan mis ardientes votos.
»*Yo quedo en el recinto de las naves*,

427 *»y á pelear envio mi escudero*
»de todos los Mirmídones seguido:
»y tú, Jove tonante, la victoria
»con él envía, y en su fuerte pecho
»alienta el corazon; para que vea
»Héctor si mi escudero, aunque esté solo,
»combatir sabe; ó si su fuerte brazo
»solo es capaz de pelear valiente,
»cuando yo tomo parte en las batallas.
»Mas luego que la guerra y el tumulto
»él hubiere alejado de las naves,
»vuelva ileso á mi vista, y con las armas
»todas y sus valientes compañeros."
El padre Jove le escuchó benigno:
mas de su ruego le otorgó una parte,
y la otra le negó. Que de las naos
la guerra y los combates alejara
Patroclo, le otorgó; que de la liza
volviera ileso, le negó. Y Aquiles,
hecha la libacion y al padre Jove
habiendo ya sus votos dirigido,
á su tienda volvió, y la copa de oro
depositó otra vez dentro del arca.
Y volviendo á salir, junto á la puerta
quedó parado; y deseaba mucho
desde aquel puesto la terrible lucha
presenciar de los Griegos y Troyanos.
Y los fuertes Mirmídones siguiendo
al valiente Patroclo caminaban
en buena formacion, hasta que cerca
de los Teucros llegaron. Y animosos
se arrojaron sobre ellos, como suelen
acometer furiosas las avispas

que cerca de un camino su morada
tienen, si los malignos rapazuelos,
como lo han de costumbre, las irritan
sin conocer que á sí y á muchos otros
gran daño causarán. Porque si alguno
las alborota sin querer, pasando
por el camino; valerosas ellas,
volando al inocente pasagero,
en ardorosa pertinaz porfía
sus hijuelos defienden. Así entónces
los valientes Mirmídones, saliendo
de las naves, cayeron de repente
sobre les Teucros atronando el aire
con inmenso clamor: y en altas voces
Patroclo así á lidiar los animaba.
"Mirmídones de Aquíles compañeros,
»el hijo de la Diosa! en este dia
»sed varones, amigos, y acordaos
»del antiguo valor; porque de gloria
»el mas valiente de los Griegos todos
»que contiene el recinto de las naves
»(y tambien son valientes sus escuadras)
»hoy se cubra, y la falta reconozca
»el poderoso Agámenon de Atreo
»que cometió cuando insultó orgulloso
»al mas fuerte de todos los Aquivos."
Con estas voces infundió á los suyos
osadía y valor: y como fieras,
en columna cerrada, al enemigo
se arrojaron; y en torno repetian
los bajeles las voces espantosas
que daban los Aqueos. Los Troyanos,
cuando al hijo valiente de Menetio

493 vieron venir, de relumbrantes armas
él vestido y tambien Automedonte,
perdieron el valor. Y las falanges
desordenadas ya (porque creian
que el hijo de Peleo depusiera
su cólera terrible; y á la gracia
vuelto de Agamenon, de sus bajeles
saliera á pelear) y acobardados
aun los mas valerosos campeones;
en derredor miraban todos ellos
por donde huir podrian de la muerte.
El primero Patroclo, adonde viera
que con mayor empeño los Troyanos,
en numerosa escuadra reunidos,
por la nave que fuera del valiente
Protesilao la ardorosa llama
extender procuraban, de la turba
lanzó en el medio la brillante pica;
y en el brazo derecho hirió á Pirécmes,
que á Troya los Peonios condujera
de Amidon la remota situada
del Axio caudaloso á las orillas.
El adalid de espalda sobre el polvo
cayó gimiendo, y las legiones todas
de los Peonios que á su lado estaban
se pusieron en fuga; que Patroclo
les inspiró terror, matado habiendo
al capitan que á todos en la guerra
en valor excedia. Así Patroclo
alejó de las naves á los Teucros;
y la llama apagó que consumia
la de Protesilao, que abrasada
la mitad quedó allí. Y hácia sus muros

los Troyanos huyeron presurosos 526
grande clamor alzando, y los Aquivos
en torno de los cóncavos bajeles
se derramaron con alegres voces.
Como si de las cimas elevadas
del alto monte las oscuras nubes
alza y aleja el fulgurante Jove,
las cumbres todas, prominentes riscos
y selvas se descubren, y en el cielo
brilla azulada la region del éter;
así, cuando los Griegos de sus naves
hubieron alejado al enemigo
y apagado la llama, en alegría
respiraron al fin; mas no por eso
el combate cesaba clamoroso.
Porque no todavía los Troyanos,
por las falanges griegas perseguidos,
en completa derrota se entregaran
á la fuga, la empresa abandonando;
que aun resistian, y con paso lento,
del número oprimidos, se alejaban
de los bajeles. Pero al fin, desecha
la hueste, los caudillos de los Griegos
mataban, cada cual, de los Troyanos
á un campeon. El hijo valeroso
de Menetio, de todos el primero,
á Areilico, entretanto que volvia
la espalda para huir, hirió en el muslo
con una lanza; y el agudo bronce
el duro hueso le rompió, y en tierra
cayó el teucro de cara. El belicoso
Menelao tambien hirió á Toante,
en la parte del pecho que mostraba

559 por el duro broquel no defendida;
y allí espiró el troyano. Luego Méges,
viendo venir á Anficlo que animoso
acometia, anticipó su tiro,
y en la parte mas alta de la pierna,
donde el mas grueso músculo se extiende
de cuantos tiene el hombre, con la pica
acertó á darle; y la acerada punta
los nervios desgarró, y oscura sombra
se extendió por los ojos del troyano.
Antíloco despues en el alcance
á Atimnio hirió con aguzada pica
en un hijar y hasta el hijar opuesto
el duro bronce atravesó, y de cara
el adalid cayó; pero su hermano
Máris, airado por su muerte y puesto
delante del cadáver, con su lanza
á Antíloco apuntó. Mas Trasimédes,
que en el valor á los eternos Dioses
mucho se asemejaba, ántes que el teucro
hubiese herido á Antíloco su pica
arrojó, y en el hombro á que apuntara
hirió al troyano; y la acerada punta
el brazo superior de los tendones
separó, y hasta el hueso hizo pedazos.
Cayó Máris al suelo, y en contorno
en ronco ruido retembló la tierra;
y de la muerte la tiniebla oscura
sus dos ojos cubrió. Y así este dia
dos hermanos allí fueron vencidos
por otros dos hermanos, y sus almas
al orco descendieron. Ambos eran
de Sarpedon valientes campeones,

flechadores famosos, y nacidos 592
de aquel Amisodaro que otro tiempo
la Quimera crió, monstruo indomable
que privó á muchos hombres de la vida.
Ayax de Oïleo, acometiendo bravo,
cogió vivo á Cleóbulo, que en tierra
cayera atropellado por la turba;
pero allí mismo le quitó la vida,
hiriéndole en el cuello con la espada.
Y el hierro todo con la roja sangre
se calentó, y al infeliz los ojos
cubrió de negra muerte oscura sombra;
que así lo quiso el hado inexorable.
Entretanto Liconte y Peneleo,
habiendo ambos sus hastas arrojado
y errado ambos el golpe, ya de cerca,
puesta mano á la espada, se embestian.
Y Liconte, el primero, furibundo
golpe dió á su enemigo en la cimera
del morrïon; mas se rompió la espada
junto á la empuñadura: y Peneleo
por bajo de la oreja en ancha herida
el cuello le rompió. El agudo bronce
pasó de parte á parte: y la cabeza,
pendiente solo de la piel, al lado
sobre el hombro cayó, y el infelice
así perdió la vida. Merïónes,
que en rápida carrera perseguia
á Acamante, en el hombro con su lanza
le hirió cuando á subir iba en el carro;
y cayó el adalid, y oscura niebla
triste se derramó sobre sus ojos.
A Erimante en la boca Idomeneo

con el hierro cruel hirió: y la pica,
por bajo del cerebro atravesando
la cabeza, rompió los blancos huesos;
y los dientes saltaron, y de sangre,
que por boca y nariz á borbotones
arrojaba, sus ojos se llenaron,
y la nube sombría de la muerte
al troyano cubrió. Y estos de Grecia
los adalides fueron que mataron,
cada cual, á un caudillo de los Teucros.

Como en el monte los voraces lobos
á los hatos de ovejas ó de cabras,
si ven que del pastor por impericia
vagan errantes en el verde prado,
acometen feroces, y se llevan
el recental, ó el tierno cabritillo
que de vigor carece, y en menudos
trozos le despedazan; así entónces
en ímpetu furioso los Aqueos
seguian el alcance á los Troyanos,
que ya olvidados del valor antiguo
solo en huir pensaban á sus muros.

Ayax de Telamon siempre seguia
á Héctor de cerca, y mucho deseaba
herirle con su pica; mas el teucro,
cual experto adalid, con el escudo
cubiertas las espaldas anchurosas,
el silvo de las flechas observaba
y el ruido de los dardos. Bien veia
que al lado de los Griegos la victoria
Jove inclinaba ya; pero á la fuga
no se entregó cobarde, y á su gente
salvar en la derrota procuraba.

Como desde el Olimpo oscura nube, 658
ocultando la bóveda del cielo,
viene sobre la tierra, y desparece
la claridad etérea cuando Jove
la tempestad envía: así los Teucros,
con tristes alaridos de las naves
desbandados huyendo, la llanura
cubrian y en desórden la muralla
volvieron á pasar, y sus caballos
en rápida carrera del combate
á Héctor sacaron. Y aunque armado estaba,
abandonó la turba de los suyos;
á la cual el profundo y ancho foso,
mal su grado, en la fuga detenia:
y arrastrando los carros los bridones,
muchos, roto el timon, dentro del hoyo
el carro de su dueño abandonaban.

Entretanto Patroclo á los Aquivos
sin cesar animaba con sus voces,
y acabar con la hueste de los Teucros
queria; y ellos los caminos todos
con espantables gritos atronaban,
desde el instante que en desórden puestos
la formacion perdieran. Y en el aire
remolinos de polvo se extendian
debajo de las nubes, y á carrera
tendida los caballos hácia Troya
de las tiendas volvieron y las naves.

Patroclo adonde via que en desórden
mayor huia el escuadron troyano
su carro encaminaba, á los bridones
amenazando fiero: y bajo el eje
de los suyos caian de cabeza

691 en el polvo los Teucros, y volcaban
con hórrido fragor los grandes carros;
pero de un brinco por el ancho foso
pasaron los caballos inmortales,
y sin igual veloces, que á Peleo
dieran los Dioses; dádiva preciosa!
y mucho ansiaban por correr ligeros.
Y lo que mas Patroclo deseaba
era lidiar con Héctor, y matarle;
pero á este sus caballos corredores
léjos llevaran ya de la pelea.

Como suele en los dias del otoño
hórrida tempestad sobre la tierra
descargar su furor (porque, irritado
Jove contra los hombres que en el foro
fallan inicuos en legal proceso
vendiendo la justicia y de los Dioses
sin temer la venganza, castigarlos
quiere con este azote) y sus riberas
dilatan, con las lluvias acrecidos,
los rios mas pequeños; y en los montes
hinchados los torrentes espumosos,
se precipitan de la cima al valle
arrastrando consigo las laderas,
y en horrendos bramidos son llevados
á la mar y devastan las campiñas
que el labrador aró: tales entónces
los caballos de Troya presurosos
corrian, de relinchos lastimeros
poblando el aire. Cuando ya Patroclo
las últimas falanges enemigas
del resto hubo cortado; hácia las naves
á volver otra vez las obligaba,

ni hácia Troya subir las permitia. 724
Y en vano lo intentaran; que entre el rio
cerradas y las naos y la parte
que del muro quedaba, las seguia
por do quiera Patroclo dando muerte
á muchos campeones en venganza
de los muertos Aquivos. El primero
á quien hirió su lanza poderosa,
en la parte del pecho que mostraba
por el duro broquel no defendida,
fue Pronoó; y en tierra derribado
perdió la vida, y temeroso ruido
hizo al caer. Acometió el segundo
á Téstor, hijo de Énope, que estaba
en el carro sentado y encogido,
y turbado y medroso ya las bridas
soltara de la mano; y desde cerca
le dió un bote de lanza en el carrillo.
Y pasando la punta al otro lado
por medio de los dientes, de la silla
hasta el borde le alzó del antepecho
colgando de la pica. Como suele
sentado el pescador en alto risco,
sacar fuera del mar un pez enorme
del anzuelo pendiente y de la cuerda:
así sacó Patroclo de su carro
al adalid pendiente de la pica
con la boca entreabierta, y desdeñoso
en tierra le arrojó. Cayó de cara,
y ya al caer le abandonó la vida.
A Eríalo tambien, que denodado
hácia él venia, hirió con una piedra
enmedio de la frente, y el cerebro

757 al rudo golpe, se rajó en pedazos
dentro del refornido capacete:
y cayendo el troyano sobre el polvo,
y en torno de él la muerte derramada,
allí perdió la vida. Y el estrago
siguiendo y la matanza, el valeroso
escudero de Aquíles á Erimante,
á Anfótero y Epáltes, y al valiente
Tlepólemo, nacido de Damástor,
y á Equio, á Píres, á Ifeo, y á Evenipo,
y á Polimelo, esclarecida prole
de Árges, uno en pos de otro con su lanza
hirió, y á todos derribó en la arena.

Cuando vió Sarpedon que sus legiones
á manos de Patroclo perecian,
en iracundas imperiosas voces
así gritó á los Licios, que otro tiempo
en valor á los Dioses igualaban.

"Qué deshonor, o Licios! ¿hácia dónde
»huis acobardados? ¿Solo ahora
»teneis ligeros piés? A ese guerrero
»yo al encuentro saldré, porque se vea
»quien es el que de Troya las falanges
»así destroza vencedor. Estragos
»horribles hace, y el vital aliento
»á muchos valerosos campeones
»ya quitó con su lanza." Así decia
Sarpedon; y del carro, sin quitarse
la armadura, saltó. Cuando Patroclo
le vió bajar, tambien desde su carro
de un salto se arrojó sobre la arena.

Como dos buitres que en excelsa roca,
dando chillidos, con la enorme garra

y el corvo pico empiezan la pelea:
así los dos, con espantosas voces
atronando los aires, á embestirse
en rápida carrera caminaban.
Y el hijo de Saturno, al contemplarlos,
hubo de ellos piedad; y así á la esposa
y hermana dijo en dolorosas voces.
"Triste de mí! Los hados han dispuesto
»que Sarpedon, de todos los mortales
»el que yo mas queria, de Patroclo
»ha de morir á manos: y en el pecho
»entre dos pensamientos dividido
»está mi corazon. No sé si ahora
»de la sangrienta lid yo deberia
»arrebatarle, y conducirle vivo
»al pueblo de la Licia; ó mal mi grado
»habré de permitir que el triste muera
»á manos de Patroclo." Al padre Jove
la augusta Juno respondió enojada.
"¿Qué palabra ha salido de tus labios,
»hijo terrible de Saturno? ¿Quieres
»al que nació mortal, y por la Parca
»fué condenado á perecer, de nuevo
»libertar de la muerte dolorosa?
»Hazlo: pero los otros inmortales
»no el consejo aprobamos. Yo te anuncio
»otro daño mayor, y en la memoria
»grabalo tú. Si á Sarpedon envías
»vivo á su regio alcázar; algun otro
»de los Dioses tambien querrá apiadado
»sacar de la batalla á un hijo suyo:
»que muchos son los hijos de los Dioses
»que peleando están en torno á Troya;

823 »y si librarlos á sus padres niegas,
»ira terrible excitarás en ellos.
»Pero si mucho Sarpedon te es caro
»y de él tu corazon se compadece,
»deja que á manos de Patroclo muera
»en los campos de Troya: y cuando el alma
»le abandone y la vida, llama pronto
»á la Muerte y al Sueño, y les ordena
»que á la Licia le lleven y á su alcazar.
»Y allí, con odoríferos perfumes
»el cadáver ungido, sus hermanos
»y sus amigos túmulo soberbio
»le erigirán, y encima la columna
»con inscripcion pondrán; que estos honores
»debidos son á los que ya murieron.

Siguió Jove el consejo de su esposa,
y un rocío de sangre sobre el campo
derramó de batalla; de este modo
honrar queriendo al hijo que debia
de Troya en la llanura, y de su patria
léjos, morir á manos de Patroclo.

Cuando los dos valientes campeones
cerca estuvieron ya; lanzó el Aquivo
su pica, y al fogoso Trasimelo,
escudero del Rey, hirió en el vientre,
y le quitó la vida. Arrojó airado
la suya Sarpedon: y aunque á Patroclo
no logró herir, y errado fué su golpe;
al caballo Pedaso en el brazuelo
derecho hirió, y el animal bramando
el aliento exhaló. Cayó en el polvo,
y de él huyó la vida: y aturdidos
los otros dos bridones, desasirse

querian del timon cuando en la arena 856
vieron caido al lateral caballo;
y crugió el yugo, y de los tres las bridas
se enredaron. Mas pronto Automedonte,
desnudando la espada cortadora
que llevaba pendiente, los tirantes
del caido cortó, ni perezoso
se mostró en el peligro. Enderezados
ya los otros bridones; con las riendas
los sujetó, y de nuevo se embistieron
Patroclo y Sarpedon. Vibró su lanza
este segunda vez: y errado el golpe,
por encima del hombro del aquivo
pasó la pica sin herirle; y pronto
lanzó él la suya, y por su fuerte diestra
no fue en vano arrojada; que en el pecho
á Sarpedon hirió sobre las mismas
telas del corazon. Cayó en la arena
el campeon de Licia, como suele
caer la encina, el álamo frondoso,
ó el alto pino, que el obrero corta
con aguda segur para que sea
mástil de algun navío. Así en el polvo
delante de su carro y sus bridones
extendido quedó, crugiendo triste
al espirar los dientes y apretando
con la mano la arena ensangrentada.
Cual tostado novillo, que de todas
las vacas es el defensor valiente,
si algun leon en la torada entrando
logra matarle, enfurecido brama
al espirar en la terrible boca
de la fiera: así á manos del Aquivo

889 muriendo Sarpedon, el valeroso
capitan de los Licios, indignado
suspiraba y gemia; y por su nombre
á su primo llamó, y así le dijo.
"Amado Glauco! Si en la Licia toda
» siempre fuiste el primero en valentía,
» llegada es la ocasion de que te muestres
» fuerte adalid y campeon ardido.
» Grato hoy te sea el bélico tumulto,
» pues valiente naciste. Presuroso
» las escuadras recorre de los Licios,
» y á los gefes anima de la hueste
» á que todos combatan con denuedo
» de Sarpedon en torno; y mi cadáver
» luego tú mismo, con la pica en mano,
» defiende valeroso. Tu vergüenza
» y deshonor por siempre durarian;
» si en esta gran batalla de las naves
» muriendo yo, de las brillantes armas
» me despojasen los Aquivos. Firme
» pelea tú, y á los demas anima."
Al decir estas últimas palabras,
cubrió sus ojos el oscuro manto
de la muerte y su rostro: y en el pecho
fijando el pié, la poderosa lanza
sacó Patroclo, y con el hierro unido
venia el corazon; y al mismo tiempo
salió del cuerpo la acerada punta,
y el alma del guerrero. A sus caballos,
que anhelaban fogosos y querian
ponerse en fuga cuando ya vacío
vieron el carro y á sus dos Señores
ya sin vida, allí mismo los donceles

de Aquíles detuvieron. Las palabras 922
de Sarpedon al escuchar, á Glauco
grave dolor oscureció la mente
y afligió el corazon, pues no podia
defender el cadáver: é iracundo
con la siniestra mano se apretaba
el brazo que le hirió con su saeta
en la muralla Teucro, cuando ardido
él queria asaltarla y el Aqueo
á los suyos valiente defendia.
Asiendo, pues, el dolorido brazo,
así rogaba al Flechador Apolo.
"Soberana deidad! Oye mi ruego,
» ya estés ahora en la opulenta Licia,
» ya dentro de Ilïon; que tú bien puedes
» desde cualquiera parte los clamores
» oir de un afligido, como ahora
» yo lo estoy altamente. Porque tengo
» una profunda herida y me traspasan
» esta mano agudísimos dolores
» que hasta el hombro me llegan, y la sangre
» no cesa de correr. Así, la pica
» no puedo sostener, ni en la batalla
» lidiar con los Aquivos. Y postrado
» y muerto yace el campeon mas fuerte;
» Sarpedon, hijo del Saturnio Jove:
» cruel Deidad, que ni á su propia sangre
» defender quiso! Pero tú la herida
» me cura, o Febo, y los dolores calma;
» é inspírame valor para que anime
» con mi voz á los Licios, y valiente
» el cadáver defienda con mi lanza."
Oyóle el claro Febo, y los dolores

todos calmó; y la sangre que corria
de la herida secando, aliento y brio
en su animo infundió. Sintiólo Glauco,
y alto consuelo tuvo al ver que pronto
la gran deidad sus votos escuchara.
Y sus legiones recorriendo todas,
en resonante voz á los caudillos
animó de los Licios el cadáver
á defender de Sarpedon, y luego
en rápida carrera á las escuadras
marchó de los troyanos; y en sus filas
buscó á Polidamante, al fuerte Enéas,
al ardido Agenor, y al valeroso
Héctor tambien. Y habiéndolos hallado,
exclamó triste en agitadas voces.
"Héctor! ¿Y de los Reyes auxiliares
» así te olvidas que por causa tuya,
» léjos de sus amigos y su patria,
» aquí pierden la vida; y ni el auxilio
» les prestas de tu brazo? Muerto yace
» Sarpedon, el caudillo valeroso
» de los Licios; el que ántes gobernaba
» en justicia y en paz el dilatado
» imperio de la Licia, y con su diestra
» la defendió. Por mano de Patroclo
» le mató el férreo Marte con su pica.
» Amigos! acudid á su defensa,
» y en cólera se inflamen vuestras almas;
» no acaso los Mirmídones le quiten
» la armadura, é insulten al cadáver,
» para vengar la muerte de los héroes
» que al pié de los navíos les matamos
» con nuestras lanzas." Glauco así decia,

y agudo pasador de amargo duelo 988
el pecho atravesó de los Troyanos;
porque un varon muriera que de todos
era el antemural, aunque extrangero,
y escuadra le seguia numerosa
de valientes soldados, y en las lides
en valor él á todos excedia.

Así, llenos de ardor, contra los Griegos
marcharon todos; y Héctor los guiaba,
altamente ensañado por la muerte
de Sarpedon: y en tanto á los Aquivos
en ardorosas voces animaba
el escudero del valiente Aquíles.
Y con los dos Ayaces, que animosos
seguian peleando, los primeros
habló, y les dijo. "Ayaces! si hasta ahora
» habeis en el valor sobresalido
» entre todos los Griegos: este dia
» tal, ó mayor, vuestra pujanza sea,
» y á los Troyanos rechazad. Postrado
» yace el caudillo que asaltó el primero
» nuestra muralla, Sarpedon. Amigos!
» si nosotros pudiésemos ahora
» tomando su cadáver insultarle,
» y la rica armadura de los hombros
» arrancarle; y alguno de los suyos,
» que defenderle osara, á nuestras manos
» pereciera tambien....!" Así decia;
pero, sin que él hablara, los Ayaces
acabar con los Teucros deseaban.

Despues que á sus legiones arengado
los Troyanos hubieron y los Licios,
y tambien los Mirmídones y Aqueos;

1021 dando horrorosas voces, á las manos
vinieron animosas las escuadras,
y entorno combatian del cadáver
de Sarpedon. Y en espantoso ruido
recrugieron las férreas armaduras
de los guerreros, y funesta noche
Jove extendió en el campo de batalla;
porque horrendo el estrago en la pelea
fuese que comenzaba por el cuerpo
de su hijo. Los primeros los Troyanos
lograron retirar á los Aquivos;
porque herido de muerte fué un guerrero
no por el mas cobarde reputado
de todos los Mirmídones, el fuerte
Epigeo de Agácles, que otro tiempo
la ciudad populosa gobernara
de Budeo. Y habiendo de la vida
á un su deudo privado, y suplicante
al palacio venido de Peleo
y de la blanca Tétis; con Aquíles
á Troya le enviaron. Al cadáver
de Sarpedon entónces el primero
este puso la mano; mas al verle
Héctor, con una piedra en la cabeza
le hirió; y dentro del yelmo en dos mitades
dividida quedó. Cayó de cara
sobre el cadáver, y la negra muerte
le cercó entorno de tiniebla oscura.

Afligido Patroclo, moribundo
al ver en tierra al infeliz amigo;
atravesando las primeras filas,
marchó derecho á los Troyanos. Como
alguna vez el gabilan ligero

persigue á las bandadas de los grajos 1054
ó de los estorninos: tal entónces
ibas, noble Patroclo, furibundo
tú contra los Troyanos y los Licios,
porque inflamado el corazon tenias
en ira por la muerte de Epigeo.
Con una piedra, pues, hirió en la nuca
á Estenelao, el hijo valeroso
del anciano Iteménes, y con ella
el cuello le rompió. Retrocedieron
los Troyanos al verle, y el famoso
Héctor tambien. Cuanto alcanzar el tiro
suele de luenga pica si lanzada
es con empuje por algun valiente,
ó ya sea en los juegos, ó en las lides
contra los enemigos: tanto ahora
retrocedieron los Troyanos todos,
y tanto les siguieron el alcance
los Aquivos. Mas Glauco fué el primero
que volviendo la cara dió la muerte
al valiente Batícles, el nacido
de Calcon. Habitaba este guerrero
en Hélade, y en mucho aventajaba
en tesoros y haciendas á los otros
Mirmídones: y Glauco, de repente
volviéndose hácia él cuando en la fuga
ardiente le seguia y de alcanzarle
estaba cerca ya, le hirió en el pecho
con su lanza. Cayó sobre la arena,
y en ronco ruido resonó en contorno
la tierra, y de dolor espesa nube
oscureció los ojos de los Griegos,
porque un valiente capitan cayera;

1087 pero mucho los Teucros se alegraron,
y en derredor de Glauco reunidos
hicieron alto. Entónces los Aqueos
del antiguo valor no se olvidaban;
que llenos de furor acometian.
Y el primero de todos Merïónes
á un adalid mató de los Troyanos
Laógono llamado, hijo valiente
de Onetor el antiguo sacerdote
de Júpiter Ideo y venerado
por todo el pueblo á igual de las deidades.
Bajo de la mejilla y de la oreja
le hirió el Aquivo y afligida el alma
el cuerpo abandonó, y oscura sombra
le cercó en derredor. Despues Enéas
á Merióne lanzó su herrada pica,
esperando por bajo del escudo
que sobre la cabeza levantado
llevaba herirle; pero vió el Aquivo
venir la pica, y evitó su golpe
bajándose inclinado hácia adelante.
Y el hasta por detras sobre la tierra
cayendo se clavó; y el otro extremo
estuvo retemblando todavía,
hasta que al fin perdió la fuerza toda
el poderoso hierro. Cuando Enéas
vió que la pica de su fuerte mano
volara inútilmente y en la tierra
quedara fija; se indignó: y al Griego,
esforzando la voz, así decia.

"Merïónes! por mas que ejercitado
» en batallas estés, mi poderosa
» lanza por siempre de la lid sangrienta

» alejado te habria, si alcanzarte
» hubiera yo logrado." Y Meriónes
así le respondió. "Difícil mucho
» es que tú, aunque valiente hayas nacido,
» quites la vida á los guerreros todos
» que contigo batallan en las lides:
» tambien tú eres mortal. Y si yo ahora
» herirte logro con mi aguda lanza
» en medio el corazon; por mas que seas
» esforzado adalid, y de tu brazo
» confíes en la fuerza; á mí alta gloria
» pronto darias, y á Pluton el alma."
Pero el hijo animoso de Menetio
al escucharle se indignó, y le dijo.
"¿Por qué tú, Meriónes, si te precias
» de valiente, en inútiles discursos
» pierdes el tiempo? Amigo! Con injurias
» no harémos que abandonen los Troyanos
» el cadáver: es fuerza que primero
» alguno caiga en tierra. Las batallas
» se ganan con los puños; en las juntas
» vienen bien las arengas. Así, ahora
» no mas razones haya: á la pelea."
Dijo, marchó el primero, y Meriónes,
igual á una deidad, siguió sus pasos.
Como en el monte caen las encinas
con fragor estruendoso cuando el hacha
del leñador las corta, y á lo léjos
Eco repite el espantable ruido:
así entónces, heridos los escudos
por las espadas y cortantes picas,
estrépito espantoso resonaba
en la inmensa llanura. Y ningun hombre,

1153 por perspicaz que fuese, ya el cadáver
de Sarpedon reconocer podria:
tan cubierto de lanzas, y afeado
con la cuajada sangre y con el polvo,
estaba de los piés á la cabeza;
y en derredor los Griegos y Troyanos
lidiaban. Como suele en los rediles
en torno de los tarros de la leche
zumbar de moscas numeroso enjambre,
cuando ya llega la estacion florida
y ordeñan el ganado: así los Griegos
y Troyanos en torno del cadáver
estaban en espeso remolino.

En tanto Jove, que jamas los ojos
apartaba del campo de batalla
y fijos en las haces los tenia,
meditaba solícito en su pecho
sobre la muerte de Patroclo: y mucho
en su ánimo dudaba si ya entónces,
allí, de Sarpedon sobre el cadáver,
Héctor le mataria con su lanza
y de sus hombros luego la armadura
le quitaría, ó si mayor estrago
él haria en los teucros. Estas dudas
la Deidad en su mente revolvia,
y al fin le pareció mas acertado
que el amigo de Aquíles á los teucros
y á Héctor segunda vez hácia los muros
de Troya retirase, y que la muerte
á muchos otros diera: y el primero
en Héctor infundió la cobardía.
Subió el héroe en su carro y á la fuga
tímido se entregó, y á sus legiones

todas mandó que huyesen; porque viera 1186
que Jove sus balanzas inclinaba
en favor de los Griegos. Ni los Licios,
aunque valientes eran, por mas tiempo
osaron resistir; que en fuga todos
se pusieron, y al Rey abandonaron.
Y herido el corazon, muerto yacia
entre muchos cadáveres; que muchos
en torno de él cayeron cuando Jove
allí encendió la lid asoladora.
A Sarpedon las armas relucientes
de finísimo bronce fabricadas
de los hombros quitaron los Aquivos,
y el hijo valeroso de Menetio
á su gente las dió porque á las naves
las llevaran; y á Febo el padre Jove
así dijo en palabras voladoras.
"Marcha tú, amado Febo, y el cadáver
» saca de Sarpedon de entre las flechas:
» y llevado del rio á la corriente,
» lávale allí. Despues con ambrosía
» úngele dulce y de inmortal ropage
» le viste, y á la Muerte se le entrega
» y á su hermano mellizo el dulce Sueño;
» para que le acompañen y le lleven
» en rápida carrera al poderoso
» reino de la ancha Licia, y sus hermanos
» y deudos le sepulten y erigido
» un túmulo soberbio la columna
» pongan con inscripcion; que estos honores
» debidos son á los que ya murieron."
Así dijo: y Apolo, de su padre
obediente al mandato, de los montes

1219 bajó del Ida al campo de batalla.
Y á Sarpedon sacando de los tiros,
muy léjos le llevó: y en la corriente
lavándole del rio ungióle luego
con ambrosía, y de inmortal ropage
vistió el cadáver frio y á la Muerte
y al Sueño le entregó. Veloces ambos
á las vastas llanuras de la Licia
le condujeron, y en su regio alcázar
para que le enterrasen le dejaron.

Entre tanto Patroclo á los bridones
y á Automedonte á caminar ligeros
con su voz aguijaba, y á los Licios
y Teucros perseguia; pero ahora
grande error cometió. Necio! si hubiera
el mandato del hijo de Peleo
fiel observado, de la triste Parca
libertado se hubiera. Pero siempre
los consejos de Jove superiores
á los del hombre son; que veces muchas
al guerrero acobarda mas ardido,
y fácil la victoria de las manos
le arrebata, despues que á los combates
él mismo le envió. Y así á Patroclo
dentro del alma entónces mucho brio
infundió, porque ardiente pelease.

¿Quién, infeliz Patroclo! fué el primero
y el último á quien vida y armadura
quitaste tú, cuando á la negra muerte
los Dioses te llamaban? Fué el primero
Adrasto; y Autonoo, Périmo, el hijo
de Mégas, Melanipo, el fuerte Elato,
Equeclo, Epístor, Mulio, le siguieron,

y el postrero de todos fué Pilártes. 1252
A estos mató; y los otros en la fuga,
despavoridos, la salud buscaban.
Y aquel dia los hijos de los Griegos
la opulenta ciudad de los Troyanos
por las manos tomaran de Patroclo,
que de su escuadra adelantado mucho
cual furia del averno combatia;
si de Iliön sobre la excelsa torre
Apolo no se hubiese colocado
para mal de Patroclo, y á los Teucros
para de allí ayudar. Hasta tres veces,
apoyado en el codo, á la muralla
subió el héroe, y tres veces derribado
fué por Apolo; que el luciente escudo
hiriendo con sus manos inmortales,
le hizo bajar. Y cuando ya la cuarta
acometió furioso, cual si fuese
una Deidad; el Flechador Apolo
en triste voz le amenazó, y le dijo.
"Retírate Patroclo! que los Hados
» no á tu lanza conceden que de Troya
» rinda los altos muros, ni tampoco
» á la de Aquíles que en pujanza y brio
» mucho á tí se aventaja." Así decia:
y Patroclo, á su voz retrocediendo,
no poco se alejó porque temia
del Flechador Apolo la venganza.
Héctor en tanto hácia la puerta Escea
estaba con su carro y sus bridones,
mucho dudando si volver debia
á la pelea, ó á la hueste toda
mandar que se acogiese á la muralla.

En tanto que así estaba irresoluto;
Febo se le acercó rostro y figura
tomado habiendo del valiente jóven
Asio, hijo de Dimante, que habitaba
en Frigia del Sangario en la ribera
y era de Hécuba hermano. La figura
habiendo, pues, tomado de este jóven,
así le dijo Apolo. "Héctor valiente!
» ¿por qué de la pelea te retiras?
» No te está bien. Si cuanto me aventajas
» á mí tú en el valor yo te excediera
» á tí, pronto verias cuan funesto
» hoy era para tí de la batalla
» haberte retirado. Marcha ahora,
» y en busca de Patroclo tus bridones
» encamina. ¿Quién sabe si la muerte
» darle conseguirás, y el claro Apolo
» esta gloria te tiene reservada?"
Así Febo decia, y en la turba
á ocultarse marchó de los Troyanos;
y Héctor á Cebrïon que los bridones
con el sonoro látigo aguijase
mandó. Y en tanto Febo, entre las filas
oculto ya, descomunal batalla
suscitó, á los Aquivos dolorosa,
á Héctor y á su falange nuevos triunfos
facilitando. A los demas Aqueos
Héctor dejaba y ni matar queria,
y en busca de Patroclo sus bridones
dirigia veloz. Cuando el Aquivo
cerca de sí le vió, saltó del carro:
y en la mano siniestra la alta pica
empuñada teniendo, con la diestra

un enorme peñasco alzó del suelo, 1318
cándido, puntiagudo, que la mano
llenaba toda: y la robusta planta
afirmando en la tierra, con inmenso
empuje le arrojó. No tardó mucho
en alcanzar con él á un combatiente,
ni en vano le arrojó; que al escudero
de Héctor, á Cebrïon hijo bastardo
de Príamo, que el carro gobernaba,
en medio de la frente con la piedra
herir logró y entrambos sobrecejos
la piedra hizo pedazos, ni al impulso
el hueso resistió. Sobre la silla
á los piés del troyano sus dos ojos
cayeron: y él, como ligero buzo
que se arroja á la mar, cayó del carro
y el alma huyó del cuerpo. Y tú, Patroclo,
viéndole así caer, para insultarle
en amargas razones le dijiste.

"Por mi vida, que es ágil el troyano.
» Cómo salta á lo buzo! Si estuviera
» dentro del mar pescando, fácilmente
» saltara de la nave aunque las olas
» en hórrida borrasca enfurecidas
» estuviesen; y pesca para muchos
» sacaria, debajo de las peñas
» ostras buscando: tal ha sido ahora
» la mucha ligereza con que al suelo
» desde su carro se arrojó. Parece
» que tambien tienen buzos los Troyanos."

Así dijo: y en rápida carrera
á Cebrion se arrojó como se arroja
el furioso leon á los establos,

1351 y los despuebla, hasta que herido cae
de aguda flecha y su valor le pierde.
Así entónces, Patroclo, tú saltabas,
respirando furor, sobre el troyano.
Y Héctor saltó tambien sobre la arena
desde el carro, y en torno del cadáver
de Cebrïon entrambos peleaban
cual dos leones que en las altas cumbres
de un monte, hambrientos ambos, furibundos
pelean por el ciervo que ha matado
el uno de los dos. Así furiosos
los dos esclarecidos campeones,
el valiente Patroclo y el ardido
Héctor, de Cebrïon por el cadáver
combatian, y mucho deseaban
el uno al otro con agudo bronce
herirse. Y Héctor, la cabeza asido
habiendo del cadáver, la tenia,
y Patroclo los piés; y los restantes
Aquivos y Troyanos la batalla
entre tanto seguian clamorosa.

Como el Euro y el Noto embravecidos
combaten entre sí, la selva umbría
que del monte corona las alturas
agitando; y las hayas, y los fresnos,
y frondosos cornejos, de contino
con sus ramas se azotan uno al otro
en inmenso ruïdo, y al romperse
dan chasquidos horrendos: así entónces
Aquivos y Troyanos se mataban
en repetido encuentro, y ya ninguno
á la fuga cobarde se acogia.
Y en torno á Cebrïon sobre la tierra

muchas lanzas agudas se clavaron 1384
y voladoras flechas que saltaban
de los arcos, y muchos y muy grandes
peñascos los escudos deshicieron
de los teucros y aquivos que en contorno
peleaban, y el mísero yacia
de polvo en un oscuro remolino.
Y siendo agigantado en la estatura
largo trecho ocupaba de la tierra,
y para siempre ya la gran pericia
en manejar bridones olvidara.
Miéntras el sol á la mitad del cielo
aun no habia llegado; en ambas haces
los hastiles volaban, y caian
los combatientes. Cuando ya al ocaso
el sol se encaminaba presuroso;
contra los que los Hados dispusieran
vencedores quedaron los Aqueos:
y á Cebrïon sacaron de los tiros
y el bélico tumulto, y la armadura
de los hombros al fin le desataron.
Patroclo entónces, cual rabiosa furia,
de nuevo á los Troyanos por tres veces
acometió, á Mavorte parecido,
horribles voces dando, y con su lanza
en cada vez á nueve campeones
por tierra derribó. Cuando ya ciego
de furor cuarta vez acometiste;
entónces, o Patroclo, de tu muerte
el momento fatal ya se acercaba;
porque Febo á encontrarse en la pelea
salió contigo, y verle no podias.
De oscurísima niebla rodeado

1417 venia el Dios: y á sus espaldas puesto,
le hirió de plano con su fuerte diestra
en los riñones y anchurosos hombros,
y en repentinos vértigos del héroe
los ojos se turbaron. En el suelo
le derribó despues de la cabeza
Apolo el yelmo, que rodando vino,
con hórrido fragor, de los caballos
á los piés; y en el polvo y en la sangre
manchadas fueron las hermosas crines
del penacho, que nunca hasta este dia
fuera dado manchar miéntras el yelmo
de un valiente caudillo la cabeza
y la gallarda frente defendia,
de Aquíles. Pero Júpiter entónces
á Héctor queria la funesta gloria
otorgar de que puesto le llevase;
porque tambien el mísero tenia
ya cercana la muerte. Entre las manos
la pica de Patroclo poderosa
y larga, y muy pesada, y guarnecida
de agudo hierro, se rompió: y del hombro,
roto ya el correon, sobre la arena
cayó el ingente escudo; y la coraza
de Jove el hijo, el soberano Febo,
le desató. Calamidad tan grande
le quitó la razon, perdió las fuerzas,
y atónito paróse. Y por la espalda
entre los hombros con aguda pica
un Troyano le hirió llamado Euforbo,
hijo de Pantoó, que á sus iguales
en manejar la pica con destreza,
en dirigir de un carro los bridones,

y en los ligeros piés, aventajaba:
pues la primera vez que con su carro
para aprender el arte de la guerra
se presentó en la lid, veinte guerreros
derribó de los suyos. Este ahora
fué el que primero contra tí su lanza
vibró, noble Patroclo! aunque matarte
no consiguió. Y corriendo apresurado
atras se retiró y en las hileras
se ocultó de los suyos, de tu cuerpo
antes sacando la robusta lanza
de duro fresno; ni osadía tuvo
para esperar de frente á su enemigo,
aunque ya le veia desarmado.
Abatido Patroclo con el golpe
que recibió del Dios, y con la herida
que le hiciera el Troyano; hácia la escuadra
empezó á retirarse de los Griegos,
por evitar la muerte. Mas apénas
Héctor vió que el magnánimo Patroclo
atras se retiraba y que ya herido
de aguda lanza fuera, atravesando
las filas corrió á él; y en medio el vientre
desde cerca clavándole su pica,
y al otro lado con pujanza mucha
haciéndola pasar, le hirió de muerte.
Cayó en el suelo, retembló la tierra
con espantable ruido, y los Aqueos
todos cayeron en dolor profundo.
Como tal vez, del monte en las alturas,
un valeroso jabalí pelea
con un leon por el raudal escaso
de pobre fuentecilla, porque quieren

1483 ambos beber; y de arrogancia llenos
los dos combaten, y el leon estrecha
al jabalí en la lucha; y superiores
siendo sus fuerzas, aunque mas resista
y anheloso respire fatigado
el cerdoso animal, por fin le mata:
Héctor así á Patroclo, que en su hueste
hiciera tal estrago, hirió de cerca
con su lanzon y le quitó la vida.
Y con el alto triunfo envanecido,
así le hablaba en orgullosas voces.
"Ah, Patroclo! sin duda tú creias
» nuestra ciudad rendir, y las mugeres
» de Troya por esclavas á la Grecia
» en las naves llevar. Necio! Ya has visto
» que de Héctor los caballos corredores
» vuelan á las batallas animosos
» por defenderlas; y que yo en el arte
» de manejar la pica sobresalgo
» entre todos los Teucros, y valiente
» alejo de ellos el funesto dia
» de esclavitud; pero tu cuerpo ahora
» aquí voraces comerán los buitres.
» Infeliz! que ni Aquíles, aunque sea
» tan valeroso, defenderte pudo.
» Él sin duda, quedándose en las naos,
» en imperiosas voces te diria
» cuando en la lid sangrienta te enviaba
» á combatir por él: *A mi presencia*
» *no vuelvas, ó Patroclo generoso,*
» *ni á las aquivas naos, sin que de Héctor,*
» *el campeon temido, la coraza*
» *hayas sobre su pecho desgarrado*

» *teñida en sangre.* En semejantes voces 1516
» Aquíles te hablaria, é imprudente
» tú le has creido." En lánguidos acentos
así, noble Patroclo, respondiste.
"Héctor! ya puedes gloriarte ufano
» de que Jove y Apolo la victoria
» te han dado, y fácilmente me han vencido;
» porque ellos por su mano de los hombros
» me quitaron las armas: que si veinte
» guerreros como tú conmigo hubieran
» batallado, los veinte perecido
» habrian aquí todos, por mi lanza
» derribados en tierra. A mí la vida
» Apolo me ha quitado, y mi destino:
» Euforbo entre los hombres el segundo
» me ha herido; y tú el tercero me acabaste,
» ya de mis armas dueño. Mas entiende,
» y grábalo en el alma, que tú mismo
» no ya por largo tiempo de la vida
» el camino andarás; porque ya cerca
» y á tu lado la muerte, y de la Parca
» tienes la sombra inexorable; y pronto
» á manos morirás del valeroso
» nieto de Eäco, el sin igual Aquíles."
Al decir estas últimas palabras,
en derredor oscuridad eterna
de muerte le cercó. Y abandonando
su cuerpo el alma; en vagaroso vuelo
al averno bajó su triste suerte
llorando y su perdida valentía,
y tierna juventud: y Héctor le dijo,
aunque muerto le via, estas razones.
"¿Por qué, Patroclo, en vaticinio triste

1549 »tú la muerte me anuncias desgraciada?
»¿Quién sabe si ántes por mi lanza herido
»Aquíles, hijo de la Diosa Tétis,
»la vida perderá?" De esta manera
habiendo hablado y la robusta planta
fijando sobre el pecho de Patroclo,
sacó su aguda lanza de la herida:
y al sacarla trayéndose el cadáver,
tendido luego le dejó en la arena.
Y armado con la pica, á Automedonte
en rápida carrera y orgulloso
se encaminó; que mucho deseaba
matarle. Pero pronto los veloces
inmortales caballos, que á Peleo
en otro tiempo dieran las deidades,
1564 le sacaron del campo de batalla.

LIBRO DECIMOSEPTIMO.

No se ocultó al valiente Menelao
que Patroclo muriera en la pelea
á manos de los Teucros: y las filas
atravesando, del arnés bruñido
todo cubierto; entorno del cadáver
corria defendiéndole. Cual suele
solícita correr del becerrillo
en derredor la vaca primeriza,
que todavía del amor materno
aun no sintiera el aguijon penoso,
y da tiernos mugidos: así triste
entorno de Patroclo Menelao
corriendo, con su escudo y con su lanza
le defendia; y en ardiente anhelo
deseaba matar al que viniese
á despojarle. Y el troyano Euforbo
no se olvidó, cuando le vió caido,
de acudir á quitarle la armadura
que aun le quedaba: y á su lado puesto,
así dijo al valiente Menelao.
"O hijo de Atreo, y del potente Jove
» alumno, y adalid de los Aquivos!
» te retira, el cadáver abandona,
» y déjame quitarle la armadura
» en sangre tinta. De los Teucros todos,
» y auxiliares, ninguno con su lanza
» ántes que yo le hirió. Deja, te digo,
» que yo lleve sus armas por trofeo
» y á los Teucros las muestre, y me corone
» de inmensa gloria. Teme que mi lanza

31 »aquí te arroje, y de la dulce vida
»tambien te prive á tí." Y en ira ardiendo,
»así dijo el valiente Menelao.
"¿Y será, o padre Jove, decoroso
»que tanto se gloríe envanecido
»este Troyano? La rabiosa furia
»de la pantera, del leon airado,
»del jabalí feroz, en cuyo pecho
»arde en furor el corazon valiente,
»al orgullo no iguala é insolencia
»de los hijos de Panto. ¿Te olvidaste
»acaso ya de que á tu mismo hermano,
»el fuerte Hiperenor, sirvió de poco
»su juventud; cuando arrogante y fiero
»me insultaba, y el bote de mi pica
»osó esperar, y en orgullosas voces
»decia que entre todos los Aquivos
»era yo el mas cobarde? Pues no creo
»que él haya vuelto vivo á su morada,
»á alegrar á su esposa y á sus padres.
»Y á tí tambien te quitaré la vida,
»si hacerme frente osares. Te aconsejo
»que te retires y á tu escuadra vuelvas,
»y no conmigo en desigual batalla
»entres ahora. A tu salud atiende
»mientras ileso estás; que recibido
»el daño, hasta los necios escarmientan."
Así dijo el Atrida, y sus razones
no á Euforbo persuadieron; que ostinado
replicó todavía. "Ya es llegada
»la ocasion, orgulloso, de que ahora
»pagues la muerte de mi dulce hermano,
»de que te jactas necio. Tú dejaste

» en viudez á su esposa, y entregada 64
» al lloro en el palacio que el esposo
» de nuevo fabricara, y tú sumiste
» á nuestros padres en tristeza y luto;
» pero de estos y aquella los pesares
» acabarian hoy si yo pudiese
» tu cabeza y tus armas por trofeo
» llevar, y presentárselas á Panto
» y á la gallarda Fróntis. No mas treguas
» á la batalla demos: quien valiente
» de los dos, ó cobarde, haya nacido
» las armas lo dirán en la pelea."
Así dijo: y al Griego una lanzada
dió en el escudo plano; mas el bronce
romper no pudo, y se torció la punta
en el duro broquel. Su larga pica
vibró segundo el fuerte Menelao:
y cuando Euforbo, sin volver el rostro,
retrocedia; le clavó la punta
en el pecho á raiz de la garganta,
y empujó firme con la fuerte diestra;
y atravesando el delicado cuello,
sobre la nuca apareció la pica.
Cayó el Troyano, retembló la tierra
en derredor, y temeroso ruido
sobre él hicieron al caer las armas;
y enrojeció la sangre sus cabellos,
que con los de las Gracias competian,
y los rizos que de oro reluciente
y de plata en sortijas recogidos
tenia entónces. Cual frondosa oliva,
que plantó el labrador en solitario
terreno por las aguas abundantes

97 regado de un arroyo, hermosa crece
y de altísimas ramas se corona
que los céfiros blandos con su aliento
mecen suaves, y de blancas flores
se cubre en primavera; pero viene
impetuosa ráfaga de viento
rápidamente, y de raiz la arranca
y la tiende en el suelo: tal entónces
al valeroso Euforbo, aunque sabia
diestro blandir su lanza, Menelao
derribó en tierra. Y viéndole cadáver,
ya empezaba á quitarle la armadura.
Como el fiero leon sale del monte
en que nació y se arroja á la vacada
que en el valle sombrío está paciendo,
y acomete rabioso y la ternera
arrebata mejor; y entre los dientes
llevándola terribles, furibundo
rompe su cuello, y las entrañas todas
devora impío y de su sangre bebe,
y el cuerpo despedaza; y los mastines
y los pastores en contorno mucho
gritan, pero de léjos; ni se atreven
á salir á la fiera, porque todos
de espanto y de temor sobrecogidos
estan: así tambien de los Troyanos
ninguno osaba, aunque valor tuviese,
acometer al poderoso Atrida.
Y fácilmente de las ricas armas
el cadáver de Euforbo despojado
hubiera entónces, si envidioso Febo
no le hubiese privado de esta gloria.
Mas la Deidad, en todo asemejada

á Méntes, de los Cícones caudillo,
á Héctor á combatir con el Aqueo
así animó con imperiosas voces.
"Héctor! tú vas siguiendo á los caballos
»del hijo valeroso de Peleo
»sin poder alcanzarlos; y difícil
»á los mortales fuera bajo el yugo
»de la carroza uncirlos: solo Aquíles,
»hijo de Tétis, domeñarlos puede.
»Y en tanto el belicoso hijo de Atreo,
»Menelao, el cadáver de Patroclo
»defendiendo animoso, ha dado muerte
»á uno de los mejores adalides
»de los Troyanos, al valiente Euforbo,
»y ha puesto fin á sus hazañas." Dijo,
y á la escuadra volvió de los Troyanos.
Grave dolor oscureció la mente
de Héctor al escucharle: y por las filas
en derredor mirando, no muy léjos
vió el cadáver de Euforbo que en la arena
derribado yacia mucha sangre
de la herida vertiendo, y al aquivo
que la rica armadura de los hombros
ya le quitaba. Y la primer hilera
atravesando el héroe, con su escudo
cubierto; daba horrendos alaridos,
semejante á llama inextinguible
que de Vulcano en las cavernas arde.
Oyó de Héctor las voces Menelao:
y exhalando un suspiro, estas razones
á su valiente corazon decia.
"Triste de mí! Si las brillantes armas
»del hijo de Peleo y el cadáver

163 »de Patroclo abandono, que la vida
»por vengarme perdió; temo que alguno
»de los aquivos viéndolo, me acuse
»de ingratitud. Pero, si estando solo,
»con Héctor yo peleo y los Troyanos,
»porque no me motejen de cobarde;
»temo tambien que en derredor me cerquen,
»siendo tan numerosos; que á este sitio
»Héctor conduce sus escuadras todas.
»Mas ¿á qué fin en importunas voces
»triste mi corazon habla consigo?
»Cuando á pesar de las Deidades quiere
»el hombre combatir con un guerrero
»á quien Jove defiende, rueda pronto
»grave daño sobre él. Así, ninguno
»de los Griegos cobarde con justicia
»podrá llamarme cuando aquí me vea
»á Héctor ceder; que por los altos Dioses
»ayudado pelea. Si pudiese
»yo la voz escuchar del valeroso
»Ayax de Telamon; los dos unidos
»aquí otra vez tornáramos: y entónces,
»á pesar de los Dioses que lo estorban,
»de nuevo la batalla empezaria,
»para ver si á lo ménos el cadáver
»de Patroclo podemos á la tienda
»llevar del triste Aquíles: de consuelo
»esto le fuera en su dolor amargo."

Miéntras él en su mente revolvia
y en su ánimo estas dudas; las hileras
llegaban ya de los Troyanos, y Héctor
á su frente venia: y Menelao
retrocedió volviendo las espaldas;

y el cadáver de Euforbo sin quitarle
la armadura dejó. Como afligido
el redil abandona mal su grado
melenudo leon á quien persiguen
y alejan del rebaño los pastores
con armas y los perros con ahullidos,
y el corazon valiente se le encoge
dentro del pecho: triste Menelao
así desde el cadáver de Patroclo
caminaba hácia atras, y la cabeza
volvia alguna vez. Y ya llegado
donde estaba la escuadra de los Griegos,
se detuvo: y la cara al enemigo
vuelta de nuevo, en inquietud miraba
en derredor buscando con la vista
á Ayax de Telamon. Y prontamente
á la izquierda de toda la batalla
vió que estaba animando á los Aquivos
á pelear; que grande cobardía
les infundiera Apolo. Menelao
corrió, pues, á encontrarle: y cuando cerca
estuvo ya, le dijo en altas voces.
"Ayax, amigo! caminemos ambos
»á defender el cuerpo de Patroclo,
»y llevársele á Aquíles; la armadura
»no podrémos salvar, porque la tiene
»Héctor en su poder." Así decia
Menelao: y el ánimo afligido
de Ayax fué mucho, y por la hueste aquea
los dos atravesaron. El cadáver
ya de Patroclo, las brillantes armas
habiéndole quitado, por el suelo
Héctor iba arrastrando, la cabeza

229 para cortarle con aguda espada
y á los perros de Troya el mutilado
cuerpo entregar, despues que por la arena
él le hubiese arrastrado. Pero vino
Ayax cubierto de su grande escudo,
y Héctor á las escuadras de los Teucros
se retiró; y subiéndose en el carro,
dió á los suyos las armas de Patroclo
para que á la ciudad como trofeo
del triunfo que alcanzara las llevasen.

Ayax en tanto, con su enorme escudo
el cadáver cubriendo de Patroclo,
firme allí se mantuvo. Cual se para
á defender sus hijos la leona,
si al llevar por la selva sus cachorros
la salen al encuentro cazadores;
y bajando los párpados ceñuda,
cierra los ojos, y en veloz corrida
acomete á la turba numerosa:
Ayax así en contorno del cadáver
corria de Patroclo, y Menelao
de la otra parte estaba y á la vista
del caro amigo su dolor profundo
dentro del corazon mas se aumentaba.
Y al verlos Glauco, en iracundas voces,
á Héctor mirando con ceñudo rostro,
así culpó su mucha cobardía.

"Héctor! aunque presencia tan gallarda
»te hayan dado los Dioses, distas mucho
»de merecer la fama de valiente
»que tienes entre todos; pues cobarde
»huyes así de la batalla. Mira
»si defender podrás contra los Griegos

»esta ciudad que del imperio todo 262
»es cabeza, tú solo con la gente
»que dentro el muro de Ilïon habita;
»porque ya mas ninguno de los Licios
»batallará con los valientes griegos
»por defender á Troya, si este pago
»al campeon se da que ha combatido
»sin cesar por vosotros. ¿Qué cadáver
»de oscuro combatiente de las manos
»sacarás, ó cruel, de los Aqueos,
»si Sarpedon, tu huésped y tu amigo,
»dejaste que la presa y el escarnio
»sea de los Aqueos? Cuando estaba
»en vida mucho á tu ciudad y gente,
»y á tí mismo, sirvió: y al verle muerto
»¿á estorvar no te atreves que devoren
»los perros su cadáver? Si los Licios
»siguieran mi consejo; les diria
»que á su pais volviesen, y asolada
»fuera vuestra ciudad. Pero si ahora
»la intrepidez, y fuerza, y osadía
»los Troyanos tuviesen que los hombres
»suelen tener cuando terrible guerra
»contra los enemigos emprendieron
»y en defensa combaten de su patria;
»prontamente el cadáver de Patroclo
»arrastrando lleváramos á Troya.
»Y si de entre los tiros arrancado
»en la gran capital á entrar llegase
»de Príamo; abatidos los Aqueos,
»de Sarpedon las relucientes armas
»en cambio nos darian y el cadáver,
»y á Troya le lleváramos nosotros:

»que Patroclo escudero fué de Aquíles
»el mas fuerte de todos los aqueos
»que las naves contienen, y sus tropas
»tambien son entre todas las mejores.....
»Vana ilusion! pues ni valor tuviste
»de Ayax para esperar la acometida
»y mirarle á la cara, y cuerpo á cuerpo
»con él no quieres pelear. Cobarde!
»ya tú confiesas que en valor te excede."
Con torva faz mirándole, el fogoso
Héctor le dijo. "Glauco! si hasta ahora
»tan comedido y tan prudente fuiste
»¿cómo tan orgulloso y dementado
»hablaste? Siempre de los hombres todos
»cuantos habitan en la fértil Licia
»te he creido el mas cuerdo; mas ahora,
»al oir tus palabras, ya dijera
»que la razon perdiste. ¿Y has podido
»imaginar siquiera que no tengo
»valor para esperar la acometida
»de Ayax, por mas que agigantado sea?
»Yo jamas las batallas he temido,
»ni el ruido me espantó de los caballos;
»pero siempre de Jove los consejos
»al humano valor son superiores;
»y veces muchas al varon mas fuerte
»en fuga pone, y la victoria fácil
»de las manos le arranca, aunque á la guerra
»le haya animado él mismo. Ven ahora,
»amigo, ven, colócate á mi lado,
»y los combates mira; porque veas
»si yo soy tan cobarde como dices,
»aun cuando dure la batalla un dia:

„ó si ya del cadáver de Patroclo 328
„logro alejar alguno de los Griegos
„por mas que fuerte y valeroso lidie."
Así le dijo, y en horrendas voces
á los suyos habló. "Mostrad (decia)
„vuestro valor: y sostened ahora
„el combate, entretanto que me visto
„de Aquíles yo las refulgentes armas
„de que al fuerte Patroclo he despojado
„despues de haberle muerto." Así decia:
y de la lid saliendo, y á carrera
marchando siempre con ligera planta;
alcanzó prontamente, y no muy léjos,
al escuadron que por mandato suyo
á Troya conducia las brillantes
armas del fuerte Aquíles: y á distancia
del bélico tumulto y la pelea,
de armadura mudó. La suya propia
entregó á los donceles, y les dijo
que á Troya la llevasen; y gozoso
él se vistió con las hermosas armas
de Aquiles que los Dioses á Peleo
en otro tiempo dieran, y él llegado
á la vejez se las cediera al hijo;
pero este en la armadura de su padre
no envejeció. Cuando el Saturnio Jove
desde el Olimpo vió que Héctor las armas
se ceñia del hijo de Peleo;
agitó su cabeza, y silencioso
consigo habló y decia. "Ah desgraciado!
„ay! tú no piensas en la muerte ahora
„que ya tienes al lado, y con las armas
„te cubres del varon mas animoso,

361 »á cuya vista las falanges tiemblan;
»y la vida has quitado á su escudero
»tan bueno como fuerte, y la armadura
»ignominiosamente de sus hombros
»arrancaste y cabeza. Mas ahora
»el triunfo darte quiero todavía:
»porque sé bien que la doblada cuera
»del hijo de Peleo de tus hombros
»no desatará Andrómaca, ni vivo
»á Troya volverás de la batalla."
Dijo el Saturnio, y las cerúleas cejas
inclinó. Apénas Héctor la armadura
de Aquíles, á su talle acomodada,
se hubo ceñido; el corazon sentia
en bélico furor arder fogoso,
y de vigor y prodigiosa fuerza
su pecho se llenaba. Ya vestida
la armadura del hijo de Peleo;
á juntarse volvió con su falange
y daba horribles voces. Cuando todos
venir le vieron con las ricas armas
de que á Patroclo despojó adornado;
al resplandor que en torno despedia
creyeron ver al furibundo Aquíles:
y él, corriendo las filas presuroso,
animaba á sus fuertes capitanes:
Mésles, Glauco, Medonte, Asteropeo
Tersíloco, Disénor, Fórcis, Cromio,
Hipotoó, y Enomo el adivino,
y así decia en imperiosas voces.
"Las numerosas tribus de auxiliares,
»que en torno habitan de Ilïon, escuchen
»mi voz ahora. Muchedumbre tanta

» para que ociosa esté no he congregado, 394
» ni estándolo me es útil. Yo á vosotros
» rogué que cada cual desde su patria
» aquí viniera á defender los hijos
» y las caras esposas de los Teucros,
» en la terrible guerra que nos hacen
» los Príncipes de Acaya: y generoso
» en recompensa con brillantes dones
» y abundante comida, que mi pueblo
» con gran trabajo suministra, ahora
» premio vuestro valor. Al enemigo
» marchad de frente, y ó morid lidiando,
» ó la vida salvad: esta la suerte
» de los guerreros es. Al que arrastrare
» el cuerpo de Patroclo á nuestras filas,
» y á quien Ayax cediere, en larga mano
» yo daré la mitad de los despojos
» que en la batalla hubiéremos cogido;
» y la otra yo tendré, é igual la gloria
» suya será y la mia." Apénas Héctor
cesó de hablar, marcharon animosos
con todo su poder y en derechura,
levantadas las picas, los Troyanos
contra los Griegos, y esperaban todos
arrancar de las manos el cadáver
á Ayax. O necios! que matar debia
sobre él á muchos. Mas entónces, viendo
á los Teucros venir, estas palabras
habló con el valiente Menelao.

"Amigo! ya no espero que nosotros
» volvamos vivos de la lid: ni temo
» tanto por el cadáver de Patroclo,
» que bien pronto de Troya á los lebreles

427 »y á las aves carnívoras de pasto
»servirá, como temo por mi vida
»y la tuya, no sea que nos maten;
»que el oscuro nublado de la guerra,
»Héctor, todo lo cubre, y á la vista
»ya tenemos la muerte. Mas ahora
»llama á los mas valientes de los Griegos;
»y puede ser que alguno tus clamores
»oiga, y acuda." Obedeció el Atrida,
y en alta voz gritaba á los caudillos.
"Adalides y Príncipes de Acaya!
»Todos oid mi voz, los que en la tienda
»de Agamenon de Atreo y Menelao
»bebeis el vino que los pueblos pagan,
»y escuadra acaudillais, y honor y gloria
»á Júpiter debeis. Difícil fuera
»que uno por uno desde aquí yo viese
»á los caudillos todos: tal combate
»de nuevo se ha encendido. Pero venga
»alguno aquí de su valor guiado
»y en cólera se inflame, y no permita
»que al cadáver insulten de Patroclo
»los perros de esta tierra." Así les dijo;
y pronto oyó su voz Ayax de Oileo;
y el primero de todos, por las filas
atravesando, al llamamiento vino.
Siguióle el Rey de Creta, y Merïónes;
y de los otros....... ¿qué mortal podria
los nombres repasar en la memoria
de todos los Aquivos que acudieron
despues á la batalla? Los Troyanos,
por Héctor precedidos, el combate
empezaron terrible. Como el rio

que acrecieron de Júpiter las lluvias
corre á la mar, y por el ancho cauce
refluye la corriente, y con estruendo
las olas braman y resuena en torno
la dilatada costa, y en la arena
vomita el mar las espumosas aguas:
tal fué entónces el grito estrepitoso
que dieron los Troyanos. Los Aqueos,
apiñados en torno del cadáver
y con anchos broqueles defendidos,
y en bélico furor ardiendo todos,
firmes estaban. El Saturnio Jove
de oscura niebla sus brillantes cascos
rodeó; que no al hijo de Menetio
aborrecia el padre de los Dioses
miéntras vivió y servia de escudero
á Aquíles, y ni ahora le agradaba
que su cadáver devorado fuera
por los perros de Troya. A defenderle
animó, pues, á sus amigos todos.
Al principio los Teucros rechazaron
á los fuertes Aquivos, que á la fuga
tímidos se entregaban indefenso
el cadáver dejando; pero á nadie
matar pudieron con sus largas picas,
aunque lo deseaban. El cadáver
ya arrastraban por tierra; mas no largo
el tiempo ser debia en que los Griegos
le abandonasen; que volver la cara
Ayax les hizo pronto, el mas gallardo
y mas valiente de los Griegos todos
excepto Aquíles. La primer hilera
el héroe atravesó: y en derechura

493 marchaba al enemigo, semejante
al jabalí cerdoso que disipa
fácilmente la turba numerosa
de perros y robustos cazadores,
si intrépido se vuelve y da la cara
del matorral saliendo. Tan gallardo
de Telamon el hijo á las falanges
de Troya acometió; y á los que en torno
estaban de Patroclo y combatian
por llevarle á Ilïon, y de alta gloria
coronarse esperaban, fácilmente
disipó. Ya el cadáver de Patroclo
atara por el pié junto al tobillo
con ancho correon, y le llevaba
arrastrando por medio de las filas,
Hipotoó, el hijo valeroso
de Palásgico Leto que este dia
elogios merecer de los Troyanos
y de Héctor deseaba; pero pronto
cayó sobre él calamidad terrible,
de que ninguno libertarle pudo
entre los teucros todos. Porque el hijo
de Telamon, por medio de la turba
abriéndose camino, de muy cerca
en el yelmo le dió fuerte lanzada:
y aunque de duro bronce fabricado
y con dobladas planchas refornido
el casco fuera, resistir no pudo
al golpe de la diestra poderosa
y del lanzon enorme. De la herida,
pegado al hasta y en la sangre tinto,
el cerebro saltó; y el infelice,
ya moribundo, de la fuerte diestra

soltó el pié del exánime Patroclo 526
sobre la tierra, y él cayó de cara
junto al aquivo y alejado mucho
de la fértil Larisa. Y á sus padres
el amor no pagó con que otro tiempo
de su infancia cuidaron; porque breve
fué su vivir, y defendiendo á Troya
á manos de Ayax pereció este dia.
Héctor despues su reluciente lanza
contra Ayax arrojó; pero el aquivo
la vió venir, y el furibundo golpe
con una breve inclinacion de cuerpo
logró evitar. Mas el hastil herrado
á Esquedio, hijo de Ifito y el mas fuerte
de todos los Focenses, que tenia
su alcázar en Panopo y numerosa
escuadra condujera, en lo mas alto
hirió del pecho, y la acerada punta
por la espalda salió cerca del hombro.
Cayó en el suelo, retembló la tierra
en derredor, y temeroso ruido
sobre él hicieron al caer las armas.
Ayax tambien al valeroso Fórcis,
de Fénope nacido, que el cadáver
de Hipotoo animoso defendia,
hirió con su lanzon enmedio el vientre:
y rompiendo la cóncava coraza
el duro hierro, las entrañas todas
le arrancó; y el troyano moribundo
de rodillas cayó sobre la arena,
que con la mano en su dolor asia.
Al verle los primeros campeones
de los Troyanos y su gran caudillo,

559 retrocedieron: y en alegres voces
clamaron los Aquivos y á su escuadra
de Hipotoó y de Fórcis el cadáver
pudieron arrastrar, y de sus hombros
las ricas armaduras desataron.
Y ya entónces los Teucros en sus muros
encerrado se hubieran por los Griegos
perseguidos (tan grande era su espanto)
y mucha gloria conseguido hubieran
por su propio vigor y valentía,
aun sin quererlo Jove, los Aqueos;
si no hubiese inspirado heróico brio
á Enéas Febo, asemejado en todo
á Perifante, del heraldo Epítis
nacido, que de Anquíses en la casa
tambien la profesion ejercitando
de heraldo envejeciera, y en consejos
abundaba de paz. Al venerable
heraldo, pues, asemejado entónces
Apolo, dijo al adalid troyano.
"Enéas! ¿Cómo defender vosotros
»pudiérais á Iliön, si destruirle
»á los Dioses pluguiera? Otros guerreros
»he visto yo, que en su vigor fiados,
»y en su fuerza, y valor, y muchedumbre,
»con tropas que el temor no conocian
»osaron oponerse á las Deidades.
»Y otorgándonos Jove la victoria
»mas bien que á los Aqueos, ¿espantados
»y cobardes huis, y al enemigo
»el campo abandonais?" Así decia
el Flechador Apolo; mas Enéas,
que de frente y atento le miraba,

conoció á la Deidad, y en altas voces 592
á Héctor gritó, y le dijo alborozado.
"Héctor, y los demas tan valerosos
»Gefes de los troyanos y auxiliares!
»Mucha mengua seria si cediendo
»á las falanges griegas, y vencidos
»por nuestra cobardía, á la muralla
»de Iliön retornásemos ahora.
»Pero uno de los Dioses, á mi lado
»poniéndose, me ha dicho que el excelso
»Jove, que á los mortales la victoria
»concede ó niega en las dudosas lides,
»nuestro auxiliar será. Contra los Dánaos
»marchemos, pues, en derechura todos;
»y no les permitamos que tranquilos
»lleven á sus bajeles el cadáver
»de Patroclo." Así dijo, y de su fila
saltó ligero á la primer escuadra:
y los otros volvieron de la fuga,
é hicieron todos frente á los Aquivos.
Y Enéas el primero con su lanza
hirió en el vientre, y derribó en la arena,
á Leócrito, el hijo de Arisbante
y amigo y compañero valeroso
de Licomédes. Viéndole caido,
mucho su gefe se afligió: y corriendo
al cadáver y cerca de él parado,
vibró su aguda lanza y al valiente
Apisaon, que escuadra numerosa
guiaba en los combates y nacido
fuera de Hipaso, en el hijar derecho
hizo profunda herida, y en la arena
el adalid cayó. De la Peonia

con la gente viniera; y el mas bravo
era de los peonios campeones
despues del animoso Asteropeo.
Cuando este vió por tierra derribado
á Apisaon, se entristeció; y las filas
atravesó á carrera, deseoso
de combatir él mismo con los Griegos.
Pero no le fué dado; porque todos
los que estaban en torno del cadáver
de Patroclo cubiertos de broqueles
sus picas por do quier le presentaban.
Ayax en tanto, las hileras todas
recorriendo, á ninguno permitia
que mucho se alejara del cadáver,
ni que fuera de fila con los Teucros
á batallar saliese; y les mandaba
que allí firmes al muerto defendieran
y de cerca las armas esgrimiesen.
Hórrida lid se comenzó de nuevo:
y el campo todo de purpúrea sangre
era regado, y sin cesar caian
unos sobre otros muertos los troyanos,
sus auxiliares, y tambien algunos
aquivos; que estos en la lid no el triunfo
alcanzaban sin sangre. Pero ménos
de su lado morian; porque siempre
contra los enemigos procuraban
ayudarse uno al otro, y la fatiga
y el trabajo aliviarse en la pelea.

Estos allí, como el ardiente fuego,
entre sí peleaban; ni dirias
que el sol brillaba en la region del éter,
ni la luna; de tanta rodeados

oscura niebla estaban los guerreros 658
que en derredor del infeliz Patroclo
sin cesar combatian. Los restantes
Aquivos y Troyanos la batalla,
libres de oscuridad y á la luz pura
del claro sol, seguian; porque limpios
todos brillaban sus lucientes rayos,
y ni en valles ni en montes se veia
la mas pequeña nube. Y peleaban,
no siempre, y todos, y á la vez, y cerca;
sino de tiempo en tiempo, y por falanges,
y bastante apartados, y los tiros
evitaban los unos de los otros.
Y en tanto los del centro por la lucha,
y por la oscuridad, mucho sufrian;
y cuanto mas valientes ellos eran,
mayor era el peligro de que algunos
heridos fuesen con aguda lanza.

Todavía la muerte de Patroclo
ignoraban de Néstor los dos hijos
Trasimédes y Antíloco, y pensaban
que vivo aün en la primer hilera
con los Teucros seguia peleando.
Y ellos, aunque de léjos la derrota
y el estrago miraban de los suyos,
á otro lado y distantes combatian;
que estas fueron las órdenes que Néstor
les dió cuando su voz á la pelea,
al salir de las tiendas y las naos,
los animò. Entretanto los que en torno
estaban peleando del cadáver
todo el dia siguieron combatiendo
en horrenda batalla, y fatigados

691 estaban de continuo, y les corria
el sudor por las manos y las piernas
y hasta los pies llegaba, y con el polvo
los ojos ofuscados y el semblante
afeado tenian. Como suele
el curtidor á numerosa turba
de obreros entregar, á que la estiren,
de corpulento buey la piel teñida
en untuoso aceite; y apartados
y en círculo dispuestos, con gran fuerza
cada cual tira de su punta y pronto
despide el agua y el aceite embebe,
y de tantos obreros al impulso
queda tirante en derredor y toda:
así entónces Aquivos y Troyanos
del cadáver tiraban de Patroclo
en breve campo de batalla unidos;
y arrastrarle esperaban, hácia Troya
los Teucros, y á las naves los Aqueos.
Y terrible combate y ostinado
en torno de él seguia. Y ni Mavorte,
ni Pálas, aunque mas su pecho ardiese
en cólera, cobardes á los unos
ó á los otros diria. Tal batalla
de hombres y de caballos el Saturnio
Jove extendió con su potente diestra
sobre el yerto cadáver de Patroclo.
Aquíles ignoraba todavía
la muerte de su amigo porque léjos
de las tiendas y naves de la Grecia,
ya de Ilïon bajo los altos muros,
era entónces la lid; y no creia
que aquel hubiese muerto, y esperaba

que á las puertas llegado á sus bajeles 724
vivo retornaria. Ni tampoco
le era dado esperar que su escudero
á Troya conquistase, aun ayudado
del mismo Aquíles; porque bien sabia,
y muchas veces de su augusta madre
en secreto lo oyera, cuál de Jove
fuese la voluntad. Pero la Diosa
la gran calamidad no le decia
ahora, de que á manos de los Teucros
pereciera el amigo á quien amaba
él con tanta ternura. Y entre tanto
en torno á su cadáver los Aquivos
y Troyanos, la pica enarbolada,
sin cesar combatian, y la muerte
recibian y daban. Y así alguno
entre los Griegos á los otros dijo.
"Amigos! á nosotros decoroso
» no seria volver á los bajeles,
» el cuerpo de Patroclo abandonando:
» ántes la dura tierra nos sepulte.
» Mejor esto seria, que el cadáver
» á los Teucros dejar para que á Troya
» le lleven por trofeo." Y á los suyos
tambien alguno dijo de los Teucros.
"Amigos! aunque á todos el destino
» nos haya condenado del cadáver
» en torno á perecer, ninguno vuelva
» la espalda al enemigo." Así decian
los unos á los otros, y estas voces
los ánimos de todos inflamaron:
y el combate seguia y hasta el cielo,
atravesando el éter espacioso,

757 el estruendo subia de las armas.
Los caballos de Aquíles, que distantes
estaban de la lid desde que vieron
que á manos de Héctor perecido habia
su conductor, lloraban afligidos.
Y por mas que á marchar los aguijaba,
con el látigo hiriéndolos ligero,
Automedonte, el hijo valeroso
de Dióres, y en palabras cariñosas
les hablaba unas veces, y con dura
reprension otras veces castigaba
su inobediencia; ni marchar querian
hácia atras á las naves y la costa
del rápido Helesponto, ni á la hueste
de los Griegos que estaban peleando.
Cuál firme está é inmoble la columna
que el túmulo corona de un guerrero,
ó de alguna matrona; así parados
é inmóviles estaban los bridones
con el brillante carro. Y á la tierra
la cabeza inclinada, de sus ojos
lágrimas derramaban ardorosas
que hasta el suelo corrian: y las crines
con el polvo manchadas, y en desórden
sobre el yugo esparcidas; por la muerte
tristes lloraban ellos del que fuera
otro tiempo su auriga. Al verlos Jove
así llorar, se condolió: y moviendo
la cabeza inmortal, estas palabras,
consigo hablando, silencioso dijo.
"Infelices! ¿Por qué, estando vosotros
» libres de la vejez y de la muerte,
» os dimos á un mortal, el Rey Peleo?

» Para que entre los míseros humanos
» miserables tambien vosotros fuérais;
» pues de los animales que se crian
» sobre la tierra y viven es el hombre
» el mas desventurado. Mas vosotros
» no ya del carro tiraréis de Aquíles,
» Héctor en él subido. ¿No le basta
» tales armas tener, y jactancioso
» de su triunfo gozar? En vuestras almas
» y en las rodillas ligereza y brio
» yo infundiré, para que vivo y sano
» á Automedonte á las aquivas naves
» lleveis: que á los Troyanos todavía
» quiero dar la victoria hasta que lleguen
» matando Griegos á las mismas naves,
» y el sol se oculte, y la tiniebla oscura
» sobre la tierra caiga." Así decia,
y á los caballos poderoso brio
inspiró: y de las crines sacudiendo
á tierra el blanco polvo, fácilmente
la voluble carroza conducian
por entre los Aquivos y Troyanos.
Y en rápida carrera Automedonte,
aunque por la memoria del amigo
lleno de pena el corazon tenia,
contra los enemigos los guiaba;
y acometia fiero como suelen
acometer los buitres á los gansos.
Y unas veces cuidoso de la liza,
y el bélico tumulto y la matanza
se retiraba huyendo: y otras veces
las escuadras rompia, y el alcance
seguia al enemigo; pero nunca

823 mataba á los guerreros que á su paso
encontraba tal vez. Ni era posible
que estando solo, y la dorada silla
ocupando, la pica manejase
y al mismo tiempo firme sujetara
los inquietos caballos. Con sus ojos
vióle al fin su esforzado compañero
Alcimedonte, el hijo de Laérces:
y á la espalda parándose del carro,
á Automedonte dijo. "¿Y cuál ahora
» entre todos los Dioses del Olimpo
» ese inútil consejo te ha inspirado
» dentro del corazon, y la prudencia
» hoy te ha quitado que hasta aquí tenias?
» ¿Cómo, viéndote solo, así pretendes
» en lo mas recio de la gran pelea
» con los Teucros lidiar? Cayó sin vida
» tu compañero: y las brillantes armas
» de Aquíles tiene ya sobre sus hombros
» Héctor, y en ellas se gloría ufano."

Y el hijo de Dïóres, al oirle
alegrándose, dijo. "Alcimedonte!
» ¿y quién, mejor que tú, de entre los Griegos
» fuera capaz de sujetar brioso
» ahora los caballos inmortales,
» y su ardor reprimir? Solo podria
» contigo compararse cuando vivo
» aun estaba Patroclo, que á los Dioses
» igualaba en valor; mas ya á la muerte
» la Parca le entregó. Sube en el carro,
» toma el azote y las hermosas bridas,
» y yo saltaré al suelo y con mi lanza
» á pié combatiré. De esta manera

Automedonte dijo: y en el carro 856
subiendo Alcimedonte, diligente
tomó en la mano el látigo y las bridas;
y Automedonte de él saltó en la arena.
Héctor lo vió, y alborozado dijo
á Enéas que no léjos peleaba.

"Enéas! me parece que al combate,
» conducidos por débiles aurigas,
» los caballos del hijo de Peleo
» vuelven ahora: y esperanza mucha
» de tomarlos tendria, si al combate
» quisieras tú seguirme; que hacer frente
» no osarán los dos Griegos si animosos
» á su encuentro salimos, ni sus armas
» con nosotros medir en la pelea."

Cedió el hijo de Anquíses á su ruego:
y cubiertos los hombros con escudos
de pieles de novillos fabricados
secas y endurecidas y con planchas
dobladas de metal sobrecubiertos,
en derechura caminaban ambos.
Y Cromio y el igual en hermosura
á los Dioses Areto los seguian;
y en su valor fiados esperaban
matar á los dos Griegos y tomarles
los hermosos caballos, que las crines
sueltas al viento, y la cerviz erguida,
por el campo volaban anhelosos.
Necios! que no, sin sangre, de las manos
debian escapar de Automedonte.
Viólos este venir: y ardientes votos
haciendo al padre Jove, de ardimiento
y valor conoció que se llenaba

889 su corazon, y al compañero dijo.
“Alcimedonte! los caballos nunca
»tengas léjos de mí, y haz de manera
»que el resoplido de ellos á mi espalda
»siempre perciba yo. De perseguirnos
»Héctor no ha de cesar hasta que muertos
»nosotros dos en el brillante carro
»suba de Aquíles, y su mano rija
»los hermosos caballos; y en desórden
»y en fuga las escuadras de los Griegos
»ponga despues, ó por nosotros sea
»uno de los primeros cautivado.”
Así con él habló: y en altas voces
llamó á los dos Ayaces y al Atrida
Menelao, y les dijo. “La defensa
»del cadáver vosotros á los Gefes
»confiad mas ardidos y decidles
»que en torno colocados á ninguno
»acercarse permitan, y rechacen
»al que á venir se atreva: y á nosotros
»que aun vivimos, libradnos de la muerte.
»Porque á esta parte, rápidos corriendo
»por entre todas las escuadras, llegan
»Enéas y Héctor de los Teucros todos
»los dos mas aguerridos. De los Dioses
»en las manos está la suerte mia;
»mas yo mi lanza vibraré, y se cumpla
»la voluntad del soberano Jove.”
Dijo: y blandiendo la robusta lanza
la disparó, y en el escudo plano
de Areto vino á dar. Y hasta la cuera,
que resistir no pudo, por el medio
del ceñidor cortó la aguda pica,

y el vientre le pasó de parte á parte. 922
Como al novillo la robusta mano
del sacrificador, ante las aras,
con aguda segur divide el cuello
por detras de las hastas; y cortado
el nervio salta el animal, y cae;
así de espalda el campeon troyano,
dando un salto hácia atras, cayó: y el duro
hierro, que en las entrañas todavía
oscilaba, á sus miembros el aliento
quitó vital. Su reluciente lanza
Héctor despues al bravo Automedonte
tiró; pero el aqueo por el aire
la vió venir: y hácia adelante un poco
echándose y bajando la cabeza,
evitó el golpe del agudo hierro.
Y á su espalda clavándose la punta,
el hastil retemblaba todavía,
hasta que al fin perdió la fuerza toda.
Y de cerca los dos, poniendo mano
á las espadas, combatido hubieran;
si los Ayaces, que escuchado habian
las voces del amigo, y por la hueste
atravesando con ligera planta
en su ayuda venian, el combate
no les hicieran suspender. Al verlos
Héctor, Enéas, y el gallardo Cromio
retrocedieron tímidos: y al triste
Areto allí dejaron en la arena,
donde, partido el corazon, yacia.
Y Automedonte, al furibundo Marte
en el valor igual, de la armadura
le despojó: y glorioso con el triunfo,

así decia en arrogantes voces.
"Ya el inmenso dolor que me oprimiera
»el corazon, al hijo de Menetio
»viendo morir, se me alivió no poco,
»aunque con él no sea comparable
»el teucro que á sus manes he inmolado."
Así dijo, y de Areto la armadura,
en sangre tinta, sobre el carro puso:
y él subió, de los piés á la cabeza
tambien cubierto de la roja sangre
como el leon que al toro ha devorado.
Y de nuevo terrible, lagrimosa,
hórrida lid en torno del cadáver
se trabó de Patroclo: que Minerva,
desde el cielo bajando (porque Jove,
ya mudada la mente, la enviara
á animar á los Griegos) la pelea
renovó. Como Júpiter el íris
de purpúreo color á los humanos
muestra en el ancho cielo, y les anuncia
la guerra, ó las terribles tempestades
que en largos aguaceros las tareas
del labrador suspenden y de espanto
á los ganados llenan: así ahora,
cercándose de nubes encendidas,
Minerva por los densos escuadrones
entró de los Aquivos, y animaba
á todos con su voz. Primeramente
habló con el ardido Menelao,
que cerca estaba, el aire y la figura
tomado habiendo del anciano Fénix:
y su voz imitando resonante,
así dijo en palabras voladoras.

"La ignominia y vergüenza, o Menelao, 988
»tuyas serán, si los voraces perros
»bajo los muros de Ilïon arrastran
»el cadáver del héroe que de Aquíles
»fué el escudero fiel cuando vivia.
»Pelea, pues, valiente, y de los Griegos
»tu voz anime á las escuadras todas."
Y así afligido respondió el Atrida.
"Ojala, Fénix, venerable anciano,
»que Minerva en mi pecho mas pujanza
»hoy infundiese, y que de mí alejase
»las picas y las flechas! Animoso
»yo pronto estoy á colocarme al lado
»de Patroclo y valiente á defenderle,
»porque su muerte pasador agudo
»para mi triste corazon ha sido;
»mas Héctor de la llama abrasadora
»la fuerza tiene irresistible, y Jove
»inmensa gloria concederle quiere."
Alegróse Minerva al escucharle,
viendo que entre los Dioses la primera
él la habia invocado. Y á sus hombros,
y á sus rodillas, ligereza y brio
comunicó; y la audacia de la mosca
en su pecho infundió que ya cebada
en el humano cútis muerde y sigue
mordiendo aunque mil veces la rechacen;
que el mas dulce manjar para la mosca
es la sangre del hombre. Esta importuna
tenacidad y audacia á Menelao
fué la que entónces infundió Minerva.
Marchó, pues, al cadáver de Patroclo,
y disparó su reluciente lanza.

1021 Hubo entre los Troyanos un guerrero
Pódes llamado y de Etïon nacido,
rico y valiente, y á quien Héctor mucho
preciaba y distinguia; que su amigo
era, y su compañero en los convites:
y este fué á quien entónces Menelao
con su lanza pasó cuando á la fuga
él se entregaba. Recibió la herida
por debajo del cinto, al otro lado
pasó el agudo hierro y en la arena
el mísero cayó, y hácia los Griegos
arrastró su cadáver Menelao.
Al verlo Febo el rostro y la figura
de Fénope tomó, de Asio nacido,
que en Abido habitaba y era de Héctor
mas que sus otros huéspedes amado.
Y acercándose al héroe, le animaba
á recobrar de Pódes el cadáver.
"Héctor! (le dijo) ¿quién de los aqueos
»en adelante temblará á tu vista
»si ya terror te inspira Menelao,
»que hasta aquí por guerrero fué tenido
»débil y flaco; y valeroso ahora
»en la primer escuadra combatiendo,
»quitó la vida á tu mejor amigo,
»á Pódes de Etïon; y su cadáver
»él solo de las filas de los Teucros
»sacó despues, y á su escuadron le lleva?"
Esto decia el Flechador Apolo,
y negra nube de dolor la mente
de Héctor oscureció. Marchó afligido
todo cubierto de brillantes armas,
y atravesó por las primeras filas.

Al verle Jove, en la potente diestra 2054
la égida formidable esplendorosa
tomó y del Ida las excelsas cumbres
cubrió de nubes. Y enviando luego
repetidos relámpagos ardientes,
y en trueno horrible la montaña toda
estremeciendo; la égida en su mano
sacudió y á los Teucros vencedores
hizo otra vez, y los Aquivos todos
en desórden y fuga se pusieron.
El primero que huyó fue Penelao,
gefe de los Beocios; porque herido
por una lanza se sintió en el hombro
aunque ligeramente, cuando vuelta
aun tenia la cara al enemigo.
Y fue Polidamante el que la pica
de cerca le tiró; pero la carne
le rasguñó del hombro sin que al hueso
ofendiese la punta. En una mano
Héctor, tambien de cerca, con su lanza
á Leito hirió despues, el valeroso
hijo de Alectrïon, y del combate
hizo que se alejara: y precavido
mirando el héroe en derredor, huia;
porque ya no pudiendo con la mano
blandir la luenga pica, no esperaba
poder con los troyanos campeones
pelear. El cretense Idomeneo,
al ver que á Leito en presurosos pasos
Héctor seguia, le tiró su lanza:
y en medio del velludo y ancho pecho
el golpe dió de la robusta pica.
Pero donde al hastil la abrazadera

1087 la punta sujetaba el duro fresno
se rompió, y en alegre vocería
gritaban los Troyanos: y su lanza
Héctor, que estaba á pié, tiró al Cretense
que combatia desde su alto carro.
Y aunque cerca pasó, no logró herirle;
mas á Cerano (auríga y escudero
de Meriónes, que con él viniera
desde la hermosa Licto) en la quijada
bajo la oreja hirió, y al otro lado
pasó la punta; y al pasar, los dientes
hizo saltar y le cortó la lengua.
Cayó del carro el adalid: y al polvo
dejó caer las riendas, que ligero,
inclinándose todo, Meriónes [illegible]
alzó. Cuando salieran de las naves
los Aquivos siguiendo á los Troyanos,
vino á pié Idomeneo: y alto triunfo
de él hubiera alcanzado el enemigo,
si Cerano las yeguas corredoras
no le hubiera traido. Así aquel dia
el infeliz Cerano á Idomeneo
fué aurora de salud, y de la muerte
le libertó; pero la vida él mismo,
de Héctor atravesado por la pica,
perdió. Despues al Rey Idomeneo
dijo en breves palabras Meriónes.
"Con el látigo aguija tus caballos,
» hasta llegar adonde estan las naves:
» ya conoces tú mismo que este dia
» no serán los Aqueos vencedores."
Dijo, y el Rey á sus caballos pronto
á que en veloz carrera hasta las naos

marcháran aguijó con el azote,
porque en temor cayera. Ni al valiente
Ayax y á Menelao se ocultaba
que Júpiter queria la victoria
á los Troyanos dar: y así el primero
Ayax dijo al valiente Menelao.
"Amigo! Ya no hay duda, hasta los necios
» conocerán que á los Troyanos Jove
» dar quiere la victoria. Cuantas picas
» arrojan todos ellos, ya cobardes
» ya valerosos sean, en alguno
» de nosotros se clavan porque Jove
» las encamina todas: las que salen
» de nuestras manos en la tierra siempre
» van á clavarse. Meditemos ambos
» de qué modo podrémos de Patroclo
» el cadáver sacar de la pelea
» y á las naves volver, y de alegría
» colmar á los amigos; que clavados
» aquí los ojos, en tristeza y duelo
» yacen tal vez y ni á esperar se atreven
» que al brazo resistamos poderoso
» de Héctor, y temen que en cobarde fuga
» nos retiremos todos á las naves.
» Y ojalá hubiese cerca algun amigo
» de Aquíles, que el aviso le llevara;
» pues yo presumo que la triste nueva
» no llegó á sus oidos, de que ha muerto
» el escudero fiel á quien amaba
» él con tanta ternura. Mas no es fácil
» divisar entre todos los Aqueos
» uno que lleve la fatal noticia;
» porque de oscura niebla rodeados

1153 »los bridones están y los guerreros.
»Libra ya, padre Jove, á los Aquivos
»de niebla tan oscura, haz que veamos;
»serena el cielo, y á la luz del dia
»destrúyenos á todos si te place."
Así dijo: y el padre de los Dioses,
viendo que tiernas lágrimas vertia,
de él hubo compasion; y en voz potente
la oscura niebla disipó. De nuevo
brilló la luz del sol, y el campo todo
de batalla se vió; y entónces Ayax
volvió á decir al fuerte Menelao.
"Tiende la vista en derredor, amigo,
»y mira cuidadoso por si puedes
»á Antíloco, si aun vive, el esforzado
»hijo de Néstor, descubrir; y dile
»que á la tienda de Aquíles vaya pronto,
»y le anuncie que el caro y dulce amigo
»ha sido muerto." Obedeció el Atrida
de Telamon al hijo, y presuroso
marchó á buscar á Antíloco de Néstor.
Así como los perros y pastores
ahuyentan del establo de los bueyes
al tostado leon y no le dejan,
toda la noche vigilando atentos,
gustar la dulce carne, y él furioso
una y mas veces acomete en vano;
que espesísima nube de saetas
robustas manos sin cesar derraman
y gran copia de teas encendidas
que él mucho teme; y aunque esté acosado
del hambre, en fin al clarear la aurora
se retira á las selvas macilento:

así, malgrado suyo, Menelao 1186
abandonó el cadáver de Patroclo;
porque mucho temia que los Griegos,
de espanto y de temor sobrecogidos,
en poder de los Teucros le dejaran:
y á Meriónes y á los dos Ayaces
su defensa encargó, y así les dijo.

"Acordaos, amigos, del amable
»y mísero Patroclo, que sabia
»miéntras vivió, de mansedumbre lleno,
»hacerse á todos grato; pero yace
»frio cadáver ya, porque la Parca
»ha cortado el estambre de su vida."

Así dijo y marchó, y en todas partes
á Antíloco buscaba con los ojos.
Como el águila suele (de quien dicen
que entre todas las aves que del cielo
vuelan bajo la bóveda la vista
tiene mas perspicaz) desde las altas
regiones de las nubes á la liebre
divisar que escondida de un arbusto
entre el ramage está, y en raudo vuelo
sobre ella cae, y la sorprende y mata:
así entónces, o fuerte Menelao,
á todas partes los brillantes ojos
volvias tú por ver si entre la turba
numerosa de griegos divisabas
vivo al hijo de Néstor, y no mucho
tardaste en descubrirle. Estaba el héroe
á la izquierda de toda la batalla
animando á su gente, y Menelao
así le dijo en doloridas voces.

"Ven, Antíloco, ven para que escuches

1219 »triste noticia de fatal desgracia
»que permitir los Dioses no debieran.
»Ya tú mismo conoces, dulce amigo,
»que gran calamidad á los Aqueos
»algun Dios ha enviado, y vencedores
»á los Troyanos hace. Entiende ahora
»que el mas fuerte de todos los guerreros,
»Patroclo, ha perecido, y con su muerte
»afligidos están y consternados
»los Griegos. Corre, pues, á nuestras naves,
»y á Aquíles di que sin tardanza vea
»cómo salvar el cuerpo del amigo;
»ya que sus armas no, porque las tiene
»Héctor en su poder." Así decia;
y Antíloco, al oirle, en dolorosa
admiracion cayó. Por largo tiempo
estuvo sin hablar y ambos sus ojos
se llenaron de lágrimas, ni pudo
en clara voz articular palabra;
mas no por eso dilató un instante
el precepto cumplir de Menelao.
Y entregando las armas al valiente
Laódoco, su escudero, que subido
en el brillante carro con las bridas
los fogosos bridones sujetaba,
salió de allí: y en rápida carrera,
lágrimas él vertiendo, le llevaron
á dar á Aquíles la fatal noticia
sus piés desde la lid. Y no quisiste
entónces tú, valiente Menelao,
ayudar á los griegos que el combate
afanosos seguian en el sitio
que abandonara Antíloco, aunque mucho

los Pilios con su ausencia se afligieron; 1252
pero no ya olvidaste á Trasimédes
encargar que atendiese á su defensa,
y en pasos presurosos tú volviste
á defender el cuerpo de Patroclo.
Llegado el héroe, á los Ayaces dijo.
"A Antíloco á las naves he enviado,
»para que lleve la fatal noticia
»al valeroso Aquíles; pero ahora,
»aunque de Héctor vengarse ya quisiera,
»temo que no vendrá: porque sin armas
»¿cómo ha de pelear con los Troyanos?
»Así, presto nosotros el arbitrio
»que parezca mejor buscar debemos
»para llevar á Aquíles el cadáver,
»y librar las escuadras con la fuga
»del ímpetu y furor de los Troyanos,
»y la muerte evitar." A estas palabras
Ayax de Telamon respondió. "En todo
»hablaste cuerdo, ilustre Menelao,
»Tú, pues, y Merïónes el cadáver
»en los hombros tomad, y de la liza
»sacadle prontamente; que nosotros,
»los dos Ayaces, á la espalda puestos
»y de marcial espíritu animados,
»como hasta aquí el combate sostuvimos
»uno al lado del otro, con los Teucros
»y con Héctor irémos peleando."
Ayax así decia, y á Patroclo
alzaron de la arena Merïónes
y el Atrida, y en hombros le pusieron.
Cuando así los Troyanos el cadáver
vieron de tierra alzar, en alarído

gritaron espantoso, y en columna
cerrada acometieron. Como alegres,
cuando al herido jabalí persiguen,
al cazador los perros se adelantan,
y ufanos corren y en menudos trozos
despedazarle esperan; y cobardes,
si el animal en su valor fiado
vuelve la cara, retroceden ellos,
y uno por una parte otro por otra
huyen y desparecen: así entónces
por algunos instantes los Troyanos
en tropel á los Griegos perseguian,
con espadas y picas de dos cortes
hiriendo sus rodelas. Mas si vueltos
hácia ellos los Ayaces se paraban;
perdian el color, y acobardados
de perseguir cesaban el cadáver.
Así ya valerosos los Aquivos
el muerto hácia las naves conducian;
pero en lucha terrible y sanguinosa
sin cesar peleaban. Como el fuego
de repente encendido, si le aviva
impetuoso viento, de los hombres
una ciudad abrasa y desparecen
los edificios por la ardiente llama
devorados: así de los peones
y ginetes troyanos en confuso
tropel seguia numerosa turba
sin cesar á los griegos que el cadáver
de Patroclo llevaban á las naos.
Como dos mulos vigorosos suelen
por fragoso camino desde el monte
arrastrar una viga, ó un gran tronco

á mástil de navío destinado;
y se cansan, y sudan, y anhelantes
aceleran el paso: así el Atrida
y el Cretense el cadáver del amigo
llevaban en los hombros, y á su espalda
puestos los dos Ayaces contenian
el ímpetu y furor de los troyanos.
Como el robusto valladar, que hiciera
el labrador con árboles, detiene
el ímpetu del agua; y de los rios
rápidos la corriente asoladora
en su curso sujeta y la dirige
al llano que sus aguas en provecho
fertilizan comun, y con su fuerza
no le pueden romper las avenidas:
así los dos Ayaces por la espalda
contenian la hueste de los Teucros;
pero ellos siempre en ostinada lucha
seguian peleando; y entre todos,
los que mas furibundos batallaban
eran Héctor y Enéas. Como suelen
las bandadas huir de los vencejos,
ó chilladores grajos, cuando han visto
venir al gavilan que estrago horrible
hace en los pajarillos: así entónces
los hijos de los Griegos, cuando vian
á Héctor venir y á Enéas, escapaban
dando agudos chillidos y el combate
tímidos olvidaban. Y no pocas
armas de los Aquivos que á la fuga
cobardes se entregaron en el foso
cayeron y á la orilla; y la batalla
no por eso cesaba clamorosa.

LIBRO DECIMOCTAVO.

Miéntras estos seguian peleando
con el ardor de abrasadora llama;
Antíloco veloz llegó de Aquíles
á la presencia, de fatal noticia
portador, y le halló junto á sus naves
al pié sentado de las altas popas.
En su ánimo ya el héroe presentia
la muerte de Patroclo: y exhalando
doloroso gemido, en éstas voces
con su valiente corazon hablaba.

"Ay de mí! ¿qué será que los Aqueos
»corren por la llanura, y en derrota
»otra vez á las naves se retiran?
»Mucho temo no sea que los Dioses
»me cumplan hoy el triste vaticinio
»que en otro tiempo me anunció mi madre,
»diciéndome que á manos de los Teucros,
»y viviendo yo aün, la clara lumbre
»del sol ya no veria el mas ardido
»de todos los Mirmídones. Sin duda
»murió el hijo valiente de Menetio.
»Infelice! yo bien le aconsejaba
»que en apagando el fuego que á las naves
»de los griegos pusiera el enemigo
»á mi tienda volviese, y que con Héctor
»no pelease en desigual batalla."

Miéntras él en su mente revolvia
y en su ánimo estas dudas, el amable
hijo de Néstor se acercó. Y ardientes
lágrimas derramando; la funesta

noticia le anunció, diciendo triste.
"Ay hijo de Peleo! dolorosa
» noticia vas á oir, fatal desgracia
» que permitir los Dioses no debieron.
» Yace Patroclo, en torno del cadáver
» desnudo se pelea, y tu armadura
» Héctor la tiene." Al escuchar sus voces,
oscura nube de dolor el alma
cubrió de Aquíles. Y con ambas manos
la ceniza caliente todavía
tomando y por encima la cabeza
derramándola, el rostro peregrino
afeaba con ella: y la negruzca
ceniza su vestido, que exhalaba
del néctar el aroma delicado,
cubria todo. Se arrojó en la arena:
y siendo de estatura agigantada
largo trecho yacia, y con las manos
se arrancaba la rubia cabellera.
Al oir sus gemidos las mugeres
que cautivara él mismo con Patroclo
triste clamor alzaron: y saliendo
fuera del pabellon y colocadas
en torno al héroe, y sollozando todas,
con las palmas herian sus hermosos
cándidos pechos, y al dolor rendidas
se desmayaron. Funeral lamento
Antíloco tambien, en triste lloro
bañando sus mejillas, comenzaba;
pero miéntras Aquíles en suspiros
exhalaba el furor, ambas sus manos
el jóven sujetaba con las suyas;
porque mucho temia que tomase

64 algun cuchillo y el hermoso cuello
se dividiese. Tan horrendos eran
los gemidos de Aquíles que su augusta
madre, que estaba en los profundos senos
del mar al lado del anciano padre,
los oyó: y tambien ella hondo suspiro
dió al escucharlos; y las ninfas todas,
cuantas el mar habitan y engendrara
el anciano Nereo, se juntaron
en derredor de Tétis. Allí vino
Glauce, y Talía, y Cimodoce, y Nesa,
y Espío, y Toe, y la gallarda Halía,
y Cimótoe, y Actaya, y Limnorea,
y Mélita, y Yaïra, y Anfitoe,
y Ágave, y Doto, y Proto, y Dinamene,
y Anfínome, y Dexámene, y Ferusa,
y Calianira, y Pánope con Dóris,
y la tan celebrada Galatea,
y Nemértes, y Apseúdes. Y vinieron
tambien, pero las últimas de todas,
Calïanasa, Clímene, Yanira,
Yanasa, Mera, Oritia, y la de hermosos
cabellos Amatea, y las restantes
Nereidas que habitaban en las grutas
del hondo mar; y la argentada cueva
de Tétis toda se llenó, y llorosas
ellas sus albos pechos golpeaban.
Y exhalando suspiros numerosos,
así las dijo Tétis la primera.

"Hermanas mias que engendró Nereo!
» atentas escuchadme, porque todas
» sepais las muchas dolorosas cuitas
» que siente el corazon. Ay infelice!

» qué desgraciada he sido en mis amores! 97
» Un hijo dí yo á luz, fuerte, gallardo,
» y de todos los héroes el primero:
» y creció al tierno olivo semejante,
» y de su infancia y juventud yo misma
» solícita cuidé como de nueva
» planta se cuida que en feraz terreno
» nace y se cria. Y cuando ya llegara
» á la edad varonil, con sus navíos
» á Ilïon le envié porque animoso
» con los Teucros lidiase; pero, ay triste!
» que ya mas á la casa de Peleo
» no volverá, ni en cariñoso abrazo
» yo le recibiré. Vive él ahora
» y ve la luz del sol, pero afligido
» está: y aunque yo vaya á consolarle,
» útil no puedo serle. Iré con todo
» á ver al hijo mio; y de su boca
» sabré el nuevo pesar que así le aflige,
» aunque está de las lides retirado."
Dijo, y dejó la gruta: y las Nereidas
llorando la siguieron, y las olas
se rompian del piélago espumoso
en torno de ellas. Cuando ya vinieron
del Helesponto á la anchurosa playa;
todas subieron á la corva orilla,
hácia el parage en que las muchas naos
fueran de los Mirmídones sacadas
á tierra en derredor de la de Aquíles
por ambos lados. Y su augusta madre,
miéntras él en suspiros exhalaba
su dolor, se acercó: y gimiendo triste,
y del hijo abrazando la cabeza,

dijo llorosa en agitadas voces.
"¿Porqué así lloras, hijo? ¿Cuál el duelo
» es que tu pecho aflige? Me le esplica,
» y no ocultarle quieras. Te ha otorgado
» Júpiter ya cuanto rogaste, alzadas
» ambas manos al cielo. Los Aquivos,
» ya retirados á las naves todos,
» mucho por tí suspiran, y padecen
» no merecidos daños." Y á su madre,
un profundo suspiro despidiendo,
Aquíles respondió. "Sí, madre mia!
» El dueño del Olimpo me ha otorgado
» cuanto yo le pedí; pero ¿qué fruto
» saqué de mi venganza, si el amigo
» he perdido mas dulce: mi escudero
» Patroclo, á quien yo amaba sobre todos
» los demas capitanes y queria
» cuál si fuese otro yo? Sí: le he perdido;
» y Héctor, despues de haberle asesinado,
» le despojó de las hermosas armas,
» encanto de la vista, que á Peleo
» dieron los Dioses el infausto dia
» en que á tí, siendo Diosa, colocaron
» de un mortal en el lecho. Mas valiera
» que tú por siempre hubieses con las hijas
» habitado del mar, y que Peleo
» una muger tuviera por esposa.
» Pero sin duda los eternos Dioses
» así lo dispusieron porque fuese
» inmenso tu dolor, cuando del hijo
» sepas la muerte; que al hogar paterno
» no volverá, ni en cariñoso abrazo
» tú le recibirás. Ni desde ahora

» ya mas quiero vivir, ni con los hombres
» comunicar; si por mi lanza herido
» ántes Héctor no cae, y con su vida
» no paga la del hijo de Menetio."

Téris le respondió, bañada en lloro.
"Pues breve ya de tu vivir el plazo,
» hijo, será si la amenaza cumples;
» porque, muerto el Troyano, tú el primero
» serás que baje á la region oscura."

Y Aquíles exclamó: "Venga la muerte;
» ya que el Hado no quiso que la vida
» salvase á mi escudero, y de su patria
» léjos ha perecido. Ay! moribundo
» sin duda el triste me llamaba en vano
» para que de la Parca le librase.
» Y pues no debo ya volver á Grecia,
» ni á Patroclo mi brazo ha defendido
» y á los muchos valientes que por Héctor
» vencidos acabaron: y en las naves,
» inútil peso de la tierra, ahora
» ocioso estoy de los Aquivos siendo
» el mas fuerte en la lid aunque me excedan
» otros en arengar: de entre los Dioses
» y los humanos la fatal discordia
» huya y desaparezca y la acompañe
» la cólera, que al hombre mas sensato
» induce á ser cruel y se insinúa,
» mas dulcemente que la miel gotea,
» dentro del alma y como el humo crece.
» Así en la mia Agamenon de Atreo
» la cólera encendió.... pero al olvido
» demos ya lo pasado aunqne lo sienta
» mi corazon; que el natural fogoso

196 »en el pecho domar es necesario.
»Ahora al matador de aquel amigo
»que tan caro me fué mientras vivia,
»á Héctor, voy á buscar: y yo la muerte
»recibiré cuando llegare el tiempo
»que Júpiter hubiere señalado,
»y las otras Deidades. Ni el famoso
»Hércules pudo de la negra Parca
»el decreto eludir, por mas que fuese
»tan amado de Jove; que el Destino
»y de Juno la cólera terrible
»le quitaron la vida. Así yo luego,
»si igual mi suerte ha sido, ya cadáver
»yaceré en el sepulcro; mas ahora
»claro renombre alcanzaré. Y alguna
»de las teucras matronas y dardanias
»haré que entre suspiros dolorosos
»de las tiernas y cándidas mejillas
»á dos manos sus lágrimas enjugue.
»Conozcan ya que demasiado tiempo
»estuve de las lides retirado.
»Y tú, por mas que como tierna madre
»dilatar quieras de mi muerte el dia,
»no me impidas salir á la pelea;
»porque resuelto estoy, y tus palabras
»no me persuadirán." Respondió Tétis.
"Sí, hijo mio: es muy justo, y reprobarlo
»nadie podrá, que tu valor la vida
»salve á tus camaradas que en derrota
»vienen por los Troyanos perseguidos;
»pero tus armas, relucientes, bellas,
»y del mas fino bronce fabricadas,
»las tienen los Troyanos: y vestido

» con ellas Héctor, orgulloso ahora 229
» por trofeo las lleva. Yo le anuncio
» que no por largo tiempo en las batallas
» hará de ellas alarde; ya la muerte
» está á su lado. Pero tú en la liza
» no tomes parte aün hasta que veas,
» tú con tus mismos ojos, que á este puesto
» otra vez he venido. Yo mañana,
» apénas brille el sol, aquí á buscarte
» vendré y una armadura por Vulcano
» labrada traeré." La hermosa Tétis,
dichas estas razones, las espaldas
al hijo dió: y volviéndose de frente
á las otras Nereidas, las decia.
"Bajad vosotras al profundo seno
» del mar ahora, y al anciano padre
» acompañad en el paterno alcázar
» y referidle todo: yo al Olimpo
» voy á ver á Vulcano, y á rogarle
» que para el hijo mio una armadura
» me dé completa y refulgente." Dijo
Tétis así, y las Ninfas en las olas
del mar se sumergieron resonante,
y ella subió al Olimpo luminoso
para traer al hijo la armadura.
Miéntras en raudo vuelo al vasto Olimpo
subia Tétis; á las griegas naves
y al Helesponto en pavorosa fuga,
por Héctor acosados, los Aqueos
dando terribles espantosas voces
llegaban ya. Ni fuera de los tiros
el cadáver podian de Patroclo
sacar; porque otra vez los adalides

262 que en los brillantes carros combatian,
y los peones, y á la ardiente llama
Héctor asemejado, á emparejarse
llegaran ya con ellos. Por tres veces
Héctor los piés asiera de Patroclo
deseando arrastrarle, y ostinado
horrendas voces á los Teucros daba;
y tres los dos Ayaces, revestidos
de firmeza y valor, le rechazaron
y á soltar le obligaron el cadáver.
Y él, fiado en su fuerza y siempre firme,
unas veces feroz arremetia
rompiendo el escuadron, y otras parado
en alta voz gritaba; pero nunca
en fuga se ponia. Como á veces
los pastores que en vela cuidadosos
en la majada están la noche toda
al hambriento leon que devorando
está la presa rechazar no pueden:
así los dos Ayaces valerosos
alejar del cadáver no podian
á Héctor. Y al fin hubiérale arrastrado
é inmensa gloria habria conseguido,
si Íris veloz al hijo de Peleo
á decir del Olimpo no bajara
que en la lid se mostrase; pero Juno
la envió sin que Júpiter la viese,
ni las otras Deidades. Y á su lado
puesta ya la celeste mensagera,
así dijo en palabras voladoras.
"Sus, hijo de Peleo: y pues de todos
» eres el mas valiente, del amigo
» el cadáver liberta. Gran batalla

» se está dando por él, y los Troyanos
» y los Aqueos indistintamente
» hieren y son heridos. Quieren estos
» el cadáver salvar; llevarle á rastra
» á su ciudad intentan los Troyanos,
» y sobre todos Héctor; que ambiciona
» apoderarse de él, y se propone
» separar de su cuello la cabeza
» y en un palo clavarla. Sus, Aquíles:
» no mas ocioso estés, ni ya permitas
» que pasto de los perros que alimenta
» de Troya la ciudad sea el cadáver
» de tu amigo Patroclo. Amancillada
» para siempre tu fama quedaria,
» si el tronco mutilado recobrases
» despues que de los Teucros el juguete
» hubiera sido." Preguntóla Aquíles.
» ¿Y cuál, Íris divina, de los Dioses
» á darme este consejo te ha enviado?
Íris le respondió. "La Diosa Juno;
» y ni el Saturnio Júpiter que mora
» en las alturas, ni los otros Dioses
» que en las cumbres habitan del Olimpo
» siempre nevadas, mi venida saben."
Aquíles replicó. "Y á la pelea
» ¿cómo salir yo puedo? Los Troyanos
» son dueños de las armas; y mi madre
» entrar no me permite en la batalla,
» hasta que vuelva y con mis propios ojos
» yo la vea llegar. Me ha prometido
» que una rica armadura fabricada
» por el mismo Vulcano ha de traerme,
» y entretanto no sé de que guerrero

328 »yo pudiera vestirme con las armas.
»Solo tomar podria el grande escudo
»de Ayax de Telamon; pero aquel héroe
»entre los mas ardidos campeones
»estará combatiendo y el cadáver
»defenderá, y en la troyana hueste
»estrago hará terrible con su lanza."
Íris le respondió. "Todos sabemos
»que tu armadura el enemigo tiene;
»pero, aun así, preséntate en la orilla
»del foso á los Troyanos; por si logras
»que al verte acobardados se retiren
»de la lid, y respiren los Aqueos
»que cansados están; pues en la guerra
»un breve instante de reposo es útil."
Dijo la Diosa, y al nevado Olimpo
volvió ligera en vagaroso vuelo.
Y el amado de Júpiter Aquíles
alzóse en pié, y Minerva sus fornidos
hombros cubrió con la égida espantable,
cercó sus sienes con dorada nube,
y encendió en ella esplendorosa llama.
Como el humo de léjos se divisa
que de la excelsa capital saliendo
de fértil isla que la mar circunda,
y sitia el enemigo, sube al éter;
cuando sus habitantes, todo el dia
por su ciudad habiendo combatido,
luego que el sol se oculta anchas hogueras
en los muros encienden y en las torres,
y alta sube la llama porque vista
pueda ser de los pueblos comarcanos
y vengan con sus naves del asedio

á librarlos: así la luz brillante 361
que la frente de Aquíles despedia
hasta el éter llegaba. Y ya venido
á la parte exterior de la muralla;
en la orilla del foso sin mezclarse
con los Aqueos (que el prudente aviso
respetó de su madre) se detuvo,
y en alta voz clamó (y á la otra parte
tambien gritó Minerva) y los Troyanos
en confuso desórden y aturdidos
huyeron al oirle. Cuan sonora
se oye la voz de la marcial trompeta
que al arma toca en la ciudad que sitia
poderoso enemigo: tan aguda
entónces resonó la voz de Aquíles.

Apénas de los Teucros al oido
llegó la férrea voz, clara y sonora,
del hijo valeroso de Peleo;
todos de espanto el alma conmovida
sintieron en el pecho; y los bridones,
sueltas al aire las hermosas crines,
hácia atras se volvian con los carros
y en fuga se pusieron porque males
su ánimo presagiaba. Los ginetes
tambien se consternaron cuando vieron
el vivo fuego abrasador que ardia,
y Minerva avivaba de contino,
sobre la alta cabeza del valiente
nieto de Eäco. Resonó del foso
en la orilla tres veces la espantosa
y clara voz de Aquíles, y al oirla
los Teucros y sus fuertes auxiliares
en pavorosa turbacion cayeron.

394 Y todavía allí la muerte hallaron
doce fuertes caudillos; que en la arena
caido habiendo, por su propia lanza
fueron heridos sin poder valerse
y por la alta carroza atropellados.
Y ya llenos de gozo los Aqueos,
de Patroclo sacaron el cadáver
de enmedio de las armas y los tiros,
y en el fúnebre lecho le pusieron.
Y todos los Mirmídones llorando
en torno le cercaban, y de todos
enmedio estaba el afligido Aquíles.
Y ardientes muchas lágrimas vertia
cuando ya vió en el féretro tendido
á su fiel escudero, y desgarrada
con el hierro cruel su hermosa carne;
al contemplar que á la batalla él mismo
le envió con su carro y sus bridones,
y que de ella con vida no tornaba.

Al incansable Sol la augusta Juno
envió á las corrientes de Oceano
contra su voluntad: y oscurecida
ya su luz, los Aqueos el terrible
combate y la batalla suspendieron.
Y tambien de su parte los Troyanos,
acabada la lid, en la llanura
los ligeros bridones desuncian
de los carros marciales y á la junta
sin preparar la cena concurrieron,
y azorados y en pié deliberaban;
que á sentarse ninguno se atrevia.
Y de temor sobrecogidos todos
estaban, porque el hijo de Peleo,

que largo tiempo habia renunciado
al bélico tumulto, en la pelea
ya se dejara ver. Polidamante,
el sabio augur, de todos el primero
habló; porque tambien allí de todos
era el solo que via lo futuro
y lo pasado. Siempre fuera amigo
de Héctor y camarada y una misma
noche los vió nacer, y en elocuencia
á Héctor Polidamante aventajaba;
mas Héctor mucho en manejar la pica
vencia al adivino, que prudente
así entónces decia á los Troyanos.

"Deliberad con madurez, amigos,
»lo que conviene hacer. Yo, de los Dioses
»la voz divina interpretando ahora,
»digo que á la ciudad nos retiremos
»sin tardar, y acampados que amanezca
»no ya esperemos de mañana el dia
»cerca de los bajeles y distantes
»de los troyanos muros. Cuando Aquíles,
»en sus naves ocioso, del agravio
»que Agamenon le hiciera se vengaba;
»eran en la pelea los Aquivos
»ménos valientes, y pasar la noche
»á vista de su campo me agradaba
»á mí tambien; que de tomar las naves
»grande esperanza habia. Mas ahora
»mucho yo temo al hijo valeroso
»de Peleo; y anuncio que llevado
»de su ardiente valor, no en la llanura
»donde hasta ahora siempre las batallas
»se daban de los Griegos y Troyanos,

»querrá permanecer; que hasta los muros
»de Troya llegará, y por escalarla
»pugnará y á pavesa reducirla
»y llevarse cautivas las mugeres.
»Volvamos, pues, á la ciudad, amigos;
»y fiaos de mí, pues os anuncio
»lo que sucederá. La oscura noche
»impide ahora al hijo de Peleo
»á campaña salir; pero si armado
»acomete mañana y nos encuentra
»acampados aquí, tal vez alguno
»conocerá lo que su brazo puede:
»que harto gozoso volverá de Troya
»al muro el que se salve con la fuga.
»Y á muchos teucros comerán los buitres
»y perros..... ¡ojalá que á mis oidos
»tal desgracia no llegue! Mas si ahora
»mi consejo seguis, aunque lo sienta
»vuestro valor; el resto de la noche
»en junta reunidos tomarémos
»las precauciones que prudencia dicte
»para comun provecho, y las murallas
»defenderán las elevadas puertas
»y los recios portones que formados
»de gruesas ojas con primor labradas
»y bien unidas las entradas cierran.
»Y cuando ya la divinal aurora
»mañana empiece á clarear, nosotros
»armados las murallas y las torres
»coronarémos todas. Y aunque quiera,
»de las naves saliendo, en torno al muro
Aquíles batallar; no será fácil
»que se apodere de él. Y á sus navíos

»volverá á pesar suyo, cuando hubiere 493
»ya mucho fatigado á sus bridones
»en derredor de la ciudad corriendo.
»Y dentro penetrar su valor mismo
»no le aconsejará, ni entrarla á saco
»conseguirá: ¡primero le devoren
»los carnívoros perros!" Así dijo
Polidamante: y con ceñudo rostro
mirándole Héctor, respondió irritado.
"Polidamante! tu consejo ahora
»no al corazon agrada. Tú propones
»que á la ciudad volvamos, y en su cerca
»nos encerremos todos. ¿Qué? ¿cansados
»no estais ya de vivir siempre escondidos
»dentro los muros? En la edad pasada
»era fama comun entre los hombres
»que la ciudad de Príamo era rica
»en oro y bronce mucho; y ya no existen
»los hermosos joyeles que en las casas
»se guardaban entónces: casi todos
»á la Frigia pasaron y Meonia,
»á ser allí vendidos, desde el dia
»que se irritó contra nosotros Jove.
»Y cuando la Deidad me ha concedido
»que en la última batalla inmensa gloria
»haya alcanzado, al pié de los bajeles
»combatiendo y á todos los Aquivos
»hasta el mar retirando ¿tú propones,
»cobarde! tal vileza á las escuadras?
»Pues sabe que ninguno tu consejo
»aprobará, ni yo lo permitiera.
»Hagamos todos lo que yo dijere.
»Cenad ahora, en militar usanza

526 »por ranchos divididos: centinelas
»se pongan en el campo, y vigilantes
»estemos todos. Y si acaso alguno
»sus riquezas perder mucho temiere;
»las junte y traiga todas, y á los otros
»para que sean en comun gastadas
»las entregue: mas vale que cualquiera
»troyano de ellas goce, que los griegos.
»Mañana ya, cuando á brillar empiece
»el rayo de la aurora la armadura
»tomando todos, hórrida batalla
»trabarémos al pié de los navíos.
»Y si es verdad que el valeroso Aquíles
»á los combates vuelve, y de mi brazo
»probar quiere la fuerza; mas difícil
»vencerme le será que él imagina:
»y no de la pelea clamorosa,
»huyendo de él, saldré. No: cara á cara
»firme le he de esperar y alta victoria
»él de mí alcanzará, ó eterno lauro
»yo lograré matándole; que Marte
»es á todos comun; y muchas veces
»el que esperó vencer vencido queda."
Así dijo: y los Teucros aplaudian.
Necios! que de razon ya los privara
Minerva, y de Héctor el fatal dictámen
siguieron todos y escuchar ninguno
quiso á Polidamante que prudente
lo mejor proponia: y por escuadras
divididos, la cena aparejaron.
En tanto los Aqueos á Patroclo,
la noche toda, en funeral gemido
lloraban; y de todos el primero,

suspiros exhalando numerosos 559
y sobre el pecho del amigo puestas
las manos homicidas, el lamento
Aquíles empezó. Como leona
que habiéndola robado los cachorros
el cazador miéntras estaba ausente
se aflige cuando vuelve y no los halla;
y los valles recorre, por la huella
siguiendo al cazador para matarle,
y se enfurece en su dolor agudo:
así Aquíles, suspiros exhalando,
en medio los Mirmídones decía.

"En vano, ay triste! la palabra un tiempo
» de mi boca salió cuando animaba
» al heróico Menetio en mi palacio,
» diciéndole que el hijo valeroso
» á Opunte yo otra vez le llevaria,
» despues que hubiese á Troya destruido
» y la parte tomado de la presa
» que cabido le hubiese. Pero Jove
» no al hombre cumple sus deseos todos.
» Así á nosotros dos la dura Parca
» á morir aquí en Troya ha condenado,
» esta tierra enemiga enrojeciendo
» con nuestra sangre. Porque á mí tampoco
» el anciano Peleo en su morada
» ya mas recibirá, ni cariñosa
» mi madre Tétis cercará mi cuello
» con sus ebúrneos brazos, de esta guerra
» volviendo vencedor; que sepultado
» aquí yo quedaré. Mas, pues me toca
» despues que tú morir, dulce Patroclo,
» no te haré el funeral hasta que traiga

592 »aquí yo la cabeza y la armadura
»de Héctor tu matador: y ante la pira
»en que arda tu cadáver la cabeza
»cortaré á doce jóvenes troyanos,
»hijos de las familias mas ilustres,
»para vengar tu muerte. É insepulto
»entretanto estarás aquí en las naves,
»y en torno tuyo velarán llorando
»noches y dias las esclavas todas,
»troyanas y dardanias, que nosotros
»cautivamos habiendo destruido
»las ciudades en que ellas habitaban."
Así dijo: y despues á sus donceles
mandó que al fuego trípode anchuroso
pusieran, y con agua las heridas
lavaran al cadáver del amigo
y la sangre cuajada. Los donceles,
á la lumbre poniendo una caldera
por tres piés sostenida, la llenaron
de agua y trajeron leña, y la metieron
por debajo del trípode: y la llama,
en derredor cercando la caldera,
el agua calentó. Cuando ya herbia
en el sonoro cobre; diligentes
el cadáver lavaron, y le ungieron
con untuoso aceite, y las heridas
de un bálsamo llenaron oloroso
que nueve años tenia. Y colocado
ya en alto lecho funeral, con blanca
y finísima sábana de lino
desde los piés á la cabeza todo
le cubrieron: y encima rico manto
extendido tambien, la noche entera,

en derredor de Aquíles reunidos,
los Mirmídones todos á Patroclo
tristes lloraron. Y el excelso Jove
á su esposa y hermana así decia.
"Ya hiciste al fin que á los combates vuelva
» el valeroso Aquíles. Tú la madre
» fuiste sin duda de los Griegos todos."
Y Juno respondió "¿Qué has proferido,
» hijo terrible de Saturno? Un hombre
» de otro hombre encuentra medios de vengarse
» aunque mortal nació, ni ciencia tiene
» tanta como los Dioses. Yo, que Reina
» soy de las Diosas todas por mi orígen,
» y porque siendo tú de las Deidades
» el Soberano soy esposa tuya;
» estando de los Teucros agraviada
» ¿castigar no podré sus demasías?
Miéntras hablaban Júpiter y Juno,
del ínclito Vulcano se acercaba
al palacio ya Tétis, que de bronce
de eterna duracion fuera labrado
y cual astro brillaba, y entre todos
los de los Dioses por su gran belleza
mucho sobresalia y le labrara
él por su mano. De sudor cubierto
hallóle Tétis, y agitado en torno
corriendo de los fuelles; porque entónces
trípodes veinte á un tiempo fabricaba,
que á la pared á veces arrimados
del magnífico alcázar por sí mismos
en el régio salon entrar pudiesen
en que se juntan los eternos Dioses
y volver otra vez adonde estaban:

658 admirable prodigio! Les pusiera
con este fin debajo de su fondo
ruedas de oro macizo, y los tenia
ya muy adelantados. Solamente
las asas no añadiera; pero entónces
las preparaba, y en el duro yunque
machacaba los clavos que debian
afirmarlas. En tanto que afanoso
él trabajaba con destreza suma;
llegó Tétis y vióla desde léjos
la hermosa Cáris, que las rubias trenzas
con la corona entónces sujetaba
y era esposa del ínclito Vulcano.
Y adelantada á recibir á Tétis;
de la mano la asió, y así la dijo.
"¿Por qué augusta deidad, Tétis hermosa,
» y á nosotros tan cara, á este palacio
» vienes ahora cuando no solias
» ántes venir? Pero adelante pasa,
» para que yo te ofrezca el agasajo
» que á tan ilustre huéspeda es debido."
Así Cáris habló, y á Tétis luego
por la mano condujo del alcázar
á lo mas interior; y en alta silla
que en variada labor con clavos de oro
estaba guarnecida, muy hermosa
y sobre una tarima colocada
en que el pié delicado descansase,
la hizo sentar; y al ínclito Vulcano
llamó despues, diciéndole. "A esta sala,
» esposo, ven ahora; porque Tétis
» desea hablarte." Respondió el esposo.
"De mi cariño digna y mi respeto

» es la Diosa que dentro los umbrales 691
» está de nuestro alcázar. Ya la vida
» me salvó en otro tiempo cuando triste
» y del cielo arrojado yo llegara
» al confin de la tierra, por capricho
» de una madre cruel y vanidosa
» que viéndome de piés estropeado
» ocultarme queria. Y mi desgracia
» fuera mayor si Tétis en el seno
» de la mar no me hubiese recibido
» de Eurínome ayudada, la graciosa
» hija del oceano. Yo con ellas
» nueve años habité, y alhajas muchas
» primorosas las hice (brazaletes,
» y broches y sortijas, y collares)
» en la profunda cueva qne cercaban
» las murmurantes espumosas ondas
» del inmenso oceano. Y no sabia
» ninguno de los Dioses, ni mortales,
» que yo estuviese allí; pues solo Tétis
» y Eurínome, las que ántes me salvaran,
» á mi lado asistian. Y pues vino
» hoy Tétis á mi alcázar, será justo
» que agradecido yo la pague ahora
» aquel gran beneficio. Mas en tanto
» que voy á recojer las herramientas
» del oficio, y los fuelles; tú prepara,
» o Cáris, el espléndido convite
» que á tan ilustre huéspeda es debido."
Dijo el tiznado gigantesco Númen:
y alzándose del trono en que sentado
junto al yunque estuviera, cojeaba
y con mucho trabajo se movian

724 sus mal formados piés. Quitó del fuego
el fuelle: y recogiendo la herramienta
conque entónces estaba trabajando,
en un arcon magnífico de plata
la encerró toda; y del tiznado rostro
y ambas las manos, y el fornido cuello,
y el muy velludo pecho, con esponja
lavó el sudor y el humo: y ya vestida
la túnica y el cetro poderoso
empuñando, salió donde esperaban
Tétis y Cáris. Cojeando vino;
pero sus tardos pasos dirigian
dos estatuas que él mismo fabricara
de oro macizo, y semejantes eran
á las jóvenes vivas. En su mente
inteligencia habia, y con la boca
hablaban, y del pecho respiraban
vital aliento, y de los mismos Dioses
las labores de manos aprendieran;
y entónces por el brazo sostenido
á su Señor tenian, que despacio
aun así caminaba. Y cuando vuelto
hubo al régio salon, cerca de Tétis
en áureo trono se asentó: y asida
la mano de la Diosa, así la dijo.

"¿Por qué, augusta deidad, hermosa Tétis,
»y á nosotros tan cara, á este palacio
»vienes ahora cuando no solias
»ántes venir? A complacerte pronta
»está mi voluntad, si lo que pides
»lícito fuere y mi poder alcanza."

Respondió Tétis, lágrimas vertiendo.
"Vulcano! ¿piensas que de cuantas Diosas

» habitan el Olimpo haya ninguna 757
» que agudos pasadores en su pecho
» tantos haya sentido, como Jove
» á mí sola en su cólera ha lanzado?
» De las Diosas marinas á mí sola
» obligó á que tomase por esposo
» á un mortal, á Peleo: y las caricias
» amorosas de un hombre, mal mi grado,
» hube de tolerar; y ya rendido
» á la triste vejez, dentro su alcázar
» yace postrado. A tan amargas cuitas
» otras se juntan nuevas. El Saturnio
» me otorgó que engendrase y que criara
» un hijo, el mas famoso entre los héroes:
» y creció al tierno olivo semejante,
» y de su infancia y juventud yo misma
» solícita cuidé como de nueva
» planta se cuida que en feraz terreno
» nace y se cria. Y cuando ya llegara
» á la edad varonil, con sus navíos
» á Ilïon le envié porque valiente
» con los Teucros lidiase; pero, ay triste!
» que ya mas á la casa de Peleo
» no volverá, ni en cariñoso abrazo
» yo le recibiré. Vive él ahora
» y ve la luz del sol, pero afligido
» está: y aunque yo vaya á consolarle,
» útil no puedo serle. Una cautiva
» que en premio del valor le destinaran
» los hijos de la Grecia de las manos
» le arrancó injusto Agamenon de Atreo
» y en profunda tristeza él devoraba
» su propio corazon. A los Aquivos

» despues en sus bajeles encerraron
» los Teucros, ni salir les permitian:
» y de Aquíles los Próceres de Grecia
» el favor imploraron y preciosos
» dones le prometian, é inflexible
» él se negó á librarlos. Solamente
» permitió que Patroclo su armadura
» tomase, y con escuadra numerosa
» le envió á combatir; y todo el dia
» en torno á la muralla peleando
» y las puertas Esceas estuvieron
» los Dánaos. Y aquel dia destruido
» hubieran la ciudad si airado Apolo
» al hijo valeroso de Menetio,
» despues que estrago mucho en los Troyanos
» hiciera, por sí mismo no matara
» en la primera fila y la victoria
» á Héctor no hubiese dado. Este el motivo
» es de que ahora á suplicarte venga
» humilde yo que al hijo, cuya vida
» tan corta debe ser, un fuerte escudo
» labres, y un morrïon con su penacho,
» y unas hermosas grevas que los broches
» al tobillo aseguren, y una cota:
» que las armas de Aquíles el amigo
» perdió tambien, cuando la dulce vida
» le quitaron los Teucros; y entregado
» á su dolor inmenso, el héroe yace
» fuera del pabellon sobre la arena."
Y así Vulcano respondió á la Diosa.
"Ten buen ánimo, Tétis, ni afligida
» por las armas estés. Así pudiera
» á la muerte ocultarle dolorosa

»tan fácilmente yo cuando la Parca 823
»inexorable del vital aliento
»le prive, como ahora la armadura
»mas bella le daré que admiren todos
»cuantos hombres la vean" Así dijo:
y dejando allí á Tétis, á la fragua
y á los fuelles marchó. Y hácia los hornos
volviéndolos, mandó que trabajasen:
y obedientes los fuelles en los hornos,
que en todos eran veinte, de contino
soplaban arrojando por la boca
toda clase de viento: que su soplo
rápido á veces era, cual le pide
el que apriesa trabaja; y otras veces
lento, como Vulcano le queria
para acabar las armas. En crisoles
echó, para que al fuego se ablandasen,
duro cobre, y estaño, y oro puro,
y plata; y en el tronco puso luego
el firme y grande yunque. Y en la diestra
el pesado martillo, y las tenazas
en la izquierda tomando; lo primero
hizo el escudo ponderoso y grande
de variada labor, y orlado en torno
con triplicado cerco reluciente
de metal derretido; y la correa,
de plata entretejida, en la mas alta
parte colgó. Las planchas que el escudo
formaban eran cinco; y con destreza
suma esculpió lindísimas figuras
sobre la faz de la primera plancha.

Allí grabó la tierra, el mar, el cielo,
el incansable sol, la luna llena:

856 y allí entalló tambien los astros todos
que coronan el cielo; las Pleyadas,
las Híadas, el fuerte y aguerrido,
miéntras vivió, Orïon; la Osa, ó el Carro
(porque tambien así llamarla suelen)
que siempre gira en derredor del polo,
y á Orion mira de frente, y es la sola
constelacion que en la corriente clara
nunca á bañarse llega de oceano.

Grabó despues en el redondo escudo
dos hermosas ciudades, y pobladas.
En una estaban celebrando bodas,
y espléndidos convites se veian:
y las novias, del tálamo saliendo,
con hachas encendidas por las calles
del pueblo eran llevadas, y se oia
el repetido canto de himeneo.
Y cuadrillas de jóvenes danzaban
á la redonda, y en agudas voces
sus cadenciosos pasos dirigian
las cítaras y flautas; y á su puerta
parada cada cual, muchas matronas
complacidas el baile presenciaban.
Los hombres en el foro reunidos
estaban; porque habia una disputa
entre dos que tenaces contendian
sobre la multa que pagar debiera
el uno de ellos por haber matado
á un pariente del otro. Aquel decia
que ya todo pagara, y ante el pueblo
lo declaraba así; pero el segundo
negaba que él hubiese recibido
ni aun una parte. Pretendian ambos

que oidos los testigos la querella 889
se decidiese en su favor: y el pueblo
en bandos dividido, apadrinaban
los unos al primero y los restantes
al segundo, y ardientes aplaudian
en alternada vez al que postrero
hablara; y los heraldos á la gente
imponian silencio. Los ancianos
que sentenciar debian, en labradas
piedras sentados y de gran gentío
rodeados, tenian en la diestra
un cetro igual al que de insignia sirve
al heraldo canoro que los aires
atruena con sus voces sonorosas:
y en ellos apoyados, por su turno
se levantaban y el ruidoso pleito
decidian. Y allí depositados
en medio se pusieran de los jueces
dos talentos en oro, que debia
en premio recibir el que entre todas
la mas justa sentencia hubiese dado.

Cubiertas de brillantes armaduras,
dos escuadras de fuertes campeones
la otra ciudad sitiaban: y querian
arruinarla los unos, y los otros
que entre las dos escuadras se partieran
en porciones iguales divididos
los bienes y tesoros que en sus muros
la ciudad contenia. Los sitiados
no á rendirse dispuestos se mostraban,
y cautos en secreto disponian
salir á una emboscada: y miéntras ellos
se armaban; las mugeres, los rapaces,

922 y los ancianos, sobre el alto muro
á guardarle subieran. Los armados
ya salieron en fin, y los guiaban
Pálas y Marte. Sus estatuas eran
de oro macizo, y áurea vestidura
ambos tenian y brillantes armas;
y gallardos tambien como los Dioses
y corpulentos eran, y excedian
á todos en altura; que mas bajos
eran mucho los hombres. Ya llegadas
las escuadras al rio y al parage
que para la celada señalado
estaba, y era el sitio en que solia
el ganado beber del enemigo,
dentro la selva umbría se ocultaron
todos cubiertos de lucientes armas;
pero á distancia mucha ántes pusieron
dos atalayas que observar pudiesen
cuándo del enemigo las ovejas
y los bueyes al rio se acercaban.
Y no mucho tardaron; y venian
con ellos dos pastores divertidos
en tocar la zampoña, la asechanza
sin sospechar. Los vieran desde léjos
los atalayas; y el aviso dando
á los suyos, corrieron presurosos
todos á los ganados y por presa
se llevaron los bueyes y el rebaño
de lanudas ovejas, y la muerte
dieron á los pastores. Cuando oyeron
la algazara y confusa vocería
que en torno de los bueyes resonaba
los sitiadores, que hasta allí en arengas

el tiempo consumian en la junta;
en sus carros subieron que arrastraban
en airoso galope los caballos
y fueron á buscar al enemigo,
y pronto le alcanzaron. A la márgen
alto hicieron del rio y la batalla
animosos trabaron, y se herian
los unos á los otros. La Discordia
y el bélico tumulto allí entallados
se vian, y la Parca inexorable
que á un guerrero tenia de la mano
con vida aun pero recien herido,
y á otro dejaba ileso; y con la diestra
de los piés arrastraba algun cadáver,
y el ropage que en torno la cubria
manchado estaba con su sangre todo:
y combatian los demas guerreros
y se mataban cual si fueran vivos,
y ambas haces sus muertos arrastraban.
Grabó despues en anchurosa vega
blando noval y de feraz terreno,
que por tercera vez con el arado
rompian multitud de labradores:
y cada cual llevaba al yugo uncidas
un par de mulas; y en profundos surcos,
unos por una parte otros por otra,
el terreno movian. Y al extremo
del campo todo cuando ya llegaban,
un hombre que al encuentro les salia
profundas tazas de oloroso vino
les ponia en las manos: y en bebiendo,
otros surcos á abrir atras volvian
en impaciencia deseando todos

988 del profundo noval á la otra punta
prontamente llegar. Y negreaba
el terreno que atras iban dejando
cual si la reja en realidad hubiese
la tierra roto, siendo de oro puro
toda aquella campiña: tal prodigio
á la vista ofreciera allí Vulcano.
Grabó tambien un campo ya cubierto
de espesa miés: y en él los segadores
con hoces cortadoras que tenian
en las manos segaban afanosos,
y las rubias espigas en la tierra
unas estaban sin cesar cayendo,
y otras en haces con flexible junco
ataban tres mancebos; y á su espalda
unos rapaces, que al caer la espiga
la alzaban de la tierra y á brazados
á los tres atadores la llevaban
para formar el haz, nuevas espigas
les alargaban sin cesar. En medio
de ellos el Rey, el corazon alegre,
con el cetro en la mano y silencioso
de pié estaba en un surco; y á otra parte
bajo las ramas de frondosa encina
los heraldos espléndido convite,
matado habiendo corpulenta vaca,
estaban preparando; y las mugeres
á los trabajadores la comida
aparejaban, en ingentes ollas
de blanca harina deliciosas puches
sin cesar revolviendo y sazonando.
Tambien de oro macizo, y muy hermosa,
una viña entalló de no pequeña

extension: y las cepas, oprimidas 1021
al peso de las uvas, por estacas
hechas de plata sostenidas eran;
y entre las verdes hojas los racimos
negrear se veian, y en contorno
cavado foso de negruzco acero
y un seto que de estaño fabricara
la entrada prohibian; y una sola
hizo y angosta calle que pudiese
á ella guiar, y parecia llena
de los acarreadores que volvian
á la aldea, la viña vendimiada.
Y mancebos gallardos y doncellas
en canastos de mimbre el dulce fruto
llevaban al lagar, y enmedio de ellos
un muchacho la cítara sonora
tañia blandamente, y al sonido
en baja y dulce voz iba entonando
de Lino la cancion, y la cuadrilla
ágil danzaba en pasos cadenciosos;
y en acordada voz cantando leda,
con ruidosa algazara le seguia.

Hizo despues vacada numerosa;
y eran de oro y estaño, así las vacas,
como los toros; y mugiendo alegres,
en confuso tropel desde el establo
salian á pacer la dulce yerba
en ancho valle que regaba un rio
rápido y caudaloso coronado
de espeso carrizal: y los guiaban
cuatro pastores de oro, á quien seguian
nueve robustos perros. Pronto salen
dos terribles leones á las reses:

1054 y de entre las primeras á un novillo
acometiendo, con la fuerte garra
le sujetan. Bramidos espantosos
da el herido animal; pero las fieras
le arrastran, y en mugidos lastimeros
él llama á los pastores. Estos vienen,
y los perros detras; pero entretanto
del toro corpulento los leones
desgarrando la piel, su roja sangre
beben y sus entrañas despedazan.
Y en vano los pastores los persiguen,
azuzando á los perros; que cobardes
estos vuelven la espalda y se retiran
sin morder á las fieras, y parados
ladran de cerca; pero evitan siempre
de los leones la terrible garra.
    Hizo tambien el ínclito Vulcano
en un ameno valle una pradera
en que rebaños pacen numerosos
de cándidas ovejas, y á lo léjos
los establos se ven y las tinadas,
y las chozas tambien de los pastores.
    Una danza despues allí Vulcano
entalló artificiosa, y semejante
á la que en otro tiempo en la ancha Creta
Dédalo imaginó para la rubia
Arïadne. Y allí danzar se vian,
unos y otros asidos de las manos,
tiernas doncellas y ágiles mancebos.
Con ropage de lino ellas vestidas,
y de hermosas guirnaldas coronadas,
iban; y ellos tenian herreruelos
de finísima lana con suave

aceite perfumados, y del hombro 1087
en tirantes de plata suspendidos
cortos estoques de oro. Y unas veces
á la redonda en anchuroso cerco
danzaban todos con ligera planta
en fácil giro y en acordes pasos,
así imitando la voluble rueda
que el alfarero con la mano agita
para que ruede en torno; y otras veces
en parejas bailaban divididos.
Y mucha gente la graciosa danza
mirando estaba, alegre y divertida:
y con raro primor dos saltarines,
despues de preludiar alegre canto,
en difíciles saltos y cabriolas
su agilidad y su saber mostraban.
Y al extremo tambien del grande escudo
del rio de oceano caudaloso
figurando la rápida corriente,
en derredor le circundó con ella.
Luego que el ancho y ponderoso escudo
hubo ya concluido; la coraza
hizo, mas reluciente que del fuego
el resplandor que desde léjos brilla,
y el refornido yelmo que á las sienes
sentase bien, hermoso, y nïelado
en variada labor; y en la cimera
el penacho afirmó, que de oro fino
era formado y trémulo ondeaba;
y las grevas, por fin, hizo de estaño
que dócil al tobillo se ajustase.
Y cuando ya completa la armadura
Vulcano tuvo, la tomó en las manos;

y á la gallarda Tétis en las suyas
se la puso. Y la Diosa en raudo vuelo
cual ligero alcotan desde el Olimpo
saltó á la tierra, las brillantes armas
para llevar á Aquíles que Vulcano
á ruego suyo fabricado habia.

LIBRO DÉCIMONONO.

Con su manto de púrpura cubierta
ya la Aurora dejaba las corrientes
del oceano, á los eternos Dioses
para llevar la luz y á los mortales;
cuando Tétis, trayendo la armadura
que Vulcano la diera, á los bajeles
llegó de los Aqueos. Reclinado
sobre el yerto cadáver del amigo
y lágrimas vertiendo acompañadas
con gritos de dolor, al hijo suyo
halló; y en torno de él la numerosa
turba de los Mirmídones lloraba
al amable Patroclo. En medio de ellos
se presentó la Diosa: y por la diestra
asiendo al héroe, le llamó y le dijo.
"Por mas que tristes y afligidos ambos
» estemos, hijo mio, por la muerte
» de tu escudero; ahora su cadáver
» aquí yacer dejemos, pues vencido
» fué el infeliz porque los altos Dioses
» así lo decretaran. Tú recibe
» esta rica armadura, por el mismo
» Vulcano fabricada; y tan hermosa
» no la llevó jamas sobre los hombros
» héroe ninguno de la edad pasada."
Así dijo la Diosa y la armadura,
de Aquíles á los piés, soltó en la arena;
y en espantoso ruido resonaron
las armas al caer. A tal estruendo
los Mirmídones todos confundidos

31 y atónitos quedaron; y ninguno
á mirarlas de frente se atrevia,
y la espalda volvieron. Cuando el héroe
vió las armas en cólera terrible
mas se inflamó, y sus ojos como fuego
debajo de los párpados brillaban
en hórrido fulgor; pero en sus manos
al tomar la armadura, complacido
la contemplaba. Y cuando ya el deseo
hubo saciado de admirarla, triste
dijo á su madre en doloridas voces.
"Madre! las nuevas armas que me envía
»el Dios son tan hermosas como deben
»las obras ser que fabricó la mano
»de los eternos Dioses, y ninguno
»de los hombres mortales las hiciera.
»Con ellas me armaré; pero en el alma
»grande tengo temor de que este dia,
»miéntras yo esté lidiando, en el cadáver
»del hijo de Menetio las ligeras
»moscas penetren por las anchas bocas
»que en él abrieron enemigas lanzas
»y gusanos engendren, y su cuerpo
»ya del alma privado desfiguren;
»y que toda la carne se corrompa."
Tétis le respondió. "No ese cuidado
»te atormente, hijo mio! Del cadáver
»yo misma alejaré los importunos
»enjambres de las moscas, que ostinadas
»en la carne se ceban de los hombres
»que de heridas fallecen en las lides.
»Y aunque un año cumplido aquí estuviese
»insepulto, su carne la frescura

»conservaria que viviendo tuvo, 64
»y si cabe mayor. Así, á los Griegos
»tú á la junta convoca: y renunciando
»á la venganza ya que del Atrida
»hasta ahora tomaste, sal armado
»á campaña y el ánimo te viste
»de intrepidez y fortaleza." Tétis
así decia: é inspirando al hijo
ardimiento y valor, en el cadáver
de celeste ambrosía algunas gotas
por las narices infundió y de néctar,
para que la frescura conservase.
Por la orilla del mar despues Aquíles
dando espantosas voces caminaba,
á los héroes aquivos á la junta
él mismo convocando. Y aun aquellos
que solian quedarse en los navíos
y hasta los timoneros, que encargados
de dirigir las naves por las aguas
en la navegacion tambien ahora
eran los dispenseros y cuidaban
de repartir los víveres á todos,
entónces á la junta concurrieron;
porque de nuevo Aquíles se mostraba,
despues de haber estado de las lides
mucho tiempo alejado. Los primeros
llegaron á la junta Dïomédes
y Ulíses en sus lanzas apoyados;
y los dos cojeaban porque mucho
sentian el dolor de las heridas
que en la lid recibieran, y delante
de todos se asentaron. El potente
Agamenon, caudillo de las tropas,

97 el último llegó, tambien herido
por el herrado hastil que le arrojara
el hijo de Antenor. Cuando estuvieron
ya reunidas las escuadras todas;
enmedio de ellas el valiente Aquíles
alzóse, y dijo en sonorosas voces.

"O hijo de Atreo! ¡Cuánto hubiera sido
»mas útil á los dos que nuestras almas
»así hubiesen estado tan unidas
»cuando ciegos de cólera, y en duras
»palabras contendiendo, rencorosos
»enemistad por siempre nos juramos
»solo por una esclava! Mas valiera
»que Dïana en la nave con sus tiros
»la hubiese dado muerte, en aquel dia
»en que habiendo á Lirneso saqueado
»la cautivé. No entónces moribundos
»mordido hubieran la anchurosa tierra
»tantos aquivos, como ya murieron
»del enemigo á manos en los dias
»que duró mi rencor. A los de Troya,
»y á Héctor, útil ha sido de nosotros
»la contienda fatal; pero los Griegos
»de ella se acordarán. Los dos ahora,
»por mas que doloroso el sacrificio
»pueda ser, olvidemos lo pasado:
»y á la necesidad cediendo triste,
»dentro del alma el natural fogoso
»reprimir procuremos. Desde ahora
»yo depongo la cólera, ni es justo
»que eternamente la pasada injuria
»tenga en memoria. A pelear valientes
»tú anima á los Aqueos; y veamos

»si combatiendo yo los enemigos
»quieren pasar las noches á la vista
»de nuestras naos. El que huir lograre
»de mi lanza en la lid ¡con cuánto gozo
»descansará despues!" Así decia;
y todos los Aqueos se alegraban
al ver que del agravio recibido
ya se olvidara el valeroso Aquíles.
Y Agamenon desde su propia silla,
sin levantarse ni salir al medio,
dijo á la multitud de los Aquivos.
"Ministros de Mavorte, heróicos Dánaos,
»dulces amigos! Pues arengo ahora
»desde la silla, convendrá que atentos
»mi discurso escucheis. Ni decoroso
»interrumpirme fuera; que difícil,
»aun al varon mas sabio y entendido,
»seria perorar si á cada paso
»otro le interrumpiese. ¿Y cómo nadie,
»enmedio del tumulto estrepitoso
»de tanta gente, aun escuchar pudiera,
»mucho ménos hablar? Aun el que fuese
»elocuente orador, se turbaria.
»Yo hablaré con el hijo de Peleo;
»pero vosotros, los demas Argivos,
»atentos escuchad y lo que diga
»grabad en la memoria. Muchas veces
»me han dicho los aqueos que la causa
»era yo de sus males, y en las juntas
»insultarme solian; y el culpado
»no soy yo. Lo son Jove y el Destino,
»y la Furia que vaga en las tinieblas;
»los cuales en mi pecho introdujeron

163 »la triste Diosa que al error preside,
»y á quien *Ate* llamar los hombres suelen,
»en el aciago dia en que su esclava
»á Aquíles yo quité. Mas ¿qué podia
»yo, mísero mortal, hacer entónces?
»Dios es quien todo lo dispone y hace.
»Ate es hija de Jove poderosa,
»y á los mortales todos inclemente
»persigue y hace males. Delicados
»son sus piés, y en el suelo no los pone;
»que siempre por encima las cabezas
»anda de los mortales, y á los pueblos
»inexorable daña. Y cuando riñen
»dos personas, con grillos poderosos
»de gran calamidad las manos ata
»á la una de las dos si acaso deja
»á la otra libre. Y aun al mismo Jove,
»á quien la voz del universo aclama
»por el mas poderoso de los Dioses
»y los humanos, dolorosa cuita
»Ate causó otro tiempo; cuando Juno,
»hembra siendo y menor su poderío,
»logró engañarle artificiosa el dia
»en que debia Alcmena al valeroso
»Hércules dar á luz dentro los muros
»de Tébas, y orgulloso el padre Jove
»así dijo á los otros inmortales.
»*Dioses y Diosas! escuchadme todos,*
»*y un secreto sabreis que el alma ahora*
»*dentro del pecho revelar me manda.*
»*Ilitia, que del parto los dolores*
»*aumenta ó disminuye, en este dia*
»*sacará á luz un niño que de todas*

»*las naciones cercanas poderoso* 196
»*Rey ha de ser, y de mi sangre misma*
»*es engendrado.*" Respondióle Juno
»con dolosa intencion. *¿Y será falso*
»*lo que tu labio ha dicho, ó la palabra*
»*que has dado cumplirás? Si es como dices;*
»*júrame ahora tú, que omnipotente*
»*en el Olimpo reinas, con sagrado*
»*y firme juramento, que de todas*
»*las naciones cercanas poderoso*
»*Rey ha de ser aquel que en este dia*
»*de una muger entre los piés cayere,*
»*y de los hombres sea que engendrados*
»*son de tu sangre.*" Juno así decia:
»y Jove, que no el dolo sospechaba,
»hizo el solemne y firme juramento
»que á su amor paternal tantos pesares
»ocasionar debia. Porque Juno
»desde las altas cumbres del Olimpo
»presurosa bajó, y en un instante
»á Árgos llegó de Acaya y al palacio
»en que habitaba la gentil esposa
»de Estenelo, nacido de Perseo.
»Y como estaba en cinta, y aun entrada
»en el octavo mes; á luz un hijo
»hizo que diese, y por algunas horas
»de Alcmena el parto retardó teniendo
»sujetas entretanto á las Ilitias:
»y al Olimpo volvió, y al padre Jove
»dió la noticia y dijo. "*O tú, que el rayo*
»*envías á la tierra! Sabe ahora*
»*que un mortal ha nacido valeroso*
»*que en Árgos reinará; y es Euristeo,*

229 »*de Esténelo nacido. Y pues el padre*
»*de Esténelo es Perseo, y engendrado*
»*este fué de tu sangre; no es injusto*
»*que aquel en Árgos reine.* Así decia
»Juno, y el alma del Saturnio Jove
»dolor agudo hirió. Y de la cabeza
»de nítidos cabellos coronada
»á Ate cogiendo, y en su mente airado;
»pronunció el juramento irrevocable
»de que jamas al estrellado cielo
»ni al Olimpo la Diosa volveria
»que á todos hace tan terribles daños.
»Y hecho ya el juramento y con la diestra
»agitándola en torno, para siempre
»del cielo la arrojó; y en un instante
»cayó en la dura tierra que la mano
»fertiliza del hombre, y por su causa
»Jove mucho gemia cuando al hijo
»en trabajos penosos fatigarse
»veia por mandato de Euristeo.
»Así yo, cuando al pié de los bajeles
»Héctor á los Aquivos destruia,
»nunca pude olvidarme de la Diosa
»que á cometer tal hierro me obligara.
»Mas pues le cometí, y airado Jove
»la razon me quitó; la ofensa quiero
»ahora reparar, y dones muchos
»á Aquíles ofrecer en desagravio.—
»Marcha pues al combate, y á los otros
»anima con tu voz; que yo á la vuelta
»los dones te daré que te ofrecia
»ayer Ulíses cuando fué enviado
»á tu tienda. Ó si quieres recibirlos

» breve espera un momento, aunque impaciente 262
» por batallar estés; y los heraldos
» aquí los traerán, para que veas
» si de aplacar la cólera en tu pecho
» capaces son los que te ofrezco ahora."
Y Aquíles respondió. "Glorioso Atrida
» Agamenon, caudillo de los Griegos!
» ó ya quieras los dones ofrecerme
» porque justo lo creas, ó guardarlos;
» luego podrás hacer lo que te sea
» mas grato al corazon. En este dia
» solo pensemos en salir armados
» al hórrido combate. No conviene
» que en discursos el tiempo se consuma,
» y la lid se retarde: todavía
» está sin acabar la grande empresa
» á que venidos somos. Y ya es tiempo
» de que vean á Aquíles los Troyanos
» en las primeras filas con su lanza,
» de bronce guarnecida, las falanges
» troyanas destrozar. Y con mi ejemplo
» animados vosotros, del antiguo
» valor os acordad en la pelea."
Y dijo el sabio Ulíses. "No en ayunas,
» o Aquíles á los Dioses parecido,
» porque eres tan valiente, á los Aqueos
» quieras llevar á combatir ahora
» delante de Ilïon con los Troyanos;
» que no breves instantes la batalla
» ha de durar, cuando á lidiar empiecen
» una vez las escuadras y en el pecho
» Jove infunda valor á los Aquivos
» y á los Troyanos. A las tropas manda

» que las fuerzas reparen en las naos
» con manjares y vino. La comida
» es la que da valor y fortaleza.
» Que si desfallecido el combatiente
» está de no comer, no será fácil
» que con el enemigo todo el dia
» hasta que baje el sol al oceano
» animoso combata. Aunque valiente
» él quiera pelear; sus miembros todos
» poco á poco se van debilitando,
» siente el hambre y la sed y las rodillas
» no pueden sostenerle. Mas el hombre
» que saciado de vino y de comida
» en la batalla entrare, aunque esta dure
» un dia entero, con pujanza y brio
» está siempre lidiando; ni fatiga
» en sus miembros advierte hasta que todos
» de la lid se retiran. Así, ahora
» á las tropas despide y que preparen
» el desayuno manda. Los regalos
» que debe hacerte el adalid supremo
» Agamenon, en medio de la junta
» él los mande traer; para que todos
» con sus ojos los vean, y en el alma
» te regocijes tú. Tambien te jure
» con lengua no falaz, de los Argivos
» en presencia y de pié, que de la esclava
» nunca al lecho subió, ni en amoroso
» lazo se unió con ella, cual permite
» antigua ley en las naciones todas
» entre hombres y mugeres admitida.
» Tú, o Príncipe, tambien dentro del alma
» todo rencor olvida; y en su tienda

» te ofrezca el Rey espléndido convite 328
» de reconciliacion en testimonio,
» para que nada á los honores falte
» que debidos te son. Desde este dia,
» o hijo de Atreo, tú tambien procura
» ser mas justo con todos; ni ya creas
» que puede ser á un Rey indecoroso
» al varon aplacar á quien primero
» él hubiese injuriado." Así le dijo:
y placentero respondió el Atrida.
"Ulíses! mucho el corazon se alegra
» al escuchar lo que dijiste ahora,
» porque en todo has hablado cual prudente
» y entendido varon. Jurar yo quiero
» lo que deseas; ni repugna el alma
» tal juramento hacer, ni cuando invoque
» de la divinidad el nombre santo
» perjurará mi lengua. Espere Aquíles
» aquí, por mas que en impaciente anhelo
» volver quiera á la lid: y reunidos
» todos permaneced hasta que vengan
» de mi tienda los dones y yo jure,
» un sacrificio haciendo que confirme
» lo que pronuncie el labio. Escoge ahora
» entre todos los jóvenes aqueos
» tú los mas distinguidos, y á mi tienda
» con ellos te encamina; y de allí tomen
» los regalos que hacer yo prometia
» ayer á Aquíles, y tambien conduzcan
» del brazo á las esclavas. Y Taltibio,
» por la anchurosa hueste de los Griegos
» atravesando, un jabalí me traiga
» para ofrecerle en sacrificio á Jove

361 »y al Sol." Aquíles respondió al Atrida.
"Dejad para otro tiempo esos cuidados;
»para cuando se pueda la batalla
»suspender, y mi pecho no se sienta
»en bélico furor tan encendido.
»Yacen hoy insepultos los aqueos
»que Héctor mató miéntras le dió la gloria
»del vencimiento Jove ¿y á los vivos
»vosotros á tomar el desayuno
»aguijais? Yo, por mí, les mandaria
»que sin gustar el vino y los manjares
»marcharan á la lid, y que á la noche
»dispusieran espléndidos banquetes
»cuando la ofensa hubiéremos vengado.
»Hasta entónces, al ménos por mi boca,
»no entrará ni alimento ni bebida;
»porque yace en la tienda mi escudero,
»de aguda lanza el corazon pasado,
»en lecho funeral hácia la puerta
»vueltos los piés; y en derredor le lloran
»mis escuadras. Por eso no me curo
»de regalos ahora, ni convites;
»solo me es grata la matanza y sangre,
»y el triste lamentar de los que mueren."
"O Aquíles de Peleo (dijo Ulíses)
»o el mas fuerte de todos los Aquivos!
»No poco tú en valor y en la destreza
»de manejar la pica me aventajas,
»pero en sabiduría acaso mucho
»yo á tí soy superior; porque he nacido
»ántes que tú, y en experiencia larga
»mas he visto tambien. Por eso ahora
»quisiera que cediese á mis razones

» tu fogosa impaciencia. Los guerreros 394
» de combatir se cansan prontamente
» si ha derribado la segur por tierra
» ya mucha paja y la cosecha es poca,
» luego que al otro lado la balanza
» Jove inclinó; que el árbitro supremo
» él es de la victoria. Con el vientre
» no es justo que los hijos de la Grecia
» lloren al que murió. Todos los dias
» muchos y valerosos adalides
» caen: y si llorarlos se debiera
» uno por uno á todos ¿cuándo el hombre
» el llanto acabaria? Al que muriere
» es justo luego sepultar y mucho
» su pérdida sentir, y un solo dia
» llorar sobre su tumba. Los que vivos
» salieron de la lid en el sustento
» y en la bebida piensen, porque puedan
» con mas vigor en el marcial combate
» pelear animosos revestidos
» del indomable hierro. Así, ninguno
» quede en el campo ocioso, ni ya espere
» que con nuevos discursos á las tropas
» á pelear animen los caudillos;
» que en daño suyo esperará la arenga
» el que en las naves quede. Todos juntos
» marchemos á la lid, y al enemigo
» en terrible batalla destruyamos."
Así dijo: y mandó que le siguieran
los fuertes hijos del ilustre Néstor,
y Méges, y Toante, y Meriónes,
y el hijo de Creonte Licomédes,
y Melanipo; y á la tienda todos

427 marcharon del Atrida. Y no mas pronto
hablaron ellos, que acabada estuvo
la entrega de los dones. De las naves
siete trípodes, pues, cuales habia
á Aquíles ofrecido, relucientes
veinte calderas y caballos doce,
escogieron: y asidas por el brazo,
fuera del pabellon sacaron luego
siete hermosas esclavas instruidas
en labores de manos, y con ellas
iba tambien Briseida y á las otras
en hermosura aventajaba mucho.
Los diez talentos de oro, que pesara
ántes él por su mano, en anchurosa
urna llevaba Ulíses; y el primero
iba, y los otros jóvenes aquivos
con los demas presentes le seguian.
Y al parage venidos en que estaban
los Griegos asentados, de la hueste
en medio los pusieron y el Atrida
Agamenon se alzó: y á su derecha
colocado Taltibio, que á los Dioses
en la voz igualaba sonorosa,
el jabalí con la robusta mano
tuvo sujeto. Desnudó el Atrida
el cuchillo de monte que pendiente
tenia al lado de la grande espada:
y al jabalí cortando por primicias
algunas cerdas; al eterno Jove,
con las manos alzadas al Olimpo,
rogaba humilde. Los Aquivos todos,
en sus sillas sentados y en silencio,
con piadosa atencion y compostura

escuchaban al Rey miéntras que fijos
los ojos en el cielo esta plegaria
á los eternos Dioses dirigia.
"Testigos hoy me sean: el primero
» Júpiter, que de todas las deidades
» es la mas grande, y poderosa, y fuerte;
» y la Tierra y el Sol, y las terribles
» Furias que en las regiones infernales
» á los hombres castigan que perjuros
» sobre la tierra fueron, de que nunca
» yo la mano he tocado de Briseida,
» ni he subido á su lecho ni he logrado
» de ella ningun favor, y de que ha sido
» de todos en mi tienda respetada.
» Y si perjuras mis palabras fueron;
» dénme los justos Dioses cuantos males
» suelen dar por castigo al que su nombre
» invocó sin verdad." Así decia,
y el cuello con la daga cortadora
dividió al jabalí. Tomó del suelo
la víctima Taltibio: y rodeando
el brazo, de la mar á la llanura
la arrojó para pasto de los peces.
Alzóse Aquiles, y al excelso Jove
dirigió en alta voz esta plegaria.
"Grandes y muchas desventuras sueles,
» padre Jove, enviar á los humanos:
» que si tú no lo hubieras permitido,
» nunca jamas en cólera mi pecho
» inflamara el Atrida; ni la jóven
» él hubiera sacado de mi tienda
» contra mi voluntad, de irresistible
» fuerza arrastrado. Sí: no lo dudemos,

493 »Jove ha querido que por tal querella
»muchos Griegos muriesen.—Id ahora
»á tomar alimento, y la batalla
»despues comenzarémos." El valiente
Aquíles dijo, disolvió la junta,
y volviéronse todos á las naves.
Y en tanto los Mirmídones tomaban
los magníficos dones: y al navío
llevándolos de Aquíles, en las tiendas
los pusieron; y dentro su morada
dejando á las cautivas, los donceles
los bridones llevaron á la vega
en que estaban los otros. Cuando muerto
y por aguda lanza atravesado
vió á Patroclo Briseida, á su cadáver
se arrojó: y en gemidos, afligida,
prorumpiendo y sollozos; con sus manos
el blanco pecho, el delicado cuello,
y el bellísimo rostro se afeaba.
Y de sus claros ojos derramando
lágrimas abundantes, y tan bella
en su dolor como las Diosas, dijo.
"Generoso Patroclo, amigo caro
»de esta infeliz muger! Cuando la tienda
»de Aquíles dejé yo, vivo quedaste:
»y cuando vuelvo ahora, o valeroso
»caudillo de la hueste, ya te encuentro
»sin vida; que en mí siempre nuevos males
»á los primeros siguen. De mi patria
»ante los muros, con agudo hierro
»pasado el corazon, sobre la arena
»ví espirar al esposo que mis padres
»me dieran: y tambien los tres hermanos

» carnales que conmigo se criaran, 526
» y yo mucho queria, de la muerte
» á la region bajaron tenebrosa.
» Y habiendo Aquíles por su propia mano
» muerto á mi dulce esposo, y destruido
» de Mínes la ciudad; no me dejabas
» tú llorar, y decias que del héroe
» en legítima union esposa tierna
» harias que yo fuese; y que en las naves
» á Phtia yo llevada, en su palacio
» el convite nupcial celebraria
» en medio los Mirmídones. Ay triste!
» ¿cómo, viendo ya muerto al que conmigo
» fué siempre tan humano, yo pudiera
» no deshacerme en llanto doloroso?"
Así dijo Briseida; y las esclavas
todas gemian lamentando tristes,
al parecer, la muerte de Patroclo,
pero en la realidad sus propios males.
Y en derredor de Aquíles los primeros
caudillos de la hueste se juntaron,
y con muchas instancias le pedian
que tomase alimento; mas el héroe
á tomarle ostinado se negaba,
y exhalando suspiros les decia.
"Si alguno aün de los amigos caros
» á mi voz obedece; yo á vosotros
» os pido que, importunos, de alimento
» no me hableis ni bebida. Atravesado
» de dolor está el pecho: y en ayunas
» he de permanecer hasta que oculte
» su luz el sol, y la marcial fatiga
» quiero así tolerar." Con estas voces

559 despidió á los demas: solo quedaron
los dos Atridas, el sagaz Ulíses,
Néstor, Idomeneo, y el prudente
Fénix. Y procuraban todos ellos
á Aquíles distraer de su profunda
y sombría tristeza; mas del héroe
nada alegrar el ánimo podia,
hasta dejar vengado al dulce amigo
en poderosa lid. Y al acordarse
de la fidelidad con que otro tiempo
oficioso Patroclo le sirviera,
en frecuentes suspiros anheloso
respiraba: y volviéndose al cadáver,
así decia en dolorosas voces.

"Infeliz, y de todos mis amigos
»el que yo mas amaba! En otro tiempo
»tú mismo, diligente y afanado,
»el desayuno aquí me preparabas
»en esta tienda, cuando ya los Griegos
»á las armas corrian presurosos
»para llevar asolacion y muerte
»á los Troyanos. Mas en ella yaces
»ahora tú, por enemiga lanza
»atravesado: y triste el alma mia
»por tu muerte, privado de alimento
»y de bebida estoy aunque manjares
»en abundancia tengo y dulce vino
»dentro la tienda. Recibir no puede
»el pecho mas dolor, aunque llegara
»á mis oidos la fatal noticia
»de haber muerto mi padre. Desdichado!
»tal vez ahora en Phtia numerosas
»lágrimas él derrama, al acordarse

» de un hijo que es su gloria; y en extraña 592
» region en tanto yo con los Troyanos,
» por esa odiosa Elena, combatiendo
» estoy. Ni mas el alma se afligiera
» si hubiese muerto el hijo de mi vida
» que en Esciro dejé para que fuese
» allí educado, ay triste! si á estas horas
» aura vital respira el parecido
» en belleza á los Dioses Neptolemo.
» Ántes el alma mia algunas veces,
» en feliz ilusion, se consolaba
» con pensar que distante de la Grecia
» en los campos de Troya moriria
» yo solo; y que en las naves á Tesalia
» volviendo tú, y de Esciro al hijo mio
» sacando y á la Grecia en tus bajeles
» llevándole despues, le mostrarias
» mis grandes posesiones, mis esclavos,
» y mi elevado alcázar; porque ahora
» ya habrá muerto Peleo. O si de vida
» corto plazo le queda; consumido
» por la fria vejez en dolorosa
» estará agitacion, siempre esperando
» de mi muerte escuchar la triste nueva."

Así dijo llorando; y suspiraban
los Príncipes tambien, al acordarse
cada cual de las prendas que dejado
dentro su casa habia. Y el Saturnio,
cuando los vió llorar compadecido,
dijo á Minerva en cariñoso acento.

"Hija mia! Del todo abandonaste
» al guerrero á quien ántes protegias,
» y tiernamente amabas. ¿No te curas

»de Aquíles ya? Pues mírale llorando,
»delante de su tienda, al escudero
»que tan caro le fué miéntras vivia.
»A tomar alimento los Aquivos
»todos marcharon; sin gustar manjares,
»ni beber, él quedó. Pero tú baja,
»y derrama en su pecho algunas gotas
»de néctar y ambrosía porque el hambre
»no se apodere de él." Con estas voces
Jove aguijó á Minerva, que del cielo
atravesando la region del éter
bajó á la tierra en vuelo vagaroso,
como el alcon que rápido volando
tiende al aire las alas anchurosas
y da agudos chillidos. Y llegada
al campo de los Dánaos, que al combate
se preparaban ya; dentro del pecho
de Aquíles derramó de dulce néctar
y celeste ambrosía algunas gotas,
para que el hambre acaso sus rodillas
no enflaqueciese; y al eterno alcázar
volvió del padre omnipotente, y fuera
de las naos salieron los Aquivos.

Cuan numerosos á la tierra envía
los copos de la nieve el padre Jove,
y helados vuelan al violento soplo
del Bóreas que las nubes desparrama
cuando constante reina, y restituye
á los cielos su luz: tan numerosos
los relucientes carros que á lo léjos
brillaban, y los cóncavos broqueles,
y las dobladas cueras, y las picas
de duro fresno, de las griegas naves

salir se vian, y hasta el ancho cielo 658
el resplandor llegaba. Y en contorno
la tierra toda ufana se reia
por el brillo del bronce iluminada,
y confuso ruïdo estrepitoso
se alzó bajo los pies de los guerreros;
y enmedio el campo el valeroso Aquíles
se estaba ya vistiendo la armadura.

Rechinaban sus dientes, y sus ojos
resplandecian cual brillante llama
de fuego abrasador, é intolerable
dolor sentia el corazon del héroe;
y airado con los Teucros, la armadura
que Vulcano le hiciera se vestia.
Puso primero las hermosas grevas
de las piernas en torno, y al tobillo
las ajustó con argentados broches:
ciñó el pecho despues con la coraza,
y colgó de los hombros la cortante
espada cuyo pomo enriquecian
clavos de plata y de luciente bronce
labrada fuera; y embrazó el escudo
sólido y anchuroso, y á lo léjos
llegaba el resplandor que despedia
al de la luna llena parecido.
Como los marineros, á quien llevan
á pesar suyo por los anchos mares
y alejan de su casa impetuosos
rápidos huracanes, á lo léjos
divisan desde el mar la luz que arroja
la dilatada selva que en la cumbre
del monte ardiendo está, y en solitario
sitio en que nadie de apagarla cuida:

691 así de léjos relucir de Aquíles
se veia el escudo niëlado
en vistosas labores, y llegaba
su resplandor al cielo. El refornido
casco tomó despues y á la cabeza
le acomodó, y cual astro radïante
el penacho brillaba; y en contorno
las áureas crines, que afirmó Vulcano
sobre la alta cimera del almete,
trémulas ondeaban. Probó Aquíles
primero si las armas eran todas
á su talle ajustadas, y moverse
podia en libertad: y cual si fueran
alas de pluma, el campeon corria.
Del estuche sacó la ponderosa
y larga y gruesa lanza que su padre
le diera y que ninguno de los Griegos
podia manejar, y solo Aquíles
usar de ella sabia. Automedonte
y Álcimo diligentes los caballos
al yugo uncieron los tirantes de oro
atando á las armellas, con el freno
su boca sujetaron, y las riendas
tendieron hácia atras. Y Automedonte,
el látigo tomando sonoroso
y ligero, del carro la alta silla
ocupó: y detras de él subiendo Aquíles
armado ya con sus lucientes armas,
brillaba como el sol cuando camina
por el mas alto punto de los cielos;
y en espantosa voz á los caballos
que de su padre fueran animaba.
"Janto y Balio (decia) ilustres hijos

»de la Harpía Podarga! Victorioso 724
»y sin herida á las aquivas naos
»conducid, acabada la batalla,
»al que monta hoy el carro; y no en la arena
»muerto allí le dejeis, como á Patroclo."

Oyó sus voces el ligero Janto
uncido como estaba, y la cabeza
inclinó á tierra: y las doradas crines,
en derredor del yugo derramadas,
hasta el suelo llegaron; y la Diosa
Juno le dió que articular pudiese
voces humanas, y á su dueño él dijo.

"Salvo de la batalla en este dia
»te sacarémos, valeroso Aquíles!
»pero á tí ya se acerca de la muerte
»el momento fatal, y no serémos
»nosotros los culpados; que la vida
»un Dios te quitará muy poderoso,
»y el hado inevitable. Ni por nuestra
»lentitud y pereza los Troyanos
»arrancaron las armas de los hombros
»á Patroclo. Valiente combatia
»él entre los primeros campeones;
»y el hijo de Latona, el iracundo
»Febo, la vida le quitó, y la gloria
»á Héctor dió de vencerle: que corrido
»hubiéramos nosotros tan veloces
»como el soplo del céfiro, que dicen
»ser de los vientos el que mas camina.
»Así tú destinado por la Parca
»estás á que te maten un guerrero
»y una Deidad." Apénas el caballo
habia proferido estas palabras,

las Furias infernales contuvieron
su voz: y airado Aquíles al oirle,
así le respondió. "¿Por qué la muerte
» me vaticinas, Janto? No debieras
» anunciármela tú. Sabido tengo
» que el Hado á perecer en esta playa,
» y léjos de Peleo y de la augusta
» Tétis, me condenó; mas no en la liza,
» porque haya de morir acobardado,
» dejaré de mostrarme hasta que hubiere
» á los Teucros saciado de batallas."
Dijo, y en alta voz al escudero
mandó que los caballos dirigiera
al primer escuadron de los Troyanos.

LIBRO VIGESIMO.

En tanto que en sus naves los Aquivos,
vestida la armadura, se formaban
al lado tuyo, Aquíles, é impaciente
estabas por entrar en la pelea;
del campo en las alturas los Troyanos
tambien se armaban; y el Saturnio Jove
mandaba á Témis que á los Dioses todos,
de las cumbres bajando del Olimpo,
á junta convocase. Y presurosa
corriendo por las tierras y los mares,
les intimó que á la mansion de Jove
pronto subiesen. De los claros rios
solo faltó Oceano, y de las Ninfas,
cuantas habitan los amenos bosques,
las fuentes de los rios, y los prados
de verdura cubiertos, ni una sola
dejó de concurrir. Y ya venidas
al palacio de Jove, los asientos
de bien labrada reluciente piedra
que á Júpiter Vulcano fabricara
por órden las deidades ocuparon.
Y tampoco Neptuno inobediente
á los mandatos se mostró de Témis,
que desde el hondo mar subió al Olimpo;
y en medio de los Dioses asentado,
así exploró la voluntad de Jove.
"¿Por qué de nuevo á junta las deidades
» has convocado, o tú que esplendorosos
» rayos envías á la tierra? ¿Acaso
» para deliberar sobre la suerte

31 » de Troyanos y Griegos; porque cerca
» está ya de encenderse la batalla?
Jove le respondió: "Tú adivinaste,
» o Neptuno, el consejo que en la mente
» ahora yo agitaba, y el motivo
» de haberos convocado. De unos y otros
» cuido yo todavía, aunque no léjos
» están de perecer en los combates.
» Mas este dia en la elevada cumbre
» yo quedaré sentado del Olimpo:
» y al mirar desde allí la gran pelea,
» la vista así recrearé. Vosotros todos
» á la tierra bajad: y cuando hubiéreis
» llegado á la llanura en que los Griegos
» pelean y Troyanos; á los unos
» socorred, ó á los otros, segun sean
» de vosotros amados. Porque ahora,
» si el fuerte Aquíles combatiera, él solo,
» con todas las escuadras enemigas,
» ni un instante podrian los Troyanos
» del hijo valeroso de Peleo
» el choque sostener. Siempre en las lides
» temblaban á su vista: y como ahora
» tan colérico está, muerto Patroclo;
» mucho yo temo que de Troya el muro
» no destruya tal vez, aunque los hados
» no así lo dispusieron." Esto dijo
el Saturnio, y la guerra y los combates
excitó con su voz: y á la batalla
marcharon las deidades, divididas
en dos bandos opuestos. A las naos
iban Juno y Minerva, y las seguia
Neptuno acompañado de Mercurio;

Mercurio, el sabio Dios que á los mortales 64
útiles artes enseñó el primero.
Iba tambien Vulcano: y aunque cojo
era, y en lento paso caminaban
sus mal formados piés; hórrido fuego
arrojaban sus ojos. A la hueste
de los Troyanos el furioso Marte
marchó seguido del intonso Apolo,
de Dïana, en saetas poderosa,
de Latona, del Janto, y de Ciprina.
En tanto que los Dioses alejados
estaban de los hombres, los Aquivos
se ufanaban gozosos porque Aquíles
en la lid se mostraba cuando habia
tan largo tiempo de la triste guerra
vivido ausente. A los Troyanos todos
las rodillas temblaban, y en el pecho
sobresaltado el corazon latia;
cuando ya vieron al valiente Aquíles,
al homicida Marte parecido,
venir cubierto de lucientes armas.
Mas apénas enmedio de los hombres
bajaron las olímpicas deidades,
la terrible Discordia, que los pueblos
con su clamor concita, furibunda
recorrió las dos haces: y Minerva,
puesta de pié sobre el profundo foso
fuera de la murallá, en altas voces
gritaba: y otras veces en los altos
promontorios del mar, que resonantes
el eco repetian, en terribles
gritos á los Aqueos animaba.
Y á negro torbellino semejante,

97 desde Troya Mavorte, en lo mas alto
del alcázar subido, á la pelea
en espantosas voces á los Teucros
ardiente convocaba; y por la márgen
otras veces corria del undoso
Símois, sobre la cima prominente
del enhiesto collado que llamaban
los teucros todos la *Colina hermosa*.
Así los Dioses que á la lid bajaron
con su voz animaban al combate
á Griegos y Troyanos, y rompieron
en medio de ellos la fatal contienda.
El padre de los hombres y los Dioses
de lo alto del Olimpo tronó horrendo;
de la anchurosa tierra los profundos
cimientos y las cumbres de los montes
agitaba Neptuno; y retemblaron
del Ida todo los humildes valles,
las fuentes de los rios, las alturas,
de Troya la ciudad, y los navíos
de los Aqueos. En su negro alcázar
se estremeció Pluton y de su trono
saltó azorado, y en horrendas voces
espantado gritó; porque temia
que Neptuno rasgase las entrañas
de la tierra, y que claras se mostrasen
á los hombres y Dioses las horribles
moradas infernales y sombrías
que hasta los mismos Dioses aborrecen.
Tal el estruendo y ruido estrepitoso
era que resonó, cuando en batalla
entraron las Deidades. A Neptuno
hacia frente Apolo con el arco

y voladoras flechas: contra Marte
Pálas marchó, la de brillantes ojos,
y contra Juno la potente Diosa
que entre los gritos de la caza hiere
con flecha de oro á las errantes fieras
de los bosques; Diana, que de Apolo
es hermana carnal. Contra Latona
marchó Mercurio; y el profundo rio
á quien Janto los Dioses apellidan,
y Escamandro los hombres, á Vulcano
opuso la corriente caudalosa.
Así al combate los eternos Dioses
marcharon; pero Aquíles, furibundo
rompiendo las falanges, deseaba
encontrarse con Héctor é impaciente
estaba por matarle, y á Mavorte
con su sangre saciar. Mas entretanto
Apolo, que á los Teucros aguijaba
á combatir, al valeroso Enéas
á lidiar con el hijo de Peleo
con su voz animó, y heróico brio
y ardimiento infundióle y valentía,
á Licäon en todo semejante
de Príamo nacido: é imitando
su voz, así decia. "¿Dónde ahora
» están las amenazas, o valiente
» adalid, que solias otro tiempo
» hacer en los banquetes y festines
» en medio de los Próceres Troyanos,
» diciendo que en la lid no temerias
» medir las armas con el fuerte Aquíles?"
Y Enéas respondió. "¿Por qué, no siendo
» esta mi voluntad, quieres ahora,

163 »o Licäon, que me adelante, y salga
»á lidiar con el hijo de Peleo?
»Pues no seria la ocasion primera
»en que yo con Aquíles pelease,
»porque ya en otro tiempo combatimos;
»pero en fuga me puso con su lanza
»cuando yo mis ganados defendia
»y él los acometió, y las dos ciudades
»destruyó de Lirneso y de Pedaso.
»Y Jove me salvó, y aliento y brio
»me dió para correr; que si mas tiempo
»seguido hubiera el desigual combate,
»allí vencido y muerto yo quedara
»á las manos de Aquíles y Minerva,
»que iba delante de él y la victoria
»le daba, y de contino con sus voces
»á destruir con aguzada pica
»los Lélegas y Teucros le animaba.
»Así, á ninguno es dado con Aquíles
»lidiar de solo á solo; porque siempre
»uno tiene á lo ménos de los Dioses
»á su lado, que ileso de la liza
»le saque. Y aun sin ellos de su mano
»vuela derecha la terrible lanza,
»y de volar no cesa hasta que logra
»el cuerpo atravesar de un enemigo.
»Mas si Dios las balanzas igualase
»de la guerra; no fácil le seria
»vencerme, aunque de ser de hierro todo
»él se gloríe." Al adalid Enéas
instó de nuevo el Flechador Apolo.
"Héroe! (le dijo) á los eternos Dioses
»tus plegarias dirige, pues nacido

» eres de Vénus tú, y Aquíles debe 196
» á una Diosa inferior el nacimiento;
» porque Vénus de Júpiter es hija,
» y padre fué de la marina Tétis
» el anciano del mar. Derecho arroja
» el acero indomable, y no con voces
» espantosas, y fieros, y amenazas,
» logre ponerte en fuga." Así decia
Apolo, y en su pecho heróico brio
infundió al adalid. Y atravesando
este por los primeros campeones
animoso marchó, todo cubierto
de relucientes armas; pero á Juno
no se ocultó que penetrando Enéas
por entre sus falanges hácia Aquíles
derecho caminaba. Y convocando
en derredor á las Deidades todas
de su bando, asustada las decia.

"Deliberad vosotros, y decidme,
» o Minerva y Neptuno, lo que ahora
» deberémos hacer. Ya veis que marcha
» Enéas contra Aquíles, y es Apolo
» quien tan loca osadía le ha inspirado.
» Ó al adalid de Troya á retirarse
» obliguemos, ó alguno de nosotros
» á Aquíles acompañe y valentía
» en el pecho le infunda; porque nada
» pueda turbarle, y por sus ojos vea
» que los mas poderosos de los Dioses
» le protegen, y poco son temibles
» los que hasta aquí en las lides defendieron
» á los Troyanos. Del Olimpo todos
» á tomar parte en la terrible lucha

229 »hemos bajado, porque en este dia
»no le maten los Teucros; que mañana
»la suerte sufrirá que con el huso
»la Parca hilando su vital estambre
»el dia que nació le preparaba.
»Y si Aquíles de boca de los Dioses
»esto no escucha, temblará cobarde
»cuando alguna Deidad en la pelea
»al encuentro le salga; que terribles
»los Dioses son, si en magestad y gloria
»se muestran á los míseros mortales."
Neptuno respondió. "No así te irrites
»ántes de tiempo, Juno! Decoroso
»no te seria. Ni tampoco ahora
»que entrásemos nosotros en batalla
»quisiera yo; porque en pujanza y brío
»mucho á los otros Dioses excedemos
»que defienden á Troya. Aquella altura
»ocupemos nosotros: y asentados
»ociosos allí estemos, y los hombres
»dejemos entretanto que en la liza
»animosos combatan. Y si Marte,
»ó Apolo, da principio á la pelea;
»ó de Aquíles el brazo deteniendo
»lidiar no le permiten; presurosos
»á la lid volarémos: y al instante
»quedando por nosotros la victoria,
»al Olimpo y la junta de los Dioses
»aquellos volverán cuando ya vean
»por nuestras manos su poder vencido."
Así dijo Neptuno, y el primero
al terraplen marchó que los troyanos
y Minerva otro tiempo fabricaran

para que en él pudiera defenderse 262
el valeroso Alcídes, cuando en fuga
puesto por la ballena y perseguido
de la orilla del mar á la llanura
azorado llegara. Allí Neptuno
se asentó con los otros inmortales:
y oscura nube, que imposible fuese
romper, en derredor sobre sus hombros
extendieron los Dioses. Y á otro lado,
del Flechador en torno y de Mavorte,
los Dioses que á los Teucros defendian
se asentaron tambien sobre la cumbre
del enhiesto collado que llamaban
los naturales la *Colina hermosa.*
Y de este modo, aunque en diverso lado,
unas y otras Deidades reunidas
conferenciaban, rehusando todas
el combate empezar; por mas que Jove,
del Olimpo sentado en las alturas,
daba de guerra el espantoso grito.

Entretanto llenóse de guerreros
la gran llanura, en derredor bañada
de clara luz que el reluciente bronce
lanzaba de los hombres y caballos;
y en hórrido fragor la dura tierra
bajo sus pies crugia. Y dos caudillos
corpulentos, forzudos y valientes,
á encontrarse marchaban deseosos
de combatir; Enéas y el temido
Aquíles. Y el primero que agitando
sobre la alta cimera la garzota,
y con torvas miradas al Aqueo
amenazando ya, marchó animoso,

el hijo fué de Anquíses, arrimada
al pecho la rodela y la robusta
pica blandiendo; y á encontrarle vino
el valeroso Aquíles. Como suele
el leon que despuebla las majadas
cuando para matarle se reune
de todo el pueblo juventud briosa,
á su encuentro marchar y desdeñoso
primero los desprecia; mas si herido
es de un fuerte mancebo por la pica
hácia él se vuelve con la boca abierta,
baña en espuma los agudos dientes,
gime en el pecho el corazon fogoso,
los muslos y costados con la cola
duro se hiere, y al combate él mismo
se anima y estimula; y con ceñudo
rostro mirando al escuadron, le embiste
enfurecido; y ó matar alcanza
á alguno de los jóvenes, ó muerto
en tierra él cae en la primera fila:
así entónces á Aquíles en el pecho
su valeroso corazon mandaba
contra Enéas marchar. Cuando ya cerca
estuvieron los dos habló primero
el magnánimo Aquíles, y le dijo.

“Enéas! ¿Por qué así de tus escuadras
»mucho te adelantaste, y ya parado
»aquí me esperas? ¿Tu valor te inspira
»conmigo pelear y te prometes,
»la dignidad de Príamo ocupando,
»ser Rey de los Troyanos belicosos?
»Te ciega la ambicion. Aunque me mates,
»no ya esperes que Príamo te ceda

»en premio la corona: muchos hijos 328
»tiene, y su sano juicio todavía
»conserva y la razon no le abandona.
»¿Ó acaso separarte han prometido
»heredad espaciosa los Troyanos
»que á todas aventaje y tú cultives,
»en amenos vergeles dividida
»y en tierras de labor, si me matares?
»No fácil te será. Ya una vez sola
»que esperarme quisiste, con mi pica
»en fuga yo te puse. ¿No te acuerdas
»ya de aquel dia que guardando estabas
»el ganado tú solo, y de los montes
»Ideos te lancé y en busca tuya
»siempre corriendo con ligera planta
»iba yo, y en la fuga la cabeza
»ni aun osaste volver hasta que dentro
»de Lirneso te viste: y yo fiado
»en el favor de Jove y de Minerva,
»destruí la ciudad y las mugeres
»hice cautivas; pero á tí salvaron
»Jove y otras Deidades? Pues ahora
»no ya te salvarán, como lo esperas.
»Así, yo te aconsejo que conmigo
»no quieras combatir. A tus escuadras
»retrocede veloz, ántes que sea
»el daño irreparable; que hasta el necio
»su mal conoce cuando ya ha llegado.
Enéas respondió. "Valiente Aquíles
»No ya esperes con retos y amenazas
»amedrentarme, cual si fuese ahora
»un tímido rapaz. Tambien podria
»decirte yo denuestos y baldones.

361 »Sabemos uno y otro de que gente
»descendemos los dos, y quienes fueron
»sabemos nuestros padres; porque oido
»habemos lo que en fama verdadera
»de los siglos pasados se refiere
»en cada pueblo; pero tú de vista
»no á los mios conoces, ni á los tuyos
»tampoco yo. De tí dice la fama
»que eres hijo del ínclito Peleo
»y de la Diosa Tétis, la graciosa
»ninfa del mar; y puedo gloriarme
»no poco yo de que mi padre ha sido
»el magnánimo Anquíses, y que Vénus
»es la que me dió á luz. Pero este dia
»del hijo amado llorarán la muerte
»tus padres, ó los mios; pues no creo
»que en pueriles injurias se termine
»nuestro combate, y sin medir las armas
»nos separemos ambos. Mas si quieres
»informarte mejor de mi linage,
»aunque es de muchos hombres conocido;
»escucha.—Fué el autor de mi familia
»Dárdano, Rey de numeroso pueblo
»y de Jove nacido, y á la falda
»habitaba del Ida, y en el valle
»una ciudad fundó que de su nombre
»Dardania se llamó; que todavía
»no se fundara la ciudad de Troya
»en la llanura. Dárdano por hijo
»tuvo al Rey Erictonio, que en riqueza
»aventajaba á los mortales todos;
»pues en sus verdes prados á la márgen
»de espaciosa laguna tres mil yeguas

»tenia, y cada cual todos los años 394
»un potro le criaba. Enamoróse
»de algunas, entretanto que pacian,
»el Bóreas: y tomada la figura
»de un hermoso caballo en ellas hubo
»otros doce bridones, que ligeros
»corrian por la mies sin que su planta
»las espigas rompiese ni doblase;
»y si del mar por la llanura inmensa
»hubiesen de correr, sobre las olas
»saltaran sin hundirse. Y Erictonio
»hubo por hijo á Tros, el que fundada
»Troya en ella reinó. Tuvo tres hijos:
»Ilo el mayor, Asáraco el segundo,
»y el rubio Ganimédes el tercero,
»que en belleza á los Dioses igualaba
»y el mas hermoso de los hombres era;
»y los eternos Dioses al Olimpo
»quisieron que subiera y allí fuese
»el copero de Jove, y habitara
»por su mucha beldad con las Deidades.
»Ilo tuvo por hijo á Laomedonte:
»y de él Titon y Príamo nacieron,
»y Lampo, y Clitio, y el igual á Marte
»Hicetäon. Asáraco por hijo
»á Cápis tuvo, y de este nació Anquíses
»mi padre; y el primero de los hijos
»de Príamo Héctor es el animoso.
»De esta familia, pues, y de tal sangre
»yo de ser me glorío; pero Jove
»en los guerreros el valor aumenta,
»ó disminuye, como bien le place;
»que es el mas poderoso de los Dioses.

427 »Así, no mas enmedio de la liza
»detenidos el dia malgasremos
»en ociosas palabras cual si niños
»fuéramos ambos. Fácil nos seria
»á los dos con dicterios injuriarnos
»muchos y repetidos; y una barca
»no bastara tal vez de cien remeros
»para llevarlos todos. Es voluble
»de los hombres la lengua; y de su boca
»muchas palabras salen, ya ofensivas,
»ya lisongeras. Dilatado el campo
»de las injurias es; y cual hablares,
»tal oirás de los otros la respuesta.
»¿Mas, á qué fin con injuriosas voces
»altercamos los dos cual mugercillas,
»que acaloradas en fatal querella
»enmedio de la calle con denuestos
»se zahieren airadas, y se dicen
»con mentira ó verdad cuantas injurias
»la cólera sugiere? Con palabras
»no harás que retroceda, y que me olvide
»del antiguo valor, hasta que mida
»yo contigo las armas. Así, pronto
»uno del otro con el duro hierro
»probemos la pujanza." Dijo Enéas:
y vibrando su pica en el escudo
del griego la clavó, por mas que fuese
tan sólido y doblado. En ronco ruido
recrugió el duro escudo, al penetrarle
la punta de la pica; y temeroso
Aquíles, de su pecho con la mano
cuanto pudo alejado le tenia
creyendo que de Enéas fácilmente

le horadaría la robusta lanza;
sin advertir, ah necio! que á los hombres
no era dado romper una armadura
por el mismo Vulcano fabricada,
ni ella ceder podia. Así, no entónces
el escudo pasó la poderosa
lanza de Enéas: la detuvo el oro
que el Dios pusiera enmedio. Las dos planchas
atravesó primeras, mas no pudo
pasar las otras tres; porque Vulcano
cinco láminas puso: dos de cobre,
las primeras de todas; de bruñido
estaño las dos últimas, y en medio
una de oro macizo; y detenida
por esta fué la poderosa lanza.
Vibró la suya el valeroso Aquíles
y en la mas alta parte del escudo
de Enéas logró dar, en donde habia
una chapa de bronce muy delgada
y un cuero no muy fuerte; y por entrambos
la punta atravesó, y en ronco ruido
crugió el duro broquel. Que le matase
temiendo Enéas se encogió, y en alto
la rodela tenia levantada
alejándola mucho de su cuerpo;
pero la aguda lanza, atravesando
por la chapa y la piel del ancho escudo,
que se llevó consigo, por encima
del hombro del troyano y sin herirle
pasó, y no léjos se clavó en la arena
y allí fija quedó; pero impaciente
de volar todavía. Así evitado
el recio golpe de la luenga pica,

493 quedó inmóvil Enéas; y sus ojos
oscura nube de dolor y miedo
en derredor cubrió, cuando tan cerca
vió clavada la pica. Luego Aquíles,
desnudando la espada cortadora
y alto gritando en espantosas voces,
furioso arremetió: mas una piedra
alzó Enéas del suelo, tan pesada
que dos hombres moverla no podrian
como los que hay ahora y sin trabajo
la manejaba él solo. Y con la piedra,
ántes de que á él llegase, hubiera herido
la celada de Aquíles, ó el escudo,
que de morir le habria libertado;
y el hijo de Peleo, con su espada
hiriéndole de cerca, de la vida
privado hubiera al campeon de Troya;
si Neptuno tan pronto no lo hubiese
advertido. Mas, viéndolo, á los Dioses
que en torno estaban se volvió y les dijo.
"Mucho, o Dioses, me duelo de la suerte
» del magnánimo Enéas; que bien pronto,
» por Aquíles vencido, á las sombrías
» regiones bajará por haber dado
» hoy crédito de Apolo á las palabras.
» Necio! que luego de la triste muerte
» no aquel le librará. Mas ¿porqué ahora
» este ha de perecer sin culpa suya
» por delitos agenos en que parte
» él no tuviera, cuando siempre pio
» víctimas escogidas á los Dioses
» que en el cielo habitamos anchuroso
» ofrecer suele? De morir ahora

» librémosle nosotros; porque Jove 526
» no se enoje tal vez, si aquí dejamos
» que le dé muerte Aquíles. El Destino
» dispuso que la evite porque toda
» no perezca de Dárdano la raza,
» á quien amaba Jove sobre todos
» los hijos que hasta entónces le nacieran
» de mugeres mortales. Ya hace tiempo
» que á la prole de Príamo el Saturnio
» aborreció; mas el valiente Enéas
» sobre los Teucros reinará, y el cetro
» heredarán los hijos de sus hijos
» y los que en adelante de él nacieren."
Juno le respondió. "Tú delibera
» en tu ánimo, Neptuno, si la vida
» le has de salvar, ó permitir que á manos
» de Aquíles muera ahora aunque valiente
» él sea y virtuoso; que nosotras,
» Pálas y yo, terribles juramentos
» á la faz de los Dioses inmortales
» muchas veces hicimos de que nunca
» salvarémos la vida á los troyanos,
» ni aun aquel dia que de Troya abrasen
» la ciudad toda las voraces llamas
» que encenderán los belicosos Griegos."
De la Diosa escuchada la respuesta,
Neptuno atravesó por las falanges
y el estruendoso ruido de las picas
y al parage llegó donde el valiente
Aquíles con Enéas peleaba.
Y oscura niebla derramó en los ojos
del hijo de Peleo; y por su mano
del escudo de Enéas la terrible

559 lanza sacó del griego y en la arena
á los piés se la puso, y al troyano
alzó en el aire. Atravesaba Enéas,
en alto sosteniéndole Neptuno,
por encima las filas numerosas
de los guerreros y marciales carros,
y llegó al escuadron de los Caucones
que al estremo del campo se formaban.
Y Neptuno le habló, y así le dijo.
"Enéas infeliz! ¿Cuál de los Dioses
» en daño tuyo te inspiró que solo,
» y cuerpo á cuerpo, en desigual batalla
» entrases con Aquíles que mas fuerte
» es que tú y mas querido de los Dioses?
» Cuando con él te encuentres en las lides,
» léjos te aparta si bajar no quieres
» ántes de tiempo á la region oscura.
» Mas cuando Aquíles haya de la vida
» al término llegado, valeroso
» entónces tú de la primer escuadra
» te pon al frente y lidia; que ninguno
» te matará de los demas aqueos."
Así dijo Neptuno, y al troyano
allí dejó despues que saludables
consejos le hubo dado, y de los ojos
de Aquíles apartó la niebla oscura.
Vió claramente en derredor el griego:
y un suspiro exhalando, así decia
á su valiente corazon. "O Dioses!
» gran prodigio estoy viendo con mis ojos.
» La pica está á mis piés; pero no veo
» al adalid troyano á quien mi diestra
» la arrojara, matarle deseando.

» Ciertamente á los Dioses inmortales 592
» caro es Enéas, aunque yo creia
» que él en vano de serlo se jactaba.
» Sálvese, pues; que en adelante nunca
» querrá probar mi fuerza, pues ahora
» se contentó con evitar la muerte.
» Entretanto el valor de los Aqueos
» mi voz aumente: que despues en busca
» yo marcharé de los demas troyanos,
» y veré si se atreven á esperarme."
Así dijo: y las filas recorriendo,
á todos animó con estas voces.
"Valerosos Aquivos! no alejados
» de los Teucros esteis: cada guerrero
» á un enemigo embista, y animoso
» combata sin cesar. A mí difícil,
» aun siendo tan valiente, me seria
» el alcance seguir á tantos hombres
» y con todos lidiar. Ni el mismo Marte,
» siendo Dios inmortal, y ni aun Minerva,
» tan dilatado campo de batalla
» podria recorrer, y en todas partes
» hallarse y pelear. Cuanto pudiere,
» ó desde léjos, ó en veloz carrera
» siguiendo al enemigo, ó valeroso
» combatiendo á pié firme, ni un instante
» de hacerlo dejaré. Por todos lados
» penetraré en sus filas y ninguno
» de los Troyanos, que á venir se atreva
» donde yo pueda con mi lanza herirle,
» alegre tornará." Con estas voces
Aquíles á los Griegos animaba
á pelear; á los Troyanos Héctor

aguijaba tambien, y jactancioso
él se ofrecia en singular pelea
á combatir con el valiente Aquíles.
"Magnánimos Troyanos (les decia)
» no ya temais al hijo de Peleo:
» yo de palabra con los mismos Dioses
» pelearia; con la pica en mano
» no es ya tan fácil, porque son mas fuertes.
» Ni Aquíles cumplirá sus amenazas
» todas: algunas el Saturnio Jove
» le dará ejecutar; pero otras muchas
» el viento habrá llevado. Voy ahora
» en su busca, aunque sean semejantes
» sus manos á la llama; sí, á la llama
» semejantes sus manos, y al acero
» su indomable valor." Así decia
Héctor para animar á los Troyanos:
y estos, la pica alzada, al enemigo
marcharon sin temor, y la pelea
empezó clamorosa. Entónces Febo,
acercándose al héroe, así le dijo.
"Héctor! no ya tú solo, adelantado
» de la escuadra, combatas con Aquíles:
» en la comun pelea, y confundido
» entre la turba, espera que él embista;
» no acaso con su lanza desde léjos,
» ó de cerca te mate con su espada."
Así le dijo el Dios: y acobardado
Héctor al escucharle, por las filas
se entró de las escuadras numerosas
que le seguian: y entretanto Aquíles,
de fortaleza el corazon vestido,
gritaba en alta voz y á los Troyanos

se arrojó furibundo, y el primero 658
á Ifitïon mató. Muy valeroso
era este capitan y acaudillaba
numeroso escuadron, y de Otrinteo
era nacido y de la ninfa Náis,
que en Ida le dió á luz, ciudad hermosa
á la falda del Tmolo coronado
de eternas nieves situada. Aquíles
viera que Ifitïon muy animoso
hácia él venia, y con su aguda lanza
le hirió enmedio la frente: y la cabeza
en dos partes iguales dividida,
cayó el héroe en el suelo, y en contorno
la tierra resonó; y ufano Aquíles,
viéndole moribundo, así decia.
"Yaces, Ifitïon, el mas temido
» de los guerreros Carios! Á la márgen
» tú naciste del lago de Gigeo,
» y allí tenias la heredad paterna
» por las aguas del Hilo caudaloso
» y del Hermo regada, y á este clima
» has venido á morir." Así le dijo
vanaglorioso Aquíles, y entretanto
de Ifitïon los ojos ya cercaba
oscuridad de muerte. Su cadáver
los bridones aquivos, por encima
pasando todos los que atras estaban,
con los clavos que entorno de la rueda
la férrea llanta en las volubles pinas
aseguraban, en menudos trozos
despedazaron. El valiente Aquíles
al hijo de Antenor Demolëonte,
esforzado guerrero, con su lanza

691 hirió luego en la sien: y atravesando
por el casco de bronce, que no pudo
al golpe resistir; la aguda punta,
ansiosa de pasar mas adelante,
el hueso le rompió. Pasó la pica
al otro lado y dentro la cabeza
todo el cerebro le inundó de sangre,
y le mató cuando animoso entraba
el jóven en la lid. Á Hipodamante,
que de él huia y en la arena entónces
á saltar iba ya desde su carro,
hirió despues Aquíles: y el aliento
al exhalar el infeliz, bramaba
como suele bramar hosco novillo
que llevan arrastrando los mancebos
á su pesar entorno de las aras
en Hélice erigidas á Neptuno,
que en su sangre se goza. Tal entónces
bramaba Hipodamante, y de su cuerpo
huyó el alma feroz: y en tanto Aquíles
mató de una lanzada á Polidoro,
semejante á los Dioses y nacido
de Príamo. Su padre á las batallas
ir no le permitia, porque siendo
el de ménos edad entre sus hijos
mas que á todos le amaba; pero el jóven,
como en correr ligero aventajaba
á los Troyanos todos, este dia,
de sus veloces piés haciendo alarde
por juvenil error y de la hueste
adelantado en imprudente arrojo,
corriendo estuvo hasta que al fin la vida
el mísero perdió. Viéndole Aquíles

cerca de sí pasar, en las espaldas 724
entre los dos riñones con la pica
le hirió: y la punta atravesando el vientre
salió del otro lado, en el parage
en que del cinto los anillos de oro
se unian y era doble la coraza.
Cayó el jóven en tierra de rodillas
exhalando suspiros lastimeros,
y negra nube oscureció sus ojos:
y hecho un ovillo, con la débil mano
á impedir que saliesen por la herida
las entrañas el triste se esforzaba.
Cuando Héctor vió á su hermano Polidoro
caido en tierra y moribundo, oscura
tiniebla de dolor sobre su vista
fué derramada; y el amor de hermano
ya no le permitió mas largo tiempo
léjos estar lidiando. Del aquivo
en busca marchó, pues, impetuoso
como el ardiente fuego, y en la diestra
ágil blandia la robusta lanza;
pero apénas le vió el valiente Aquíles
á él se arrojó, y alegre así decia.

“Cerca ya tengo al hombre que profunda
» herida abrió en mi pecho, y al amigo
» mas caro dió la muerte. No mas tiempo
» uno del otro huyamos, ni entre filas
» ya mas nos ocultemos.” Y mirando
con torva faz al campeon de Troya,
añadió todavía estas palabras.
“Mas cerca ven, para que pronto llegues
» al confin de la vida.” Sin turbarse,
Héctor le respondió. “No así pretendas

757 »intimidarme, cual si fuera un niño,
»con amenazas, hijo de Peleo!
»Yo sé tambien palabras injuriosas
»y denuestos decir. Sé que valiente
»eres, y yo con mucho no te igualo
»en fuerzas y valor; pero los Dioses
»son los que saber pueden si aunque sea
»yo menos valeroso con mi lanza
»muerte aquí te daré: porque su punta
»afilada es tambien." Así decia,
y la pica arrojó; pero Minerva,
con un ligero soplo, del escudo
la rechazó de Aquíles y delante
de Héctor cayó á sus piés. Impetuoso
arremetió el Aquivo deseando
al troyano matar, y en altas voces
fiero le amenazaba: y fácilmente
tanto pueden los Dioses! por los aires
Febo le arrebató, y oscura niebla
derramó en torno. Acometió tres veces
Aquíles con su pica, y otras tantas
hirió la niebla leve: y furibundo
por cuarta vez acometiendo en vano,
así decia en arrogantes voces
á su enemigo. "De la muerte ahora,
»perro, te has libertado, aunque muy cerca
»ya la tuviste; porque el mismo Apolo,
»á quien tú ruegos fervorosos haces
»ántes de entrar en lid, te ha defendido.
»Pero yo al fin te mataré si tengo
»la dicha de encontrarte en la batalla,
»y si es que á mí tambien me favorece
»alguno de los Dioses. Mas ahora

„seguiré á los Troyanos, y la vida
„á todos quitaré cuantos alcance."
Dijo, y marchó: y en la mitad del cuello
dió una lanzada á Dríope, que en tierra
cayó á sus piés. Y sin pararse el héroe
á quitarle las armas; á Demuco,
hijo de Filetor, alto de talla
y esforzado guerrero en la rodilla
hiriendo con su lanza, le detuvo:
y el anchuroso estoque desnudando
le hirió con él, y le quitó la vida.
Y acometiendo en rápida carrera,
desde su carro derribó en el polvo
á Láogono y á Dárdano ambos hijos
de Biante; al primero desde léjos
arrojando la pica, y al segundo
de cerca hiriendo con la grande espada.
Encontróse despues en la pelea
con Tros, hijo de Alástor, que á la fuga
no pudiendo acogerse humilde vino
á sus piés. Y abrazando sus rodillas
le suplicaba en dolorosas voces
que de su tierna edad compadecido,
igual á la de Aquíles, sin matarle
en libertad y vivo le dejara.
Infeliz! no sabia que sus ruegos
no serian oidos; porque Aquíles
no era de genio dulce y bondadoso,
sino iracundo y fiero. Arrodillado
el jóven á sus piés y ambas rodillas
abrazadas teniendo, deseaba
moverle á compasion; pero á sus voces
sordo Aquíles el pecho con la espada

823 le atravesó, y en la purpúrea sangre
envuelto el corazon salió; y en tierra
el jóven derribado, entre suspiros
el ánima exhaló y espesa nube
cubrió por siempre sus brillantes ojos.
Aquíles luego á Mulio con la pica
hirió en la sien, y hasta la sien opuesta
atravesó la punta. Con la espada
hirió despues en la cabeza á Equeclo,
otro hijo de Agenor: y el hierro todo
con la caliente sangre enrojecido
se calentó tambien, y con oscura
niebla la muerte inevitable en torno
cubrió sus ojos. Y arrojando Aquíles
despues la pica á Deucalion, el hierro
el brazo le pasó de parte á parte
cerca del codo. Y sin poder moverse
el infeliz, por el dolor terrible
que en el brazo sentia; allí parado
á Aquíles esperó, la negra muerte
viendo delante ya. Llegó el aquivo:
y de un reves con la tajante espada
del cuello separando la cabeza,
léjos de sí con el almete al suelo
la arrojó; y de las vértebras salia
la médula, y el tronco mutilado
cayó por tierra. Encaminóse Aquíles
desde allí contra un hijo de Pireo
Rigmo llamado, valeroso y fuerte,
que de la fértil Tracia aquellos dias
fuera venido á Troya: y disparando
contra él la aguda lanza, enmedio el vientre
la punta se clavó. Cayó el guerrero:

y Aquíles al auriga, que las riendas
volvia á los caballos, por la espalda
clavó la pica y derribó en el polvo,
y huyeron desbocados los bridones.
Como el fuego voraz rápido vuela
de árido monte por los anchos senos
y arde el espeso bosque, y agitado
lleva el viento la llama abrasadora
hasta el extremo de la selva; Aquíles
así por todas partes con su lanza
furibundo corria, cual si fuese
una Deidad: y en rápida carrera
perseguia á los teucros que el Destino
á morir condenara, y en arroyos
corrió la sangre por la negra tierra.
Y como el trillador unce dos bueyes
de torva y ancha frente bajo el yugo
para que el trigo, ó cándida cebada,
trillen en igual era; y de contino
bajo los piés de los mugientes bueyes
se desmenuza la dorada espiga:
así, á la voz del valeroso Aquíles,
los ligeros bridones con el casco
hollaban los cadáveres y escudos;
y el eje por debajo con la sangre
era teñido, y de la silla en torno
los tableros del carro con las gotas
que arrojaban los piés de los trotones
y las volubles ruedas salpicados
eran tambien: y Aquíles, que de eterna
gloria cubrirse deseaba solo,
en polvo y sangre, y en sudor bañadas
ambas tenia las invictas manos.

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO.

Cuando del rio á la corriente undosa
ya los Teucros llegaban y á los vados,
enfurecido el valeroso Aquíles
los separó en dos trozos. A los unos
echó hácia la ciudad por la llanura
por la cual fugitivos los Aqueos
otro dia vinieran en derrota
cuando Héctor los seguia con su lanza;
y tímidos ahora los Troyanos
por allí mismo huian presurosos
y en confuso tropel se derramaban,
y para detenerlos en la fuga
espesísima niebla sobre el campo
extendió Juno. A los demas el héroe,
envueltos y cortados, perseguia
hácia las muchas aguas espumosas
de la corriente rápida del rio,
y en él precipitados se arrojaban
con espantoso ruido. Resonaron
las profundas corrientes, y en terribles
ecos ambas riberas el confuso
estruendo repetian y las voces
y clamorosos gritos de los Teucros;
que envueltos en los hondos remolinos
de la corriente, en vano se esforzaban
á salvarse nadando. Como vuelan
acosadas del fuego impetuoso
que de repente ardió y atizan siempre
los hombres en el campo las langostas,
y huyen hácia los rios y aturdidas

en el agua se arrojan; así entónces 31
del Janto las corrientes se llenaban
de los muchos peones y caballos
que de Aquíles huyendo, al hondo rio,
revueltos y mezclados, se arrojaban.
Mas el héroe, dejándose en la orilla
á uno de los frondosos tamarices
arrimada la pica, á la corriente
saltó del agua parecido á un númen:
y defendido con la espada sola,
respirando furor los perseguia.
Y á derecha é izquierda dando tajos,
triste clamor alzaban en el rio
los míseros troyanos que caian
heridos por su diestra, y la corriente
se enrojeció con la purpúrea sangre.
Como huyendo los otros pececillos
del enorme delfin los senos todos
llenan del ancho puerto en que las naves
están ancladas, y de espanto llenos
se ocultan porque el pez á cuantos coge
devora despiadado: así en las grutas
del caudaloso rio se ocultaba
despavorida la troyana hueste.
Y ya cansado de matar Aquíles,
por su mano cogió dentro del rio
vivos doce mancebos que expiaran
con su sangre le muerte de Patroclo:
y temblando cual tiernos cervatillos
afuera los sacó, y ambas las manos
por detras les ató con las correas
que á su labrada túnica prendidas
ellos mismos llevaban, y á su gente

64 los entregó diciendo que á las naves
los condugeran. Y tomando pronto
su larga pica; á la corriente clara
saltó otra vez del rio, deseando
toda la hueste aniquilar de Troya.

Y á Licäon, de Príamo nacido,
allí encontró cuando á salir huyendo
iba de la corriente. A este troyano
Aquíles otro tiempo cautivara
en la heredad de Príamo una noche,
miéntras cortaba con agudo hierro
las ramas de un frondoso cabrahigo
para que de antepecho le sirvieran
en su carro marcial. Estaba el jóven
atento á su labor, mas de repente
vino sobre él calamidad terrible:
que el Griego le prendió, y en sus navíos
á Lémnos le envió para que fuera
allí vendido. Inestimable precio
dió el hijo de Jason; pero tenia
en Ímbros el troyano por su huésped
á Etion, que generoso su rescate
obtuvo y dió por él riqueza mucha
y á Arisbe le envió. Desde allí el jóven
huyó secretamente: y á su alcázar
llegado habiendo, celebró la vuelta
once dias enteros en banquetes
con sus amigos; é inflexible Jove
al duodécimo dia entre las manos
le hizo caer de Aquíles, que debia
desapiadado á la region oscura
precipitarle. Desarmado el teucro
estaba entónces, porque yelmo, escudo

y pica, y demas piezas arrojara 79
para huir mas veloz. Y fatigado,
y de sudor cubierto, ya á la márgen
del rio se acercaba; mas Aquíles,
consigo mismo hablando, se decia.
"O Dioses! gran prodigio con mis ojos
»estoy mirando. Ni imposible fuera
»que todos los troyanos que yo he muerto
»resucitaran del averno oscuro,
»como este desde Lémnos ha venido
»en donde le vendieran por esclavo:
»y evitada la muerte, la llanura
»del espumoso mar, que á tantos otros
»detiene á pesar suyo, no ha podido
»estorvarle que vuelva. Mas ahora
»pruebe la punta de mi aguda lanza;
»para ver si tambien desde el sepulcro
»vuelve á la luz, ó si en el hondo seno
»queda encerrado de la tierra donde
»yace por siempre el adalid mas bravo."
Esto Aquíles consigo razonaba,
miéntras del rio Licäon salia.
Salió: y temblando se acercó al aquivo
para echarse á sus piés, y mucho el jóven
deseaba evitar la triste muerte
á que la negra Parca destinado
ya le tenia. El iracundo Aquíles,
cuando le vió venir, tiró su lanza
para matarle; mas aquel, ligero
corriendo por debajo de la pica
y postrándose en tierra, del aquivo
á los piés se arrojó. La aguda lanza
le pasó por encima, y en la arena

cerca de él se clavó; pero impaciente
de cebarse en la carne de un guerrero.
Asió el jóven despues con una mano
de Aquíles las rodillas: y sujeta
teniendo él mismo la enemiga lanza
con la otra mano, en dolorido acento
y suspirando triste, le decia.
"Alumno caro del eterno Jove!
» me tienes á tus piés: me compadece,
» y me respeta. Suplicante ahora
» puedo llamarme tuyo, y acatada
» debe ser mi persona; que otro tiempo
» de los frutos de Céres en tu tienda
» ya gusté, cuando vivo me cogiste
» dentro la huerta. Y léjos de mi padre
» llevándome y amigos, tu escudero
» en Lémnos me vendió y hasta cien bueyes
» yo te valí; y tres veces otro tanto
» ahora te valiera mi rescate.
» Hoy hace doce dias que á mi casa,
» despues de padecer muchos trabajos,
» yo llegué; y otra vez la Parca dura
» en tus manos me puso. Aborrecido
» debo de ser por Jove, pues de nuevo
» á tí ya me entregó. Para que breve
» fuera mi vida me engendró la hermosa
» Laotoe, hija del anciano Altéas
» que en los Lélegas manda valerosos
» y á la orilla del Sátniois en Pedaso,
» populosa ciudad, tiene su alcázar.
» Tomó á su hija Laotoe entre otras muchas
» Príamo por esposa, y dos varones
» de ella nacimos; pero tú la vida

» á los dos quitarás. Hoy ya primero
» con tu lanza mataste á Polidoro
» habiéndole alcanzado cuando huia
» con la gente de á pié, é inevitable
» miro la muerte yo; ni me prometo
» escapar de tus manos, ya que en ellas
» una deidad me ha puesto. Mas escucha
» mis súplicas ahora, y no me mates:
» mira que yo no soy del mismo vientre
» que Héctor nacido el que mató á Patroclo,
» tu amable y valeroso compañero."

Así el hijo de Príamo decia
humilde suplicando, y esta dura
voz escuchó del héroe. "De rescate
» no hables, o necio, ni llorando triste
» enternecer mi corazon esperes.
» Miéntras Patroclo al dia inevitable
» no llegó de la muerte, me era grato
» á los Troyanos perdonar la vida;
» y á muchos, que cogiera prisioneros,
» por esclavos vendí. Desde hoy ninguno
» de todos los guerreros que en mis manos
» á vista de Ilïon los Dioses pongan
» evitará la muerte, y sobre todo
» de los hijos de Príamo. Así, amigo,
» tú tambien morirás. ¿Por qué te quejas
» de tu suerte en inútiles lamentos?
» Tambien murió Patroclo, que valia
» muy mucho mas que tú. ¿No ves ahora
» cuán hermoso yo soy, y alto de talla?
» ¿Y no oiste decir que yo he nacido
» de un padre valeroso, y que una Diosa
» á luz me dió? Pues aun á mí la dura

196 » Parca la vida cortará, y en breve;
» ya la mañana sea, ya la tarde,
» ya el medio dia, cuando algun Troyano
» arrojándome el hasta desde léjos,
» ó del nervio lanzando una saeta,
» me precipite en la region oscura."
    Así Aquíles decia, y la esperanza
á Licäon abandonó y la fuerza.
Y soltando la pica, desmayado
se asentó y ambas manos extendia
implorando clemencia; pero Aquíles,
desnudando la espada cortadora,
en el cuello le hirió: y hasta el recazo
entró el agudo hierro de dos cortes
y Licäon de espaldas en la arena
extendido quedó, y en ancha boca
vertia roja sangre que regaba
en copioso raudal la verde orilla.
Y Aquíles, con la diestra poderosa
asiéndole de un pié, dentro del rio
le arrojó porque el agua le llevase
hasta la mar; y en orgullosas voces
así al frio cadáver insultaba.
    "Yace aquí entre los peces, que tranquilos
» te lamerán la sangre de la herida.
"Ni tu madre, poniéndote en el lecho,
» te llorará; que el rápido Escamandro
» al hondo abismo de la mar salada
» llevará tu cadáver: y saliendo
» enorme pez de entre las crespas olas
» á la cerúlea faz del ancho ponto,
» devorará la delicada carne
» de Licäon ¡Hiciera el padre Jove

» que todos pereciérais fugitivos 229
» corriendo á vuestro muro, y el alcance
» siguiendo yo y en general estrago
» matando gente hasta que al fin de Troya
» conquisten los Aqueos el alcázar!
» Ni el anchuroso rio á quien vosotros
» muchos toros habeis sacrificado,
» y dentro de sus negros remolinos
» vivos echais á veces los bridones,
» defenderos podrá por mas qne ostente
» su poder en las aguas espumosas;
» que aun por él protegidos suerte dura
» á todos os espera hasta que hubiéreis
» expiado la muerte de Patroclo,
» y el estrago terrible que en los Griegos
» hicísteis cuando yo no peleaba."

Así decia: y la Deidad del rio,
dentro del corazon en ira ardiendo,
un arbitrio buscaba poderoso
para hacer que cesase en la pelea
el furibundo Aquíles, y la ruina
evitar de los Teucros. Y entre tanto
el hijo de Peleo enarbolada
la luenga pica acometió valiente,
deseando matarle, á Asteropeo
hijo de Pelegon. Nació su padre
de la Deidad del Axio caudaloso
y Peribea, de las varias hijas
de Aquesaménes la mayor; que un tiempo
de su belleza el Dios enamorado
la sorprendió y en ella al valeroso
Pelegon tuvo, y de él Asteropeo
era nacido. El animoso Aquíles

262 contra él marchó, pero el gallardo jóven
del ancho rio en la ribera opuesta
le esperó. Y fácilmente dos agudas
lanzas blandia, y la Deidad del Janto
le infundia valor; porque altamente
airada estaba al ver cuantos mancebos
en sus aguas Aquíles destrozado
habia sin piedad. Cuando ya cerca
estuvieron los dos, así el primero
Aquíles dijo al campeon de Troya.
"¿Quién eres y de dónde, tú que osado
» conmigo quieres pelear? ¿No sabes
» que nacieron de padres infelices
» los que conmigo á batallar se atreven?"
Respondió Asteropeo. "¿Mi familia
» á qué averiguar quieres y mi patria,
» o magnánimo Aquíles? He nacido
» en la fértil Peonia, que de Troya
» tan alejada está: de los Peonios
» soy el caudillo que de luengas lanzas
» están armados: y el onceno dia
» es hoy que á Troya vine. Mi linage
» su orígen debe á la Deidad potente
» del Axio caudaloso que derrama
» sobre la tierra la corriente undosa
» del agua mas delgada y cristalina:
» que enamorado el Dios de Peribea,
» en ella tuvo á Pelegon mi padre.
» Pero entremos en lid, valiente Aquíles
Así le dijo en arrogantes voces:
y el aquivo, al oirle, el duro fresno
en el Pelio cortado levantaba
para lanzarle: mas el fuerte jóven,

que era ambidextro, con entrambas manos
á un mismo tiempo le tiró dos picas:
y con una en el medio del escudo
acertó á darle, pero al otro lado
no penetró la punta porque el oro
que Vulcano pusiera la detuvo.
En el brazo derecho la segunda
rasguñó levemente junto al codo
á Aquíles, y saltó la roja sangre;
pero pasó de largo, y en la tierra
se clavó á su pesar. Tiró la suya
á Asteropeo Aquíles, deseando
matarle; pero errado fué su golpe
aunque bien apuntó: y á la o ra orilla
del rio fué á parar, y allí clavada
hondamente quedó. Desnudó luego
el Aqueo la espada cortadora
y arremetió furioso á su enemigo,
que arrancar no podia de la tierra
con la robusta mano el ponderoso
fresno. Y hasta tres veces, arrancarle
anhelando, tiró con mucha fuerza
de él y le mimbreaba; pero tuvo
que ceder. A la cuarta ya queria
doblándole romperle; cuando Aquíles
la vida con la espada de dos filos
le quitó enmedio el vientre larga herida
abriéndole, y en tierra las entrañas
todas cayeron y cubrió su vista
sombra oscura de muerte, y anheloso
el ánima exhaló. Despues Aquíles,
puesta en el pecho la robusta planta,
le quitó la armadura; y con el triunfo

328 orgulloso, le dijo en altas voces.
"Muere ya, fanfarron, para que veas
» cuanto difícil era que vencieses
» á los hijos de Jove, aunque á tu padre
» haya engendrado la Deidad de un rio.
» Tu linage decias que desciende
» del Axio caudaloso; mas la gloria
» tengo yo de que el mio al padre Jove
» debe su orígen. Me engendró Peleo,
» el Rey de los Mirmídones, que es hijo
» de Eaco, y este al soberano Jove
» el ser debió. Cuanto en poder excede
» Júpiter á los rios que sus aguas
» llevan al mar salado, en valentía
» otro tanto de Júpiter los hijos
» aventajan á aquellos que engendrados
» fueron por las Deidades que presiden
» á los lagos y rios. Aquí tienes
» uno muy anchuroso: mira ahora
» si ya puede salvarte. Mas no es dado
» pelear con el hijo de Saturno
» á las Deidades que en poder y gloria
» inferiores le son. Así, ni el fuerte
» Aqueloó se atreve á compararse
» con Júpiter, ni el grande y poderoso
» Oceano de rápidas corrientes;
» aunque todos los rios y los mares,
» todas las fuentes, y los hondos pozos,
» hayan nacido de él; que el Oceano
» teme tambien el rayo del gran Jove,
» y el trueno que retumba fragoroso
» en la bóveda cóncava del cielo."
Así dijo, y su lanza del ribazo

arrancó: y en la arena allí tendido 361
el cadáver dejó de Asteropeo,
que el rio con sus aguas cenagosas
cubria alguna vez; y las anguilas
á su paso gustaban, y los peces,
la delicada carne. En tanto Aquíles
el alcance seguia á los Peonios;
que tímidos en fuga se pusieran
por la orilla del rio, cuando vieron
al que de todos era el mas valiente
en las sangrientas lides por la mano
y la espada del hijo de Peleo
vencido y muerto. Y aunque mas huian,
pasados fueron por su aguda lanza
Tersíloco, y Midon, y Trasio, y Enio,
y Mneso, y Astipilo, y Ofeléstes.
Y aun estrago mayor en los Peonios
hiciera Aquíles; si indignado el rio,
y de un hombre tomando la figura,
no así le hubiera hablado en altas voces
saliendo de sus hondos remolinos.

"Aquíles! si en valor y fortaleza
» mucho á los hombres todos aventajas
» porque siempre te asisten las deidades,
» en impiedad tambien les sobrepujas.
» Si el hijo de Saturno te ha otorgado
» que con todos los teucros hoy acabes;
» deja que de mi seno hayan salido
» á la llanura, y mátalos en tierra.
» Porque ya están mis cristalinas aguas
» de cadáveres llenas; y no puedo,
» con tantos muertos estrechado el cauce,
» verter mis ondas en la mar inmensa;

394 »que á todos los Troyanos das la muerte
»sin dejar uno vivo. Mas ya basta:
»mi corriente abandona; que asombrado,
»o valiente caudillo de los griegos,
»me tienen tu valor y tu fiereza."
Aquíles respondió. "Lo que tú mandas,
»o Escamandro de Júpiter nacido,
»haré yo; mas primero á los perjuros
»Troyanos seguiré dando la muerte,
»hasta que en su ciudad se encierren todos
»y con Héctor yo lidie; y con su lanza
»él me atraviese el pecho, ó por la mia
»herido él baje á la region oscura."
Así decia, y parecido á un númen
acometió de nuevo á los Troyanos;
pero indignada la Deidad del rio,
así habló con Apolo. "Hijo de Jove!
»¿y de este modo los mandatos cumples
»del Padre omnipotente? ¿Has olvidado
»que hoy mismo cuidadoso te encargaba
»asistir á los Teucros, y prestarles
»tu poderoso auxilio todo el dia;
»hasta que el sol bajase al oceano,
»y de la noche la tiniebla oscura
»con sus sombras las tierras ocultase?"
Miéntras hablaba el Janto, ya furioso
saltaba Aquíles desde la alta orilla
á la mitad del rio; pero al verle
airada la Deidad, hinchó sus aguas:
y levantando en turbios remolinos
sus rápidas corrientes, contra el héroe
las dirigió furiosa. Y arrojando
los cadáveres fuera numerosos

de los Troyanos que matara Aquíles, 427
y cual toro mugiendo; á los que vivos
estaban todavía en las profundas
cavernas ocultó de su corriente,
y así la vida les salvó. Las aguas
á Aquíles rodearon cenagosas:
y dando unidas en el ancho escudo,
ni aun afirmar los piés sobre la arena
podia ya. Con la robusta mano
asió el héroe de un olmo corpulento
de frondoso ramage: y arrancada
del árbol la raiz trajo consigo
todo el terreno, y la corriente fiera
detuvo con las ramas. Y formando
con el árbol un puente; del abismo
saltó á la orilla, y por la gran llanura
fácil volaba con ligera planta
aunque azorado. La Deidad potente
del rio no cesó de perseguirle:
y conmoviendo sus cerúleas ondas,
sobre él saltó para que así dejase
de seguir y matar á los troyanos.
Mas apénas el hijo de Peleo
vió el torrente venir saltó de un brinco
todo el espacio que alcanzarse puede
con un tiro de lanza, y tan ligero
corria luego por la gran llanura
como el águila negra por el aire
rápida vuela cuando va siguiendo
á la banda de tiernos pajarillos;
porque es la mas valiente de las aves,
y la mas voladora. Así corria
Aquíles, y sus armas sobre el pecho

en ronco son temblaban; y del rio
que le seguia, en hórrido tumulto
levantando sus aguas espumosas,
siempre iba huyendo en giro tortuoso.
Cual suele el hortelano del oscuro
pozo sacar el agua, y conducirla
por estrechos canales á que riegue
las plantas y legumbres de la huerta;
y el escardillo en mano, los estorbos
quita de las regueras; y corriendo
por el declive en plácido murmullo
el agua lleva en pos las piedrecillas
que encuentra al paso, y siempre va delante
del que la guia: así, detras de Aquiles
corriendo el rio, le alcanzaba siempre
por mas que fuese en el correr ligero;
que siempre las Deidades poderosas
mas que los hombres son. Y cuantas veces
queria el héroe á la corriente fiera
esperar para ver si las Deidades
ya olvidado le habian: otras tantas
las grandes olas del potente rio
los hombros le azotaban. No pudiendo
ya resistir, en saltos poderosos
corrió hácia la ribera; mas del rio
la tortuosa rápida corriente
sus piernas de continuo enflaquecia,
y bajo de sus piés la firme arena
en que á sentarlos iba le robaba.
Cansado al fin el valeroso Aquíles
de luchar con el rio; suspirando
volvió la vista al anchuroso cielo,
y así al supremo Júpiter decia.

"Padre Jove! ¡Y ninguno entre los Dioses 493
»á este infeliz libertará del rio!
»Salga yo de él, y mas que luego muera.
»Pero ninguno de los Dioses todos,
»ni de las Diosas, tan culpable ha sido
»como mi madre; que halagar queriendo
»mi vanidad con falsas predicciones,
»me decia que al pié de las murallas
»moriria de Troya aguda flecha
»arrojándome Apolo. Mas valdria
»que á manos de Héctor perecido hubiese,
»el mas fuerte de todos los Troyanos;
»que entónces un guerrero valeroso
»á otro tambien valiente de la vida
»y de las armas despojado hubiera.
»Mas hoy de oscura muerte mi destino
»dispuso que perezca, por las aguas
»de un gran rio cercado; cual si fuese
»tierno zagal que atravesar queriendo
»el torrente espumoso con las aguas
»del invierno acrecido en ellas muere."
Así el héroe decia: y cuidadosos,
de mortales tomando la figura,
Neptuno y Pálas, y á su lado puestos,
le asieron de la mano: y al oido
hablándole, en su pecho confianza
y valor infundieron. Y Neptuno
el primero le dijo. "No ya temas,
»ni te acobardes, valeroso Aquíles!
»Sabe que á tu socorro hemos venido,
»aprobándolo Jove, yo y Minerva.
»No es tu destino en la corriente brava
»de este rio morir; de perseguirte

526 »ya cesará. Mas el consejo escucha
»que te damos los dos. En la pelea
»no tu brazo descanse, hasta que dentro
»los altos muros de Ilïon encierres
»á todos los Troyanos que salvarse
»hayan logrado en pavorosa fuga.
»Y cuando luego de la vida hubieres
»á Héctor privado, á las aquivas naves
»tú retrocede; que los dos te damos
»alta gloria alcanzar en este dia."
Así dijo Neptuno, y con Minerva
al terrazo volvió donde esperaban
los otros inmortales. Animado
Aquíles ya de los eternos Dioses
con la promesa, á caminar seguro
por el llano empezó que ya cubierto
estaba con el agua que del rio
derramó la Deidad; y por encima
iban flotantes las brillantes armas
de los Troyanos que en la lid murieran,
y tambien sus cadáveres. Aquíles
ligero por el agua iba saltando,
ni ya le detenia la corriente;
porque Minerva poderoso brio
infundiera en su pecho. El Escamandro
furibundo tambien le perseguia;
y mas y mas airado con el griego,
hinchaba su torrente. Y la cabeza
alzando, al Símois en horrendas voces
en su auxilio llamaba y le decia.
"Hermano mio! la corriente undosa
»reunamos los dos; y de este fiero
»hijo de Acaya la indomable fuerza

»nuestro poder enfrene. Si tardamos 559
»pronto su diestra arruinará los muros
»de la ciudad de Príamo, y los Teucros
»no le resistirán en la pelea.
»De ellos te compadece, tu corriente
»de las fuentes aumenta con las aguas,
»engruesa los arroyos que en el seno
»recibes en tu curso, ingentes olas
»levanta hinchadas, y en estruendo horrible
»piedras arranca y troncos; por si puede
»unida nuestra fuerza ese guerrero
»tan feroz detener que así orgulloso
»de todos triunfa, y á los mismos Dioses
»igualarse pretende en sus hazañas.
»Mas de la muerte espero que este dia
»no le libertarán, ni su gran fuerza,
»ni su hermosura, ni sus ricas armas;
»que en lo mas hondo de mi cauce ocultas
»quedarán, sepultadas en el cieno.
»Y á él mismo cubriré con mis arenas
»mucho cascajo derramando en torno,
»y ni sus huesos recoger los Dánaos
»podrán cuando los busquen. Tan enorme
»cantidad yo de guijo, arena y cieno
»sobre él derramaré; y allí el sepulcro
»labrado le será, sin que le sea
»necesaria otra tumba cuando pios
»inhumarle quisieren los Aqueos."

Así el rio decia; y contra Aquíles
arremetió furioso, levantando
ingentes y espumosos remolinos;
y con la sangre turbio, murmuraba
entre tantos cadáveres corriendo.

592 Y levantadas las purpúreas ondas
del anchuroso rio y detenidas,
ya á derribar al suelo comenzaban
al hijo de Peleo; pero Juno,
temiendo que el torrente arrebatado
del caudaloso rio le arrastrase,
espantada gritó y así al terrible
Vulcano dijo en cariñosas voces.
"Sus, hijo mio; la batalla empieza,
»y en el Janto hallarás impetuoso
»digno rival. A combatir camina,
»y muéstrale tu llama abrasadora;
»que yo despues en ráfaga violenta
»haré que desde el mar soplen airados
»el Zéfiro y el Noto y que propaguen
»el fuego destructor, y este las armas
»y las cabezas de los teucros queme.
»En tanto tú del rio en las orillas
»los árboles abrasa, y en terrible
»fuego arde su corriente; y no ablandarte
»dejes con sus razones lisongeras,
»ni su cólera temas y amenazas,
»ni suspendas tu furia; pero cuando
»oigas que grito en clamorosas voces,
»apaga entónces el ardiente fuego."
Dijo la Diosa, y arrojó Vulcano
inmensa llama que la gran llanura
toda encendió primero, y numerosos
cadáveres quemó de los Troyanos
que á las manos de Aquíles perecieran.
Y desecada la llanura toda,
volvió del rio el agua cristalina
á correr en su cauce. Como suelen

los nordestes de otoño los barbechos
prontamente secar que los continuos
aguaceros habian inundado,
y el labrador se alegra; así la llama,
la llanura secando, de los teucros
abrasó los cadáveres; y al rio
Vulcano dirigió el impetuoso
resplandeciente fuego, y se quemaron
los olmos, y los sauces, y los mirtos,
y la grama, y el loto, y el cipero,
que en abundancia mucha las orillas
del caudaloso rio coronaban.
Y los peces y anguilas en sus cuevas
á este lado y aquel de la corriente
saltaban, perseguidos por el soplo
sin cesar de Vulcano: y hasta el rio
ardió todo, y humilde así decia.
"O Vulcano! ninguno de los Dioses
»igualarte pudiera, ni yo mismo
»combatiria con tu ardiente llama.
»De perseguirme cesa: arroje Aquíles
»hoy mismo, si te place, á los Troyanos
»de su ciudad. ¿Qué fruto yo sacara
»de seguir combatiendo, y á los hombres
»de proteger ahora?" Así decia
ardiendo en fuego el rio, y su corriente
herbia á borbotones. Como dentro
de la caldera el agua en espumosos
herbores cuece por la ardiente llama
herida siempre, y la sabrosa carne
fácil ablanda de cebado puerco,
y de todos los puntos se levantan
hinchados borbollones, y debajo

658 arde la árida leña: así espumosa
ardia en fuego la corriente inmensa
del anchuroso rio, ni podia
adelante pasar; que allí parada
se exhalaba en vapor, á la violencia
resistir no pudiendo de Vulcano.
Y volviéndose á Juno; en dolorido
acento suplicaba, y la decia.
"Juno! ¿Por qué á mí solo, entre los Dioses
» que á los Teucros amparan, la corriente
» tu hijo evapora en ardoroso fuego?
» ¿Soy acaso á tus ojos mas culpable
» yo que todos los otros? Si lo mandas,
» yo en esta lucha cederé: que cese
» tu hijo tambien. Con firme juramento
» te prometo ademas que á los Troyanos
» no ya defenderé, ni aun aquel dia
» en que encendidas las voraces llamas
» por mano de los hijos de la Grecia
» arda su gran ciudad." Apénas Juno
esto escuchó, cuando á Vulcano dijo.
"No mas, Vulcano! Tu furor reprime:
» no es justo que en favor de los mortales
» á un Dios, que es inmortal, atormentemos."
Así dijo; y la llama abrasadora
el Dios apagó pronto, y la corriente
del rio por el cauce acostumbrado
volvió á correr. El Janto poderoso
así vencido, en la terrible lucha
uno y otro cesaron porque Juno
reprimió su furor aunque irritada.
Pero espantosa lid entre los Dioses
que en dos parcialidades divididos

unos á los Troyanos defendian, 691
y otros á los Aqueos, desde entónces
se comenzó. Llegaron á las manos
unos con otros con inmenso ruido,
bramó asustada la anchurosa tierra,
y en penetrante voz cual si llamase
la trompeta marcial á la batalla
el vasto cielo resonó. Sentado
en el Olimpo Jove, oyó el estruendo:
y alegre el corazon, dulce reia
cuando vió que los Dioses á embestirse
marchaban todos. Ni por largo tiempo
uno de otro estuvieron alejados
los combatientes; que el primero Marte
acometió á Minerva, la terrible
pica blandiendo que por él lanzada
los mas gruesos escudos atraviesa;
y así decia en iracundas voces.
"¿Por qué otra vez cual importuna mosca
» empeñas á los Dioses en combates,
» atrevida Deidad? ¿A tanto llega
» tu orgulloso furor? ¿Has olvidado
» que otro dia tambien á Dïomédes
» con tu voz animaste á que me hiriera;
» y la potente lanza del Aquivo
» empuñando tú misma, en derechura
» hácia mí la arrojaste y ancha herida
» me hizo el agudo hierro? Pues ahora
» pagarás el agravio que me hiciste."
Así Marte decia: y la afilada
pica arrojando, poderoso golpe
dió en la égida espantable que ni el rayo
de Jove romperia. Mas la Diosa

724 dió atras algunos pasos, y una piedra
del suelo alzó con la robusta mano;
piedra que los antiguos para linde
pusieran del terreno, puntiaguda,
negra, y pesada, y en el cuello á Marte
hirió con ella. De vigor privado
cayó en la arena el Dios, y con su cuerpo
siete enteras yugadas ocupaba.
Manchó el polvo su hermosa cabellera,
y en derredor las armas resonaron:
y riyendo Minerva, y con el triunfo
que sobre él alcanzara envanecida,
así le dijo en arrogantes voces.

"Necio! ¿será posible, ya que intentas
» conmigo pelear, que ni aun ahora
» hayas llegado á conocer tú mismo
» cuanto yo soy mas fuerte? Así castiga
» tu madre Juno la inconstancia tuya:
» y altamente enojada, nuevos males
» aun te hará padecer porque á los griegos
» abandonaste y veleidoso ahora
» proteges á los pérfidos troyanos."

Dijo la Diosa, y los brillantes ojos
á otro lado volvió. La tierna Vénus,
asiendo á Marte de la mano, quiso
levantarle de tierra; y anheloso
él frecuentes suspiros exhalaba,
y apénas recobrar pudo el sentido.
Pero lo advirtió Juno, é iracunda
dijo en voces aladas á Minerva.

"O rabioso dolor! Hija de Jove:
» ya ves cómo impudente y atrevida
» Vénus sacar al furibundo Marte

» intenta de la lid, atravesando 757
» por medio de las haces presurosa;
» tú la persigue." Apénas el mandato
oyó la Diosa; en rápida carrera,
alegre el corazon, por la llanura
siguió el alcance á la afligida Vénus.
Y arremetiendo fiera, una puñada
la dió en el pecho con la fuerte mano;
y sin poder valerse y aturdida
cayó Vénus al suelo, y en la arena
ella y Marte yacian. Y orgullosa
Minerva dijo en arrogantes voces.

"Si las Deidades todas que á los Teucros
» favorecen yacieran derribadas
» sobre la arena así cuando á las tropas
» aquivas acometen, y si fueran
» tan valientes y osadas como Vénus
» cuando ha venido á socorrer á Marte
» y hacerme frente quiso; ya hace dias
» que arruinada Ilïon por nuestra mano
» hubiéramos la guerra fenecido."

Al oir á Minerva sonriyóse
la Diosa Juno: y la Deidad potente
que la tierra circunda con sus aguas
así despues al rubicundo Apolo
desafiaba á singular pelea.

"Febo! ¿Por qué nosotros alejados
» así estamos ahora? No el combate
» conviene diferir, cuando los otros
» han comenzado la batalla. Mengua
» seria que nosotros al Olimpo
» volviésemos, de Jove á la morada,
» sin haber combatido. Tú el primero

» acomete, pues eres en los años
» mucho menor que yo; ni decoroso
» fuera que yo empezase la batalla
» siendo de mas edad, y en experiencia
» excediéndote mucho. Pero dime,
» necio! ¿Cómo, tan falto de sentido,
» la razon te abandona? ¿No te acuerdas
» ya de los males que nosotros solos
» entre los Dioses tolerado habemos
» entorno de Ilïon; cuando, por Jove
» de la eterna mansion de las Deidades
» arrojados, al duro Laomedonte
» estuvimos los dos sirviendo un año
» por soldada mezquina y como dueño
» él nos mandaba? El anchuroso muro
» yo edifiqué de la ciudad entorno,
» para que siempre inexpugnable fuera;
» y tú entre tanto, Febo, apacentabas
» sus ovejas y bueyes en los valles
» y los montes de Ida y en las selvas.
» Y cuando ya las deseadas horas
» de nuestro ajuste el término trajeron;
» Läomedonte injusto los salarios
» íntegros nos negó, y con amenazas
» nos despidió de su servicio. Fiero
» á tí te amenazaba que las manos
» atándote y los piés te venderia
» por esclavo en las islas mas remotas,
» y aseguraba que con duro bronce
» á los dos cortaria las orejas;
» y nosotros, su cólera temiendo,
» pronto volvimos al celeste alcázar
» airado el corazon, y muy ceñudos

» porque el Rey el salario prometido 823
» no nos pagara. ¿Y á su gente ahora
» tú favoreces? ¿Y asociar rehusas
» al nuestro tu poder, para que mueran
» en comun exterminio doloroso
» los pérfidos Troyanos, y sus hijos,
» y sus caras esposas?" Á Neptuno
dijo cortés el Flechador Apolo.
» Con razon, o Neptuno, tú dirias
» que cabal yo mi juicio no conservo,
» si en batalla contigo entrase ahora
» por causa de los míseros mortales;
» que á las hojas de un árbol parecidos,
» ora florecen en verdor lozano
» y de los frutos de la tierra comen,
» ora exánimes caen. La pelea
» dejemos, pues, y que combatan ellos."
Así diciendo, le volvió la espalda;
porque temia, reverente y pio,
con el hermano de su padre Jove
á las manos llegar. Pero su hermana,
la Deidad de los bosques poderosa
y las fieras, Dïana, en insultantes
voces le reprendió su cobardía.
"¡Huyes (le dijo) Flechador Apolo,
» y libre el campo dejas á Neptuno,
» y la gloria le das del vencimiento!
» Ah! tímido rapaz! ¿para qué al hombro
» llevas inútil arco? Mis oidos
» no te vuelvan á oir en el alcázar
» paterno gloriarte, como sueles
» hacerlo en el convite de los Dioses,
» de que tú cuerpo á cuerpo con Neptuno

856 »no temes combatir." Así decia
la Diosa, mas Apolo á responderla
no se paró. Y al escucharla Juno
altamente indignada, así la dijo
en injuriosas arrogantes voces.
"¿Cómo, insolente y de pudor desnuda,
»te atreves á esperarme? A mi pujanza
»resistir imposible te seria;
»por mas que el arco lleves y que Jove
»te haya hecho leon entre mugeres,
»y de ellas mates con aguda flecha
»á la que te agradare. Mas seguro
»es herir á las fieras en los montes
»y á las ciervas del campo, que atrevida
»con Deidades lidiar mas poderosas.
»Pero si hacer la prueba ya quisieres
»de mi valor, combate; y verás pronto,
»ya que te atreves á lidiar conmigo,
»cuanto en poder y fuerza te aventajo."
Dijo: y por las muñecas a Diana
ambas manos asiendo con su izquierda,
y la aljaba y el arco de los hombros
con la diestra quitándola; en la cara,
riyéndose, la heria con el arco:
y á un lado y otro la afligida Diosa
volviéndose los golpes evitaba,
y en el polvo cayeron las saetas.
Y derramando lágrimas Diana,
huyó al Olimpo como en raudo vuelo
huye á esconderse en la excavada peña
la tímida paloma á quien persigue
el milano rapaz, y allí se salva;
que no estaba dispuesto por el Hado

que la alcanzase. Así triste la Diosa 889
huyó al Olimpo, abandonando flechas,
arco y aljaba. Y á Latona luego
dijo el sagaz Mercurio. "Yo contigo
» no ya combatiré; que peligroso
» fuera lidiar con hembras que del lecho
» participan de Jove. Así, ya puedes
» entre los Dioses gloriarte ufana
» de que á fuerza en la lid tú me venciste."

Y ya entónces Latona recogia
arco, flechas, y aljaba, que en el polvo
arrojadas yacian, y con ellas
voló al Olimpo á la mansion de Jove.
Y allí encontró á Diana, que de Juno
huyendo ya subiera al ancho cielo:
y sentada del padre en las rodillas,
lágrimas ardorosas derramaba
y en derredor el velo trasparente
temblaba de su rostro. El padre Jove
la estrechaba en sus brazos; y riyendo,
en voces cariñosas la decia.

"¿Cuál de los moradores del Olimpo
» así te maltrató sin justa causa,
» como si tú á presencia de los Dioses
» horrendo crímen cometido hubieses?"

Y así la Diosa, cuya sien ceñida
está de eterna luz y que las fieras
en la caza persigue clamorosa,
á Jove respondió. "La blanca Juno,
» tu augusta esposa, o padre, maltratado
» me ha de este modo; porque nacen de ella
» la discordia y la guerra en que los Dioses
» divididos están." Pláticas tales

922 entre Jove pasaron y Dïana.
En tanto Febo en el excelso muro
entrara de Ilïon; porque temia
no acaso entónces las falanges griegas
ántes del tiempo que la Parca dura
prefijado tenia le asaltaran.
Y las otras Deidades al Olimpo
ya volvieran tambien, mustias las unas,
y las otras alegres por el triunfo,
y al lado se asentaran de su padre.
Y Aquíles la derrota proseguia
de los Teucros, los hombres y caballos
matando sin cesar. Como, incendiada
populosa ciudad, el humo sube
á la region del éter, y el incendio
la cólera propaga de los Dioses;
y afligidos los tristes habitantes
todos trabajan, y el ardiente fuego
pobres á muchos deja: tan furioso
Aquíles á los Teucros perseguia
llenando á todos de pavor, y á muchos
dando la muerte en general estrago.
Y triste el Rey, desde la excelsa torre
viendo como de Aquíles perseguidos
huian los Troyanos sin que nadie
osara resistirle, dolorosos
suspiros daba. Y diligente á tierra
de la torre bajando, por el muro
iba diciendo en agitadas voces
á los fuertes guerreros que cuidaban
de abrir y de cerrar las altas puertas:
"Abrid las puertas todas, y seguras
»tenedlas con la mano hasta que hubieren

»entrado las escuadras que corriendo
»vienen á la ciudad; pues ya de cerca
»Aquíles las persigue, y muchos males
»presagia el corazon. Cuando ya hubieren
»todas pasado el anchuroso muro,
»y á respirar empiecen; los portones
»cerrad de nuevo, y con las firmes barras
»aseguradlos: porque mucho temo
»queese varon, para mi mal nacido,
»furioso ahora en la ciudad penetre."
Así el anciano dijo: y los mancebos
los enormes cerrojos apartando
las puertas franqueaban, que ya abiertas
aurora de salud fueron á todos.
Despues Febo saltó fuera del muro
para librar de su total ruïna
al troyano escuadron que en derechura
hácia su capital y alta muralla,
oprimido de sed, de polvo lleno,
huia apresurado. Y furibundo
Aquíles sin cesar los perseguia
con su lanza y de rabia poseido
tenia siempre el corazon, y mucho
el amor de la gloria le aguijaba.
Y de las altas puertas y del muro
de Troya en aquel dia los Aquívos
dueños se hicieran, si cuidoso Febo
á hacer á Aquíles frente no animara
al valiente Agenor. Era nacido
de Antenór este jóven, y estimado
por uno de los fuertes capitanes
de los Troyanos; pero mas pujanza
entónces en su pecho infundió Apolo.

988 Y para libertarle de la muerte
el mismo Dios se colocó á su lado
detras de una alta encina, y encubierto
con mucha y parda niebla. Cuando el jóven
á Aquíles vió venir, paróse: y triste,
allí parado, en su ánimo dudaba
lo que hacer deberia. Y arrancando
hondos suspiros del doliente pecho,
así en secretas voces se decia.
"Triste de mí! si del valiente Aquíles,
»por el mismo parage que los otros
»huyendo vienen, escapase ahora;
»vivo aun así cogiéndome, la muerte
»él me dará sin resistencia mia.
»Pero si dejo que al tropel confuso
»de los demas persiga, y entre tanto
»en rápida carrera á la llanura
»retorno de Ilïon hasta que llegue
»á los bosques del Ida y ocultarme
»puedo entre la maleza; por la noche,
»cuando ya del sudor limpio estuviere
»en el rio lavándome, volviera
»sin daño á mi morada. Mas ¿qué digo?
»Acaso entónces, si vagar me viese
»léjos de la ciudad por la llanura,
»tras mí corriendo en presurosos pasos,
»con sus ligeros piés me alcanzaria:
»y cogido, posible no me fuera
»de la muerte librarme; que de todos
»los hombres es Aquíles el mas fuerte.
»Mas si ahora al encuentro yo le salgo
»al pié de la muralla..... Vulnerable
»es su cuerpo tambien por el acero;

„tiene una sola vida, y segun dice 1021
„la fama de él para morir nacido
„es como los demas; y si nos vence,
„es porque Jove su favor le presta."
Así Agenor decia: y al aquivo
volviendo el rostro, le esperó; y su fuerte
corazon en secreto le animaba
á comenzar la desigual pelea.
Como del cazador sale al encuentro
desde el espeso matorral el tigre,
luego que de los perros el ladrido
llegó á escuchar; y ni cobarde teme
dentro del corazon, ni se retira:
y aunque de cerca el cazador herirle,
ó de léjos, consiga ántes que llegue;
atravesada ya por el acero
la valerosa fiera, no abandona
el desigual combate hasta que coge
al cazador con su terrible garra,
ó moribunda cae: así el ardido
Agenor á la fuga no queria
tímido abandonarse, hasta que hubiese
de Aquíles el valor y fortaleza
por sí mismo probado. Del escudo
cubierto, pues, y la robusta lanza
contra Aquíles blandiendo, le decia.
"Sin duda ahora, esclarecido Aquíles,
„la ciudad de los Teucros valerosos
„arruinar esperabas. Necio! muchos
„trabajos todavía los Aquivos
„ántes padecerán. Su alta muralla
„muchos fuertes guerreros aun encierra
„que por nuestras esposas, nuestros hijos,

1054 »y nuestros padres peleando, á Troya
»defenderémos: y aunque tan valiente
»é intrépido adalid hayas nacido,
»aquí hallarás la muerte." Dijo el teucro:
y la afilada pica con la mano
vibró robusta. Y acertando el golpe,
por debajo le dió de la rodilla
en una pierna; y en estruendo ronco
la greva resonando, el duro hierro
del estaño saltó recien bruñido
sin penetrar adentro: lo impedia
la sólida armadura fabricada
por la Deidad. Acometió segundo
Aquíles á Agenor; pero la vida
Febo no permitió que le quitara:
y arrebatando al jóven por los aires
de niebla oscura le cubrió, y sin daño
le sacó del combate y en los muros
facilitó que de Iliön entrara.

Despues el Dios al hijo de Peleo
de la hueste alejó con un engaño:
pues de Agenor tomada la figura
fingió que huia, y el ligero Aquíles
siguió el alcance en rápida carrera;
pero de él alejado corto trecho
corria el Flechador, y solamente
iba delante de él lo que bastaba
para que el héroe en ilusion funesta
alcanzarle por piés siempre esperase.
Miéntras á Febo Aquíles perseguia
por la pradera que la márgen ciñe
del caudaloso rio; en pavorosa
fuga y tropel confuso los Troyanos

alegres mucho á su ciudad volvian,
y de los fugitivos se llenaba
la ancha capacidad del vasto muro.
Fuera de la ciudad y su recinto
no osaban esperarse el uno al otro
y saber quien la vida con la fuga
salvado habia y quien en la batalla
hubiese perecido, y muy dichoso
cada cual se creia con entrarse
en la ciudad por la primera puerta
á que sus piés con vida le llevaran.

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

Como tímidos ciervos los Troyanos
dentro de su ciudad ya guarecidos;
el sudor refrescaban á las torres
arrimados y almenas, y bebian
para apagar la sed: y los Aqueos,
el escudo embrazado, ya llegaban
á vista de los muros. Solamente
fuera de Troya, hácia la puerta Escea,
Héctor quedó; porque la dura Parca,
cual si tuviera con pesados grillos
sujetos ambos piés, allí parado
le detenia. Y entre tanto Apolo
así habló con el hijo de Peleo.
"Miserable mortal! ¿Por qué persigues
» en incesante rápida carrera
» á un inmortal, á un Dios? ¿No has conocido
» que soy una Deidad? Y si lo sabes,
» ¿cómo tan furibundo y denodado
» te ostinas en seguirme? ¿No te curas
» de los Troyanos ya, despues que á todos
» pusiste en fuga? Sabe que en seguro
» estan dentro Iiïon, y que engañado
» te extravïaste. De seguirme deja,
» y matarme no esperes; que nacido
» no fuí para morir." Al escucharle
altamente indignado el fuerte Aquíles,
así le dijo en iracundas voces.
"Apolo, que de todas las deidades
» has sido para mí la mas funesta!
» con ruin falsía completar el alto

» triunfo no me dejaste, desde el muro
» trayéndome hácia aquí. Si así no fuese;
» otros muchos Troyanos todavía
» mordido el polvo al espirar hubieran
» ántes de entrar en Ilïon. Ahora
» tú de la mayor gloria me privaste,
» y has salvado á los Teucros sin peligro;
» porque sabias que tomar venganza
» de tí no puedo yo. Si ya pudiera,
» caro el engaño tú me pagarias."

Así dijo, y á Troya furibundo
y de arrogancia lleno caminaba
con presurosos pasos. Como suele
el ligero bridon que en la carrera
al premio aspira, y por la gran llanura
fácil arrastra el ponderoso carro,
el galope tender: así movia
rápido Aquíles su ligera planta.

Como el astro que nace en el otoño
y el perro de Orïon llaman los hombres
brilla entre las estrellas, con sus rayos
á las demas en claridad venciendo,
en la profunda noche; y aunque sea
tan reluciente y bello, infausto anuncia
y acarrea á los míseros mortales
dolencias peligrosas: tal brillaba
sobre el pecho de Aquíles la armadura
de luciente metal, miéntras corria.
Y Príamo el primero con sus ojos
le vió venir; y suspirando triste,
y las manos alzadas, la cabeza
se heria venerable. Y arrancando
hondos gemidos del doliente pecho,

64 á Héctor en altas voces suplicaba
que fuera de los muros no quedase.
Y al ver que el héroe ante la puerta Escea
parado estaba, y combatir queria
con el temido Aquíles; el anciano,
ambas manos tendiéndole afligido,
así decia en lastimeras voces.
«Héctor, hijo adorado! no tú solo,
» y sin tener quien te defienda, esperes
» á ese adalid. Contempla que vencido
» serás por él, y dolorosa muerte
» pronto hallarás; porque valiente mucho
» es mas que tú. Cruel! Si las Deidades
» tanto le aborrecieran, como odioso
» es para mí; los perros y los buitres
» pronto devorarian su cadáver,
» y de mi triste corazon huyera
» el inmenso dolor que le devora.
» Él de muchos mis hijos y valientes
» huérfano me ha dejado, á unos la vida
» quitando y á los otros por cautivos
» en las islas vendiendo mas remotas.
» Y ahora que los Teucros en los muros
» se encerraron mis ojos no descubren
» otros dos hijos mios, Polidoro
» y Licäon. Y me nacieron ambos
» de Laotoe, que vence en hermosura
» á las mugeres todas. Si en las naves
» vivos están los dos, con oro y bronce
» yo los rescataré; porque en mi alcázar
» hay mucha parte aün de los joyeles
» que al hacerla mi esposa dió á Laotoe
» su anciano padre, el poderoso Altéas.

» Pero si ya murieron y del orco 97
» están en la region, muy dolorosa
» su pérdida será para la madre
» y para mí tambien porque les dimos
» ambos el ser; pero menor el duelo
» será de los demas que si murieses
» á manos tú de Aquíles. Hijo mio!
» entra ya en la ciudad para que seas
» el salvador, como lo fuiste siempre,
» de todos los troyanos y troyanas;
» y no quieras al hijo de Peleo
» el alto honor de que te venza darle,
» y de que herido por su lanza pierdas
» la dulce vida. Compadece tierno
» á este padre infeliz, que en su desgracia
» y en prolongada senectud conserva
» su razon todavía. Mas, llegado
» yo al confin de la vida, el padre Jove
» en adversa fortuna dolorosa
» me acabará despues que por mis ojos
» grandes y muchas desventuras vea:
» muertos mis hijos con agudo hierro,
» á esclavitud mis hijas reducidas,
» arrastradas mis nueras por las manos
» de los fieros Aquivos, de las torres
» arrojados mis nietos, mis nupciales
» tálamos profanados, y asolada
» esta ciudad en general ruïna.
» Y cuando alguno, con agudo estoque
» hiriéndome de cerca ó desde léjos
» tirándome su lanza, de la vida
» el último me prive; en los umbrales
» de mi palacio los voraces perros

»que yo criara, de mi misma mesa
»dándoles la comida porque fuesen
»fieles custodios de mi regio alcázar,
»arrastrarán el mísero cadáver;
»y atormentados por la sed rabiosa
»beberán de mi sangre, y entre ruinas
»dormirán en el pórtico abrasado.
»Al jóven que animoso combatiendo
»murió en batalla de laurel le sirve
»que todos vean la gloriosa herida
»que recibió en el pecho, y si quedare
»en el campo desnudo decorosa
»su misma desnudez es todavía.
»Pero si á manos el anciano muere
»del enemigo, y su cabeza arrastran
»de venerables canas ya cubierta
»y su barba tambien encanecida
»por la arena los perros, y el cadáver
»queda sin vestiduras é insepulto;
»esta la mayor es de las desgracias
»que la cólera suele de los Dioses
»envïar á los míseros mortales."

Así el anciano en su dolor le dijo,
y los albos cabellos se arrancaba
de la cabeza con entrambas manos;
mas no del hijo el alma endurecida
pudo vencer. La cariñosa madre
á otra parte del muro lamentaba,
la venerable faz bañada en lloro,
de Héctor la triste suerte: y desnudando
y mostrándole el pecho, y abundantes
lágrimas derramando, le decia.

"Héctor! hijo del alma! Si otro tiempo

»yo este pecho te dí, con que acallaba 163
»tus infantiles lloros; la memoria
»de tu niñez recuerda, y compadece
»á esta madre infeliz. Hijo adorado!
»entra ya en la muralla, y desde dentro
»aleja á ese enemigo; ni tú solo
»con él batallar quieras, ni te ciegue
»tu extremado valor. Si te matara;
»ni yo que te parí, tierno pimpollo,
»el consuelo tendria de llorarte
»sobre el fúnebre lecho reclinada,
»ni la esposa que un dia de su mano
»y sus muchas alhajas y riquezas
»dueño te hizo feliz: porque los perros
»enmedio los bajeles enemigos,
»de nuestra vista léjos, tu cadáver
»destrozarán." En lágrimas deshechos,
así los dos ancianos en dolientes
voces al hijo enternecer querian;
pero de Héctor el ánimo ostinado
no pudieron vencer, y valeroso
á Aquíles esperó que se acercaba.
Como el fiero dragon que de venenos
se alimentó mortales firme espera
al hombre que le sigue, y no se oculta
en su guarida; que en ardiente saña
enfurecido está, y á todas partes
vuelve y revuelve los terribles ojos;
y enroscado, en la boca de la cueva
la acometida aguarda: así el troyano,
de valor revestido y ardimiento,
no ya retrocedia aunque acercarse
vió al corpulento Aquíles. Y arrimado

196 á la alta torre el reluciente escudo
y en ira ardiendo el generoso pecho,
á su valiente corazon decia.
"Ay de mí! Si en las puertas y los muros
» entrara yo, de todos el primero
» Polidamante en injuriosas voces
» me insultaria. Cual varon prudente,
» que á la ciudad las tropas retirase
» me aconsejó en la noche malhadada
» que el valeroso Aquíles en la liza
» se presentó de nuevo, y yo no quise
» su consejo seguir; y mas valiera.
» Ahora ya que tantos campeones
» por la funesta pertinacia mia
» han perecido; á los troyanos temo
» y á las troyanas, y que algun cobarde
» diga hablando de mí. *Perdió la hueste*
» *Héctor, fiado en su pujanza y brio.*
» Así dirán; pero mejor me fuera
» habiendo valeroso peleado
» matar á Aquíles y en alegre triunfo
» volver á Troya, ó por la patria mia
» con gloria perecer muerto á sus manos.
» Mas si ahora, el escudo deponiendo
» y el morrïon y á la pared la pica
» arrimada dejando, del valiente
» Aquíles al encuentro yo saliera,
» y entregar prometiese á los Atridas
» á Elena y sus alhajas cuantas trujo
» á Troya Páris en las hondas naves,
» ya que esta fué la causa de la guerra;
» y ademas repartir entre los Dánaos
» la mitad de las joyas y tesoros

»que encierra la ciudad; y juramento 229
»fiel tomase despues á los Troyanos
»de que ninguna parte ocultarian,
»y que con fiel balanza en dos mitades
»cuantas riquezas la ciudad contiene
»dividirian.... Pero ¿cómo el alma
»con vanas ilusiones se deslumbra?
»Iria yo é inexorable Aquíles
»no de mi suerte compasion tendria,
»y ménos respetara mi persona;
»que si una vez las armas yo dejase,
»viéndome él desarmado, sin defensa
»como á débil muger me mataria.
»No es tiempo ya de entretener á Aquíles
»con antiguas consejas, como suelen
»solazarse doncellas y mancebos:
»doncellas y mancebos.... Sí, mas vale
»la batalla empezar. Veamos pronto
»á quién concede la victoria Jove."
Estas tristes ideas agitaba
Héctor, allí parado; mas Aquíles
ya cerca de él llegaba, semejante
al númen de la guerra impetuoso.
Y la terrible lanza con la mano
blandiendo poderosa, entorno al pecho
brillaba la armadura como suele
brillar el resplandor de ardiente llama,
ó del sol cuando nace. Apénas Héctor
le vió acercarse de sus miembros todos
se apoderó el temblor, y á que llegara
no se atrevió á esperar; y á la llanura,
á la espalda dejándose la puerta,
huyó veloz; y en seguimiento suyo

262 corrió tambien Aquíles, confiado
en sus ligeros piés. Como en el monte
el gavilan, que de las aves todas
es la mas voladora, en raudo vuelo
va siguiendo á la tímida paloma
que en tortuosos giros asustada
revolando huye de él; y desde cerca
siempre la sigue, sin cesar graznando;
y á veces acomete, y alcanzarla
mucho desea: así el fogoso Aquíles
á Héctor iba siguiendo, que azorado
bajo los muros de Ilïon huia
ágil moviendo la ligera planta.
    Por el camino real bajo del muro,
y al pié de la colina de silvestres
higueras coronada, y de la torre
de la vigía; en rápida carrera
á Héctor Aquíles persiguió hasta el sitio
do nace el Janto caudaloso y brotan
dos cristalinas fuentes. Es el agua
que arroja la primera muy caliente,
y en derredor del manantial se forma
un humo tan espeso cual si fuera
de fuego abrasador: y aun en verano
sale de la segunda agua tan fria
como el granizo, como el agua helada,
como la misma nieve. Construidos
cerca de ellas habia lavaderos
magníficos de piedra, en que lavaban
sus hermosos vestidos las mugeres
de los troyanos y sus bellas hijas,
en el tiempo de paz ántes que á Troya
los Griegos aportaran. De las fuentes

cerca pasaron, pues, los dos rivales,
huyendo el uno y el alcance el otro
siguiéndole veloz. Era valiente
el que huia delante; pero el otro
que le seguia en presurosos pasos,
era mucho mas fuerte: y ser el premio
del vencedor debia, no una vaca,
ó una piel de novillo, cual se ofrece
á aquellos que á correr se desafían,
sino la vida de Héctor. Cuan veloces
al celebrarse funerales juegos
los briosos caballos que á la gloria
del vencimiento aspiran de la meta
corren al rededor, y los volubles
carros arrastran rápidos, y en premio
un trípode se ofrece, ó una esclava:
tan ligeros entónces y animosos
ambos corrian en perpetuo giro
en torno á la ciudad, y por tres veces
dieron la vuelta entera. Las Deidades
todas desde el Olimpo los miraban,
y el padre de los hombres y los Dioses
rompió al fin el silencio y las decia.
"O dolor! con mis ojos estoy viendo
» en derredor del muro perseguido
» á un mortal que me es caro. Compadece
» á Héctor mi corazon; porque en las cumbres
» del Ida muchas veces me ha ofrecido
» víctimas numerosas, y otras veces
» en el alcázar de Iliön; y ahora
» con sus veloces piés en torno al muro
» de la ciudad de Príamo en su alcance
» corre el ligero Aquíles. Mas decida

328 »vuestra equidad, o Dioses, si debemos
»de la muerte librarle, ó si á las manos
»permitirémos, aunque justo él sea,
»que hoy acabe del hijo de Peleo."
Minerva respondió: "¿Qué has pronunciado,
»o padre Jove, o tú que el rayo ardiente
»vibras desde las nubes? ¿De la triste
»muerte librar quisieras todavía
»á un mortal que el Destino ha condenado
»hace tiempo á morir? Hazlo en buen hora;
»pero no esperes que á los otros Dioses
»grato nos sea." El Padre omnipotente
á Pálas respondió. "Triforme Diosa!
»hija adorada! Sin temor respira,
»y cúmplase la voluntad del Hado.
»Padre yo soy benigno: hacer ya puedes
»lo que te inspire el corazon; acaba
»la obra que comenzaste." Así á Minerva,
que ya impaciente deseaba mucho
favorecer á Aquíles, aguijaba
el padre los hombres y los Dioses:
y ella desde las cumbres del Olimpo
bajó á la tierra en vuelo vagaroso.
A Héctor en tanto sin cesar seguia
y fatigaba Aquíles. Como el perro
que por el monte busca al cervatillo
que lanzó de la cama le persigue
por cuestas y barrancos; y aunque logre
el tímido animal por algun tiempo
ocultarse escondido entre las matas,
siempre le sigue el perro hasta que llega
adonde oculto está: no de otro modo,
sin perderle de vista, perseguia

Aquíles al troyano. Cuantas veces 361
este queria á las dardanias puertas
y torres acogerse, por si acaso
desde el muro su gente le libraba
á Aquíles alejando con sus flechas;
otras tantas el griego á la llanura
volver le hacia entre los altos muros
y él interpuesto, y rápido volaba
siempre á vista de Troya. Como en sueños,
ni el que persigue al enemigo puede
alcanzarle jamas, ni huir tampoco
el que delante corre: así, ni Aquíles
con sus ligeros piés á Héctor podia
alcanzar, ni el troyano con la fuga
librarse del aquivo. ¿Y cómo hubiera
tan largo tiempo aquel la negra muerte
entónces evitado, si al encuentro
por la postrera vez el Dios Apolo
no le hubiera salido; y acercada
á él la Deidad, no hubiese á sus rodillas
nuevo vigor y ligereza dado?
    Miéntras que así corrian, cuando cerca
pasaban de los griegos escuadrones,
con su cabeza cuidadoso Aquíles
señal hacia á las escuadras todas
de que no se moviesen, ni dejaba
que sus agudas flechas disparasen
á Héctor; no acaso le quitara alguno
la gloria de vencerle si de léjos
le heria con su lanza, y él llegase
segundo ya. Cuando á la fuente fria
la cuarta vez llegaron; en el cielo
el padre Jove la balanza de oro

394 extendió al aire y las fatales suertes
de los dos puso, y la que mas pesada
fuese debia en prolongado sueño
de muerte sepultar al desgraciado.
Y en alto levantándola, y las pesas
equilibrado habiendo; hasta el abismo
de Héctor bajó la malhadada suerte,
y Febo ya le abandonó. Minerva
entónces al parage era llegada
en que el hijo corria de Peleo;
y á su lado poniéndose, le dijo.
"A Jove caro, valeroso Aquíles!
»al fin espero que de inmensa gloria
»coronarémos hoy á los Aqueos
»nosotros dos, aunque valiente sea
»á Héctor matando; que evitar ahora
»no le es dado el rigor de su destino.
»No, ni aunque Febo se fatigue mucho
»y á los piés arrojándose de Jove
»implore su favor. Deten el paso,
»y descansa; que al teucro iré yo misma
»á persuadir que en singular pelea
»contigo venga á combatir." La Diosa
así le dijo, y obediente Aquíles
allí ya se detuvo; y arrimado
á su robusta pica descansaba,
alegre el corazon. Pero Minerva,
alejándose de él, aire y figura
de Deifobo tomó y en busca de Héctor
marchó. Y llegada donde estaba el héroe
é imitando del jóven la sonora
voz, le decia en fementido halago.
"Hermano mio! pues el fuerte Aquíles,

»siempre corriendo con ligera planta 427
»en torno á la ciudad, así te estrecha,
»parémonos; y unidos, á pié firme
»rechacemos su fuerte acometida."
Héctor le respondió. "Deifobo! siempre
»el hermano tú has sido que entre todos
»los que de Hécuba y Príamo nacimos
»yo mas queria; pero desde ahora
»amarte mas y mas yo te prometo;
»pues así te atreviste de los muros,
»viéndome por Aquíles perseguido,
»á salir y los otros se quedaron."
Respondió al héroe la falaz Minerva.
"Mucho nuestro buen padre y cariñosa
»nuestra madre tambien y los amigos,
»echándose á mis piés, me suplicaban
»que no saliera: tal temor á todos
»sobrecogidos tiene. Pero pudo
»mas el grave dolor que mi acuitado
»corazon oprimia. Así, marchemos
»en busca ya de Aquíles y valientes
»combatamos con él. No mas reposo
»á la pica se dé; pronto veamos
»si matando á los dos las armas lleva
»á sus navíos en la roja sangre
»teñidas, ó si queda por tu lanza
»atravesado y muerto." Así decia:
y el engaño siguiendo, presurosa
comenzó á caminar. Cuando ya estaban
cerca los dos rivales, el primero
habló el troyano y arrogante dijo.
"No mas huiré de tí como hasta ahora,
»o valeroso Aquíles! Por tres veces

»á la vasta ciudad he dado vuelta
»huyendo presuroso, y nunca tuve
»valor para esperarte. Ya me paro:
»y mi valiente corazon me anima
»á combatir contigo, ya te mate
»ó ya me mates tú. Pero pongamos
»á los eternos Dioses por testigos;
»que ninguno mejor de que se guarden
»cuidará nuestros pactos. Si este dia
»Júpiter la victoria me concede,
»y la vida te quito; á tu cadáver
»no insultaré con bárbara fiereza,
»ni le mutilaré. Cuando te hubiere
»de tus brillantes armas despojado,
»á las escuadras griegas el cadáver
»entregaré. Si vencedor tú fueres,
»envía el mio á los troyanos muros.”
Con torva faz habiéndole mirado,
Aquíles respondió. “No de convenios
»hables, Héctor conmigo; pues ofensa
»me hiciste que jamas el alma mia
»olvidará. Si entre hombres y leones
»no puede haber contratos ni concordia
»entre lobo y cordero, y enemigos
»eternos son los unos de los otros;
»es imposible ya que amigo tuyo
»pueda yo ser, ni que tratados fieles
»los dos hagamos nunca hasta que muerto
»uno de los dos caiga y con su sangre
»la sed haya apagado de Mavorte.
»Todo el valor que puedas en el pecho
»recoge: la ocasion es ya llegada
»de que te muestres adalid valiente,

»y esforzado guerrero. No te queda 493
»camino para huir: y pronto Pálas,
»empuñando mi lanza, de la vida
»te privará: y ahora cuantos males
»hiciste á los Aquivos, cuando ciego
»de furor los seguias con tu lanza,
»me pagarás." Aquíles así dijo:
y revolviendo la terrible pica,
contra Héctor la arrojó; pero en el aire
este la vió venir, y evitó el golpe
inclinándose al suelo; y por encima
pasó de su cabeza, y en el césped
quedó clavada. En presurosos pasos
allí acudió la Diosa y sin esfuerzo
la arrancó de la tierra, y al aquivo
otra vez se la dió sin que lo viese
Héctor: y este, al aquivo desarmado
de su lanza creyendo, le decia.

"Erraste el golpe, Aquíles! y aunque seas
»de los Dioses amado, nada Jove
»te reveló de mi fatal destino,
»como osaste afirmar. Artificioso
»fuiste y engañador en tus palabras,
»para que acobardado me olvidase
»del antiguo valor y fortaleza.
»Pues no, cobarde huyendo, en las espaldas
»me clavarás la pica: por el medio
»pásame el corazon cuando animoso
»frente á frente acometa, si es que Jove
»esta gloria te diere. Mas, ahora
»el golpe evita de mi lanza. Al cielo
»pluguiese que su luenga y ancha punta
»toda entrase en tu cuerpo. Mas liviana

526 »esta guerra se haria á los Troyanos,
»si tú murieses que su azote has sido."
Dijo: y la diestra rodeando fuerte
tiró su enorme lanza, que al escudo
fué derecha del hijo de Peleo
y en el centro le hirió, ni errado el tiro
fué del troyano; mas el duro cobre
léjos la rechazó. Bramó de enojo
Héctor, al ver que la acerada pica
en vano fuera por su fuerte brazo
arrojada esta vez. Paróse triste
bajos los ojos porque no podia
otra lanza tomar, y á Deïfobo
en alta voz llamando le rogaba
que una robusta pica le alcanzase;
pero ya no le vió. Conoció entónces
de Minerva el engaño, y así dijo.
"Ay de mí! ya los Dioses á la muerte
»me llaman. Yo creia que Deifobo
»á mi lado asistia; pero dentro
»aquel está del muro, y fué Minerva
»la que así me engañó. Cerca la triste
»muerte ya tengo; ni evitarla es fácil,
»ni tardará en venir. Hace ya tiempo
»que así lo decretaron el potente
»Jove y Apolo, que benignos ántes
»me defendian. Mi fatal destino
»ya se cumplió; pero morir conviene
»con gloria y con valor, ántes haciendo
»heróica hazaña que por siempre dure
»en la memoria de los hombres todos."
Dijo: y la aguda espada desnudando
que pendiente llevaba, hácia el aquivo

se encaminó derecho. Como suele 559
el águila que vuela en las alturas,
atravesando arrebolada nube
para coger la tierna corderilla
ó la tímida liebre, á la llanura
rápida descender; así, empuñada
la espada cortadora, contra Aquíles
Héctor marchaba. Adelantóse el griego:
y de terrible cólera llenando
su corazon, con el brillante escudo
cubrió su pecho todo; y ondeaba
en la cimera del luciente yelmo
el penacho, agitadas blandamente
las crines de oro que flexibles hizo
el Dios Vulcano. Cual brillante marcha
en noche oscura entre los otros astros
la estrella matutina, que de todas
cuantas ostenta el azulado cielo
es la mas refulgente y mas hermosa:
así lucia la brillante punta
de la terrible lanza que en su diestra
para mal del troyano ya blandia
Aquíles, observando cuidadoso
por qué parte del cuerpo fácilmente
podia herirle. De las ricas armas
todo estaba cubierto que á Patroclo
ya cadáver quitara: y solamente
un poco descubierta se veia,
en el parage que del hombro el cuello
divide, la garganta; y es el sitio
por do la vida de los hombres pronto
sale del cuerpo. Con su fuerza toda
allí, pues, le clavó la aguda pica

592 sonriyéndose Aquíles: y la punta,
atravesando el vigoroso cuello,
por la nuca salió; mas la garganta
no le quiso cortar, para que hablase
unas breves palabras todavía.
Cayó Héctor en la arena, y ufanado
así le dijo el vencedor Aquíles.
"Héctor! cuando al cadáver de Patroclo
» de mi rica armadura despojabas,
» seguro ya sin duda te creiste;
» y porque estaba ausente, imaginaste
» que nunca yo su muerte vengaria.
» Necio! en las griegas naves á Patroclo
» un vengador quedaba muy mas fuerte
» y valeroso que él, aunque estuviera
» léjos entónces: yo, que moribundo
» ya te miro á mis piés. Tú de los perros
» y carnívoras aves el ludibrio
» serás; pero los Griegos á Patroclo
» honrarán con magníficas exequias."
Y con lánguida voz Héctor le dijo.
"Por tu vida te ruego, y por tus padres,
» que en las naves aqueas no permitas
» que mi triste cadáver de los perros
» hórrido pasto sea. Cuanto pidas
» de bronce y oro te darán mi padre
» y mi madre infeliz, si les entregas
» para que los Troyanos y Troyanas
» le quemen en la pira mi cadáver."
Con torva faz habiéndole mirado,
Aquíles respondió. "No me supliques,
» perro! ni por mi vida, ni mis padres.
» Ojalá, de furor arrebatado,

» á cortar en pedazos me atreviera
» por mi mano tu carne y á comerla
» cruda: tales agravios recibidos
» tengo de tí. No esperes que tu cuerpo
» nadie en el mundo defender ya pueda
» de los voraces perros. Si diez veces,
» veinte veces, mayor de lo que es justo
» un rescate me dieran aquí mismo
» trayendo las riquezas, y otras muchas
» me prometiesen: si tu anciano padre
» á peso de oro redimir quisiera
» tu cuerpo; ni el consuelo así tendria
» tu infeliz madre de llorar al hijo
» de sus entrañas, en dorado lecho
» poniendo su cadáver; que pedazos
» ántes le harán los perros y los buitres."
Exhalando los últimos alientos,
Héctor le respondió. "Bien conocido
» me eras ya, cuando ahora á suplicarte
» me resolví. No me engañé: sabia
» que era inútil hablarte, y que es de hierro
» tu corazon. Y entiende que los Dioses
» mi muerte vengarán cuando de Páris
» las flechas por Apolo dirigidas,
» por mas que tan valiente hayas nacido,
» te matarán ante la puerta Escea."
Al decir estas últimas palabras,
oscura sombra le cubrió de muerte:
y el cuerpo abandonando, en raudo vuelo
descendió el alma á la region sombría
su fatal suerte lamentando triste;
porque muriera en juveniles años,
y un cuerpo vigoroso abandonaba.

658 Y Aquíles, aunque muerto le veia,
así le dijo en arrogantes voces.
"Muere tú ahora: y cuando Jove quiera,
» y las otras Deidades, que se cumplan
» los decretos del Hado yo la muerte
» recibiré tambien." Así decia:
y sacando su lanza del cadáver
y poniéndola al lado, de los hombros
tintas en sangre le quitó las armas.
Y los otros Aquivos acudieron,
y en torno del cadáver admirados
sus miembros tan fornidos contemplaban
y la belleza del gracioso rostro:
y entre tantos millares de guerreros
no hubo quien no le diese su lanzada,
y alguno así decia al mas cercano.
"Héctor ahora que le palpen deja,
» y se muestra mas blando que aquel dia
» en que nuestros bajeles incendiaba."
Así algunos dijeron, y de paso
con su lanza le herian. Mas Aquíles,
cuando ya le quitara la armadura,
á todos los Aqueos reunidos
así dijo en palabras voladoras.
"Príncipes y adalides de la Grecia,
» dulces amigos! pues los altos Dioses
» nos han dado vencer á este guerrero,
» el cual solo mas daño nos hacia
» que todos los demas; en numerosa
» hueste y con armas la ciudad cerquemos,
» para ver lo que piensan los Troyanos.
» Si ya su capital y fortaleza
» quieren abandonar, viendo caido

» en tierra á su adalid; ó si se atreven 691
» á esperar todavía, aunque no vive
» Héctor ya...... Mas ¿qué digo? En nuestras naves
» yace muerto, insepulto, y no llorado,
» Patroclo; y olvidarle yo no puedo,
» miéntras en la region de los vivientes
» habite. Y aunque dicen que en el orco
» toda memoria pierden los finados,
» aun allí yo del infeliz amigo
» me acordaré. Y así, Griegos valientes,
» el alegre Pean cantando todos,
» volvamos á las naves y llevemos
» este frio cadáver. Alcanzado
» hemos glorioso triunfo al aguerrido
» Héctor matando, al cual como si fuese
» una Deidad los teucros dirigian
» dentro de Troya sus humildes votos."

Así Aquíles decia, y despiadado
se proponia al infeliz cadáver
tratar indignamente. Los tendones
de ambos piés le horadó junto al tobillo,
detras hácia el talon: y atravesadas
por la abertura sólidas correas
hechas con piel de buey, detras del carro
le ató de modo que arrastrando fuese
la cabeza. Y subiendo en la carroza,
y colocando en ella la armadura;
aguijó á los caballos, que gozosos
volaban á las naves. Arrastrado
asi el cadáver, que de polvo alzaba
al aire espesa nube, y esparcida
la negra cabellera por el suelo,
el camino barria; y la cabeza,

724 tan gallarda otro tiempo, en hondo surco
iba abriendo la arena; porque Jove
á fieros enemigos la entregara
para que así afeasen su hermosura,
allí, en su misma patria. De este modo
era de Héctor manchada la cabeza.

Cuando la infeliz madre desde el muro
al hijo vió arrastrar, con ambas manos
ella misma las canas se arrancaba:
y la augusta diadema de la frente
léjos de sí arrojando, en alaridos
espantosos rompió. Tambien el padre
lastimeros suspiros exhalaba;
y en derredor y en la ciudad entera
el pueblo todo á doloroso llanto
se abandonó y gemido: y parecia
que en fuego abrasador los altos techos
todos ardian desde el regio alcázar
hasta la humilde choza. Los caudillos
de las tropas apénas al anciano
podian contener; que de los muros
salir queria é impaciente á todos,
por el lodo arrastrándose, rogaba
á cada cual llamando por su nombre,
y en dolorido acento les decia.

"No ya me detengais, caros amigos!
» y aunque por mí temais dejad que solo
» salga de la ciudad y á los bajeles
» vaya de los Aquivos, y que humilde
» á ese feroz indómito guerrero
» allí suplique; para ver si acaso
» él mis canas respeta, y compadece
» mi ancianidad. En suerte le ha cabido

» un padre anciano como yo; Peleo, 757
» que le engendró y crió para que fuese
» el exterminador de los troyanos;
» pero de todos ellos á ninguno
» con tan amargas numerosas cuitas
» el alma entristeció, como á mí solo.
» Él ha matado á muchos de mis hijos
» en la flor de su edad; pero la muerte
» de todos, aunque mucho dolorosa
» ha sido y es al paternal cariño,
» no tanto ya mi corazon aflige
» como la de uno solo; y el agudo
» pesar que ella me causa en amargura
» me hará bajar á la region del orco,
» la de Héctor. Si á lo ménos en mis brazos
» hubiese fallecido: yo y su madre,
» madre infeliz! sobre el cadáver frio
» tristes llorando su temprana muerte,
» y exhalando gemidos numerosos,
» nuestro dolor hubiéramos templado."

Así decia en lágrimas desecho,
y en el llanto y dolor le acompañaban
los teucros: y cercada de matronas,
así Hécuba tambien, llorando triste,
daba principio al funeral lamento.

"¿Para qué yo infeliz, hijo adorado,
» despues que tantas penas he sufrido,
» tú muerto, he de vivir? Tú, que de dia
» y de noche mi gloria y mi consuelo
» eras en la ciudad y el baluarte
» de todos los troyanos y troyanas,
» y ellos como á Deidad con sus ofrendas
» en público te honraban porque vivo

» eras honra de todos. Ya la Muerte
» y la Parca de tí se apoderaron."
Así decia, lágrimas vertiendo,
Hécuba desdichada; mas la esposa
de Héctor nada sabia de su muerte:
porque ningun aviso verdadero
habia recibido de que fuera
de los muros su esposo se quedara.
Y en lo mas interior de su palacio
se ocupaba en tejer cándida tela
fina y doble, y en ella entretejia
de variado color muchas labores.
Y á sus bellas esclavas cuidadosa
mandado habia que al hogar pusiesen
un anchuroso trípode con agua;
para que en ella tibia se bañase
Héctor, cuando á su casa fatigado
del combate viniera. La infelice
no sabia que léjos de su baño,
por la mano de Aquíles, ya Minerva
muerto le habia. Mas oyó el gemido
y el lamento que triste resonaba
hácia la torre de Ilïon, y todo
se estremeció su cuerpo. De la mano
se la cayó en el suelo la naveta,
y así dijo afligida á sus esclavas.
"Venid, seguidme dos; vean mis ojos
» qué ha sucedido. De mi suegra escucho
» la dolorida voz y á mí en el pecho
» el corazon me late y por la boca
» salir anhela, ni llevarme pueden
» las piernas ya: calamidad terrible
» á los hijos de Príamo amenaza.

» Ojalá que me engañe! pero mucho 23
» el alma teme que el ligero Aquíles,
» de la ciudad habiéndole cortado
» y dejádole solo, persiguiendo
» va por el llano en rápida carrera
» á mi Héctor, atrevido en demasía:
» y temo que si llegan á encontrarse,
» al funesto valor que siempre tuvo
» hoy ponga fin. Jamas en las batallas
» Héctor entre la turba confundido
» quiso permanecer de los guerreros;
» que mucho de su hueste adelantado
» solia pelear, y en valentía
» ninguno de los Teucros le igualaba."
Así las dijo: y del alcázar regio
desalada saliendo como loca
dentro su pecho el corazon latia,
y la siguieron dos de sus esclavas.
Mas luego que á la torre y á la turba
de la gente llegó, detuvo el paso:
y desde el muro la llanura toda
cuidosa registrando, vió á lo léjos
que de Héctor el cadáver arrastraban
de Aquíles los caballos corredores
hácia las naves, y en veloz carrera
le iban despedazando cruelmente.
Oscura noche de dolor los ojos
cubrió de la infeliz y sin sentido
cayó en tierra de espaldas, y á lo léjos
de la hermosa cabeza los adornos
magníficos volaron: la diadema,
los lazos del prendido, y hasta el velo
con que la hermosa Vénus la adornara,

856 aquel dia feliz en que con ella
Héctor se desposó dentro el palacio
de Etïon, y las dádivas nupciales
la dió tambien de inestimable precio.
Y de Héctor las hermanas y cuñadas,
alzándola del suelo, entre sus brazos
la sostenian aturdida y casi
moribunda. Por fin en su sentido
lentamente volvió; y dentro del pecho
ya recogida el alma y exhalando
muchos y hondos suspiros dolorosos,
así decia en lágrimas deshecha
de todas las matronas rodeada.
"Héctor! Triste de mí! Los dos nacímos
»con igual desventura: tú aquí en Troya
»y el alcázar de Príamo, yo en Teba
»en el palacio de Etïon mi padre,
»que la vida me dió para que fuese
»como él desventurada. ¡Hiciera el cielo
»que nunca él me engendrase! A las oscuras
»regiones de Pluton, bajo de tierra,
»ya desciende tu espíritu afligido;
»y en triste llanto y en dolor sumida
»me dejas y en viudez dentro tu alcázar,
»y en horfandad al hijo que nosotros,
»desgraciados los dos! tuvimos. Héctor!
»ay! ya ni tú, pues falleciste, puedes
»á él amparar; ni en tu vejez un dia
»él tu báculo ser. Y aun cuando vivo
»se salve de la guerra asoladora
»de los Aquivos, dolorosas cuitas
»y trabajos le esperan numerosos
»toda su vida, siempre; y los agenos

»dueños se harán de su heredad, mudando 889
»las lindes á las tierras. Aquel dia
»que un niño queda huérfano, de todos
»los de su edad la proteccion acaba:
»y él, cabizbajo y abatido siempre,
»y en lágrimas bañadas las mejillas,
»y pobre, y sin poder, á los amigos
»de su padre importuna: y vergonzoso,
»por la túnica al uno y por el manto
»tirando al otro, su favor implora.
»Y si alguno tal vez se compadece
»de su horfandad, y copa reducida
»le alarga desdeñoso; solo el labio
»riega el agua sediento, y la garganta
»á humedecer no llega. Y del convite
»otro, á quien vive el padre, con desprecio
»le despide poniéndole las manos,
»y diciéndole en voces injuriosas:
»*sal de aquí, miserable; pues no tienes*
»*padre que con nosotros al convite*
»*pueda asistir á escote*: y el muchacho
»torna lloroso de su madre viuda
»á la humilde morada. Así algun dia
»volverá mi Astianacte, que hasta ahora,
»sentado en las rodillas de su padre,
»de la médula blanda de los huesos
»y la carne mas tierna y delicada
»de la oveja comia. Y si rendido
»le habia el dulce sueño y fatigado
»estaba de sus juegos inocentes,
»en mullidos cogines descansaba
»y suntuoso lecho entre los brazos
»de su nodriza, el corazon alegre.

922 »Pero desde este dia ¡cuántas penas,
»de su padre faltándole el amparo,
»padecerá Astianacte, á quien llamaban
»los Troyanos así porque tú solo
»sus puertas y sus muros defendias!
»Y ahora á tí en las naves de la Grecia,
»léjos de tu familia, roedores
»gusanos comerán cuando los perros
»hayan despedazado tu cadáver
»desnudo, aunque tan ricas vestiduras
»que tus fieles esclavas han tejido
»quedan en tu palacio. Al fuego todas
»yo las arrojaré, pues ya de nada
»pueden aprovecharte y sepultado
»con ellas no has de ser; pero á lo ménos,
»á vista de troyanos y troyanas,
»honrarán tu memoria cuando ardieren."
Así vertiendo lágrimas decia
Andrómaca infeliz, y las matronas
941 en el llanto y dolor la acompañaban.

LIBRO VIGESIMOTERCERO.

A Héctor así, afligidos, los Troyanos
en la ciudad lloraban: los Aqueos,
á la orilla del mar y á los bajeles
llegados, por las tiendas y las naves
se dispersaron todos. Solo Aquíles
no dejó á los Mirmídones que entraran
cada cual en su tienda; y rodeado
de su espesa falange, les decia.

"Mirmídones valientes! compañeros!
» amigos! no tan pronto los bridones
» desatemos del yugo; con los carros
» cercando y los trotones el cadáver
» del infeliz Patroclo, le lloremos:
» último honor al que murió debido.
» Y cuando estemos de llorar saciados,
» y hayamos desuncido los bridones;
» aquí la cena tomarémos todos."

Así el héroe decia: y el primero
el lamento empezó, y la numerosa
hueste de los Mirmídones lloraba
de Aquíles al amigo. Hasta tres veces,
lágrimas todos derramando tristes,
en derredor del féretro llevaron
los fogosos bridones: y con ellos
unida Tétis, excitaba en todos
dulce deseo de llorar. Regada
la arena fué, y de todos los guerreros
los arneses regados, por las muchas
lágrimas que vertian: tan amable
y bueno fuera el capitan valiente

31 cuya funesta pérdida lloraban.
Y poniendo las manos homicidas
Aquíles sobre el pecho del amigo,
así el primero habló con su cadáver.
"Alégrate Patroclo, aunque ya habites
» en la oscura region. Ya te he cumplido
» lo que te prometí: ya aquí arrastrando
» de Héctor truje el cadáver, y á los perros
» le entregaré despues para que en trozos
» menudos le dividan: y delante
» de tu fúnebre hoguera por mi mano
» doce jóvenes teucros, todos hijos
» de familias en Troya esclarecidas,
» degollaré para vengar tu muerte."
Así decia: y de Héctor al cadáver
para mas insultar, cerca del lecho
le extendió de Patroclo boca á bajo,
sobre la dura tierra. La armadura
de fino bronce se quitaron luego
los Mirmídones todos, y del yugo
desataron tambien los alazanes:
y en ranchos numerosos divididos
para tomar la cena se asentaron
junto á la nave del doliente Aquíles,
que funeral espléndido banquete
á todos dió. Con el agudo hierro
muchos hermosos bueyes degollados
por el suelo caian, muchas cabras,
y ovejas muchas; y sabrosos cerdos
muchos sobre las brasas extendidos
eran para tostarse, é inundado
de sangre estaba en torno del cadáver
el suelo todo. Al afligido Aquíles

los Reyes de la Grecia condujeron 64
(y no poco trabajo les costara)
al pabellon del poderoso Atrida
Agamenon. Cuando en la tienda entraron
mandó este á sus donceles que pusieran
un gran trípode al fuego, por si todos
del hijo valeroso de Peleo
podian recabar que se lavase
la sangre y el sudor; pero ostinado
él se negó, y solemne juramento
hizo ademas. "Por Júpiter (decia)
» que es el mas poderoso de los Dioses
» y el primero de todos, yo lo juro.
» No es justo, no, que á mi cabeza llegue
» el delicioso baño hasta que ponga
» á Patroclo en la pira y el cabello
» me corte, y con la tierra amontonada
» alce su tumba: que dolor tan grave
» nunca mi corazon sentir ya puede
» miéntras yo viva. Y aun así forzoso
» es tomar la comida que aborrezco.
» Y cuando ya la aurora á los mortales
» hubiere amanecido, diligente
» manda tú á los soldados que la leña
» trigan y junten, y la pira formen
» cual lo demanda el que finado habiendo
» ha de bajar á la region sombría.
» Y cuando ya el cadáver de Patroclo
» quemado hubiere el indomable fuego,
» y no mas nuestros ojos verle puedan,
» tornen á las batallas los Aquivos."
Cuando acabó de hablar, ya los donceles
la cena dispusieran: y ocupadas

97 las sillas y servidos los sabrosos
manjares, los caudillos de la Grecia
los gustaron alegres. Apagada
el hambre ya y la sed, se retiraron
los demas á sus tiendas al reposo
para entregarse: y rodeado Aquíles
de Mirmídones muchos, en la orilla
del estruendoso mar y hondos gemidos
dando, sobre la arena de la playa,
que las ondas lamian, el descanso
buscó tambien. Y apénas en sus ojos
ya derramado el apacible sueño
que las cuitas del ánimo suspende
le hubo rendido al fin (porque sus piernas
mucho se fatigaran miéntras iba
á Héctor siguiendo en derredor del muro
de la alta Troya) á su presencia vino
el alma de Patroclo, al desdichado
en todo parecida; en la estatura,
en los brillantes ojos, y en el eco
de la sonora voz: y semejantes
eran tambien la túnica y el manto
á los del héroe. Y acercada mucho
á la cabeza del dormido Aquíles,
así le hablaba en doloroso acento.
"¿Duermes, Aquíles, y de mí olvidado
» así reposas? Cuando yo vivia,
» mucho de mí cuidabas cariñoso;
» y viéndome ya muerto, me abandonas.
» Tú me sepulta, porque pronto pase
» del averno las puertas; pues las almas,
» que imágen son de los que ya murieron,
» léjos de allí me apartan, ni permiten

» que pasando del rio á la otra parte
» yo me junte con ellas; y afligida,
» y en derredor errante del alcázar
» de Pluton que defienden altas puertas,
» vaga mi sombra. Alárgame tu mano,
» y la última vez sea: que á tu vista
» ya no volveré mas, desde que el fuego
» á cenizas reduzca mi cadáver.
» Ni ya mas, de la hueste retirados
» en suaves coloquios pasarémos
» vivos tú y yo las horas; que la triste
» Parca que á todos, al nacer, los dias
» reparte del vivir ya de la muerte
» en brazos me entregó. Y aunque tú seas
» á los eternos Dioses parecido,
» hado te espera igual: bajo los muros
» de Troya has de morir. Pero te ruego,
» Aquíles, y te encargo que no mandes
» tus huesos de los mios separados
» depositar. Si juntos en tu casa
» nos criamos los dos desde aquel dia
» en que Menetio me llevó de Opunte
» á vuestro régio alcázar cuando siendo
» yo rapaz todavía dí la muerte,
» de cólera pueril arrebatado
» y sin querer, de Ifidamante al hijo
» en el juego de dados; y tu padre
» me recibió benigno, y con regalo
» me crió en su morada, y escudero
» me nombró tuyo: de la misma suerte
» los huesos de los dos contenga unidos
» la urna preciosa de oro que tu augusta
» madre te dió al partir." Respondió Aquíles.

163 "Por qué, dulce Patroclo, aquí has venido
»y esto exiges de mí? Lo que me encargas
»fiel ejecutaré; pero te acerca
»porque tu cuello ciña con mis brazos,
»y aunque breves instantes el consuelo
»tengamos triste de llorar unidos."
Así Aquíles decia y alargaba
las manos para asirle, mas no pudo
estrecharle en sus brazos; que la sombra
despareció cual humo, y en la tierra
se hundió dando chillidos. Saltó el héroe
atónito del suelo: y una mano
con otra hiriendo, en lamentable tono
dijo á sus capitanes. "Por mi vida,
»que en las mansiones de Pluton oscuras
»hay alma y simulacro, pero cuerpo
»no tiene el que allí está. Toda la noche
»cerca de mí, llorosa y afligida,
»del mísero Patroclo estuvo el alma;
»y me explicó lo que en memoria suya
»hacer yo debo, y semejante mucho
»á él era cuando vivo." Así decia
Aquíles: y de todos en el pecho
renovado el dolor, el tierno llanto
comenzaron de nuevo. Ya la aurora
á lucir empezaba, y todavía
en derredor del infeliz cadáver
encontró á los Mirmídones llorando.
En tanto Agamenon, el campo todo
recorriendo, mandó que numerosa
turba de gente y de ligeros mulos
saliesen de las naves, y la leña
trajeran de los bosques; y por gefe

se ofreció Merïónes, el amigo 196
y auriga del cretense Idomeneo.
Del escuadron en la postrer hilera
iban los leñadores, en las manos
hachas de cortar leña y bien torcidas
sogas llevando todos, y delante
caminaban los mulos: y por muchas
subidas, y bajadas, y veredas,
al fin llegaron al espeso bosque
que los cerros del Ida coronaba;
y todos con las hachas cortadoras
numerosas encinas derribaron
sobre la dura tierra, y gran ruïdo
ellas hacian al caer. En rajas
las partieron despues, y con las sogas
sobre los mulos las ataron: y estos,
por la inculta maleza atravesando,
la tierra hollaban con segura planta
ansiosos de llegar á la llanura;
y sendos troncos de árboles al hombro
llevaban los robustos leñadores,
porque así Merïónes lo mandara.
Y á la orilla del mar la leña toda
por hacinas pusieron en el sitio
que Aquíles designó para que fuese
un reducido túmulo á Patroclo
allí erigido, y en el cual debia
ser él mismo enterrado. Cuando estuvo
colocada la leña; los guerreros
que la trajeran, reunidos todos
cerca de allí y sentados, esperaban
que construir la pira les mandasen.
Y en tanto á los Mirmídones Aquíl

229 mandó que la armadura se vistiesen,
y á los carros uncieran los bridones.
Obedecieron: y de limpias armas
ya las tropas vestidas, en los carros
los aurigas subieron y caudillos.
Iban estos al frente de la escuadra,
y de la numerosa infantería
siguió detras la nube; y en el medio
el cadáver llevaban de Patroclo
sus amigos, y encima derramaban
la parte del cabello que cortado
se habian todos en solemne rito.
Y la cabeza Aquíles sosteniendo
por detras, iba pensativo y triste
al ver que para siempre del amado
escudero y amigo que del orco
bajaba á la region se despedia.

Cuando al sitio que Aquíles señalara
vinieron el cadáver sobre el césped
depositaron, y de mucha leña
le cercaron en torno; mas Aquíles
quiso primero en triste ceremonia
al amigo la rubia cabellera,
que al Esperquio tenia prometida,
consagrar. Y apartándose, el cabello
se cortó él mismo: y en dolientes voces,
fija la vista en el oscuro ponto,
así del rio á la Deidad decia.

"Esperquio! en vano te ofreció mi padre
„Peleo que si vivo de esta guerra
„yo á la patria tornase en honor tuyo
„mi rubia cabellera cortaria,
„y solemne hecatombe numerosa

» de cincuenta carneros en tus aras 262
» tambien ofreceria, donde humean
» agradables aromas en el bosque
» que á tu Deidad habemos consagrado
» junto á tu nacimiento. Así rogaba
» el anciano, mas tú no le otorgaste
» lo que pedia. Y pues que yo no debo
» á la patria volver; mi cabellera
» al heróico Patroclo, al dulce amigo,
» daré porque la lleve al hondo averno
» para memoria mia." Estas palabras
dichas su cabellera del cadáver
puso en las manos, y de nuevo todos
en gemidos y llantos prorrumpieron.
Y así llorando al tramontar el dia
dejado los hubiera; pero Aquíles,
al Atrida acercándose, le dijo.
"Atrida¡ pues la hueste de los Griegos
» de tu voz al imperio está sujeta
» mas que al de otro ninguno, y á saciarse
» el hombre llega de llorar; ahora
» manda que de la hoguera se retiren,
» y la cena preparen: que nosotros,
» á quienes mas que á nadie la memoria
» honrar toca del muerto, lo que falta
» acabarémos. Con nosotros queden
» los principales Cabos." Al oirle
Agamenon á las escuadras todas
mandó que á los bajeles se volvieran,
y allí quedaron los que hacer debian
el triste funeral. Amontonada
la leña, pues, en elevada pira
la dispusieron que por todos lados

cien pies tenia, y en el medio de ella
en la parte mas alta depusieron,
con lágrimas bañándole, el cadáver,
y ante la pira corpulentos bueyes
y ovejas degollaron numerosas.
Ya quitada la piel y divididas
las víctimas en trozos, y el redaño
sacándolas á todas; con las pellas
cubrió Aquíles el cuerpo del amigo
desde cabeza á piés, y de las reses
las desolladas carnes á su lado
amontonó. Despues sobre la pira,
vuelta al cadáver la anchurosa boca,
puso dos grandes ánforas; de aceite
una, y otra del vino mas añejo:
y de erguida cerviz cuatro bridones,
dando él tristes gemidos, mal su grado
sobre la leña echó. Tenia Aquíles
nueve perros que él mismo de su mesa
alimentaba, y dos echó en la pira
degollándolos ántes. Y á los doce
jóvenes teucros que cogió en el rio,
y á cruel sacrificio destinara,
por su mano mató y á la alta pira
arrojó los cadáveres, y fuego
puso á la leña que violento ardiese
y lo abrasase todo. Y exhalando
tristes gemidos del doliente pecho,
y al amigo llamando por su nombre;
así decia. "Alégrate, Patroclo,
» aunque ya estés en la region oscura.
» Ya te he cumplido mis promesas todas,
» y el fuego que consuma tu cadáver

» devorará tambien doce troyanos 328
» hijos de las familias mas ilustres;
» mas de Héctor el cadáver no á las llamas
» entregaré, sino á voraces perros."

Esta amenaza al infeliz cadáver
de Héctor Aquíles hizo; pero nunca
los perros se acercaron: porque Vénus
los alejaba de él de noche y dia.
Y con suave aceite, que de rosa
grato olor exhalaba, por su mano
cuidadosa le ungió para que trozos
menudos no le hiciera al arrastrarle
Aquíles por el suelo. Oscura nube
trajo tambien Apolo á la llanura
desde los cielos que el parage todo
en que estaba el cadáver encubria,
para que el sol con sus ardientes rayos
no la piel y las carnes le secara.

Y tampoco la leña en que el cadáver
estaba de Patroclo arder queria.
su error conoció Aquíles: y apartado
de la pira bastante y sus plegarias
al Zéfiro y al Bóreas dirigiendo,
ofrecerles solemnes sacrificios
les prometia. Y con la copa de oro
haciéndoles sagradas libaciones;
en repetidas veces les rogaba
que con rápido soplo se acercasen
y el cadáver quemaran, y la leña
arder hiciesen toda. Sus clamores
Íris oyó: y en vuelo vagaroso
á avisar fué á los vientos, que en la cueva
del borrascoso Zéfiro en convite

361 estaban reunidos. Y llegada
Íris, paróse en el umbral de piedra;
mas apénas la vieron de la silla
se alzaron presurosos y al banquete
la convidaban, que aceptar no quiso:
y así decia. "Detenerme ahora
» no es posible; que voy, del oceano
» volando por encima la corriente,
» á la tierra en que habitan los piadosos
» Etíopes. Ofrecen sacrificios
» este dia á los Dioses inmortales,
» y ser yo de las víctimas deseo
» partícipe tambien. Aquíles ruega
» al estruendoso Zéfiro y al Bóreas
» (y gratas hecatombes les promete)
» que á la Tróade vayan, y la pira
» hagan arder en que Patroclo yace
» á quien hoy lloran los Aquivos todos."
Así dijo la Diosa, y á la tierra
voló de los Etíopes: y alzados
Zéfiro y Bóreas, con inmenso ruido
á soplar comenzaron y las nubes
alejaban que al paso les salian.
Y el mar atravesando borrascoso,
su resonante aliento levantaba
las olas, y á la Tróade llegaron.
Dejáronse caer sobre la pira,
ardió la leña, y en bramido horrible
gemia en torno la anchurosa llama:
y sin cesar soplando los dos vientos
en agudo silvido, hácia el cadáver
de contino las llamas dirigian
para que pronto ardiese. En tanto Aquíles,

toda la noche de las urnas de oro 394
sacando el vino en espumosas copas
y en el suelo vertiéndole, regaba
con él la tierra al ánima llamando
del infeliz Patroclo. Como llora
un padre cariñoso miéntras arde
el cadáver del hijo en himeneo
á tierna esposa unido, y cuya muerte
huérfanos deja y en eterno luto
á sus míseros padres: así Aquíles,
al quemar el cadáver de Patroclo,
dando tristes sollozos se arrastraba
en torno de la pira. Cuando vino
el lucero del alba que á la tierra
trae la luz, y á quien de cerca sigue
con su manto de púrpura la aurora
para extender sobre la mar sus rayos;
entónces ya, disminuido el fuego,
cesó la llama de la grande hoguera,
y á su gruta los vientos se tornaron
de Tracia por el ponto, que gemia
en alto alzadas las ingentes olas.
Y apartándose á un lado de la hoguera
el hijo de Peleo; fatigado
se reclinó en la arena, y á sus ojos
el dulce sueño vino. Mas en breve
los otros capitanes de las tropas
en torno del Atrida se juntaron,
y á saludar al afligido Aquíles
todos vinieron; y al sentir el ruido
el héroe dispertó cuando llegaban.
Incorporóse, pues, sobre la arena,
y así les dijo en flébiles acentos.

427 "O Atrida! y o vosotros de la Grecia
»Príncipes y adalides! De la pira
»cuidosos apagad con negro vino
»toda la parte que la ardiente llama
»quemado hubiere y recojamos luego
»los huesos del amigo, y gran cuidado
»se tenga en separarlos de los otros.
»Fácil es distinguirlos: porque en medio
»estuvo de la pira su cadáver,
»y léjos y á la orilla confundidos
»los hombres y caballos se quemaron.
»Y en urna de oro, con dobladas pellas
»de las reses cubiertos, los del hijo
»de Menetio estarán hasta que llegue
»el dia que yo baje del averno
»á la region oscura. No he querido
»que magnífico túmulo se erija
»ahora á mi escudero, y he mandado
»que no muy grande sea; mas vosotros,
»los que vivos quedeis en estas naves
»cuando yo muera, de los dos amigos
»en elevado túmulo anchuroso
»encerrad las cenizas." Así Aquíles
á los Reyes decia: y los soldados,
dóciles á su voz, obedecieron.

La pira, pues, con oloroso vino
apagaron vertiéndole en la parte
á que llegó la llama, y la ceniza
se aplanó toda. En doloroso llanto
la faz bañada, recogieron luego
de oro macizo y puro en urna breve
los huesos del antiguo camarada,
á todos caro porque dulce y fácil

para con todos fué miéntras vivia:
y á su tienda llevándola, con fino
cendal allí cubierta la dejaron.
Y á la pira volviendo, de la tumba
trazaron luego en circular figura
el ámbito, y echaron los cimientos,
en el parage en que la pira estuvo:
y excavada la tierra y en el hoyo
de nuevo amontonada, y elevado
un túmulo sencillo, se volvieron
adonde estaba Aquíles. Mandó el héroe
que el ejército allí se detuviera,
y en círculo sentado se quedase
á presenciar los juegos que pensaba
para honrar la memoria de Patroclo
dar aquel dia. De sus naves luego
los premios ordenó que se trajeran
para los vencedores. Consistian
en calderas, y trípodes, y mulas,
y caballos, y bueyes corpulentos,
y elegantes cautivas, y bruñido
luciente hierro. Al vencedor que fuese
en el primer combate, que debia
ser el de la carrera de caballos,
puso por premio de belleza rara
una gallarda jóven en labores
instruida de manos, y un hermoso
trípode de dos asas que cabia
veinte y dos modios. Al que mas de cerca
al primero siguiese de seis años
una yegua ofreció que no domada
estaba aün, pero cubierta fuera
por alto garañon. Para el tercero

493 una hermosa caldera, que la llama
no ennegreciera aün y que cabia
cuatro medidas, puso. Para el cuarto
dos talentos en oro, y para el quinto
grande y luciente jarra que del fuego
aun tocada no fuera. Y levantado
en pié y hablando con la hueste toda,
en resonante voz así decia.
"Atridas, y demas esclarecidos
» campeones de Acaya! Aquí los premios
» teneis que llevarán los que en brillantes
» carros subidos los bridones guíen
» en rápida carrera. Si los juegos
» por otro celebrasen los Aquivos;
» yo sin duda el primero ganaria,
» y gozoso á mi tienda le llevara.
» Cuanto ya mis caballos aventajen
» á todos los demas en ligereza,
» bien lo sabeis: ni maravilla es mucha,
» pues inmortales son. Este regalo
» á mi padre Peleo hizo Neptuno;
» y á mí el anciano, cuando á Troya vine,
» me los cedió. Mas yo, ni mis trotones,
» no entrarémos en lid; que tristes ellos
» están porque perdieron el auriga
» que tierno los cuidaba. Ah! cuantas veces,
» labado habiendo sus hermosas crines
» en agua cristalina, las regaba
» con untuoso aceite! Así, afligidos
» están ahora y derramadas tienen
» sobre el suelo las crines, y suspiran
» por su antiguo escudero. Mas vosotros,
» los que alarde querais de vuestros carros

» y bridones hacer, en el combate 526
» animosos entrad." Así decia
el hijo de Peleo, y los mejores
aurigas á su voz se levantaron.
El primero de todos el valiente
Eumelo alzóse, del antiguo Admeto
esclarecida prole, que en el arte
de regir la carroza y los caballos
á sus competidores excedia.
Segundo alzóse de Tideo el hijo,
Diomédes valeroso, y los bridones
de los de Tros nacidos que quitado
á Enéas él habia (á quien Apolo
salvó la vida entónces) bajo el yugo
unció de su carroza. Fué el tercero
el rubio Menelao, el poderoso
hijo de Atreo, y á su carro puso
de Agamenon la yegua corredora
Eta llamada, y el veloz Podargo
caballo suyo. Agamenon la yegua
habia recibido de Equepolo,
hijo del griego Anquíses. Habitaba
aquel en Sicïon y se la diera
por no seguirle á Troya, y de los muchos
bienes gozar en paz que el alto Jove
le habia dado; y esta fué la yegua
que, de correr ganosa, Menelao
unció entónces al yugo. Cuarto alzóse
el animoso Antíloco de Néstor,
y dos altos bridones puso al carro
que en Pílos se criaran y corrieran
otro tiempo veloces. Mas su padre,
acercándose á él, en voz sumisa

559 muchos consejos útiles le daba
por mas que él estuviese ejercitado
en semejantes juegos y carreras.
"Antíloco! (le dijo) aunque tan jóven
» eres aün, amáronte Neptuno
» y Jove, y reglas te enseñaron muchas,
» cuantas contiene el arte, los bridones
» para regir seguro. Necesario
» no será, pues, que te repita ahora
» yo sus lecciones. De la meta en torno
» á dirigir el carro has aprendido;
» pero no tus caballos corredores
» son, sino muy pesados; y recelo
» que grave desventura te suçeda.
» Son, cierto, mas veloces los caballos
» de tus rivales; pero no te exceden
» en saber ellos, ni en prudencia, mucho.
» Así tú, amado mio, con el arte
» la ventaja que llevan sus caballos
» á los tuyos iguala porque el premio
» no de tus manos huya. Con el arte
» mas hace el leñador que con la fuerza:
» con el arte el piloto por las ondas
» rige derecha frágil navecilla
» entre contrarios vientos: con el arte
» triunfa el auriga de rival mas fuerte.
» Pero el que mucho en sus caballos fía,
» imprudente la rienda les afloja;
» y á este lado y á aquel por la llanura
» ellos vagando, á moderar no alcanza
» su rápido correr cuando á la meta
» ya dar la vuelta debe. Mas teniendo
» siempre en ella los ojos aunque guíe

» inferiores caballos el auriga 592
» cauto y prudente, al acercarse á ella,
» tuerce la brida y el momento aguarda
» de aguijar con el látigo sonoro
» á sus bridones: y con mano firme
» en tanto los sujeta, y siempre mira
» al que delante va. La que tú ahora
» debes doblar, y conocerla es fácil,
» te mostraré para que no imprudente
» mucho te alejes de ella. Del camino
» verás en la estrechura un tronco seco,
» ó de encina ó de pino, que las lluvias
» no pudrieron aün y de la tierra
» un codo sobresale; y á sus lados
» dos piedras blancas hay no muy distantes,
» ya de algun hombre el monumento sean
» muerto en la edad pasada, ó ya por linde
» del campo las pusiesen los mayores:
» y hácia uno y otro lado se dilata
» ancho camino en que correr los carros
» cómodamente pueden, y por eso
» Aquíles manda que la meta sea
» para vuestro combate. Cuando llegues
» cerca del tronco seco, á tus caballos
» aguija con el látigo sonoro
» para que sin tocarle den la vuelta
» á él arrimados. Y en la ebúrnea silla
» tú inclinado á la izquierda, con tus voces
» ánima y con el látigo estimula
» al caballo derecho, y con la diestra
» aflójale la brida; y el izquierdo
» á la meta se arrime tan cercano,
» que tocarla parezca con el cubo

»de la rueda voluble. Mas la piedra
»guárdate de tocar; no á los bridones
»hieras acaso y en menudos trozos
»el carro rompas, y el ludibrio seas
»de los otros rivales y de oprobio
»quedes cubierto y de ignominia. Jóven!
»se cauto y precavido; que si logras
»doblar la meta ileso, ya ninguno
»alcanzarte podrá ni adelantarse
»á tí; ni aunque detras te persiguiera
»el caballo inmortal que tuvo Adrasto,
»y de raza divina descendia
»y Arïon se llamaba, ó los que tuvo
»Laomedonte y en Troya se criaron
»y tan famosos eran.” Así Néstor
hablaba con el hijo: y cuando todo
le hubo explicado, se volvió á su silla;
y en tanto Merïónes con su carro,
quinto adalid, y sus caballos vino.
Subieron en los carros: y las suertes
echadas en un yelmo que agitaba
Aquíles, la de Antíloco primera
saltó de todas. La segunda cupo
al poderoso Eumelo, la siguiente
al Atrida, la cuarta á Merïónes,
y á Diomédes la quinta. Se formaron
en fila por el órden que la suerte
á todos asignara: y á lo léjos
en la llanura la terrible meta
Aquíles con el dedo les mostraba.
Y á Fénix envió para que fuese,
no léjos asentado del camino,
atento observador de la carrera;

y en memoria teniendo cuanto viese, 658
la verdad á la vuelta les contara.

Todos al mismo tiempo levantaron
el látigo sonante: y sobre el lomo
dejándole caer de sus bridones,
en ardientes y rápidas palabras
los animaban á correr ligeros.
Partieron los caballos, y animosos
la distancia que habia hasta la meta
desde las naves en veloz corrida
atravesaron; y debajo el pecho
oscuro remolino se veia
del mucho polvo que al correr alzaban,
cual tenebrosa nube que de rayos
cargada viene. Las hermosas crines,
por el soplo del Zéfiro movidas,
ondeaban airosas; y los carros,
unas veces cosidos con la tierra,
y otras al aire alzados se veian.
Y en la silla sentados los rivales,
dentro del pecho el corazon á todos
mucho latia en la penosa duda
de conseguir la deseada gloria
de llegar el primero. Y con sus voces
cada cual animaba á sus caballos,
que rápidos corrian y de polvo
densa nube en el aire levantaban.

Cuando por fin la peligrosa meta
felizmente doblaron todos ellos
y hácia el mar espumoso ya volvian,
de cada cual el ardimiento y brio
claro entónces se vió; que de consuno
el galope tendido comenzaron.

691 Iban delante las veloces yeguas
de Eumelo, y á la espalda le seguian
los fogosos caballos de Diomédes
de los de Tros nacidos y no léjos
iban del primer carro; ántes tan cerca
que siempre parecia que subirse
encima de él ansiaban, y de Eumelo
la espalda toda y anchurosos hombros
calentaba su aliento; y la cabeza
sobre él puesta corrian. Y delante
pasaran, y dudosa la victoria
por algun tiempo hicieran; si irritado
Apolo con el hijo de Tideo,
de las manos el látigo brillante
no le hubiese arrancado y en la arena
no se le echara. En cólera terrible
entró el alma del héroe, y sus dos ojos
lágrimas tristes de dolor bañaron,
al ver que ya las yeguas animosas
y mas veloces sin cesar corrian,
y que sus dos caballos aflojaban
porque ya no sentian del azote
el temido aguijon. Pero á Minerva
no se ocultó que al hijo de Tideo
la victoria arrancara de las manos
doloso Febo: y desde el alto Olimpo
presurosa bajando, y acercada
al Príncipe y poniéndole en la diestra
el látigo sonoro, á sus bridones
mas vigor inspiró. Y ardiendo en ira
al hijo fué de Admeto, y junto al yugo
le rompió el correon; y las dos yeguas
desuncidas y fuera del camino

corrian desbocadas. En el polvo 724
cayó el timon del carro, y el mancebo
de la silla cayó junto á la rueda,
y en los codos se hirió, boca y narices,
y al entrecejo se rompió la frente:
y los ojos en lágrimas bañados,
ya ni la voz articular podia.
Y adelantado el hijo de Tideo,
aguijó sus bridones: y á los otros
dejaba muy atrás, regocijado
porque Minerva ligereza y brio
infundió á sus caballos y la gloria
le dió del vencimiento. A Dïomédes
Menelao seguia, y no distante
Antíloco á los dos; y á los caballos
de su padre aguijó con estas voces.
"El paso redoblad, este el instante
»es de correr ligeros. Yo no os mando
»que disputeis la palma á los bridones
»del hijo de Tideo; porque Pálas
»vigor les infundió, y de la victoria
»el honor dió á su dueño. A los caballos
»alcanzad del Atrida prontamente,
»y no atras os quedeis; ni de ignominia,
»hembra siendo la yegua que su carro
»arrastra, os llene. ¿Cómo, tan ligeros
»ántes habiendo sido, en este dia
»así os dejais vencer? Pues yo os anuncio,
»y cumplido será, que ya en la casa
»de Néstor no sereis alimentados
»como hasta ahora, y con agudo hierro
»os matará, si por desidia vuestra
»el menor de los premios alcanzamos.

757 »Ánimo, pues, y en rápida carrera
»siempre marchad: y á mi cuidado quede,
»de la astucia valiéndome y el fraude,
»que adelante paseis á los caballos
»del Atrida al llegar á la estrechura
»del camino: y por mas que diligente
»él á los dos aguije, no el estrecho
»habrá pasado sin que yo le vea."
Así Antíloco dijo: y los bridones,
de su señor temiendo la amenaza,
por algun breve espacio mas ligeros
corrian. Y entre tanto la angostura
que debian pasar en un barranco
por las aguas cavado del invierno,
que una parte robaran del camino,
alcanzó á ver Antíloco. El Atrida
por la senda guiaba sus bridones
procurando evitar que el otro carro,
al pasar, con el suyo se rozase;
pero Antíloco fuera del camino,
torciéndoles la brida, sus caballos
sacó veloz; y por el lado y cerca
á su rival seguia, que temiendo
el choque de los carros le gritaba:
"Antíloco! deten esos bridones,
»y fuera del camino y desbocados
»no así los lleves. Por angosta senda
»caminamos ahora; pero pronto
»se ensanchará; y si anhelas á pasarme,
»allí podrás hacerlo. Guarte, amigo;
»no sea que en mi carro tropezando
»el tuyo ambos se rompan, y á nosotros
»arrastren por la arena los bridones."

Así dijo: y Antíloco, fingiendo
que no le oia, con mayor ahinco
á correr sus caballos incitaba
con el látigo hiriéndolos; y pronto
tanto se adelantaron al Atrida,
cuanto suele correr disco que arroja
de algun mancebo la robusta mano
que de su fuerza juvenil pretende
hacer alarde. En tanto los bridones
del Atrida cejaron, pues él mismo
de aguijarlos cesó; porque temia
que en el camino angosto atropellados
ellos y los de Antíloco volcasen
el uno y otro carro, y en la arena
cayesen los aurigas que anhelosos
á vencer aspiraban: y ceñudo,
al jóven reprendió con estas voces.

"Antíloco! entre todos los mortales
»ninguno á tí en malicia se aventaja,
»y sin razon creiamos los Griegos
»que eras mozo sensato. Sigue ahora
»gozoso tu camino; pero sabe
»que no tú el premio llevarás segundo,
»si ántes no juras que por ruin falsía
»le has conseguido." A sus caballos luego
con la voz animó, y así les dijo.

"No ya el paso aflojeis, ni acobardados
»por el dolor esteis. Cansadas ántes
»los caballos de Antíloco sus piernas
»sentirán que vosotros, porque viejos
»ambos son." El Atrida así gritaba
á sus bridones: y en veloz carrera,
de su señor la cólera temiendo,

823 en breve á los de Antíloco alcanzaron.
Miraban los Aqueos desde el circo
á los caballos, que en veloz carrera
nube alzaban de polvo en la llanura,
y el Rey de los Cretenses el primero
observó que los carros ya volvian;
porque fuera del circo en una loma
y mas alto que todos se asentara.
Y la voz escuchando del Atrida,
la conoció; pero notó que el carro
que venia delante por bridones
era tirado y que el mejor tenia,
siendo todo bermejo, de la frente
enmedio blanca mancha tan redonda
como la luna; y á los Griegos dijo,
poniéndose de pié. "¿Seré yo solo,
»Príncipes y adalides de la Grecia,
»el que haya distinguido los bridones
»que apresurados llegan, ó vosotros
»desde el circo tambien á divisarlos
»alcanzais? Otros son los que primeros
»vienen ahora, y otro el que los guía
»tambien parece. ¿En el camino acaso
»se han herido las yeguas que hace poco
»eran las mas veloces? Las primeras
»las ví doblar la meta, mas ahora
»no las alcanzo á ver aunque registro
»todo el campo de Troya con mis ojos.
»¿Ó tal vez de las manos al auriga
»las riendas se cayeron, y no pudo
»al pasar de la meta sujetarlas?
»Pienso que allí cayó precipitado
»y el carro se rompió, y que desuncidas

»fuera las dos salieron del camino. 856
»Levantaos, y ved si al que primero
»viene de todos conoceis. Yo juzgo
»que es el hijo del ínclito Tideo
»y oriundo de Etolia, Dïomédes,
»el poderoso Rey de los Argivos."
Y Ayax de Oileo, en ásperas razones,
le respondió enojado. "Idomeneo!
» ¿por qué, sin esperar á que otros hablen,
»necias palabras dices? Allí vienen
»de Eumelo las dos yeguas voladoras.
»Tú no eres de los Griegos el mas jóven,
»ni mas tu vista alcanza; pero siempre
»gárrulo has sido. Y á tu edad no asienta
»bien ligereza tanta, cuando muchos
»aquí presentes hay que los primeros
»deberian hablar. Las mismas yeguas,
»que delante de todos hemos visto
»á la meta llegar, tambien ahora
»vienen primeras: las de Eumelo, y tiene
»él la brida, y el carro no se ha roto."
Altamente indignado el Rey de Creta,
"Ayax (le dijo) insultador eterno!
»Solo para injuriar eres valiente,
»y en lo demas á los Aquivos todos
»eres muy inferior; pero atrevido,
»é insolente naciste. Una caldera,
»ó un trípode, apostemos y elijamos
»por juez á Agamenon; y este decida
»cuales son los caballos que primeros
»vienen de todos. Perderás la apuesta,
»y sabrás los que son." Así decia
el Rey de los Cretenses; pero alzóse

889 Ayax enfurecido, y con palabras
todavía mas duras insultado
hubiera al Rey, y la fatal rencilla
durado hubiera mas; si el mismo Aquíles
alzado no se hubiese, é interpuesto
entre los dos caudillos no dijera.
"No mas os injurieis, amigos caros!
»No os está bien, y con razon vosotros
»al que lo mismo hiciera culparíais.
»Volved á vuestra silla, y desde el circo
»observad los bridones; que aspirando
»ellos tambien á la victoria presto
»ya llegarán aquí, y entónces todos
»conoceréis los que primero vienen
»y cuales son los que detras quedaron."
Cuando acabó de hablar, ya estaba cerca
el hijo de Tideo; que impaciente
por llegar el primero, á sus bridones
sin cesar con el látigo en el lomo
heria: y los bridones, levantando
en galope los piés, rápidamente
el trecho de camino que faltaba
corrieron y al auriga con el polvo
que de la tierra alzaban rociaron.
Y con tal rapidez la alta carroza
arrastraban que apénas en el suelo,
siendo de leve arena movediza,
la señal por los calces estampada
se conocia: tal la ligereza
era con que los dos apresurados
por el camino rápidos volaban.
Al cerco ya venido Dïomédes,
detuvo el carro; y el sudor corria

del pecho y de la crin de los bridones 922
hasta la tierra, y del brillante carro
él descendió y el látigo sonoro
colgó del yugo. Ni remiso andaba
Esténelo entretanto; que al instante
se apoderó del premio, y la cautiva
entregó á los donceles: y gozosos
ellos, al pabellon la condujeron
y el trípode llevaron de dos asas;
y en tanto él desuncia los bridones.
Llegó el segundo Antíloco, por fraude
y no por ligereza á Menelao
dejando atras; pero aun así no mucho
tardó en llegar el poderoso Atrida.
Cuanto dista el caballo de la rueda
del carro, en que su dueño está subido,
cuando le arrastra por la gran llanura;
que de la rueda sobre el ancho calce
con las últimas cerdas de la cola
tocando va miéntras veloz camina,
y arrimado al timon pone la planta
no léjos de la rueda que le sigue
de cerca siempre sin tocarle nunca:
tanto entónces Antíloco distaba
de Menelao; aunque, al pasar delante
aquel en el barranco, todo el trecho
atras este quedara que recorre
redondo disco por robusta mano
lanzado con empuje. Pero pronto
logró alcanzarle; que la fuerte yegua
de Agamenon, en cólera inflamada,
redobló su correr. Y si mas tiempo
durara la carrera, á los caballos

de Antíloco pasara y la victoria
dudosa no seria. Meriónes
llegó despues, y á la distancia grande
venia del tercero á que se extiende
lanza que vibra poderoso atleta;
porque pesados eran sus bridones,
y él no muy diestro en dirigir el carro
en la carrera. El último de todos
llegó el hijo de Admeto, y á la rastra
el carro conducia; y sus dos yeguas
antecogidas, triste caminaba.
Compadecióse el generoso Aquíles,
al mirarle; y volviéndose á los Griegos,
así dijo en palabras voladoras.
"El último de todos con su carro
„el Rey ya llega que mejor sabia
„sus bridones guiar. Justo parece
„darle el premio segundo, ya que lleva
„Diomédes el primero." Los Aquivos
el dictámen de Aquíles aprobaron:
y aplaudiéndolo todos aquel premio
Eumélo recibiera, si ofendido,
y con razon, Antíloco no hubiese
así triste exclamado. "Ofensa grave
„me harás, Aquíles, que sufrir no puedo,
„si cumples lo que has dicho y me despojas
„del premio que he ganado. Yo conozco
„que á Eumelo se le das porque ha rompido
„su carro una Deidad, y sus dos yeguas
„ha extraviado tan valientes siendo,
„y él tambien el mejor de los aurigas.
„Pero debió á los Dioses del Olimpo
„humilde suplicar; y si lo hiciera,

» no llegara de todos el postrero. 988
» Si tú de él te apiadas, y premiarle
» quieres tambien; en abundancia tienes
» dentro tus tiendas oro, tienes bronce,
» tienes lindas esclavas y alazanes,
» y de ovejas rebaños numerosos
» tuyas la yerba pacen. De estas cosas
» la que te agrade toma y mayor premio
» dale despues si quieres, ó aquí mismo,
» para que los Aqueos generoso
» te llamen, y te aplaudan; mas la yegua
» yo no le cederé. Si alguno quiere
» á la fuerza quitármela, sus armas
» conmigo ha de medir." Así decia
acalorado el jóven, y al oirle
Aquíles sonriyóse; y se alegraba,
porque era amigo suyo, de que firme
ceder á otro la yegua resistiese,
y asi le dijo en cariñosas voces.
"Antíloco! pues dices que otro premio
» á Eumelo dé sacado de mi tienda;
» así lo quiero hacer. Una coraza
» de bronce le daré cuyas orillas
» están orladas de fulgente estaño,
» y en mucho precio deberá tenerla;
» que es la de Asteropeo, y de los hombros
» se la quité yo mismo." Así decia
Aquíles, y á su auriga Automedonte
mandó que de la tienda la tragese.
Fué el auriga, la trajo, y en la diestra
la puso Aquíles del valiente Eumelo,
que alegre la tomó. De los Aquivos
en medio alzóse luego Menelao,

1021 doliente el corazon y ardiendo en ira
contra el jóven Antíloco. El heraldo,
en la mano poniéndole su cetro,
mandó á todos callar: y comparable
el Atrida á los Dioses, así dijo.
"Antíloco! Si tú prudente fuiste
»ántes de ahora ¿cómo tal falsía
»has cometido? Mi valor en duda
»has puesto, y con tu carro atropellaste
»mis bridones pasando con los tuyos,
»siendo ménos valientes que los mios.—
»Príncipes y adalides de la Grecia!
»aquí en medio juzgad quien de nosotros
»agravio recibió, ni la balanza
»el valimiento incline; porque nadie
»de los presentes diga que oprimiendo
»con calumnias á Antíloco la yegua
»se llevó Menelao, é inferiores
»mucho eran sus caballos aunque él mismo
»en fuerza aventajase y valentía
»á su competidor. Ó de otro modo
»decidiré yo mismo la contienda,
»y espero que ninguno de los Dánaos
»mi decision acusará de injusta;
»porque recta será.—La antigua usanza
»siguiendo ahora, Antíloco, pues eres
»Príncipe tú tambien, aquí te acerca:
»y delante del carro y los bridones
»colocado, y el látigo teniendo
»en la izquierda con que ántes aguijabas
»á tus caballos y poniendo ahora
»en ellos la derecha, al Dios Neptuno
»jura que por error has empleado

»doloso ardid para pasar delante, 1054
»mi carro deteniendo." Confundido
Antíloco á su voz, respondió triste.
"La ofensa me perdona, o Menelao;
»pues soy mucho mas mozo y en prudencia
»y en edad me aventajas, y conoces
»cuales son los errores juveniles.
»Viveza tiene el jóven, pero escasa
»es su prudencia aün. Nunca recuerde
»tu corazon mi falta; y yo gustoso
»la yegua te daré que he recibido.
»Y si alguna otra cosa de mas precio
»de mis propias riquezas me pidieses;
»dártela yo al instante mas quisiera
»que perder para siempre tu cariño
»y hacerme criminal ante los Dioses."
Así el hijo de Néstor al Atrida
respondió: y por su mano conduciendo
la yegua él mismo, se la dió: y el alma
de Menelao en inefable gozo
bañada fué, como el rocío moja
en derredor la espiga cuando empieza
la granazon y las doradas mieses
ya los campos erizan. De este modo,
o Menelao, el corazon sentiste
entónces tú bañarse en alegría:
y hablando con Antíloco, estas breves
palabras le dijiste. "Aunque irritado
»contigo estaba, Antíloco, á tu ruego
»no inflexible seré; porque hasta ahora
»imprudente no has sido ni liviano:
»y si hoy funesto error has cometido,
»venció la poca edad á la prudencia.

1087 »Pero ya mas con viles arterías
»no quieras suplantar á los mayores;
»pues si no fueras tú, de los Aqueos
»otro ninguno mi furor calmado
»tan pronto hubiera. Pero al fin conozco
»qué tú muchas fatigas has sufrido
»y mucho has trabajado por mi causa,
»y tu buen padre, y tu valiente hermano.
»Te otorgo, pues, la gracia que me pides:
»y aunque mia es la yegua te la cedo,
»para que todos vean que yo nunca
»soberbio fuí ni duro." Así decia:
y á Noemon, de Antíloco escudero,
dió la yegua y mandó que la llevara,
y él la caldera recogió luciente.
Los dos talentos de oro Merïónes
recibió, porque el cuarto en la carrera
habia sido. La brillante jarra,
último de los premios ofrecidos,
que adjudicar faltaba; pero Aquíles,
tomándola y el circo atravesando,
á Néstor la ofreció y en cariñosas
voces le dijo. "Anciano! tú recibe
»aqueste don, y el monumento sea
»que á tu memoria el funeral recuerde
»del infeliz Patroclo, ya que nunca
»le volverás á ver entre los Dánaos.
»Yo este premio te doy, aunque á ganarle
»tú no hayas concurrido; porque veo
»que ni en el pugilato ni en la lucha
»tú podrás combatir, ni aguda flecha
»con el arco lanzar, ni en la corrida
»el estadio medir, pues ya te oprime

»la triste senectud.” Estas palabras
dichas, á Néstor en las manos puso
la magnífica jarra, que gozoso
él recibió; y al generoso Aquíles
respondió grato en cariñosas voces.
"Hijo! verdad dijiste: ya mis piernas
»flaquean y mis piés, ni ya los brazos
»con el vigor se mueven que solian.
»Hiciera el cielo que tan jóven fuese
»ahora yo, y enteras conservase
»la fuerza y robustez, como aquel dia
»en que los funerales en Buprasio
»al poderoso Rey Amarinceo
»los Epeos hacian, y los hijos
»del Rey para los juegos propusieran
»premios de gran valor! Allí ninguno
»de los Epeos, ni de los Etolos,
»ni de los fuertes Pilios, á igualarse
»llegó conmigo en el valor. Primero
»vencí en el pugilato á Clitomédes,
»hijo de Énope; á Anqueo de Pleurona,
»que á combatírme se ofreció orgulloso,
»en la lucha vencí; y en la carrera
»vencí tambien á Ificlo, aunque ligero
»era de piés. En manejar la pica
»á Fileo, por fin, y á Polidoro
»fuí superíor: y solo con su carro
»me pasaron delante los dos hijos
»de Actorïon; que la victoria mucho
»alcanzar deseaban, porque premios
»mayores y mas ricos ofrecidos
»fueron al vencedor en la carrera.
»Y si alguna ventaja me llevaron,

1153 »al número tan solo la debieron;
»porque ellos eran dos, y siempre el uno
»atento los caballos dirigia
»y el otro con el látigo sonante
»los aguijaba. Tal en otro tiempo
»era yo; mas ahora en estas lides
»los jóvenes combatan; resignarme
»en la triste vejez me toca solo,
»ya que en la mocedad entre los héroes
»pude sobresalir. Tú continúa
»en honrar la memoria de tu amigo
»con funerales juegos: yo la jarra
»de buen talante admito. Y se me alegra
»el corazon al ver que del buen Néstor
»siempre te acuerdas tú, ni desconoces
»cuales las honras son con que yo debo
»ser entre los Aqueos distinguido.
»Así con larga mano las Deidades
»tu generosidad benignas premien."
Néstor calló: y el hijo de Peleo,
despues que el grande elogio hubo escuchado
que de sí mismo hiciera el Rey de Pílos,
el circo atravesó, y al que venciese
del duro pugilato en el combate
una mula ofreció que con el tiempo
seria del trabajo sufridora,
pero entónces cerril y que no fácil
dejaria domarse. Aun no cerrara,
pues seis años tenia: y por el circo
primero paseándola, á un madero
la mandó atar. Al que vencido fuese
una brillante copa de dos asas
dar ofreció: y en medio levantado

de los Aqueos, dijo á los Atridas 1186
y demas campeones de la Acaya.
"Los dos mas valerosos combatientes
»que, los puños alzados, con gran fuerza
»sepan herir á disputar el premio
»se presenten: y aquel á quien Apolo
»en este duelo singular conceda
»la dudosa victoria, y los Aqueos
»todos aclamen vencedor, la mula
»lleve luego á su nave. El que vencido
»fuere en la lid, recibirá la copa."
Alzóse alegre corpulento atleta,
y forzudo, y perito en el combate
del pugilato, el hijo de Panópes,
Epeo: y acercándose á la mula
y en ella puesta la robusta mano,
en alta voz gritó: "Quien solo aspire
»á llevarse la copa, se presente;
»porque la mula sé que de los Griegos,
»venciéndome en el duro pugilato,
»ninguno llevará. Tengo la gloria
»de ser en estas luchas el primero.
»¿No basta acaso que en las lides sea
»á muchos inferior? A nadie es dado
»sobresalir en todo. Mas ahora,
»(yo se lo anuncio, y lo verá cumplido)
»al campeon que á combatirme venga
»rasgaré el cútis, desharé los huesos,
»y será menester que sus amigos
»reunidos estén y del combate
»pronto le saquen cuando caiga en tierra
»por mí vencido." Al escuchar sus voces
todos enmudecieron, y ninguno

1219 al com ate salia. Al fin el hijo
de Mecisteo, Euríalo, á los Dioses
en beldad parecido, á combatirle
se presentó animoso, de su padre
emulando la gloria; que otro tiempo
en Tébas á los juegos por la muerte
del infeliz Edipo celebrados
asistiera, y á todos los Cadmeos
venció en el pugilato. Al ver Diomédes
que su amigo en la lid se presentaba,
para ayudarle á desnudar alzóse;
y en tanto á pelear como valiente
le animó con su voz, porque en la liza
que vencedor saliese deseaba.
Y ya desnudo el jóven, lo primero
le puso el ceñidor, y á las dos manos
le acomodó despues el guante duro
hecho de piel de montaraz novillo.
Puesto ya el ceñidor, los dos rivales
del circo en la mitad se presentaron:
y en alto alzada la robusta diestra
el combate empezaron, y sus fuertes
brazos se confundieron, y á los golpes
que se daban crugian las mejillas
en horrísono ruido; y de su cuerpo
todo corria en abundancia mucha
el sudor hasta el suelo. Furibundo
golpe en la cara el valeroso Epeo
dió á su rival, que con atentos ojos
en derredor miraba, y la mejilla
le quebrantó: ni el infeliz ya pudo
tenerse en pié, y en fragoroso estruendo
dió consigo en la arena. Como suele,

por el soplo del zéfiro agitada, 1252
encresparse la mar; y á las orillas,
que verdes ovas cubren, azorado
salta ligero el pez, pero las negras
olas le cubren luego: tal entónces,
herido el fuerte Euríalo, en el polvo
dió terrible caida; mas Epeo,
por las manos asiéndole, al instante
de la tierra le alzó. Le rodearon
sus amigos despues, y por el medio
del circo le llevaron; y arrastraba
el mísero los piés, y de la boca
sangre arrojaba turbia. Sobre el hombro
la cabeza caida, y delirante,
rodeándole todos, á su tienda
le condujeron recogiendo al paso
la prometida reluciente copa.
Aquíles luego del tercer combate,
la peligrosa lucha, á los Aquivos
mostró los premios. Trípode anchuroso,
que al mayor fuego resistir podia
é igualaba el valor de doce bueyes,
ofreció al vencedor: hermosa esclava,
en toda clase de labores diestra
y que solo valia cuatro bueyes,
tambien depositó para el vencido.
Alzóse luego en pié, y á los Aqueos
dijo en sonora voz. "Los que en la lucha
» ejercitarse quieran, se levanten."
Dijo: y alzóse el corpulento y fuerte
Ayax de Telamon, y alzóse Ulíses;
que, fecundo en ardides, esperaba
con el arte vencer. Las vestiduras

desnudándose, pues, se acomodaron
el ancho ceñidor; y á la palestra
salido habiendo, con estrecho nudo
enlazaron sus brazos vigorosos
como se enlazan las enormes vigas
de alcázar régio, que acomoda y une
artífice perito porque puedan
resistir de los vientos al embate.
Así estrechadas ya las fuertes manos
de los dos campeones que en la arena
uno al otro querian derribarse;
sus costillas sonaban, y copioso
sudor de todo el cuerpo les corria,
y los costados y robusta espalda
de ennegrecida sangre numerosas
manchas ya les cubrian; pero el triunfo
alcanzar deseando y el hermoso
trípode, del dolor no se curaban.
Y así por largo tiempo la pelea
continüó, sin que pudiera Ulíses
á su contrario suplantar y en tierra
derribarle; y tampoco Ayax podia,
porque el vigor de Ulíses lo estorbaba.
Mas cuando ya de la indecisa lucha
á cansarse los Griegos comenzaron,
Ayax á Ulíses dijo. "Ó me levanta
„en vilo tú, ó permite que el primero
„yo te levante, y la victoria Jove
„dará despues á quien le fuere grato."
Dijo, y á Ulíses levantó en el aire;
pero no se olvidó de sus ardides
el hijo de Laértes. Y en la corva
le dió con su talon tan recio golpe,

que tenerse de pié ya no pudiendo 1318
cayó de espaldas y tambien Ulíses
cayó sobre su pecho, y admirados
y atónitos quedaron los Aquivos.
Alzáronse, y Ulíses el segundo
hizo perder á su contrario tierra;
pero tan poco que tenerle en alto
no pudo y se doblaron sus rodillas,
y ambos juntos cayeron en la arena
cerca el uno del otro, y polvo mucho
cogieron que sus rostros afeaba.
Y por tercera vez, ya levantados,
volvieran á luchar; si el mismo Aquíles
no lo estorbara alzándose, y diciendo.
"No mas ya combatais, ni con los golpes
» os maltrateis; que vencedores ambos
» en la lucha quedais, é iguales premios
» ambos alcanzaréis. Dejad el circo
» para que otros Aqueos se disputen
» la palma en la carrera." Así decia,
y al escuchar su voz obedecieron:
y limpiándose el polvo, los vestidos
volvieron á tomar y se asentaron.
Despues Aquíles al que mas ligero
el estadio corriese una brillante
urna ofreció de plata que cabia
seis medidas de vino, y en belleza
á todas las del mundo aventajaba.
De Sidon los artífices famosos
mucho en ella esmerándose la hicieran,
y los Fenicios por el ancho ponto
á vender la llevaban, y en los puertos
en venta la ponian; mas llegados

1351 á Lémnos, á Toante se la dieran
en dádiva preciosa; y á Patroclo,
de Licäon en pago, el Rey Euneo
la entregó. Y de su amigo al celebrarse
las exequias ahora, al que de todos
con sus ligeros piés en la carrera
vencedor fuese la ofrecia Aquíles,
y un corpulento buey al que llegase
á la meta segundo, y al tercero
medio talento de oro. Y de la silla
alzóse, y dijo. "Los que hacer alarde
» de sus ligeros piés quieran ahora,
» y los premios ganar, su asiento dejen."
Alzáronse á su voz Ayax de Oileo,
famoso corredor, el cauto Ulíses,
y Antíloco de Néstor, que vencia
con sus ligeros piés en la carrera
á los jóvenes todos. Colocados
en línea ya, de la carrera Aquíles
la meta les mostró. Los tres salieron
de la barrera juntos, y á los otros
Ayax se adelantó; pero de cerca
Ulíses le seguia. Cuan cercano
al pecho está de la muger el huso,
que ella revuelve sin cesar ligera,
cuando de la madeja devanando
está el ovillo y en su pecho afirma
el extremo del uso: tan de cerca
á Ayax seguia Ulíses, anheloso
siempre corriendo. Y en la huella misma
que Ayax hiciera la robusta planta
ántes ponia Ulíses que de nuevo
el polvo la cubriese; y la cabeza,

siempre corriendo fácil, le mojaba 1384
con su aliento. Aplaudian los Aquivos
todos al ver que con tenaz porfía
así al premio aspiraba prometido
al vencedor: y en clamorosas voces
mas y mas le animaban. Cuando cerca
estaban ya del término, en secreto
dijo á Minerva Ulíses. "Mi plegaria
» escucha Diosa, y ligereza infunde
» á mis piernas y piés." Oyó benigna
Minerva su demanda: y mas ligero
hizo su cuerpo todo y á sus piernas
nuevo infundió vigor, y aun á sus manos
dió mas agilidad. Y cuando estaban
casi en la meta ya, y ambos creian
el premio conseguir; hizo la Diosa
que Ayax en unas yerbas resbalase,
todavía manchadas con el fiemo
de los toros que Aquíles inmolara
sobre la pira de Patroclo. En tierra
Ayax cayó, y la boca y las narices
de lodo se llenó: y el primer premio,
la urna de plata, el astucioso Ulíses,
que delante pasó, recibió ufano.
Y Ayax, tomando el buey y de las astas
con las manos asiéndole, decia,
la inmundicia limpiándose, á los Dánaos.
"Triste de mí! que resbalar me ha hecho
» la misma Diosa que de tiempo antiguo,
» cual madre cariñosa, siempre á Ulíses
» asiste y favorece." Así decia:
y todos los Aquivos, al mirarle
cubierto de basura, dulcemente

1417 sonreian. Antíloco el postrero
de los premios llevó, y al recibirle
dijo riyendo á los Aquivos todos.
“Amigos! ya sabeis, y repetirlo
» quiero yo, que á los Dioses inmortales
» hasta en los juegos amparar es grato
» á los de mas edad. Ayax me lleva
» muy pocos años; pero el buen Ulíses
» á la edad anterior ya pertenece
» y á los hombres antiguos: y aunque viejo,
» aun el vigor conserva; y muy difícil
» á cualquiera seria de los Dánaos
» la palma disputarle en la carrera;
» solo Aquíles podria.” Así elogiaba
al afamado corredor Aquíles
Antíloco su amigo: y en respuesta
le dijo aquel, y cariñosas voces.
“Antíloco! no en vano esa alabanza
» de tu boca salió: medio talento
» de oro yo añadiré porque le juntes
» tú con el otro medio.” Y al decirlo
se le puso en la mano, y él gozoso
le recibió. Despues, tomando Aquíles
una lanza, y un yelmo, y un escudo,
armas que á Sarpedon quitó Patroclo,
y en el medio poniéndolos del circo,
en alta voz decia á los Aqueos.
“Los dos mas valerosos campeones
» quiero yo que este premio se disputen
» vistiéndose las armas y empuñando
» su lanza puntiaguda, y que á la vista
» de todos hagan del valor alarde.
» Del que primero á su rival hiriere

» la armadura pasando con su lanza,
» y el cútis le rasguñe, y roja sangre
» le haga verter; la espada cortadora,
» que artífices de Tracia fabricaron
» y con clavos de plata guarnecido
» el puño tiene, y fué de Asteropeo
» y yo se la quité dándole muerte,
» digno premio será. Las otras armas
» entre los dos rivales repartidas
» deberán ser, y espléndido convite
» en mi tienda tambien ofrezco darles."

Alzóse alegre el corpulento y alto
Ayax de Telamon, y Dïomédes
se alzó tambien; y fuera de la turba
los dos se retiraron para armarse.
Y armados ya, volvieron deseosos
ambos de combatir y con miradas
torvas amenazándose; y al verlos,
se consternaron los Aquivos todos.

Cuando ya estaban cerca, y el combate
empezaron; tres veces se embistieron,
y tres veces en vano con sus lanzas
intentaron herirse. Recio bote
dió Ayax por fin en el escudo plano
de su rival, y le pasó: en la carne
no penetró la punta de la pica;
que la coraza lo estorbó. Diomédes,
del anchuroso escudo por encima,
con la aguzada punta de su lanza
de Ayax buscaba el vigoroso cuello,
herirle deseando. Los Aquivos,
de Ayax temiendo por la vida todos,
les mandaron cesar y que los premios

1483 con igualdad partiesen; pero Aquíles
á Diomédes la espada cortadora
dió, del hermoso tahalí pendiente.
Puso despues Aquíles una grande
bola de hierro sin bruñir, que el bravo
Etïon otro tiempo despedia
con poderoso brazo; pero muerto
por el valiente Aquíles, en sus naves
entre muchos riquísimos despojos
la bola este llevó. Mostróla entónces
á los demas Aqueos, y les dijo.
"Álcense los que quieran de su brazo
»la pujanza mostrar. El que venciere,
»aunque estén de poblado muy distantes
»y de larga extension sus campos sean,
»harto hierro tendrá con esta bola
»por mas que de ella siempre esté partiendo
»cinco cabales años; ni por falta
»de herramientas quinteros y pastores
»irán á la ciudad." Así decia
Aquíles, y á su voz se levantaron
Lëonteo y el bravo Polipétes,
en la fuerza á los Dioses comparable,
y Ayax de Telamon, y el fuerte Epeo.
En fila colocados, la gran bola
tomó Epeo: y el brazo vigoroso
con cuanto esfuerzo pudo rodeando,
no léjos la arrojó; y al ver la fuerza
que hizo para arrojarla, los Aquivos
todos reian. La tiró segundo
el bravo Lëonteo: y con la mano
Ayax de Telamon lanzó robusta
el tercero la bola, y las señales

todas pasó de los primeros tiros. 1516
Mas cuando ya al forzudo Polipétes
arrojarla tocó, tanta ventaja
sacó á los tres primeros cuanta mide
la longitud á que el vaquero arroja
por encima de toda la vacada
el ligero cayado, cuando quiere
llamar alguna res que se extravía.
Vencedor le aclamaron los Aquivos:
y alzándose los fieles escuderos
del bravo Polipétes, á las naves
el premio de su Príncipe llevaron.
Negro hierro despues ofreció Aquíles
por premio al que mas hábil disparase
con el arco las flechas. Y en el circo
diez grandes hachas de cortar madera
y otras diez mas pequeñas colocadas;
mandó que léjos en la tierra dura
un mástil de navío se fijase,
y que de él una cándida paloma
con delgado cordel ataran firme
de un solo pié: y á los archeros dijo
que al ave dirigiesen las saetas,
añadiendo. "El que hiera á la paloma
„tome las grandes hachas, y por premio
„á su tienda las lleve. El que la cuerda
„á herir acierte sin tocar al ave,
„como mas inferior, reciba solo
„las diez hachas pequeñas." Así dijo,
y al escuchar su voz se levantaron
Teucro de Telamon y Meriónes:
y echadas en un yelmo las dos suertes,
saltó primera la de Teucro. Ufano

1549 el jóven, con vigor la aguda flecha
pronto lanzó sin ofrecer primero
escogida hecatombe de primales
al flechador Apolo. Este ofendido,
no le otorgó que á la paloma hiriese;
y solo en el cordel de que pendia
atada por el pié tocó la flecha,
y le cortó. La tímida paloma
al cielo huyó volando y en el suelo
cayó el cordel, y los Aquivos todos
mucho á Teucro aplaudian. Merïónes
arrancó luego el arco de la diestra
de su rival: y al nervio acomodada
la flecha que tenia de antemano
ya preparada, y ofreciendo pio
al flechador Apolo una hecatombe
de tiernos corderillos; por el aire
la dirigió á la nube en que meterse
á la paloma viera. Y acertóla
á pesar de los giros tortuosos
que en su volar hacia y por debajo
la hirió del ala, y á sus piés la flecha
volvió á caer. Atolondrada el ave
con el dolor, al mástil del navío
bajó triste á posarse; pero pronto
inclinó el cuello y extendió las alas
y el alma huyó veloz, y ya sin vida
cayó léjos del árbol. Los Aquivos
atónitos quedaron y gozosos:
y las diez grandes hachas Merïónes
tomado habiendo, con las diez pequeñas
encaminóse Teucro á sus navíos.
Mandó despues Aquíles que trajesen

una robusta lanza y un caldero
que el fuego aun no manchara, cincelado
en variada labor, y que valia
tanto como una vaca. Dos caudillos
en arrojar la pica ejercitados
salieron á la prueba; el poderoso
Agamenon de Atreo, y Meriónes.
Mas al verlos Aquíles, al Atrida
así dijo en palabras cariñosas.
"Hijo de Atreo! indecoroso fuera
»que á disputar el premio te humillases.
»Sabemos que en grandeza y poderío
»á todos aventajas; y sabemos
»que en vigoroso brazo y en destreza
»para no errar el tiro de tu lanza,
»eres tambien de todos el primero.
»Recibe el premio, pues, y á los navíos
»vuelve con él; y al bravo Meriónes
»demos tambien la pica, si te agrada.
»Esto yo te propongo." Conformóse
el Atrida: y habiendo dado Aquíles
á Meriónes la robusta lanza,
el Rey tomó el caldero cincelado
y en las manos le puso de Taltibio
para que á sus navíos le llevase.

LIBRO VIGESIMOCUARTO.

Disolvióse la junta: y á las naos
todos volviendo, la sabrosa cena
tomaron las escuadras y al reposo
alegres se entregaron. Solo Aquíles,
del amigo acordándose, lloraba;
ni el dulce sueño, que á los hombres rinde,
sus párpados cerró. Sobre su lecho
vueltas daba agitado, á la memoria
recordando el valor y fortaleza
del infeliz Patroclo y las hazañas
que hiciera unido á él, y los trabajos
que en las guerras pasara y en los mares
borrascas arrostrando peligrosas:
y al acordarse, en abundante lloro
bañaba sus mejillas. En desvelo
así pasaba las enteras noches;
ya echándose de lado, ya de cara,
ya de espalda tambien: y al fin cansado
de dar vueltas saltaba de su lecho,
y á la orilla del mar erraba triste
mucho ántes que la aurora con sus rayos
iluminase el mar y sus riberas.
Salido el Sol, al pabellon volvia:
y poniendo á su carro los bridones,
detras ataba de Héctor el cadáver
para llevarle á rastra. Y cuando habia
dado con él tres vueltas á la tumba
de Patroclo; en su tienda reposaba,
el exánime cuerpo allí dejando
extendido de cara sobre el polvo.

Mas de Héctor apiadado hasta en su muerte 31
Apolo, del cadáver alejaba
cuanto afear pudiera su hermosura:
y con égida de oro le cubria
todo, para que Aquíles por el suelo
al arrastrarle duro no pedazos
sus miembros todos y su carne hiciera.

De Héctor así al cadáver insultaba
ensañado el aquivo; mas los Dioses
de él se compadecieron, y á Mercurio
á que furtivamente le sacase
de las manos de Aquíles animaban.
A todos era grato este consejo,
ménos á Pálas, á la augusta Juno,
y á la Deidad del mar; que tanto ahora
á Príamo y su pueblo aborrecian
como ántes, por la injuria que Alejandro
á ambas Diosas hiciera cuando fueron
á su cabaña y seducido el jóven
declaró en la disputa vencedora
á la que en premio liviandad funesta
le ofreció. Cuando ya, despues del dia
en que Héctor pereció, trajo la aurora
la duodécima luz; así en la junta
Apolo habló de los eternos Dioses.

“Sois duros y crueles. ¿Ya olvidado
»habeis que en vida, cual varon piadoso,
»de cabras escogidas y de bueyes
»víctimas numerosas ofreceros
»Héctor solia? ¿Ni tendréis siquiera,
»cuando muerto le veis, valor vosotros
»para salvar el mísero cadáver
»y á la vista volverle de su esposa,

64 »y de su anciana madre, y de su niño,
»y de su padre Príamo, y de todos
»sus antiguos soldados, porque puedan
»en la pira quemarle y las exequias
»celebrar en su honor? Al iracundo
»feroz Aquíles favorables solo,
»o Dioses, os mostrais, en cuyo pecho
»ni la razon ni la equidad habitan,
»ni tierno corazon. Como el agreste
»leon, á su fiereza y valentía
»aflojando la rienda, á los rebaños
»acomete rabioso de los hombres
»para buscar el alimento; Aquíles
»así la compasion y la vergüenza
»(á los hombres á veces provechosa,
»y otras funesta) desconoce impío.
»Mas caras prendas otros ya perdieron,
»el hermano carnal, ó el hijo amado;
»pero despues de haber sobre su tumba
»llorado tristes, al dolor y luto
»término ponen: porque al hombre dieron
»ánimo sufridor de las desgracias
»las Parcas al nacer. Y solo Aquíles,
»no satisfecho con haber quitado
»á Héctor la vida, su cadáver frio
»ata detras del carro, y de la tumba
»en derredor le arrastra de Patroclo:
»inútil crueldad, que ni su gloria
»ni su poder acrece. Y deberia
»considerar que aunque valiente sea
»pudiéramos nosotros castigarle;
»pues á un poco de tierra, ya privada
»de sentimiento, en su furor insulta."

Airada Juno respondió. "En buen hora 97
»hágase, Febo, lo que tú deseas,
»si ya vosotros en igual estima
»á Héctor teneis y Aquíles. El primero
»simple mortal nació, y mamó la leche
»de una muger; mas el segundo es hijo
»de una Diosa, de Tétis: y yo misma
»á esta dí de mamar, y de su infancia
»solícita cuidé; y al Rey Peleo,
»tan caro á las Deidades, por esposa
»se la otorgué despues. Y convidados
»al banquete nupcial, los Dioses todos
»participaron de él: y tú el primero,
»que ahora, desleal! de los perjuros
»eres el defensor, en abundante
»mesa te regalabas, y tañias
»la cítara sonora." El padre Jove
así la dijo en cariñoso acento.

"No con los Dioses, Juno, estés airada;
»pues nunca en igual precio Héctor y Aquíles
»estimados serán. Pero entre todos
»los habitantes de Ilïon ha sido
»Héctor el mas amado de los Dioses,
»á lo ménos de mí: porque en su vida
»no se olvidó jamas dones preciosos
»y muchos de ofrecerme, ni mis aras
»de escogidos manjares carecieron
»y libaciones, ni de olor sabroso
»de las carnes asadas; que á los Dioses
»este tributo los humanos deben.
»Pero no hablemos ya de que el cadáver
»de Héctor sea robado, ni posible
»robarle será ya sin que lo entienda

» el matador Aquíles; porque siempre
» su madre está con él de noche y día.
» Pero si alguno de los otros Dioses
» á Tétis me llamara; yo el consejo
» la daria prudente de que incline
» el corazon del hijo á que reciba
» el rescate que Príamo le ofrezca,
» y al Rey entregue de Héctor el cadáver."
Así Jove decia: y del Olimpo,
cual de la nube rápido se aleja
el relámpago ardiente esplendoroso,
Íris bajó en un vuelo, deseando
el mensage llevar. Llegó á la tierra,
y entre la costa de Ímbros escarpada
y la de Sámos al oscuro ponto
saltado habiendo, resonó estruendosa
la gran laguna al espantable ruido
que hizo al caer. Hasta el profundo seno
Íris bajó del mar, como desciende
rápido el plomo del anzuelo asido
que en engañoso cebo á los voraces
peces la muerte lleva; y en su gruta
halló sentada á Tétis. Á su lado
las otras Diosas de la mar tenia,
y enmedio de ellas lamentaba triste
la desgracia del hijo; porque en Troya,
y muy distante de su dulce patria,
morir debia. Y acercada mucho
Íris á la Deidad, así la dijo.
"Sube al Olimpo, Tétis; porque Jove
» te llama, y quiere revelarte ahora
» sus eternos arcanos." Al oirla
Tétis respondió triste. "¿Por qué manda

»aquel gran Dios que á las moradas suba 163
»yo de los inmortales? Me avergüenzo
»de parecer en su presencia: tantas
»las penas son que el corazon devora.
»Mas, aunque grande mi tristeza sea,
»iré pues él lo quiere; ni ya vana
»la palabra será que ha pronunciado."
Dijo: y tomando el velo mas oscuro
de cuantos en su cámara tenia,
de la gruta salió. La mensagera
iba delante, y las cerúleas ondas
del mar se abrian para darlas paso.
Salieron á la orilla, y del Olimpo
pronto subieron á las altas cumbres:
y á Júpiter hallaron y á los otros
eternos Dioses en el régio alcázar
en alegre convite reunidos.
Sentóse Tétis de su padre al lado,
porque Pálas su trono la cediera:
y alargándola Juno cariñosa
la copa de oro, con palabras dulces
la consolaba en su dolor: y Tétis,
habiéndola gustado, se la puso
en la mano otra vez. El padre Jove
dijo despues á la marina Diosa.
"Tétis! en fin, aunque afligido tengas
»el corazon y de dolor eterno
»el alma traspasada, te has dignado
»de venir al Olimpo. Bien conozco
»de tu pena el orígen. Sabe ahora
»cual el motivo de llamarte sea.
»Hace ya nueve dias que en discordia
»están los inmortales, y la causa

196 » es el cadáver de Héctor: es Aquíles,
» el bravo destructor de las ciudades.
» Muchos aconsejaban á Mercurio
» que el cadáver robara; y yo no quise
» menoscabar el triunfo gloïoso
» de Aquíles, porque siempre en la memoria
» tengo y tendré grabado el juramento
» que hice de honrarle, y tu amistad por siempre
» deseo conservar. Al campo baja
» pronto de los Aqueos y un mensage
» á tu hijo lleva, y en mi nombre dile
» que muy airados los eternos Dioses
» con él están, y yo mas que ninguno;
» porque inhumano de Héctor el cadáver
» aun tiene en su poder, y no permite
» que le rescaten. Dile que si teme
» la ira de Jove, el cuerpo del troyano
» á los suyos entregue: que yo á Íris
» á Príamo enviaré para que vaya
» al campo de los Griegos y el cadáver
» de Héctor redima, precïosos dones
» á Aquíles ofreciendo que su saña
» templen y su furor." Así decia
Júpiter: y á su voz inobediente
no fué la Diosa, y desde el alto Olimpo
en raudo vuelo descendió á la tierra.
Y al pabellon del hijo ya llegada,
que en profundos suspiros todavía
el dolor exhalaba de su pecho,
le halló sentado; y á distancia corta
los fieles escuderos preparaban
la cena, diligentes aprestando
lanuda y grande oveja que ellos mismos

habian degollado. Cerca mucho 229
del triste Aquíles se asentó la Diosa;
y en maternal ternura con la mano
le acarició, y le dijo estas palabras.
"Hijo mio! ¿hasta cuándo así lloroso
» y afligido estarás y devorando
» tu propio corazon, sin acordarte
» de la grata comida y las dulzuras
» del amor? El consuelo de sus penas
» es para el hombre la muger á veces.
» Ya no me vivirás por largo tiempo:
» cerca la muerte está, cerca la Parca
» inexorable. Mas escucha ahora,
» y es Jove quien me envía, lo que vengo
» á aconsejarte. Los eternos Dioses,
» y mas que todos de Saturnio el hijo,
» contigo están airados porque ciego
» de cólera y furor en los bajeles
» insepulto conservas el cadáver
» de Héctor, ni redimirle has permitido.
» Restitúyele, pues, y la riqueza
» recibe que por él te fuere dada."
Respondió Aquíles á su augusta madre,
"Si así lo manda el dueño del Olimpo,
» y esta es su voluntad; que se presente
» con el rescate alguno, y el cadáver
» de Héctor á Troya lleve." De este modo
enmedio los navíos de la Grecia
Tétis y Aquíles en aladas voces
entre sí departian; y el Saturnio
á Íris mandó que en vagaroso vuelo
al alcázar de Príamo bajase.
"Íris veloz! (decia) del Olimpo

262 »las sillas abandona: y en mi nombre,
»entrando dentro de Ilïon, anuncia
»al afligido Príamo que vaya
»á las naves Aqueas y redima
»del hijo amado el infeliz cadáver.
»Dile que lleve precïosos dones
»que de Aquíles el ánimo irritado
»aplacar puedan, y que vaya solo
»y no lleve ninguno de los Teucros.
»Un heraldo le siga venerable
»que las dos mulas y el voluble carro
»dirigir sepa, y el cadáver lleve
»á la ciudad despues. Tambien le anuncia
»que ni la imágen triste de la muerte
»á su ánimo se ofrezca, ni otro daño
»su corazon recele: que á Mercurio
»para que le acompañe le darémos,
»y salvo y sin lesion en la presencia
»del Griego le pondrá. Cuando le hubiere
»el Dios guiado hasta dejarle dentro
»del pabellon de Aquíles; á su vida
»este no atentará, ni de los otros
»dejará que ninguno le maltrate.
»No es imprudente Aquíles, temerario,
»ó descortés: y con afable rostro
»recibirá al anciano, cuando vea
»que á demandar piedad humilde viene.»
Júpiter dijo, y de la silla de oro
Íris se alzó; y cual raudo torbellino
de tempestad, desde las altas cumbres
del Olimpo bajó con el mensage:
y al palacio de Príamo llegada,
llanto, duelo, y suspiros dolorosos

escuchó resonar. En torno al padre
dentro la cerca estaban asentados
todos los hijos, derramando tristes
lágrimas de dolor que humedecian
sus vestiduras: y el anciano en medio
sentado en tierra estaba, y muy ceñido
con túnica de luto que cubria
su venerable faz y su cabeza,
y del lodo manchada que en el suelo
con las manos cogiera al arrastrarse.
Y del alcázar dentro, en los salones,
sus hijas y sus nueras lamentaban
la pérdida de muchos y valientes
campeones que á manos de los Griegos
habian perecido, y en el valle
insepultos yacian. Acercada
Íris al Rey, en silenciosas voces
le habló: y al verla solo, del anciano
todos los miembros trémulos temblaban.
"Ten buen ánimo, Príamo! (le dijo
» la mensagera celestial) no temas:
» que yo no vengo á presagiarte daños
» sino á darte consuelo, y enviada
» por Jove soy; que si alejado vive
» él de la tierra, tus desgracias mucho
» compadece y de tí no se ha olvidado.
» Él te manda que de Héctor el cadáver
» vayas á redimir, preciosos dones
» llevando que de Aquíles el enojo
» aplacar puedan: y que vayas quiere
» tú solo y sin ninguno de los Teucros.
» Un heraldo te siga venerable
» que las dos mulas y el voluble carro

328 »dirigir sepa, y el cadáver traiga
»despues á la ciudad. Tambien te dice
»que ni la imágen triste de la muerte
»á tu ánimo se ofrezca, ni otro daño
»recele el corazon; porque Mercurio
»irá contigo, y salvo en la presencia
»del Griego te pondrá. Cuando te hubiere
»guiado el Dios hasta dejarte dentro
»de la tienda de Aquíles; á tu vida
»este no atentará, ni de los otros
»dejará que ninguno te maltrate.
»No es imprudente Aquíles, temerario,
»ó descortés: y con afable rostro
»escuchará tus ruegos, cuando vea
»que á demandar piedad humilde vienes."
Dijo, y despareció la veloz Íris:
y el anciano mandó que preparasen
la carreta de mulas, y que encima
un grande arcon pusiesen con las sogas
sujetándole bien. Y alborozado
al tálamo oloroso que de cedro
él mandara labrar, donde tenia
muchas y ricas joyas y preseas,
descendiendo; á su esposa que bajase
allí tambien rogó, y así la dijo.
"Hécuba desgraciada! Me ha enviado
»la mensagera del Olimpo Jove
»para que vaya á las aquivas naves
»el hijo amado á redimir, y lleve
»preciosos dones que de Aquíles puedan
»el enojo templar. ¿Lo aprobarias?
»Dímelo, esposa; porque dentro el pecho
»el corazon me inspira que á las naves

» vaya de los Aquivos, y penetre 361
» en el campo anchuroso de sus tropas."
Triste suspiro al escuchar sus voces
Hécuba dió, y le dijo. "¿Á dónde es ida
» la prudencia que célebre hasta ahora
» te hacia en las naciones extrangeras,
» y en los dominios que tu cetro rige?
» ¿Cómo en las naves de los Griegos quieres
» tú solo penetrar, y á la presencia
» llegar del hombre que quitó la vida
» á tantos hijos tuyos? Es de hierro
» tu corazon. ¿Ignoras que si llega
» á verte ese feroz, ese perjuro,
» y en su poder cayeses; ni tus canas
» respetará, ni compasion alguna
» tendrá de tus desdichas? Retirados
» á estancia oculta, en funeral gemido
» á Héctor lloremos; pues la dura Parca,
» al hilar el estambre de su vida
» cuando yo le dí á luz, á que distante
» de sus padres muriese y devorado
» su cuerpo fuera por aquivos perros,
» le condenó cruel; y ya ejecuta
» su voluntad el despiadado Aquíles.
» Ah! si en la mano el corazon tuviera
» de ese bárbaro yo, y en él cebada
» devorarle pudiese! Solo entónces
» vengados quedarian los insultos
» que sin razon al hijo de mi vida
» hizo, y haciendo está: que si matarle
» logró, no fué sin que con él midiese
» cual valiente sus armas en defensa
» de los troyanos y de sus esposas.

394 »Y firme le esperó sin que en la fuga
»ya mas pensase, ni el aspecto horrible
»le intimidara de la negra muerte."
Respondióla el anciano venerable.
"Ir yo mucho deseo: con tus voces
» no detenerme quieras, y en mi casa
» ave tampoco ser de mal agüero.
»No me persuadirás: pues si algun otro
»de los mortales que en la tierra habitan,
»ya profeta, ya augur, ya sacerdote,
»el aviso me diese; que era falso
»yo diria, y el rostro le volviera.
»Mas habiendo escuchado de la Diosa
»la voz yo mismo, y visto con mis ojos
»la celestial persona; su mandato
»fiel ejecutaré, ni será vana
»la voz que de sus labios ha salido:
»y si morir en las aquivas naos
»es mi destino, moriré. En buen hora:
»así que entre mis brazos el cadáver
»del hijo haya estrechado, y satisfecho
»haya el deseo de llorarle; al punto
»máteme el fiero Aquíles." Así dijo:
y levantando las hermosas tapas
de los grandes arcones, doce velos
riquísimos sacó, doce sencillas
clámides sin teñir, doce tapetes,
doce anchurosos mantos, otras tantas
túnicas, bien pesados diez talentos
de oro puro, dos trípodes brillantes,
cuatro calderos, y la hermosa copa
que los Tracios le dieran cuando vino
á ellos de Embajador; preciosa alhaja.

Mas, ni aun así, guardarla en su palacio
el anciano queria; que impaciente
estaba ya por rescatar del hijo
el mísero cadáver. Y volviendo
del alcázar al pórtico espacioso;
á todos los Troyanos que allí estaban
colérico arrojó de su palacio,
añadiendo palabras injuriosas.
"Idos de aquí (decia) idos, infames!
» ¿No teneis cada cual en vuestra casa
» motivos de llorar, que habeis venido
» á acrecer mi dolor? ¿De poca monta
» el pesar os parece con que Jove
» ha querido afligirme, el mas valiente
» haciendo que perdiera de mis hijos?
» Tambien vosotros lo veréis un dia;
» que muerto aquel, al enemigo fácil
» será mataros. Ay! al hondo averno
» ántes yo baje, que mis ojos vèan
» la ciudad saqueada y destruida."
Dijo, y la turba con el régio cetro
de allí alejó: y temiendo su venganza,
se dispersaron todos. A sus hijos
vuelto despues el afligido anciano,
los reprendió tambien: á Heleno, á Páris,
al valiente Agaton, al belicoso
Polítes, á Pamon, al fuerte Dio,
á Antífono, á Hipotoo, y á Deïfobo.
A estos nueve el anciano con dureza
habló iracundo, y lo que hacer debian
así les dijo en agitadas voces.
"Pronto, malvados, de ignominia eterna
» y deshonor cubiertos! Ah! si todos

»en lugar de Héctor en las Griegas naos
»quedárais muertos! ¡Desdichado padre!
»Hijos yo tuve que en valor á todos
»en esta gran ciudad aventajaban,
»y ya de ellos ninguno me ha quedado.
»Méstor murió, á los Dioses comparable,
»Troilo murió, que pelear valiente
»desde el carro sabia cual ninguno;
»y Héctor murió tambien, que entre los hombres
»era como deidad y parecia
»nacido de algun Dios y no engendrado
»por un padre mortal. A todos estos
»mató Mavorte, y solo ya me quedan
»los cobardes y viles, seductores
»de mugeres agenas, danzarines
»solo en herir la tierra aventajados
»en paso cadencioso, de corderos
»ladrones y cabritos que criara
»desvalido plebeyo. ¿La carreta
»no sacaréis voluble y estos dones
»colocaréis en ella, porque en marcha
»me pueda yo poner?" Así les dijo
el anciano: y su cólera temiendo
los jóvenes al pórtico sacaron
la carreta de mulas, no estrenada,
y voluble y hermosa, y diligentes
en ella el arca acomodaron luego.

Del clavo en que pendia presurosos
alcanzaron despues el corvo yugo,
de madera de boj y con anillos
para pasar las bridas adornado;
y el correon tambien de nueve codos
sacaron y al extremo le pusieron

de la redonda lanza, y la clavija 493
echaron que al timon el terso yugo
sujetase. Y tres veces la correa
de cada lado atada, nudo estrecho
hicieron á la punta; y los regalos
que de Héctor al rescate destinaba
el Rey desde la cámara trajeron,
y en el arca despues los colocaron.
Dos corredoras y valientes mulas,
que á Príamo otro tiempo regalaran
los Misios, de las riendas condujeron:
y atada la coyunda, los bridones
de Príamo trajeron que cuidaba
por sí mismo el anciano la comida
en el pesebre echándoles; y al yugo
en el pórtico entónces los uncieron
el heraldo y el Rey. Y Hécuba triste
acercóse á los dos: y en áurea copa
dulce vino trayendo, porque hicieran
la libacion á los eternos Dioses
y la marcha emprendiesen; al esposo,
ante el carro parada, así decia.

"Toma, y haz libacion al padre Jove;
»y ruégale que ileso te conceda
»volver de entre los Dánaos á tu casa,
»ya que el ardido corazon te anima
»á penetrar en las aquivas naos,
»no con mi voluntad. Dirige ahora
»tus voces, pues, al hijo de Saturno,
»el que á su voz en negros pabellones
»las nubes amontona, y que sentado
»en las cumbres del Ida la llanura
»vasta registra y la ciudad de Troya.

526 »Pídele tú que en favorable agüero
»el águila veloz, que entre las aves
»es de él la mas preciada y entre todas
»cuantas pueblan el aire la mas fuerte,
»á tu derecha baje. Si tus ojos
»volar así la vieren, confiado
»en el feliz auspicio á los navíos
»marcha de los Aqueos; mas si Jove
»su águila no te envía no quisiera
»yo que ahora marchases á su campo,
»ni te lo aconsejara aunque animoso
»tú lo deseas." En alegres voces
el anciano la dijo. "Esposa mia!
»no el prudente consejo que me has dado
»despreciaré; que provechoso siempre
»es implorar de Jove la clemencia,
»con las manos al cielo levantadas."
Dijo, y á la cautiva que á su cargo
del alcázar tenia la despensa
mandó que el agua pura derramase
sobre sus manos. La doncella vino
con la aljofaina de oro y con el jarro;
y el venerable Rey, luego que tuvo
puras las manos, recibió la copa
que Hécuba le ofrecia. Y de la cerca
puesto de pié en el medio, las primicias
del vino derramó; y en altas voces
hizo, mirando al cielo, esta plegaria.
"O padre Jove, poderoso númen
»de los montes Ideos, que el mas grande
»eres entre los Dioses del Olimpo!
»Dame que grato á la presencia llegue
»del fiero Aquíles, y á piedad le mueva:

»y envíame tu alado mensagero; 559
»el águila veloz, que de las aves
»es la que mas tú precias y de todas
»es tambien la mas fuerte, y á mi diestra
»volar la vea yo; porque fiado
»en el auspicio favorable, vaya
»sin temor á las naves de la Grecia.”
Oyó benigno su plegaria Jove:
y un águila envió (de cuyo vuelo
el mas seguro auspicio los augures
suelen tomar entre las aves todas)
atezada, rapante, y de la especie
que llamamos *Percnon.* Cuanta es la anchura
de la puerta que tálamo espacioso
cierra de regio alcázar, si la llave
se destorciere que asegura firme
las dos ojas unidas; tanto trecho,
tendidas las dos alas, ocupaba
del uno al otro lado. Por la diestra
venir la vieron rápida volando
sobre la gran ciudad: y al verla todos
exclamaron alegres, y la dulce
esperanza ensanchó sus corazones.
Presuroso el anciano, en el brillante
carro subido, hácia las anchas puertas
le dirigió del atrio sonoroso;
y delante las mulas arrastraban
la voluble carreta que el heraldo
Ideo conducia. Los bridones,
que impaciente el anciano á que marchasen
con el flexible látigo aguijaba,
detras siguieron, y en veloz corrida
la espaciosa ciudad atravesaron;

592 y todos sus amigos y sus deudos
le acompañaban derramando muchas
lágrimas de dolor, como si entónces
el anciano á la muerte caminase.
Cuando de la ciudad á la llanura
el heraldo y el Rey bajado hubieron,
todos á Troya tristes se tornaron
hijos y yernos; mas al padre Jove,
que con su vista el universo abraza,
no se ocultó que por la gran llanura
caminaban los dos, y del anciano
hubo piedad. A su presencia luego
llamó á su hijo Mercurio: y cariñoso
con él habló, y le dijo estas palabras.

"Mercurio! pues á tí, mas que á ninguno
»de los Dioses, te es grato á los mortales
»acompañar y las plegarias oyes
»del que te invoca pio; marcha ahora,
»y á las naves conduce de los Griegos
»á Príamo de modo que ninguno
»de ellos le pueda ver ni le descubra
»hasta que llegue al pabellon de Aquíles."

Obedeció Mercurio, y diligente
puso á los piés las taloneras de oro
de eterna duracion con que volando
cual raudo viento la llanura inmensa
atraviesa del mar y las regiones
de la anchurosa tierra. Tomó luego
la vara con que el sueño soporoso
sobre los ojos de los hombres vierte
cuando le place, y pronto los despierta
aunque en sueño profundo adormecidos
sus párpados estén. Tomado habiendo

la vara ya; de la region etérea
bajó en rápido vuelo, y próntamente
á la costa llegó del Helesponto
y á los campos de Troya. La figura
tomó despues de un jóven en quien brilla
graciosa juventud cuando ya el bozo
á apuntarle comienza, y que nacido
de algun Rey poderoso á la belleza
la magestad añade: y la llanura
ligero atravesó. Los dos ancianos,
cuando ya del sepulcro suntuoso
de Ilo pasaran, mulas y bridones
á la márgen del rio detuvieron
para que allí bebiesen, y la noche
ya con sus pardas sombras empezaba
la tierra á oscurecer. Estaba de ellos
no distante Mercurio; y el heraldo,
al descubrir un bulto, en voz turbada
hablando con el Rey, así le dijo.
"Descendiente de Dárdano! tú mira
»lo que conviene hacer; prudencia mucha
»es aquí necesaria. Un hombre veo
»que á nosotros se acerca, y que nos mate
»mucho recela el alma. Prontamente
»huyamos con el carro y la carreta,
»ó echados á sus piés le demandemos
»piedad humildes." Al oir sus voces
se llenó de temor el buen anciano:
turbóse su razon, y en la cabeza
al peso de los años ya inclinada
á tierra se erizaron los cabellos,
é inmoble se quedó sin atreverse
á responder ni á respirar siquiera

658 atónito y medroso. Pero estaba
ya á su lado Mercurio: y blandamente
asióle de la diestra, y le decia.
"¿Adónde, padre mio, estos caballos
» diriges y estas mulas, cuando noche
» es ya cerrada y los mortales todos
» al descanso se entregan? ¿No has temido
» á los Griegos, que cólera respiran,
» y son tus enemigos implacables,
» y cerca están de aquí? Si alguno de ellos
» viera que de la noche entre las sombras
» tantas riquezas traes ¿qué camino
» de salud hallarias? No tu jóven
» eres, y el escudero que te sigue
» es muy anciano ya para que pueda
» de un hombre defenderte si atrevido
» te insulta y amenaza. Yo, aunque Griego,
» no te haré mal ninguno: y si ofenderte
» otro quisiera, con mi fuerte brazo
» yo te defenderia; porque en todo
» eres tú parecido á mi buen padre."
Alentado ya el Rey con estas voces,
así gozoso respondió á Mercurio.
"Es verdad, hijo mio, lo que dices;
» pero sin duda entre los altos Dioses
» hay todavía alguno que benigno
» me cubre con su mano; pues me envía
» tal conductor, en favorable agüero,
» cual eres tú. Por la apostura y gracia
» de tu cuerpo gentil, y la belleza
» de tu hermoso semblante, y la cordura
» que se ve en tus razones, conjeturo
» que de padres ilustres has nacido."

Respondióle el celeste mensagero. 691
"Tienes sin duda, anciano, de tu parte
» á alguno de los Dioses; pero dime,
» y la verdad no ocultes. ¿Vas ahora
» á llevar tus joyeles y tesoros
» á alguna tierra estraña, deseando
» una parte salvar de tus riquezas;
» ó todos ya vuestra ciudad y casa
» abandonais cobardes porque ha muerto
» el campeon mas fuerte, el hijo tuyo,
» que en la lid á ninguno de los Dánaos
» era inferior?" El Rey enternecido,
le preguntó despues. "Y tú ¿quién eres,
» generoso mancebo, y á qué padres
» debes el ser; pues con elogio ahora
» de un hijo malhadado me recuerdas
» la desventura?" Replicó Mercurio.
"Sin duda, anciano, asegurarte quieres
» de mi veracidad, y ver si cierto
» á Héctor he conocido. Veces muchas
» en las honrosas lides peleando
» yo le ví por mis ojos: y aun el dia
» que á los Aquivos rechazó á las naves,
» y el alcance siguiéndoles á muchos
» iba matando con su aguda lanza,
» nosotros desde léjos el combate
» mirábamos ociosos, y la fuerza
» admirábamos de Héctor; porque Aquíles,
» con el hijo de Atreo enemistado,
» no nos dejaba pelear entónces.
» Yo soy doncel de Aquíles, y la misma
» nave nos trajo, y de la sangre ilustre
» nací de los Mirmídones. Mi padre

724 »se llama Polictor, riqueza mucha
»tiene, y edad tambien; que tan anciano
»es como tú. Seis hijos ya tenia
»cuando yo nací el séptimo, y la suerte
»de venir á esta guerra me ha cabido.
»Y ahora de las naves á este campo
»vengo de explorador, porque mañana
»han de dar la batalla los Aqueos
»en torno á la ciudad; pues ya cansados
»de ociosidad están, ni los caudillos
»los pueden contener: tanto desean
»á las lides tornar." Instó de nuevo
á Mercurio el anciano. "Si de Aquíles
»eres doncel (le dijo) por tu vida
»la verdad me refiere. El hijo mio
»¿todavía en las naves insepulto
»yace; ó Aquíles, en menudos trozos
»habiendo su cadáver dividido,
»se le ha echado á los perros?" Y Mercurio
le respondió. "Ni los hambrientos canes,
»ni las aves carnívoras, el cuerpo
»de Héetor han devorado; aunque en el polvo
»yace y desnudo al pié de la alta nave
»de Aquíles, en su tienda. Doce dias
»hace que allí le tiene: y ni su cuerpo
»se ha corrompido, ni su carne comen
»los gusanos que engendran las heridas
»de los que en guerra mueren. Despiadado
»en torno de la tumba de su amigo
»le arrastra Aquíles cuando ya la aurora
»á amanecer empieza cada dia,
»y ni aun así sus miembros despedaza.
»Y si á verle llegases, admirado

» al contemplar quedaras la frescura 757
» de su cútis, y al ver que ya la sangre
» en torno está lavada y no le queda
» mancha ninguna, y las heridas todas
» cuantas le hicieran fieros los Aquivos
» (que sus lanzas en él clavaron muchos)
» están cerradas ya. No han olvidado
» á tu buen hijo los eternos Dioses
» aun despues de su muerte; que de todos
» grato fué al corazon cuando vivia."
Mucho el anciano se alegró al oirle,
y así le respondió. "Siempre, hijo mio,
» ofrecer á los Dioses inmortales
» el tributo de amor que les debemos
» es provechoso. Y porque el hijo mio
» (si es que tal hijo tuve) de los Dioses
» no se olvidó jamas; aunque la Parca
» en su poder le tiene, las deidades
» que las moradas del Olimpo habitan
» no se olvidaron de él. Mas tú recibe
» esta brillante copa de mi mano,
» y tuya sea; y con feliz auspicio
» á la tienda de Aquíles me acompaña,
» hasta que á verme en su presencia llegue."
Y el númen respondió. "Porque tan jóven
» me ves, anciano, mi honradez ahora
» quieres probar: lo veo, y tus palabras
» no me seducirán. Sin que lo sepa
» Aquíles, admitir ese regalo
» no debo yo. Su cólera es temible:
» y una parte á tomar de las alhajas
» que tu vas á ofrecerle no me atrevo;
» no sea que despues, si lo entendiera,

» se vengase de mí. Por el camino
» yo te acompañaré: y aunque tuviese
» que seguirte por tierra, ó embarcado
» en veloz nave, hasta la misma Acaya;
» yo de tí cuidaria cariñoso.
» Y cierto que ninguno se atreviera,
» porque á tu compañero despreciase,
» contigo á pelear ni hacerte daño.
Dijo Mercurio. Y con ligera planta
en el carro subiendo, de las riendas
se encargó y el azote; y mucho brio
infundió á los caballos y á las mulas.
Y cuando al foso y á las altas torres
que las naves aqueas defendian
llegaron, ya la cena aparejaban
los centinelas; pero dulce sueño
sobre los ojos esparció Mercurio
de todos ellos. Descorrió el cerrojo,
la puerta abrió anchurosa, y con el carro
á Príamo introdujo y la carreta
que los brillantes dones conducia.
Excelso pabellon á su caudillo
hicieran los Mirmídones con altos
y gruesos troncos de robusto abeto,
y con flexible junco le cubrieran
que en los prados segaran; y en contorno
ancha cerca formaron con estacas
espesas, y la puerta defendia
una barra de abeto. Y encargados
de quitarla y ponerla tres forzudos
mozos estaban; pero Aquíles, solo
y sin mucho trabajo, descorria
la enorme barra. Cuando allí vinieron,

fácilmente Mercurio abrió la puerta 823
é introdujo al anciano y los presentes
que al hijo de Peleo destinaba;
y del carro bajó, y así le dijo.
"Yo soy, o Rey, el inmortal Mercurio,
» y Júpiter mi padre me ha enviado
» para que te acompañe; mas al cielo
» torno ya, ni de Aquíles á la vista
» me ofreceré: que indecoroso fuera,
» siendo Dios inmortal, públicamente
» favorecer á un hombre. Entra tú ahora,
» y al hijo de Peleo las rodillas
» abraza humilde: y por su anciano padre
» y su madre le ruega y por el hijo
» que en Esciro se cria, y con tus voces
» su duro pecho enternecer procura."
Despareció Mercurio, y al Olimpo
en raudo vuelo retornó. El anciano
saltó del carro al suelo, y en la cerca
al heraldo mandó que con las mulas
parado le esperase y los bridones,
y él penetró en la tienda. Estaba Aquíles
á la mesa sentado, y á distancia
tambien los escuderos; porque solo
asistia á su lado Automedonte
juntamente con Álcimo. Acababa
el héroe de cenar, y todavía
aun la mesa no alzaran. Sin ser visto
entró el doliente Rey: y con sus manos
abrazando de Aquíles las rodillas,
besó humilde la diestra poderosa,
homicida, terrible, que con sangre
de tantos hijos suyos se manchara.

856 Como atónitos quedan y admirados
los que á la casa ven de un poderoso
de repente llegar al suplicante
que un hombre ha muerto en su pais nativo,
y el castigo temiendo amparo busca
en extraña region: tan admirado
quedó Aquíles al ver dentro su tienda
al venerable Príamo; y los otros
Mirmídones tambien, y se miraban
los unos á los otros. El primero
habló el anciano Rey, y en dolorido
acento dijo al campeon de Acaya.

"De tu padre te acuerda, ilustre Aquíles,
» que en rugosa vejez ya de la vida
» al término se acerca, y tan anciano
» es como yo. ¿Quién sabe si á estas horas
» los Reyes comarcanos poderosos
» le oprimen con sus armas, sin que tenga
» quien le socorra y de la muerte libre?
» Pero tu padre en fin, oyendo ahora
» que tú vives, espera cada dia
» verte llegar de Troya y se consuela:
» y yo, el mas desdichado de los hombres,
» habiéndome los Dioses concedido
» tantos hijos valientes que de Troya
» eran los defensores, decir puedo
» que ninguno me queda. Cuando vino
» la hueste de los Griegos á esta playa
» cincuenta hijos tenia (diez y nueve
» de Hécuba me nacieron, y los otros
» de diversas mugeres) y la vida
» á casi todos el furioso Marte
» habiendo ya quitado, me quedaba

»uno solo que á Troya defendíese: 889
»y tú, no ha mucho, le mataste, ay triste!
»miéntras él por su patria combatia.
»De Héctor hablo, y él es quien me ha traido
»á las naves aqueas. Que me entregues
»su cadáver te pido, y un rescate
»traigo de gran valor. Respeta, Aquiles,
»á los eternos Dioses, y te duele
»de este infeliz anciano á la memoria
»recordando la imágen de tu padre.
»Yo soy mas infeliz; pues obligado
»á sellar con mis labios ya me veo
»la mano del varon que dió la muerte
»á tantos hijos mios; desventura
»á que jamas llegaron las desgracias
»de otro ningun mortal." Así decia
el afligido Rey: y de su padre
acordándose Aquíles gran deseo
le vino de llorar, y con la mano
á Príamo intentó de sus rodillas
alejar blandamente; pero el triste
anciano de sus piés no se apartaba,
y en lágrimas los dos se deshacian.
A Héctor lloraba Príamo; y Aquíles
por su padre, y á veces á Patroclo;
y en contorno la tienda resonaba
de los dos con los llantos y gemidos.
Pero despues que de llorar el héroe
se hubo cansado, y satisfecha el alma
quedó del tierno lloro; de la silla
se levantó cortés. Y por la mano
asiendo al Rey y alzándole de tierra,
y sus albos cabellos y su barba

922 encanecida respetando, dijo.
"Ah, Monarca infeliz, que tantos males
» has padecido ya! ¿Cómo tuviste
» valor para venir de los Aqueos
» á las tiendas, y solo, y presentarte
» á un hombre que la vida y la armadura
» á tantos hijos tuyos valerosos
» ha quitado en la lid? De duro hierro
» tienes el corazon. Siéntate ahora
» en esta silla; y las amargas penas,
» aun estando los dos tan afligidos,
» dentro del alma reposar dejemos.
» Ninguna utilidad del triste llanto
» el hombre saca; los eternos Dioses
» le condenaron á pasar la vida
» en tristeza y dolor, y solos ellos
» exentos siempre de pesares viven.
» Hay dos grandes toneles á la entrada
» del palacio de Júpiter, y dentro
» de ellos están los dones que su mano
» alternativamente distribuye:
» uno es de males, y de bienes otro.
» Aquel mortal á quien mezclados diere
» males y bienes Jove, en desventuras
» á veces cae; pero muchas otras
» vive en prosperidad. El infelice
» á quien solo desgracias haya dado,
» objeto de la burla y el ludibrio
» es para siempre: y á do quier que vaya
» la desdicha le sigue y por la tierra
» errante vaga, de los altos Dioses
» aborrecido y de los hombres todos.
» Así á Peleo de mercedes altas

» colmaron las olímpicas Deidades,
» desde su nacimiento. En poderío
» en riqueza, en honor, en feliz suerte,
» á todos los mortales excedia,
» y sobre los Mirmídones reinaba:
» y aunque mortal él fuese, por esposa
» una Deidad le dieron; pero Jove
» estos bienes mezcló con amarguras.
» No en su palacio le nacieron hijos
» que su reino heredasen: y uno solo
» que al fin le dieron engendrar los hados,
» en prematura muerte á la sombría
» region ha de bajar. Pero yo ahora
» no del anciano cuido, y de mi patria
» ausente estoy: y en apartado clima
» haciendo cruda guerra, duro azote
» soy de tí y de tus hijos. Otro tiempo
» tú tambien, si la fama es verdadera,
» dueño fuiste feliz de los tesoros
» que contenian la opulenta Lésbos,
» puebla de Mácar, la anchurosa Frigia,
» y el inmenso pais que el Helesponto
» con su corriente rápida circunda,
» y de prole te hicieron numerosa
» padre los Dioses. Pero desde el dia
» que contigo ensañados te trajeron
» la guerra asoladora; de contino
» en torno á tu ciudad muertos y sangre,
» y batallas no mas, tus ojos miran.
» Resígnate, infeliz, y no en perpetuo
» llanto así te consumas; porque nada
» lograrás con llorar al hijo amado,
» ni ya la vida le dará tu lloro:

988 »y acaso todavía te prepara
»nuevos pesares el cruel Destino."
Príamo respondió. "No ya en la silla
»tú quieras que me siente, miéntras yace
»Héctor sin enterrar dentro la tienda.
»Entrégame su cuerpo, y me concede
»que mis ojos le vean: y recibe
»los numerosos dones que te traigo
»por su rescate y de ellos venturoso
»largo tiempo disfruta, y á tu patria
»vuelve feliz; pues el primero has sido
»que matarme pudiendo me has dejado
»vivir y ver del sol la luz brillante."
Con torva faz mirándole el fogoso
Aquíles, respondió. "No mas excites,
»anciano, mi furor: yo no rehuso
»darte el cadáver de Héctor; que por Jove
»enviada mi madre vino ahora
»á mandármelo así. Ni se me oculta,
»Príamo, que á tí mismo te ha guiado
»algun Dios á las naves; pues ninguno
»de los mortales, aunque fuese jóven,
»y robusto, y valiente, se atreviera
»en este campo á entrar. Ni de la guardia
»así habria pasado sin ser visto;
»ni fácilmente la pesada viga
»quitado hubiera que de barra sirve
»de la estacada á la anchurosa puerta
»que nuestro pabellon circunda todo.
»Así, cuando me ves tan afligido,
»no mi cólera excites: guarte, anciano,
»que ni mas en la tienda te permita
»permanecer y de los altos Dioses

»el mandato no cumpla, ni respete 1021
»la calidad en tí de suplicante."

Dijo: temió el anciano, y el asiento
tomó sin replicar. Despues Aquíles
de la tienda salió precipitado:
no solo, que tambien le acompañaban
dos de sus escuderos, el heróico
Automedonte y Álcimo. Estos eran
de todos sus donceles los que muerto
Patroclo él mas amaba. Y por su mano
desuncieron las mulas y bridones;
y al heraldo que Príamo llevara
en la tienda despues introdujeron,
y le hicieron sentar. De la carreta
bajaron luego los preciosos dones
que de Héctor al rescate destinaba
el amor paternal: solo dejaron
dos mantos y una túnica de lino,
para que en ella envuelto y con los mantos
bien tapado el cadáver, se le diera
Aquíles al anciano y le llevara
á Ilïon el heraldo. A sus cautivas
llamó despues Aquíles, y las dijo
que el cadáver lavaran y le ungieran
con aceite, llevándole á otra parte;
no fuera que el anciano al ver del hijo
el exánime cuerpo se irritara,
y á contener la cólera en el pecho
no fuese poderoso; y que de Aquíles
de nuevo airado el corazon, la vida
le quitara allí mismo y el mandato
quebrantase de Jove. Las esclavas
el cadáver lavaron: y ya ungido

con oloroso aceite, le envolvieron
en la delgada túnica y con uno
de los dos ricos mantos le taparon.
Y alzándole del suelo el mismo Aquíles
en suntuoso féretro le puso,
y sobre la carreta los mancebos
le colocaron. Y afligido al verle
dió un profundo suspiro: y por su nombre
al amigo llamando, así decia.
"No conmigo te enojes, o Patroclo,
„si oyes decir en el averno oscuro
„que de Héctor el cadáver redimido
„á su padre entregué; pues un rescate
„me da de mucho precio, y de sus dones
„la parte yo que á la amistad se debe
„consagraré á tus manes." Así dijo:
y á la tienda volviendo, la dorada
silla ocupó de nuevo en que sentado
ántes estaba en la pared opuesta
al asiento de Príamo. Y afable
hablando con el Rey, así decia.
"Ya del hijo el cadáver rescatado,
„Príamo, tienes como lo has pedido.
„Yace en fúnebre lecho: y cuando venga
„la luz del dia le verás, y á Troya
„podrás llevarle. De gustar la cena
„tratemos ya: porque tambien Nïobe,
„enmedio su dolor, del alimento
„se acordó al fin. En su palacio un dia
„vió morir, infeliz! los seis varones
„de que era madre y en la flor estaban
„de la edad, y con ellos las seis hijas
„que tenia tambien. A los primeros

» Febo mató con penetrante flecha 1087
» que airado con Nïobe disparara
» del arco poderoso: á las segundas
» Dïana hirió tambien la cazadora
» porque Nïobe osara compararse
» con la bella Latona, y presumia
» ser mas feliz pues que Latona solo
» dos hijos engendrara y ella tantos.
» Mas á estos muchos, aunque solo fuesen
» los de Latona dos, con sus saetas
» mataron voladoras. En su sangre
» bañados nueve dias estuvieron
» sin enterrar, y nadie se atrevia
» á sepultarlos; que insensibles hizo,
» cual si de mármol fuesen, el Saturnio
» á las gentes de Tébas, y los Dioses
» al décimo por fin los sepultaron:
» y ya Nïobe, de llorar cansada,
» pensó en el alimento. Y aunque ahora,
» en piedra convertida, en las alturas
» está del yermo Sípilo entre peñas,
» donde se dice que las grutas yacen
» de las hermosas ninfas que sus danzas
» guian alegres por la verde orilla
» del Aqueloo, allí las amarguras
» del gran dolor devora que los Dioses
» en vida la enviaron. Y nosotros,
» ilustre anciano, en la comida ahora
» solo pensemos; que mañana el hijo
» llevarás á Ilïon y por su muerte
» lágrimas verterás, y todavía
» muchas tendrán que derramar tus ojos."
Dijo: y saltando de la silla, él mismo

una cándida oveja por su mano
degolló, y sus donceles afanosos
la quitaron la piel: y las entrañas
sacándola, en pedazos la cortaron;
y clavada en agudos pasadores,
al fuego la pusieron. Cuando estuvo
asada ya la carne; de la llama
la retiraron y de pan la mesa
proveyó Automedonte, que en hermosos
canastillos trajera. El mismo Aquíles
distribuyó la carne, y todos ellos
la diestra silenciosos alargaron
á los gratos manjares que servidos
fueron en abundancia. Satisfecha
el hambre ya y la sed, fijos los ojos
en Aquíles el Rey, no se cansaba
de admirar su estatura y su belleza,
que con la de los Dioses competia;
y no ménos Aquíles admirado
estaba al contemplar la faz augusta
del anciano y sus canas venerables,
y al escuchar sus elocuentes voces.
Y cuando ya la vista recreado
los dos habian, Príamo el primero
con Aquíles habló y así le dijo.

"Descendiente de Jove! ya permite
» que á descansar yo vaya, y que gocemos
» nosotros dos del sueño. Por mi parte
» yo bien lo he menester; que todavía
» los párpados mis ojos no cubrieron,
» desde el aciago dia en que á tus manos
» el hijo mio en desigual pelea
» perdió la vida; y en continuo lloro,

»penas innumerables devorando, 1153
»he yacido en la cerca de mi alcázar,
»por el lodo arrastrándome; y ahora
»la vez primera fué que la comida
»he gustado, y el vino delicioso
»humedeció mi paladar.» Aquíles
á sus donceles dijo y sus esclavas
que bajo el alto pórtico pusieran
dos lechos, y con anchos cobertores
los cubriesen de púrpura, y encima
tapetes extendieran y afelpadas
clámides que los dos tomar pudiesen
para abrigarse. De la tienda todas
las esclavas salieron, y en las manos
sendas hachas llevaban encendidas,
y diligentes los mullidos lechos
aderezaron pronto. En tanto Aquíles,
temor aparentando, en misteriosas
voces decia al infeliz Monarca.
"Es conveniente, venerable anciano,
»que fuera de la tienda tú reposes;
»no acaso venga alguno de los Gefes
»á consultar conmigo, como hacerlo
»suelen á veces: pues si aquí te viera
»tan entrada la noche luego iria
»á dar aviso á Agamenon, caudillo
»de la hueste, y tal vez se dilatara
»la entrega del cadáver. Dime ahora,
»sin ocultarme nada, cuantos dias
»deseas para hacer los funerales
»á Héctor; porque entre tanto, ni á campaña
»salga yo, ni permita que las tropas
»tampoco salgan.» Respondió el anciano.

1186 "Si generoso concederme quieres
»tiempo que en celebrar los funerales
»de Héctor tranquilos emplear podamos;
»yo te agradeceria que nos dieras
»el espacio de tiempo, no muy breve,
»que ya te indicaré. Tú bien conoces
»que dentro de los muros encerrados
»nos teneis y es forzoso que la leña
»desde el monte se traiga que está léjos,
»y que sin tu palabra los Troyanos
»temerian traerla. Nueve dias
»en tanto emplearémos en llorarle
»dentro el alcázar, en quemar el cuerpo
»gastarémos el décimo, y la tumba
»en el onceno á las cenizas frias
»de Héctor erigirémos y la gente
»tendrá tambien el funeral convite;
»y al siguiente, si es fuerza, los combates
»volverán á empezar." Respondió el héroe.
"Haráse todo como tú deseas,
»anciano venerable, y las escuadras
»el tiempo que me pides contenidas
»en las naves tendré." Dijo, y la diestra
del anciano estrechaba con la suya
para que no temiese, y en el atrio
el heraldo y el Rey aquella noche
durmieron; pero Aquíles de su tienda
en lo mas interior al dulce sueño
se entregó, y á su lado la graciosa
Briseida estaba. En plácido reposo
los otros Dioses y la hueste griega
descansaron tambien la noche toda;
pero no de Mercurio el sueño pudo

adormecer los ojos; que en su mente 1219
un arbitrio solícito buscaba
para sacar de las aquivas naos,
sin que los campeones escogidos
que las puertas guardaban lo advirtiesen,
al Rey Príamo. Al fin, ántes del dia
acercándose al lecho é inclinado
sobre su augusta fáz, así le dijo.
"Anciano! bien se ve que no recela
»males tu corazon pues así duermes
»enmedio de un ejército enemigo,
»ya que saliste ileso de la tienda
»del iracundo Aquíles. El cadáver
»del hijo has rescatado, y muchos dones
»diste por él; pero si vivo ahora
»de Agamenon cayeras en las manos
»y lo supiesen los Aquivos todos,
»tres veces otro tanto en tu rescate
»tus hijos y tus yernos obligados
»á dar serian." Escuchó las voces
Príamo de Mercurio; y al oirlas
estremecióse todo, y en voz baja
llamó al heraldo que en profundo sueño
aun yacia. Mercurio los bridones
les ayudó y las mulas prontamente
á poner bajo el yugo y los guiaba
él mismo por el valle, y de ninguno
fueron sentidos. Cuando ya llegaron
al parage en que el Símois caudaloso
es vadeable al elevado Olimpo
voló Mercurio, y la divina aurora
ya sus rayos de púrpura extendia
sobre la tierra toda. Caminaban

1252 los dos ancianos en silencio triste:
y enmedio de suspiros y sollozos
los caballos á Troya dirigian,
y las mulas detras con el cadáver
la carreta arrastraban lentamente.
Y fué entre los varones y matronas
Casandra la primera que de léjos
los vió venir; porque, subida entónces
en la torre de Pérgamo elevada,
á largo trecho conoció á su padre,
que en el carro subido ya venia
con el heraldo que en sonoras voces
en la ciudad los bandos pregonaba,
y sobre la carreta vió el cadáver
de Héctor en lecho funeral tendido.
Y en alaridos tristes prorumpiendo,
por toda la ciudad iba gritando.
"Si otro tiempo, cuando Héctor victorioso
»volvia á Troya de la guerra, alegres
»á recibirle todos y agolpados
»de la ciudad salíais porque él era
»de Troya la alegría; su cadáver
»venid á ver ahora." Así gritaba:
y ni un solo varon dentro los muros
quedó, ni una muger; que todos ellos,
de insufrible dolor opresa el alma,
fuera ya de los muros al anciano
salieron á encontrar. Y las primeras
la cara esposa y la afligida madre,
sobre el féretro echándose y besando
la cabeza del héroe, los cabellos
se arrancaban; y en lágrimas deshecha
las rodeaba en derredor la turba.

Y hasta ponerse el sol el dia todo
gimiendo allí estuvieran, y llorando
á Héctor, si desde el carro á todo el pueblo
no así Príamo hablara. "Abrid camino,
»porque yo pase con el carro, y sigan
»detras las mulas; que llevado á casa
»cuando hubiere el cadáver, largo tiempo
»para llorarle os queda." Prontamente
camino abrió la turba, y la carreta
pudo pasar: y cuando ya venidos
fueron al regio alcázar el cadáver
en torneado suntuoso lecho
colocaron, y fúnebres cantores
de ambos lados pusieron que entonasen
el himno funeral. Acompañaban
gimiendo las mugeres: y afligida,
y con sus blancas manos sosteniendo
del malogrado esposo la cabeza,
fué la primera Andrómaca que al llanto
soltó la rienda, y en dolientes voces
así de Héctor habló con el cadáver.
"En juvenil edad, esposo mio,
»saliste de la vida, y me has dejado
»en el alcázar viuda y en su infancia
»al hijo que nosotros, infelices!
»del amor conyugal única prenda,
»habiamos tenido. Ni ya á jóven
»es posible que llegue. No: primero
»arruinada será por los Aquivos
»esta ciudad habiendo tú faltado,
»su antemural, y defensor y padre
»de las castas matronas y sus hijos.
»Aquellas pronto en las veleras naos

1318 »á Árgos serán llevadas, y con ellas
»Andrómaca tambien.—Y tú, hijo mio,
»ó con tu triste madre irás esclavo,
»y en vil oficio por ingrato dueño
»trabajarás; ó de la excelsa torre
»te arrojará indignado algun aquivo
»asiéndote del pié, porque á su padre
»Héctor quitó la vida, ó al hermano;
»ó acaso al hijo. Porque muchos Griegos
»de Héctor á manos sobre la ancha tierra
»derribados cayeron; y sus dientes
»han mordido la arena. Sí: en las lides
»era tu padre campeon temido,
»y por eso le lloran los Troyanos
»en la ciudad ahora.—Inexplicable
»es, Héctor, el dolor y la tristeza
»que á tus ancianos padres ha traido
»tu prematura muerte, y sobre todos
»á mí en herencia llanto y amargura
»me has dejado por siempre. Ni el consuelo
»tuve de que al morir tú me alargases
»la moribunda mano, ni me dieses
»saludables consejos que en memoria
»tuviera y recordase noche y dia
»lágrimas derramando." Así, deshecha
en llanto, dijo Andrómaca; y las otras
mugeres con suspiros y lamentos
en su inmenso dolor la acompañaban:
y enmedio de ellas Hécuba, afligida
mas qne ninguna y con el hijo hablando,
así decia en lágrimas bañada.

"Héctor, de cuantos hijos he tenido
»el que mas adoraba el alma mia!

»Ya no es dudoso que á los Dioses eras 1351
»caro miéntras viviste; pues ahora,
»aunque la dura Parca de la vida
»te despojó, cruel! de tu cadáver
»próvidos han cuidado. Cuando Aquíles
»otros mis hijos hizo prisioneros,
»á otro lado del mar los enviaba
»á que fuesen vendidos por esclavos:
»á Ímbros, á Sámos, y escarpada costa
»de Lémnos; pero á tí, cuando la vida
»te hubo quitado con agudo hierro,
»en torno de la tumba de su amigo
»Patroclo á quien mataste por tu mano,
»(y ni aun así resucitarle pudo)
»te arrastró muchas veces; mas ahora
»cual si acabaras de morir y fresca
»la carne yaces en tu mismo alcázar,
»á aquellos parecido á quien Apolo
»quitó la vida con süave flecha."
    Así Hécuba decia, y nuevo llanto
excitó en las mugeres: y de todas
última Elena dijo entre sollozos.
    "Héctor! de todos mis cuñados eras
»tú el que yo mas amaba. Son corridos
»veinte años ya desde que á Troya vine,
»ojalá que ántes perecido hubiera!
»mi patria abandonando, y conducida
»por el hermoso Páris; pero nunca
»de tu boca escuché malas razones
»que ofenderme pudieran: y si alguno
»de mis otros cuñados ó cuñadas,
»ó mi suegra tal vez (porque mi suegro
»siempre cual padre me trató benigno)

1384 »con injuriosas voces me insultaba;
»tú, con dulces palabras el enojo
»suyo calmando, á contener la lengua
»le obligabas en fin. Por eso ahora,
»en triste duelo el corazon sumido,
»á tí, y á mí, infeliz! lloro afligida.
»Ya no me queda en la anchurosa Troya
»mas defensor ni amigo, porque todos
»sus moradores me detestan." Triste
así decia: y general lamento
se oyó en la turba inmensa, y el anciano
Rey dijo luego. "A conducir ahora
»id leña á la ciudad, ni la emboscada
»de los Griegos temais; que de las naves
»al despedirme Aquíles, la palabra
»me dió de que la lid suspenderia
»hasta que de la aurora amaneciera
»la duodécima luz." Así les dijo
el Rey: y los Troyanos, obedientes
á su voz y los bueyes y las mulas
poniendo á las carretas presurosos,
fuera de la ciudad se reunieron,
y acarreando leña nueve dias
el pueblo todo estuvo. Cuando al orbe
iluminó la aurora refulgente
por la décima vez, de su palacio
sacaron de Héctor el cadáver tristes:
y colocado sobre la alta pira,
por todas partes la pusieron fuego.

Apénas con su luz el alba pura
anunciaba ya el dia, el pueblo todo
en derredor de la anchurosa pira
que de Héctor el cadáver abrasara

se reunia. Cuando ya estuvieron
en numerosa turba congregados;
con oloroso vino aquella parte
de la pira que el fuego consumiera
apagaron, y luego los amigos
y los hermanos de Héctor recogieron
los blancos huesos, sollozando tristes
y en abundantes lágrimas regando
las cenizas del héroe. Recogidos
los albos huesos ya, los escondieron
en urna breve de oro que cubria
finísimo cendal y dentro el hoyo
la enterraron, con grandes y apiñadas
piedras tapando la abertura, y luego
la tierra amontonaron; y tenian
por todas partes atalayas puestas,
no fuese que entretanto los Aquivos
acometieran. Cuando ya la tumba
hubieron erigido, á sus hogares
volvieron todos: y al venir la noche
de nuevo reunidos en la cerca
del alcázar de Príamo, el convite
funeral celebraron. Las exequias
tales fueron que hicieron los Troyanos
al adalid de sus legiones, Héctor.



ERRATAS DE ESTE TOMO.

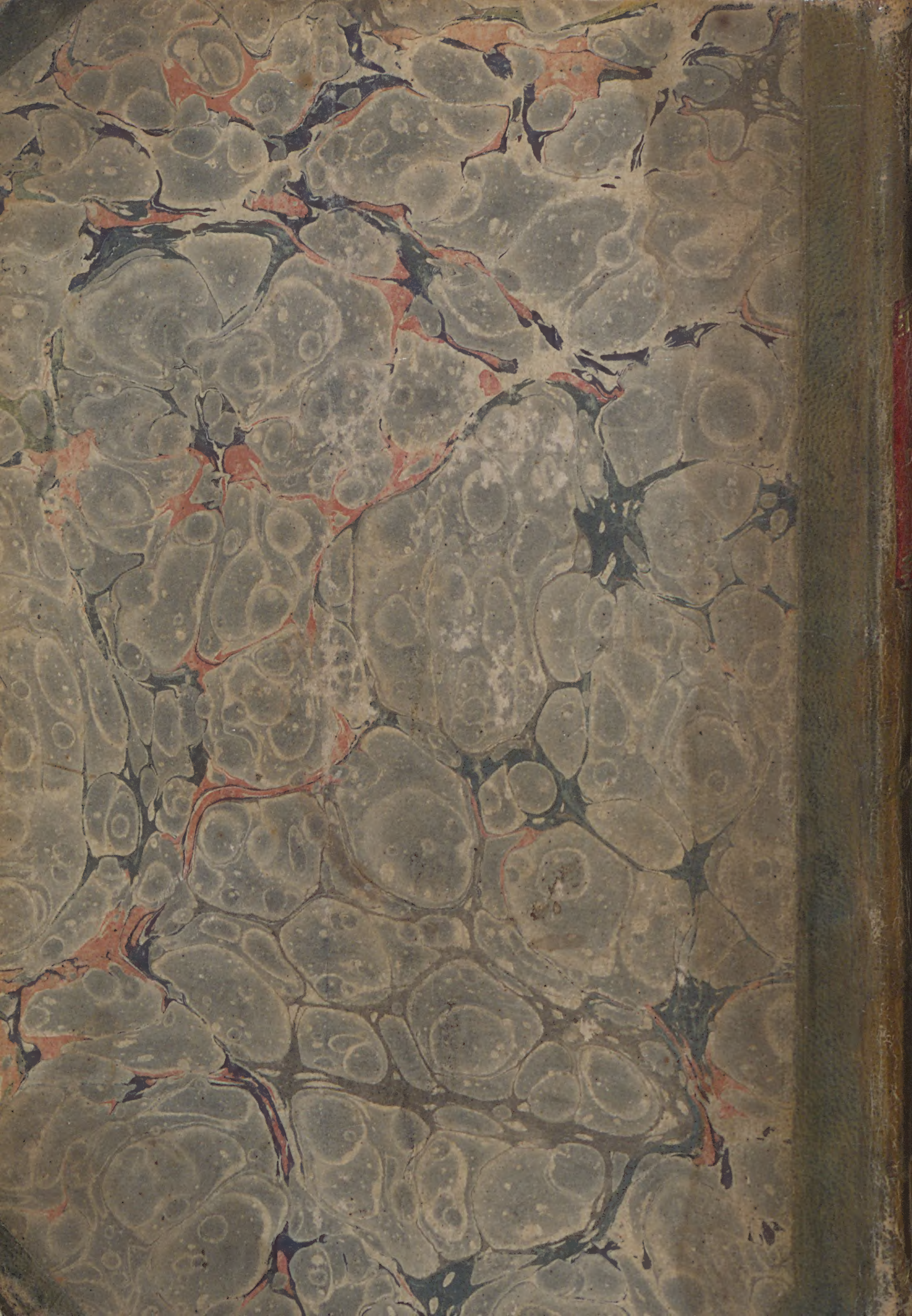
Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
33	1	888	988
36	2	pe	de
43	28	propicia	propicio
84	1	328	262
105, 106 y 108	varias veces	Menalipo	Melanipo
108	2	acerda	acerada
181	17	de Palásgico Leto	del Pelásgico Leto
192	18	novillos	novillo
284	22	podria	podrian
296	1	79	97
366	21	su	Su
412	16	Saturnio	Saturno
425	no está foliada		

ADICION A LAS DEL PRIMERO.

51	10	atrévase tocar	atrévase á
159	30	criaron	criaran
257	última	916	915
312	1	566	592
313	id.	225	625








colorchecker CLASSIC
calibrite
mm